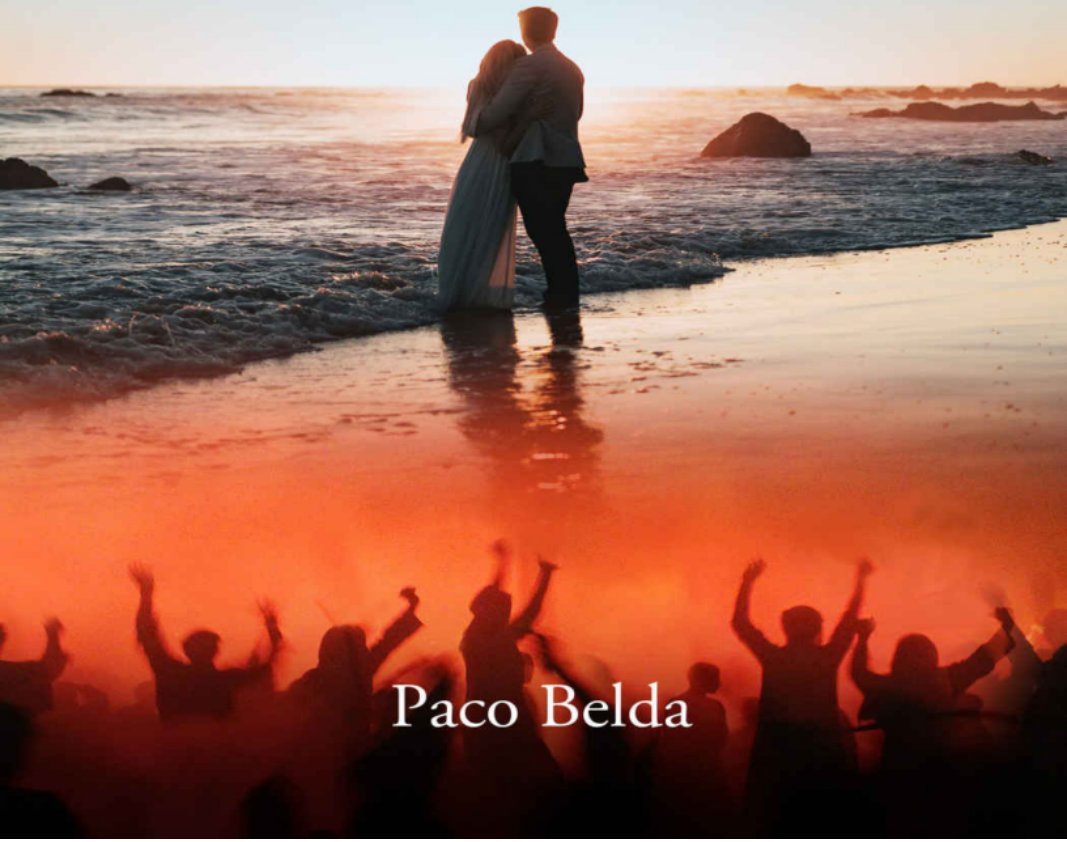
Trilogía

TRES GUERRAS PARA AMAR

Los colores de la esperanza



Paco Belda

LOS COLORES DE LA ESPERANZA

Paco Belda

LOS COLORES DE LA ESPERANZA

Trilogía
TRES GUERRAS PARA AMAR

EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-18835-17-9
Copyright © 2021 Paco Belda
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

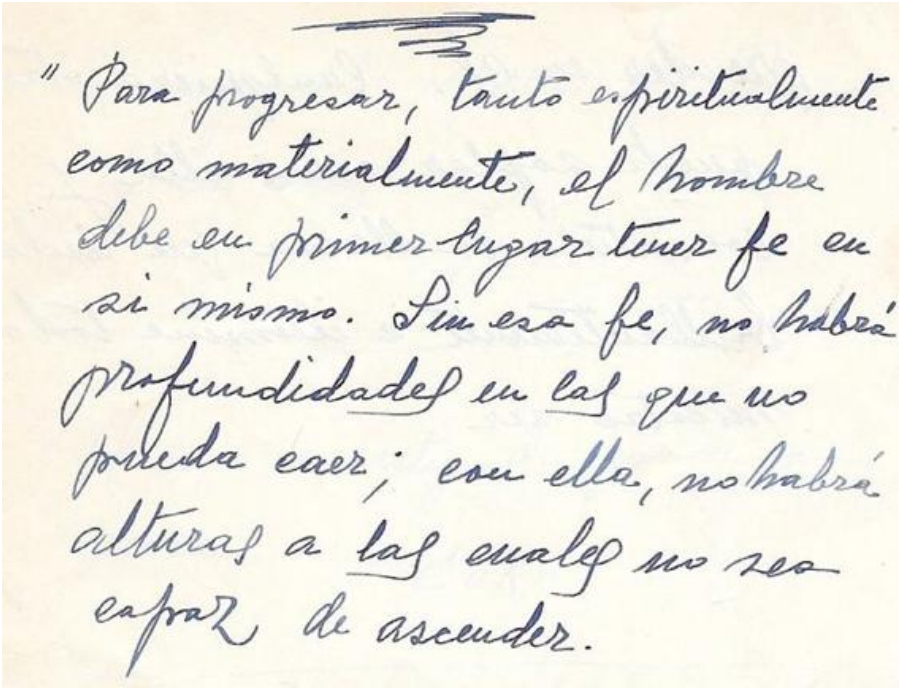
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Índice

Argelia, 1948
LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
LA SEGUNDA REPÚBLICA
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
AGRADECIMIENTOS


" Para progresar, tanto espiritualmente como materialmente, el hombre debe en primer lugar tener fe en sí mismo. Sin esa fe, no habrá profundidades en las que no pueda caer; con ella, no habrá alturas a las cuales no sea capaz de ascender.

Diario de Juan Bernal

Los personajes de la trilogía *Tres guerras para amar* vivieron en tiempos difíciles, periodos de guerras y entreguerras en los que los ideales políticos marcaban la línea invisible entre la vida y la muerte.

A veces la realidad supera a la ficción. Los hechos narrados en las tres novelas son reales, motivo por el cual he preferido preservar la identidad de cada personaje. Todos tienen un nombre ficticio, salvo uno.

Dedicada a todas las personas anónimas que, por sus ideales, sacrificaron su vida para conseguir un mundo mejor.

Argelia, 1948

La historia está forjada por héroes anónimos, por personas que, por sus ideales, sacrificaron hasta su vida.

Jamás olvidarían aquel día, porque hacía mucho tiempo que no estaban juntos. Pero nunca habían dejado de pensar el uno en el otro, ni un solo día.

Hacía mucho tiempo que no se miraban a los ojos, que no contemplaban sus sonrisas.

Hacía mucho tiempo que no sentían sus caricias, que no se abrazaban, que no se besaban.

Hacía mucho tiempo que no se decían: «te quiero».

Hacía ya tanto tiempo de todo, que parecía que no había pasado el tiempo.

El día estaba transcurriendo como ellos deseaban, porque comenzar de nuevo exigía un orden y colocar cada historia en el lugar adecuado.

Los recuerdos, los guardarían para siempre en un rincón de la memoria.

Ahora, que por fin volvían a estar juntos, no podían dejar de mirarse a los ojos, como si fuera una obsesión, porque la vida les había regalado una segunda oportunidad.

Por eso, mientras ella conocía la casa, colocaba el escaso equipaje, distribuían las habitaciones para sus hijos o preparaban la comida, sus miradas siempre confluían como por encanto, como si fuera un juego organizado en su imaginación durante tantos años de ausencia. Y las sonrisas volvieron a florecer, después de que las tinieblas de la guerra las hubiera borrado de sus rostros, y que el horror de los años perdidos las petrificara en cada uno de sus semblantes.

Ahora, se regalaban sonrisas eternas con cada mirada.

El reencuentro les regaló el dulce placer de las caricias. Se acariciaban las manos con miedo, con el temblor inocente de la primera vez, y no podían reprimir a cada momento el deseo de rozarse, aunque solo fuera la punta de los dedos, porque su amor, nunca olvidado y que había sido fusilado a traición, por fin se estaba materializando otra vez en aquellas tierras tan lejanas, y en aquel nuevo mundo que se estremecía de horror.

Cada mirada ansiaba un beso apasionado, eterno, dulce y tierno que aplacara sus cuerpos sedientos de amor, aunque sabían que ese beso que tanto anhelaban los dos tendría que esperar.

Ahora, ya no tenían prisa. Gozaban con el control del tiempo y poseían en sus manos el juego del amor. Seguían enamorados como el primer día y en sus cuerpos sentían el hechizo de la primera vez.

No importaba, ya no. A partir de hoy tendrían todo el tiempo del mundo. Besarse, amarse y hacer el amor sería el único objetivo de cada uno de los días.

Ya no se iban a separar, nunca más, por lo que no les importaba esperar unos minutos más.

El tiempo se evaporaba como el humo de las guerras que los había separado.

El poder decir «te quiero» había tenido que permanecer escondido en el baúl de la desgracia por la que tuvieron que transitar. La frase más hermosa de la historia del ser humano, «te quiero», se tuvo que ausentar con la separación de ellos dos. En esos momentos, ya estaban juntos de nuevo y se decían te quiero en susurros inaudibles para los demás miembros de la casa. Un te quiero al oído, un te quiero desde lejos perfilado en unos labios enamorados, un te quiero escondido en una frase como cuando vas a esconder un tesoro. Un te quiero pedir un vaso de agua, solo para poder decir te quiero.

Había pasado ya mucho tiempo. Demasiado. Una época bastante peligrosa. Un periodo entreguerras que ajusticiaba sin piedad. Momentos helados durante la guerra que disfrazaba el miedo con muecas de esperanza. Semanas, meses, tantos años que hasta enmudeció su relación. Una etapa de terror y esperanza. Intervalos de guerra y paz, de paz y guerra, recelo de entreguerras.

El tiempo que todo lo olvida no pudo conseguir que su amor se olvidara.

Se aferraron a la vida pensando el uno en el otro.

Sobrevivieron porque en algún lugar estaría ella, porque en algún lugar viviría él.

No olvidaron cuando en aquel tiempo lo más fácil y sencillo hubiera sido olvidar. Cuando poder sobrevivir era la única obsesión.

Cuando lo más pluscuamperfecto era mimetizarse con la época que les había tocado vivir, y enterrar el bagaje de ideales por los que habían luchado desde que se conocieron.

El miedo a la muerte solo había conseguido acrecentar su amor.

Aferrarse a la quimera de la vida, porque ella podría estar esperándole, porque él intentaría en alguna ocasión ponerse en contacto con ella. No saber si él estaba vivo helaba su corazón. No saber si ella había sido represaliada martirizaba su pensamiento.

Y no se habían equivocado. Siempre albergaron la esperanza de volver a reencontrarse en algún lugar olvidado y escondido, en continuar juntos tras un paréntesis obligado por un mundo enloquecido con tanta guerra y volver a reanudar su amor, juntos, para siempre, como el Dios que aún se suponía que existía los había bendecido desde el altar.

Y el día pasó tan rápido como tan acelerado había pasado el tiempo desde que se separaron. Aquel anochecer en el que un chivatazo le anunció que de madrugada iban a ir a por él, y ya sabía demasiado bien lo que significaban aquellas palabras.

Llegarían a media noche. Lo subirían a un camión junto con otros como él. Pararían en alguna cuneta o frente a una pared desvencijada de algún cortijo sin nombre. Un pelotón al que le temblarían las manos, formaría como cantamañanas enaltecidos. Bravucones por la causa que ametrallaban la vida de reos políticos que habían luchado en el bando perdedor. Y para finalizar, un tiro de gracia que agradecería evitar la tortura del sufrimiento y el chorreo de una muerte que dibujaba toda una vida de ideales.

El tiempo les apremiaba. El miedo contenido no les impidió que razonaran con rapidez. Solo lo imprescindible: una vieja maleta, dos mudas, una camisa, una corbata, una libreta, el bloc de dibujo, carboncillos, un lápiz, una pluma, tintero y tres fotos. Una de ellos dos, el día de su boda. En otra, ellos con sus tres hijos. Y la tercera era de ella, de María, que sonreía jovial en la calle Trapería de Murcia con la Catedral a sus espaldas.

Y llegó la hora de la despedida, con la muerte acechando buscando venganza. Con un velatorio sin palabras en el que en silencio se lo estaban diciendo todo. Con lágrimas trémulas que resbalaban sin piedad. Con miradas que escondían el miedo al futuro y a lo desconocido. Con las manos entrelazadas temerosas de soltarse. Y con tiernas caricias llenas de amor.

El último beso fue apasionado, con la dulce ternura de la primera y la última vez. Como si ya no hubiera otro. Y fue largo, como intentando suplir el amor que no habían podido hacer antes de

despedirse porque iban a por él y quién sabe si a por ella, si la encontraban con él.

—Te quiero mucho —dijo él.

—Te quiero más que a mi vida —respondió María, con la voz rota.

—Te escribiré.

—Mil besos mi amor.

—Millones de besos, amor mío —gritó él, con lágrimas en los ojos, mientras ya se alejaba.

Cerraron la puerta del dormitorio. Por fin estaban solos. Ella y él, él y ella. Y toda la noche por delante. Y todo el tiempo para ellos, todo el tiempo que le había sido robado. Estaban en penumbra, con las luces apagadas, iluminados por la luna que se colaba a borbotones en su dormitorio. El viento del desierto refrescaba la noche y una suave brisa empujaba los visillos de la ventana.

Ya eran libres como el viento.

La noche en Colomb-Béchar se había detenido.

Dos enamorados necesitaban la colaboración cómplice de la eternidad para recuperar los besos perdidos, las caricias olvidadas, los abrazos sentidos y poder hacer el amor con pasión mientras se decían: «te quiero».

Juan y María volvían a estar juntos para no separarse jamás.

Cuando cerraron la puerta se quedaron mirándose a los ojos, uno frente al otro. Las manos se encontraron y se entrelazaron con fuerza. Dieron un paso hacia delante, buscándose con la necesidad del abrazo en el que se fundieron. Se apretaron uno contra otro hambrientos del cuerpo que anhelaban. Y sus labios se fueron buscando, recorriendo el corto trayecto a través de sus mejillas.

Juan besaba los labios carnosos de María muy despacio, con mucha suavidad, sin prisa, mientras abrazaba su cintura y la apretaba contra él. Jugueteó con su lengua perfilando los labios de ella, saboreando la dulce carnosidad y recordando cómo la había besado con pasión en otras ocasiones.

Una imagen fugaz se cruzó en su imaginación, recordando el último beso que había dado en su vida. Un beso triste, un beso lleno de miedo, un beso eterno al que se pudiera aferrar en cada momento de su existencia. Y ahora estaba allí, ofreciendo sus labios a la mujer que amaba, a la mujer que siempre había amado.

María sintió a su marido besando sus labios como a ella le gustaba, mientras una descarga de electricidad recorría todo su cuerpo para estremecerse de placer. Sentía las manos de él apretando sus caderas y ella se acomodaba en el cuerpo de Juan mientras lo abrazaba por el cuello, acariciando su pelo y su nuca.

Volvería a perder la cabeza como ya la había perdido muchísimos años atrás por el amor de su vida.

Cuando Juan comenzó a morder con suavidad sus labios, ella se dejó llevar y clavó las uñas en la nuca de su marido, atrayéndolo con pasión hacia ella, indicándole que la besara y mordiera sus labios con más fuerza, con el frenesí del reencuentro, con la prisa que ahora sentían sus carnes viudas de placer desde el día en el que tuvo que salir huyendo para no ser ajusticiado.

Y, en ese momento, que parecía que por fin existía la justicia, ella podía saborear los besos y el cuerpo de Juan.

Una catarsis de sensaciones inundó el cuerpo de María impregnándolo de deseo. El placer tanto tiempo guardado solo para Juan se manifestó en un suspiro profundo que entrecortó su respiración.

La castidad elegida y disfrutada por ambos iba a terminar en una noche estrellada a las puertas del desierto del Sahara argelino.

La luz de la luna dibujaba sus cuerpos sobre la pared desnuda. Dos cuerpos fundidos en uno solo que volaba libre con el movimiento acompasado del visillo de la ventana. Juan y María, María y Juan moldeados en un solo cuerpo en un país lejano.

Dieron dos pasos como si bailaran un vals y se precipitaron sobre la cama. Allí se dejaron hacer, sin tener que volver a aprender lo ya aprendido. Comenzando a repetir escenas, movimientos y secuencias ya vividas en tiempos pretéritos.

Sus cuerpos rodaban sobre la cama con movimientos armonizados y sin ensayar, con el vaivén que excitaba a dos cuerpos desnudos sedientos de amor y de placer.

La pasión y el deseo aumentaron de intensidad cuando se fundieron en un solo ser y acompasaron sus movimientos con armonía, abandonándose en suspiros, jadeos prolongados y los «te quiero» que reverberaban en toda la alcoba.

Sus cuerpos sudorosos brillaban como una estrella más en el cielo límpido de la oscuridad del desierto.

Y la felicidad, ansiada durante tantos años, se hizo realidad.

La noche fue larga, muy larga, porque estaban demasiado necesitados.

Y tuvieron también tiempo para hablar y volver a reír juntos.

No durmieron en toda la noche.

Cuando se dieron cuenta, los sorprendió el alba.

LA DICTADURA
DE PRIMO DE RIVERA

Capítulo 1

2 de febrero de 1924.

En la rebotica, estaban de tertulia don Narciso Meseguer y sus amigos. Todos los sábados por la tarde se reunían para comentar el estado político del país, los últimos acontecimientos acaecidos durante la semana en Murcia, así como los chismorreos curiosos que fueran de su interés.

Una vez acomodados, tras el café y algunas copas de anís, se ponían al día los unos a los otros y debatían con ímpetu y sarcasmo cualquier tema de conversación. Aunque, desde hacía unos meses, los chascarrillos dejaron paso unánime a las noticias que se sucedían tras el golpe de Estado del general Primo de Rivera el año anterior.

La vida estaba cambiando y la crispación bullía en determinados ambientes políticos al que no eran ajenos los tertulianos de don Narciso.

Juan Bernal estaba nervioso. Era el día de la Candelaria, patrona de las fiestas del barrio de Santa Eulalia, y tenía ganas de salir de fiesta. Eran las siete de la tarde y estaba seguro de que las calles y la plaza de Santa Eulalia ya estarían atestadas de gente con ganas de diversión, para poder olvidar los zarandeos políticos de los últimos meses.

Cualquier otro sábado no se hubiera atrevido por lo menos hasta las ocho de la tarde, hora en la que cerraban la farmacia, pero ese día era muy especial en Murcia, donde uno de sus barrios más queridos celebraba sus fiestas y nadie se las quería perder.

—Don Narciso, ¿me da usted su permiso para marcharme? Hace ya una hora que ninguna persona viene a comprar —se atrevió a preguntar Juan.

—Precisamente nos estábamos preguntando, desde hace un rato, cuándo ibas a pedir permiso para marcharte —respondió con su socarronería habitual don Narciso.

—Entonces, ¿me puedo marchar ya? —volvió a inquirir Juan, con el apremio que la situación precisaba.

—Por supuesto que sí. Vete y diviértete en las fiestas, ¡que las mozas te estarán esperando!

Los contertulios de don Narciso se echaron a reír con sonoras carcajadas, mientras veían a Juan abandonando la farmacia a paso

rápido.

Juan vivía en una de las calles que desembocaban en la plaza del teatro Romea. El trayecto desde la farmacia, situada en la plaza de Santo Domingo, lo realizó en pocos minutos, dada la cercanía entre ambos lugares.

—Llegas tarde. Te estoy esperando desde hace media hora —lo recibió Leopoldo Soler.

—No he podido salir antes, Leo —respondió Juan.

—Pero, ¡si don Narciso es un bendito! Habíamos quedado que le pedirías permiso a las seis y media. Si se lo hubieras pedido te lo hubiera dado.

—Ya lo sé, pero no quiero que don Narciso piense mal de mí.

—Venga trasto, date prisa y no te demores acicalándote.

—Tranquilo, en quince minutos estoy preparado y vamos a comernos el mundo, ¡que la fiesta nos está esperando!

Los dos tenían veinte años y desde hacía un año vivían juntos en aquel pisito de la calle Jabonerías, que a los dos jóvenes les parecía un palacio, como ellos lo llamaban.

La amistad de sus familias, desde que los padres de Juan habían vivido en Cartagena, hizo posible que ante la perspectiva de trabajar y estudiar en Murcia de los dos mozos, no dudaran ni un minuto en ponerse de acuerdo para que sus hijos compartieran piso. Hacía tiempo ya que los padres de Juan se habían trasladado a vivir a Almoradí, mientras que los de Leo seguían viviendo en Cartagena.

—Venga, vámonos. Catorce minutos, ¡aún me ha sobrado uno! —exclamó Juan, saliendo de su habitación.

—No, si cuando tienes interés no hace falta meterte prisa —contestó Leopoldo.

Salieron caminando por las calles de Murcia, que a aquellas horas de la tarde estaban llenas de gente dando su paseo de los sábados por la tarde. Los dos mozos iban saludando con cortesía a las personas conocidas y, casi sin darse cuenta, se adentraron por la calle San Antonio para enfilar hacia el barrio de Santa Eulalia, que estaba al final de la calle.

Cuando llegaron a la plaza de Santa Eulalia encontraron lo que esperaban, un lugar abarrotado de gente en el que apenas se podía caminar de tan concurrido que estaba. Las personas caminaban con lentitud y de vez en cuando se paraban en los puestos ambulantes para comprar cascaruja, palmito o los típicos rollos de San Blas.

—Tengo hambre —dijo Leopoldo.

—Y yo también —respondió Juan.

—¿Dónde vamos a cenar?

Juan oteó la plaza y divisó cuatro barracas, situadas en lugares estratégicos del rectángulo que conformaba aquel lugar, cada una en un vértice distinto.

—Vamos a aquella de allí —señaló Juan una barraca—. Es la más concurrida, seguro que dan bien de comer.

Ocuparon una de las mesas que en ese momento se encontraba vacía. La mesa era de madera, así como los dos taburetes en los que se sentaron uno frente al otro.

El camarero, que se acercó a preguntar qué deseaban tomar, era un adolescente de aspecto desgarbado, mandil a la cintura y un trapo algo raído y sucio sobre el hombro izquierdo.

Pidieron patatas cocidas, michirones, salchichas, morcillas, longaniza y un tomate con olivicas de Cieza. Todo un manjar de alimentos que los dos mozos iban a consumir en un santiamén.

—Se están poniendo las cosas feas, Leo —comenzó diciendo Juan, introduciendo un tema nuevo de conversación.

—¿A qué te refieres? —inquirió Leo.

—¡Joder, Leo, a qué me voy a referir! ¡A los acontecimientos políticos de las últimas semanas!

—Ellos se lo han buscado. No podíamos seguir con la inestabilidad social de los últimos años y la derrota de nuestro ejército en Marruecos fue la gota que colmó el vaso. El gobierno anterior no se merecía seguir gobernando —Leopoldo no se anduvo con remilgos y soltó el discurso de un tirón.

—Leo, eres mi amigo y sé que estás a favor del golpe de Estado, pero una dictadura es el peor de los regímenes políticos y España no se merece una dictadura —defendió Juan su postura.

—Pero… las huelgas y las revueltas que día tras día se sucedían en cada rincón de España, se habían vuelto un caldo de cultivo y todo el mundo sabía que esto podía suceder. Tensaron demasiado la cuerda y se ha roto —argumentó Leopoldo.

—Como siempre, se ha roto por el lado más débil. Ahora nos esperan años de sometimiento, de censura y de persecuciones políticas —le rebatió Juan.

—De sobra sabes que eso no va a suceder —intervino Leo.

—De sobra sabes que me quedo corto y que van a suceder demasiadas cosas que, a lo mejor, ni tan siquiera podemos imaginar.

—No lo creo.

—Pues créetelo. Además, si te atreves, puedes hacer una prueba.

—¿Cuál?

—Ve mañana domingo a la plaza de Santo Domingo o a la calle Trapería, a eso de la una de la tarde, cuando más concurridas estén, y

grita lo más alto que puedas: «La dictadura de Primo de Rivera está oprimiendo al pueblo trabajador, ¡viva la huelga general contra el gran opresor!», —propuso Juan sin ambages.

—Sabes que no lo voy a hacer.

—Me temo que no te atreves.

—Ya sabes que estoy en contra de lo que me propones.

—Demasiado sé que estás en contra de esas manifestaciones públicas y de las ideas que te acabo de proponer, pero también sé a la perfección que tú conoces cuál sería el resultado de esa proclama política en un lugar público.

—¿La cárcel? —preguntó Leopoldo Soler sorprendido.

—En efecto. Eso es lo que sucede cuando hablas en contra del régimen político durante una dictadura. En una República eso no sucede. Tú eres completamente libre para expresar tus ideas en cualquier lugar y ante todo el mundo, aunque sea en la vía pública —con su discurso enfervorecido, Juan intentaba convencer a Leo, aunque bien sabía que por mucho que lo intentara, sus argumentos caerían en saco roto.

—Sí, sí… mucha palabrería bonita, pero, sin embargo, mucho gandul anda suelto por ahí. Este país necesita gente trabajadora, no gente que esté organizando revueltas y huelgas continuas para trabajar menos y esquilmar a las empresas.

El camarero los interrumpió mientras depositaba dos vasos en la mesa, una jarra de vino, las patatas cocidas y el plato de michirones. Juan sirvió el vino en los dos vasos. Los cogieron y brindaron:

—Por las mozas de Murcia —propuso Leopoldo.

—Por las mujeres de Murcia —brindó Juan.

Pensaban de diferente manera, pero eran amigos.

Se conocían desde niños y por eso se respetaban. Aunque sus ideas políticas fueran diferentes y en muchas ocasiones contrapuestas, eso no era óbice para que vivieran juntos, sino que además les servía para debatir e intentar argumentar sus postulados a cada uno de ellos. Pero los dos sabían a la perfección que nunca cambiarían y que cada uno defendería con ahínco su ideal político.

La familia de Juan había vivido muchos años en Cartagena, muy cerca del Arsenal Militar. Su padre, que también se llamaba Juan Bernal, trabajaba de comercial y lo mismo te vendía un saco de garbanzos que una partida de hierro para la construcción de cualquier navío en el Arsenal.

La familia de Leo eran militares de ilustre abolengo ligados a la historia militar de Cartagena. El padre de Leo, militar de alto rango, era el encargado de los suministros para todo el personal del Arsenal y

desde ese puesto fraguó la amistad con el padre de Juan, fruto de las relaciones comerciales entre ambos. Aunque la familia de Juan se había trasladado a vivir a Almoradí por negocios, habían seguido manteniendo la amistad desde la lejanía.

Juan era el primogénito de la familia. Era el tercer Juan Bernal de la saga familiar. Tras terminar los estudios de bachillerato había intentado seguir los pasos de su padre, pero pronto se dio cuenta que aún no estaba preparado para ello. Era de palabra fácil, dialogante y buen conversador. Adoraba las artes y destacaba sobremanera en la pintura, donde ya había llamado la atención con sus primeros cuadros. Cuando se le presentó la oportunidad de trabajar de mancebo en la farmacia de don Narciso, no lo dudó y se marchó a vivir a Murcia. Buscaba imbuirse en el ambiente cultural de la capital y continuar con su aprendizaje del arte de la pintura en el Círculo de Bellas Artes.

Leo no iba a continuar la trayectoria profesional de la saga familiar. Le gustaba más el Derecho y el mundo de las leyes. Por eso se había ido a Murcia, en donde estaba cursando la carrera de Derecho. Tenía ideas conservadoras, como toda su familia, y además gozaba del talante y la suficiente mano izquierda como para embaucar con sus palabras a aquel que lo escuchara, aunque nunca lo había conseguido con Juan.

Los dos amigos dieron por terminada su conversación cuando se lanzaron a engullir las primeras viandas, que devoraron con inusitada rapidez.

—Aquellas mozas nos están mirando —advirtió Juan.

Estaban terminando de cenar. En la mesa solo quedaban dos platos, uno con tres salchichas y otro con unos trozos de tomate. Leo se detuvo en seco, bebió un sorbo de vino, alzó la mirada y dijo:

—Te están mirando a ti. Gracias por incluirme, pero yo creo que están hablando de ti.

—¿Tú crees?

—¡Tan cierto como que hoy es sábado! —exclamó y soltó una carcajada.

—Pues será cuestión de…

—¿De qué? —inquirió Leo.

—Pues de intentar hablar con ellas si no se van de aquí —propuso Juan.

—Con tu labia y con tu descaro eso va a ser pan comido.

—Poco a poco Leo.

—La morenaza no te quita la vista de encima mientras sus amigas le hablan. Mírala cómo sonríe.

—No está mal la moza.

—Yo creo que va a ser cuestión de pedir la cuenta y luego nos hacemos los encontradizos con ellas —formuló Leo.

—¡Buen apunte!

Juan le hizo una señal al camarero que se acercó con apremio. Pagaron la cuenta a medias, como en ellos era costumbre. Se levantaron de la mesa y mientras hablaban, con el disimulo y la astucia oportuna, se fueron acercando al grupo de las jóvenes.

Juan solo tenía ojos para la morenaza. Antes de que Leo le advirtiera que lo estaba mirando, él ya se había percatado de ese detalle. Estaban ya muy cerca de ellas y cuando sus miradas se cruzaron se atrevió a decir:

—Las mujeres más bellas de Murcia, con el permiso de la Candelaria, han venido esta noche a honrar a su Virgen.

El grupo femenino se echó a reír, bajaron las miradas con disimulo para después mirar a los dos mozos.

—Me llamo Juan y mi amigo Leopoldo, aunque todo el mundo le llama Leo —no había por qué perder el tiempo, por lo que Juan se presentó.

—Mis amigas se llaman Marisa y Berta, y yo soy María.

La morenaza había tomado la palabra y, mientras presentaba a sus amigas, miraba a Juan a los ojos. Los dos mozos bajaron la cabeza como señal de respeto y saludo.

—Me encantan estas fiestas por su tradición y porque la gente del barrio se desvive en organizarlas y en acoger a todas las personas de Murcia —fue lo primero que se le ocurrió decir a Juan, que se había puesto nervioso tras la mirada de María, y lo soltó de un tirón.

—Para mí, son mis primeras fiestas de la Candelaria —respondió María.

—Entonces, las recordarás toda tu vida —sentenció Juan.

Alguien del grupo propuso ir a la caseta de tiro que estaba cerca de donde se encontraban en esos momentos. Había varias baldas con botes de lata convenientemente separados entre ellos. Con unas pelotas realizadas con ropa vieja, bien cosida, había que lanzar a los botes. El premio consistía en una muñeca de trapo. Todos quisieron participar para intentar demostrar su destreza y su tino. Pero alcanzar tres botes, con las tres pelotas que disponían por turno, era bastante difícil. Reían a carcajadas cada vez que alguien del grupo fallaba un tiro y gastaban bromas cuando el tiro había sido demasiado desviado.

Después de dos turnos sin ningún éxito, Juan había alcanzado al primer bote. Cuando el segundo bote cayó por detrás, sobre la lona, las tres mozas comenzaron a aplaudir. Juan cogió la tercera pelota, alzó el brazo, giró la cabeza y su mirada se detuvo unos instantes en la

sonrisa de María, que lo miraba expectante. Se concentró en el bote, tiró y éste cayó sobre la lona.

La algarabía con la que festejaron el acierto de Juan llamó la atención de las personas que se encontraban cerca de ellos. El grupo se arremolinó en torno a Juan y comenzaron a felicitarlo.

El feriante, con una sonrisa disimulada, alzó la voz para que todo el público oyera que Juan había ganado una maravillosa muñeca de trapo, y así promocionar su caseta para que otras personas quisieran probar su tino.

Juan cogió la muñeca, la acarició entre sus manos y se la entregó a María.

—Para ti, para que siempre puedas recordar este día —musitó Juan con encanto.

—Muchas gracias —atinó a decir María, que ya se había ruborizado.

Mientras tanto, la música ya había empezado a sonar. Las verbenas de las fiestas de la Candelaria y San Blas eran muy populares, y todo el barrio se afanaba en participar en ellas.

—Bueno, y ahora todos a bailar —propuso Leopoldo.

Todos asintieron y se dirigieron hacia la pista de baile.

Estaba claro que habían sintonizado, tenían ganas de divertirse y pasarlo bien. Bailaban al son de la música que sonaba, al tiempo que las sonrisas florecían en sus rostros. Era típico lanzar confetis a las parejas y a las personas que bailaban en grupo y, cuando eso sucedió, ellos participaron lanzándose confetis unos a otros.

Cuando se cansaron de bailar, se dirigieron hacia la barraca en la que antes habían cenado Juan y Leopoldo. Se sentaron alrededor de una mesa y pidieron al mismo camarero rollos de San Blas y vino moscatel para todos.

Juan y María estaban sentados juntos. Hablaban sin parar entre ellos y en algunas ocasiones bajaban el tono de voz para decir algo que no fuera escuchado por los demás. En sus miradas y sus sonrisas se notaba que estaban disfrutando con la complicidad del momento.

Eran ya cerca de las once y media de la noche cuando la plaza comenzó a clarear. Las amigas de María dijeron que tenían que volver ya a casa, se pusieron de pie y, entonces, ellos se ofrecieron a acompañarlas.

Juan preguntó a María dónde vivía. Ella respondió que sería la primera en abandonar el grupo porque su casa estaba en la carbonería que había en la calle San Antonio. Su padre regentaba ese negocio y allí vivía con sus padres y sus hermanos Enrique y Mercedes.

Juan y María caminaban solos, unos metros por detrás del grupo.

Seguían hablando con el pertinente tono de voz para que su conversación no fuera audible por las otras tres personas. Cuando ya estaban cerca de la casa de María, Juan le propuso si se podrían ver al día siguiente. La respuesta afirmativa de ella recorrió el cuerpo de Juan como si fuera un río de adrenalina que lo colmara de felicidad. La siguiente pregunta de Juan ni se hizo esperar:

—¿A qué hora nos vemos?

Ella contestó que todos los domingos por la mañana tenía la costumbre de pasear junto con sus amigas por el paseo Reina Victoria y que allí se podrían ver a las doce.

Cuando llegaron a su destino, Juan y María se miraron a los ojos como si no quisieran dejar de mirarse, durante el tiempo suficiente hasta que a ella se le escapó un suspiro y se volvió a ruborizar. Golpeó la puerta de su casa. Se oyeron unos pasos que se acercaban desde dentro, hasta que se abrió la puerta y entró.

Aquella noche, Juan se acostó en su cama y no podía dormir. No podía dejar de pensar en María. Otras mujeres se habían cruzado ya en su vida, pero ninguna era como ella. Ninguna tenía la sonrisa de María, ni el porte, ni el saber estar de ella, porque ninguna era María. Se había enamorado por primera vez. Era María y estaba allí. Y al día siguiente volvería a estar con ella.

Aquella noche, María se acostó y tampoco podía dormir. Solo pensaba en Juan, en su sonrisa y en su conversación fluida y transparente. Las mariposas revoloteaban por todo su cuerpo y, entonces, se dio cuenta de que se había enamorado por primera vez.

Capítulo 2

El domingo amaneció como los días anteriores. Con un sol que brillaba en el horizonte despejado de nubes. Seguía haciendo muy buen tiempo para las fechas en las que estaban, pero Murcia era así, un lugar idílico para vivir en el sureste de España.

No habían quedado en ningún lugar en concreto. No obstante, a las doce menos diez, Juan y su amigo ya habían hecho acto de presencia. A Juan no le costó mucho convencer a Leo para que lo acompañara a la cita porque sabía que no se podían ver a solas. Además, a su amigo le gustaba la idea de pasar toda la mañana acompañando a dos mujeres. Después de recorrer en dos ocasiones todo el paseo, los dos amigos decidieron esperar la llegada de las mozas en la puerta del ayuntamiento.

La puntualidad fue exquisita. A las doce en punto divisaron a las tres amigas que venían caminando en su dirección. Se detuvieron delante de ellos y tras los saludos de rigor comenzaron a caminar, Leo con las dos amigas de María por delante y, a una distancia prudencial, ellos dos por detrás.

Paseando con lentitud, llegaron hasta los cafés Moderno y Sol y entonces giraron hacia la izquierda, en dirección al puente de los Peligros. Una vez allí, se detuvieron unos instantes para ver cómo bajaban las aguas del río Segura. Siguieron caminando por la acera paralela al río, refugiándose del intenso sol de aquella mañana en la sombra que proporcionaban los árboles. Cruzaron la calle por detrás del Palacio Episcopal y volvieron a adentrarse en el paseo Reina Victoria.

Juan y María paseaban absortos, como si no existiera nadie más aquella mañana en Murcia. Una y otra vez se miraban a los ojos mientras conversaban. Así, Juan supo que era dos años mayor que María, que tenía dieciocho años. Que había vivido en La Tercia y que desde hacía menos de un año vivía en la calle San Antonio, donde sus padres se habían trasladado para regentar el negocio familiar.

En pocos minutos desnudaron sus vidas y cada uno puso al corriente cualquier aspecto por nimio que fuera acerca de su vida.

La altura de María sobresalía por encima de sus amigas. Tenía los ojos del color de la miel, pómulos sonrosados y unos labios carnosos

que se perfilaban con cada una de sus sonrisas. El pelo negro, como el azabache, lo llevaba peinado con ondas y recogido sobre sus hombros. Aquella mañana se había puesto su mejor vestido, uno de color marrón que se adaptaba a su cuerpo marcando su cintura, y que caía como un tubo por debajo de sus rodillas, realzando sus largas y estilizadas piernas.

Juan también era muy alto y delgado, por lo que le gustó sobremanera que la altura de María alcanzase hasta su barbilla. Tenía el pelo negro peinado con una raya sobre el lado izquierdo de su cabeza. Lo que más destacaba en Juan eran sus ojos de color azul cielo, que imprimían el marcado y perspicaz carácter de su mirada.

Formaban una pareja que destacaba sobre las demás y, en más de una ocasión, fueron escudriñados de arriba abajo por ojos que se interesaban por aquellos dos mozos que se presentaban en sociedad una mañana de domingo.

Decidieron hacer un alto en el paseo y tomaron asiento en una de las mesas de la terraza del café Moderno. Cada uno pidió al camarero un helado de mantecado, porque en el día de San Blas era muy típico su consumo en Murcia.

Juan miró su reloj. Se acercaba la hora de la comida y sabía que María tenía que regresar a casa. La volvió a acompañar y durante el trayecto propuso que se vieran esa tarde. María dijo que iba a ser imposible, porque los domingos por la tarde acompañaba a sus padres a la misa de las siete en la Catedral, y luego daba un paseo con ellos antes de cenar.

A Juan no le gustaba ir a misa, pero si no iba a ser posible que se vieran a solas, le dijo que iría a misa solo para verla. Pero necesitaba estar con ella al día siguiente aunque solo fueran 5 minutos. Por norma general, María siempre estaba en casa y solo salía para realizar las compras diarias que necesitaba su familia. Como Juan también tenía que repartir algunos pedidos a los mejores clientes de don Narciso, convinieron que a las once de la mañana del día siguiente se verían en el callejón de la Fuensanta, a donde ella iba todas las mañanas a comprar el pan.

Aquella tarde en la Catedral, Juan estaba sentado en la fila de bancos de la derecha, por delante de María, que estaba en la fila de la izquierda. Cada dos por tres giraba con disimulo la cabeza hacia la izquierda solo para poder mirarla de reojo. Así, pasó en un santiamén la misa sin que se enterara de nada, solo que cada vez que giraba la cabeza encontraba los ojos y la sonrisa pícara de María mirándolo.

Por la noche, recostado en su cama, no podía dormir. Solo era capaz de ver la imagen sonriente de María junto a él. Se levantó de la

cama, bebió un vaso de agua y se sentó en la mesa que había en su habitación. Cogió unas cuartillas en blanco, un lápiz y se dispuso a escribir una carta a María.

Capítulo 3

El lunes por la mañana el tiempo había cambiado. Unas nubes que amenazaban lluvia se dejaban ver en el horizonte. Como todas las mañanas, Juan se dedicó a despachar a las personas que acudían a la farmacia y, cuando no había nadie, preparaba las medicinas que tendría que llevar a las casas de los clientes de don Narciso. A las once menos cuarto se quitó la bata blanca, la colgó en el perchero y se dispuso a salir. Antes de acudir a su cita fue a entregar unas medicinas a la plaza del Cardenal Belluga.

Juan llegó al callejón de la Fuensanta y se percató de que María estaba ya dentro de la panadería. Al salir ella, vio cómo refulgían sus ojos. Le dieron ganas de darle el beso más grande del mundo, pero como sabía que eso no podía ser aún, y menos en público, instintivamente alargó su mano derecha abierta. Cuando se vino a dar cuenta y sin saber cómo, María estaba acariciando con sus dos manos la mano de Juan. Durante unos instantes se quedaron en silencio, ensimismados, disfrutando del placer que les proporcionaban sus manos entrelazadas mientras se miraban a los ojos.

No hubo necesidad de decir palabra alguna. Sus gestos delataban los sentimientos que les ardían por dentro.

—Toma. Anoche te escribí esta carta. No podía dormir —dijo Juan, mientras le entregaba la carta y las puntas de sus dedos se volvían a acariciar.

—Yo tampoco podía dormir. Solo podía pensar en ti —se atrevió a decir María.

—María, te quiero —susurró Juan.

—Yo también te quiero, Juan —musitó ella.

No hubo tiempo para más. Solo un te quiero en lugar de un adiós y la promesa de volver a encontrarse la mañana siguiente en el mismo lugar.

La zozobra le quemaba por dentro. María solo pensaba en la carta que llevaba junto a su corazón, pero a esas horas tenía demasiadas labores que realizar y no se podía encerrar en su habitación a leerla. Dejó que transcurriera toda la mañana, comió con sus padres y sus hermanos y después de recoger toda la cocina se encerró en su habitación.

Se recostó en su cama. Sacó la carta y la acarició entre sus manos. Luego, la abrió y comenzó a leerla:

«Mi niña María,

Soy el hombre más feliz del mundo porque te he encontrado y sé que eres la Mujer de mi vida. Me he enamorado como un chiquillo de ti y no hay ni un solo momento del día en el que no piense en ti. A donde voy, tú vas conmigo, tú estás conmigo. Cuando como, cuando pinto, cuando estoy con Leo o cuando paseo, solo pienso en ti. Solo pienso en abrazarte, en acariciarte y en besarte, con un beso tan apasionado que nunca podamos olvidar.

Anoche, en mi cama, te sentía cerca de mí. Fue como si estuvieras allí conmigo y me abracé a la almohada para poder dormirme abrazándote, para poder sentirte más cerca de mí.

Te voy a querer durante toda mi vida, pase lo que pase. Y aunque ahora solo nos podamos ver cinco minutos, o como esta tarde en la Catedral solo te pueda mirar de reojo, yo voy a ser feliz porque sé que tú estás ahí, esperándome hasta que por fin podamos estar juntos para siempre.

Te quiero mucho, amor mío.

Juan Bernal».

El corazón de María comenzó a latir como si quisiera escapar de su cuerpo y todo su ser comenzó a temblar de emoción y de amor.

Apretó la carta contra su pecho y luego la besó con ternura. Cuando se vino a dar cuenta, lágrimas de júbilo brotaban de sus ojos al tiempo que sonreía y la felicidad la envolvía con un manto espiritual.

Le costó un tiempo serenarse y recuperarse del temblor que había recorrido todo su cuerpo como un rayo. Necesitaba ahora mismo estar con Juan. Necesitaba abrazarlo, acariciarlo y besarlo. No podía estar sin él. Y como de momento no podía ser, decidió escribirle una carta que le entregaría al día siguiente, al salir de la panadería.

El tiempo pasa volando para los enamorados.

Cuando se vino a dar cuenta, María ya estaba camino del callejón de la Fuensanta. Caminaba presurosa, todo lo rápido que podía porque iba a encontrarse con su amor. Y al salir de la panadería, Juan estaba allí mirándola a los ojos.

Se quedaron unos instantes en silencio, con las manos entrelazadas, mientras se miraban a los ojos con pasión y deseo.

—He leído tu carta —dijo María, con voz trémula.

—Entonces, has leído mi corazón —respondió Juan.

—Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, María.

Entonces, ella sacó la carta y se la entregó. Juan la cogió y la guardó en el bolsillo de su chaqueta, junto a su corazón.

No tuvieron tiempo para más. Se tocaron con las yemas de sus dedos y quedaron para el día siguiente.

Durante toda la mañana a Juan le ardía hasta el pensamiento, por no poder abrir y leer la carta de María. Realizaba todas las tareas de la farmacia de manera autómata, como si el tiempo se hubiera detenido desde el mismo instante en el que María le había entregado aquel tesoro.

A mediodía, cuando cerraron la farmacia, salió rápido en dirección a su casa como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Fue directo a su cama, allí se recostó y después de acariciar y oler el perfume de aquella carta, se dispuso a leerla:

«Mi niño guapo,

Estos días, desde que te he conocido, están siendo los más felices de mi vida. No puedo estar ni un minuto sin ti y quiero que sepas que siempre estás en mi pensamiento.

Cada mañana, espero con gran inquietud esos cinco minutos que estamos juntos para poder acariciar tu mano y decirte todo lo que mi corazón siente por ti.

Yo también duermo contigo cada noche. Me acurruco en mi cama y me abrazo a la almohada para abrazarte, acariciarte y besarte. Sueño contigo cada noche y siento como si estuvieras aquí, a mi lado.

Eres el amor de mi vida y, pase lo que pase, siempre te voy a querer.

Te quiero con toda mi alma, mi niño guapo.

María Rubio».

La semana fue transcurriendo bajo la espera de los cinco minutos de felicidad para los dos mozos. Cinco minutos para acariciarse las manos con disimulo, para intercambiarse las cartas que por las tardes o por las noches se escribían, para poder decirse: «te quiero», y para el primer beso en los labios. Un beso dulce y fugaz, aprovechando la ocasión porque no había nadie en esos momentos en la calle.

El primer beso que ninguno de los dos podría olvidar jamás.

El fin de semana vino con premio. No había fiestas en Murcia por lo que María tendría que retornar a su rutina habitual y salir con sus amigas de cinco a nueve. Juan se armó de valor y el viernes por la tarde habló con don Narciso. Le explicó lo que sucedía, como se lo hubiera contado a su padre, y obtuvo su permiso para no trabajar el sábado por la tarde.

Como siempre, María iba con sus amigas y Juan no tuvo más remedio que pedirle a Leo que lo acompañara. Ellos tres servirían de carabinas, pero en esta ocasión Juan y María paseaban solos, a una distancia mucho más grande de sus amigos.

Juan le preguntó a María si quería ser su novia formal y ella respondió con un: «sí, mi niño guapo», que reverberó en los oídos de Juan.

Llegaron a una de las puertas que comunicaba el paseo del Malecón con uno de los huertos. Era una de las zonas en la que sobresalían los árboles de gran tamaño, con unos troncos inmensos fiel reflejo de su edad casi centenaria. Bajaron las escaleras y se escondieron detrás de uno de aquellos árboles majestuosos. María apoyó su espalda contra el tronco que les serviría de escondite y de miradas indiscretas. Mientras Juan la abrazaba por la cintura, ella rodeaba su cuello con sus manos. Sus cuerpos se fueron fusionando buscando el placer que tanto ansiaban. Fue un beso apasionado que parecía no tener fin, un beso dulce y tierno que sellaba una semana de amor. El primer beso ardiente que tampoco podrían olvidar, como nunca podrían olvidar el sabor de sus labios.

Tras el fin de semana, Juan tenía la cabeza dispersa en varios frentes. Los acontecimientos se estaban desatando de una manera tan vertiginosa que él intentaba asimilarlos con la mejor de sus sonrisas.

De momento, todo aquello en lo que se embarcaba tenía un final como dulce de caramelo. Pero, él era consciente de que los asuntos se pueden truncar cuando uno menos se lo espera.

No dejaba de pensar en María. Sin embargo, el lunes y el martes, de regreso a casa al mediodía para comer, solo tenía una preocupación que se estaba acrecentando conforme pasaban los días.

Capítulo 4

Juan estaba esperando una carta que no llegaba y ya se temía lo peor.

Eran los peores momentos del día. Caminaba con zozobra y con temor pensando en la dichosa carta. Llegaba a su casa, abría el buzón, comprobaba que estaba vacío, lo cerraba y aparcaba la preocupación hasta el día siguiente de camino a casa.

Tenía una personalidad demasiado terrenal y lógica, que le permitía dedicarle a los problemas el tiempo justo y necesario. El día siguiente ya llegaría y tendría tiempo de nuevo para la incertidumbre.

El plazo se estaba agotando y tenía que llegar esa semana. Si el viernes no hubiera llegado la maldita carta, se habría resignado y tendría que asumir las consecuencias, ahora que todo le estaba saliendo como si fuera un cuento de hadas.

El miércoles, de vuelta a casa, el cielo se tornó plomizo. Un viento gélido no lo dejaba avanzar y la preocupación se evaporó como si se la hubiera llevado aquella ventisca. Con esfuerzo llegó a su destino, tenía el buzón ante él, lo abrió y encontró una carta con el membrete del Ministerio de la Gobernación.

Se detuvo unos instantes mirando aquel sobre. Allí estaba su futuro y cómo podía cambiar su vida en los próximos meses y años.

Por fin, se decidió y lo abrió, ¡para qué esperar más!

Una sonrisa tan grande como las puertas del teatro Romea floreció en su rostro. Suspiró hondo y exhaló el aire como si hubiera adelgazado diez kilos de golpe.

En la carta le informaban que quedaba exento para realizar el servicio militar como consecuencia de tener los pies planos.

Juan nunca lo había pasado tan mal en su vida.

Estaba muy agobiado ante la perspectiva de tener que acudir a una casa que no conocía y presentarse a los padres de María, para solicitar su consentimiento con el objetivo de poder cortejar a su hija y ser novios formales.

Durante la semana había imaginado la escena de mil maneras

diferentes y con distintos finales, alguno muy inverosímil. Pero, si por algo se caracterizaba la personalidad de Juan era por su facilidad para un discurso locuaz y embaucador, por su capacidad de sorpresa dialéctica ante la adversidad y por su templanza durante cualquier conversación.

No obstante, y por si no salía todo como él esperaba, se había preparado un discurso con las palabras justas y adecuadas que había ensayado ante Leo y don Narciso.

Para entonces, Juan ya consideraba a don Narciso como un padre adoptivo más que como a un jefe. La bonhomía, la cultura y el humanismo de don Narciso lo habían cautivado de tal manera, que él asimilaba todas las lecciones que le daba a modo de pequeños consejos, a través de las conversaciones interminables que todos los días mantenían y también con el fundamento de las sabias opiniones que caracterizaban la figura de don Narciso.

El sábado por fin había llegado. Juan estaba invitado a cenar en casa de María y tras los postres sería el momento estipulado para que solicitara el consentimiento de sus padres.

Juan se había comprado un traje nuevo porque el acontecimiento lo requería. Vestía un traje de tres piezas de *tweed* de color gris marengo, con chaleco, chaqueta cruzada y pañuelo blanco en el bolsillo superior, camisa blanca, corbata fina y el sombrero que tanto le gustaba utilizar como señal de identidad.

Cuando Leo lo vio salir de su habitación exclamó:

—¡Pareces un *gentleman*!

Y ambos amigos se echaron a reír a carcajadas.

Las ocho de la tarde era la hora acordada y Juan llegó a casa de sus futuros suegros con puntualidad. María le presentó a su familia. En primer lugar a su hermana Mercedes; después a Josefa, la novia de su hermano Enrique, que también estaba invitada a cenar porque en abril contraerían matrimonio, y al final a sus padres, Enrique y María del Rosario.

Antes de comenzar a cenar tuvieron un momento para ellos dos, en el que se pudieron observar con miradas de alegría y admiración. Juan contempló enamorado cómo resplandecía María, con su camisa blanca y su falda roja de amplio vuelo desde la cintura hasta debajo de las rodillas.

La cena transcurrió con un ambiente de cordialidad y amabilidad, como no se había atrevido a imaginar Juan. Tuvo que responder a muchas preguntas sobre su vida, su familia y qué pensaba realizar en el futuro. También tuvo que sortear con paciencia las bromas de sus futuros cuñados.

Llegado el momento clave, lo obligaron a ponerse de pie, hecho ante el cual no se amilanó. Los ojos le brillaban mientras miraba a María y exponía el discurso que tan bien aprendido y ensayado tenía. El padre de María dio su visto bueno, no sin antes enumerar una serie de advertencias ante las cuales ambos asintieron.

Aquella noche, antes de marcharse y mientras la penumbra los perfilaba en el recibidor de la casa, pudieron abrazarse y besarse con pasión, al tiempo que sus corazones latían con desenfreno.

El domingo ya no necesitaron carabinas para salir juntos.

Ya no paseaban cerca uno del otro guardando la distancia decorosa que el protocolo social exigía, sino que caminaban despacio cogidos de la mano.

Esa noche, cuando se despidieron en la puerta de la casa de María, juraron que ningún día dejarían de verse, que ningún día dejarían pasar sin besarse y que todos los días del año se dirían: «te quiero».

Una mañana de la primera semana de marzo, un mozalbete que no tendría más de catorce años entró en la farmacia y preguntó por el señor Juan Bernal.

Juan, que estaba en esos momentos de espaldas, ordenando unos estantes, se quedó sorprendido por el apremio y descaro de aquella voz cantarina. Dio media vuelta con parsimonia y dijo con sorna:

—Presente, soy yo. ¿Qué desea el señor?

—Vengo de parte del periódico El Liberal y traigo una carta para usted.

Alargó la mano, le entregó la carta y salió tan raudo como había llegado, habiendo cumplido con su encargo.

Don Narciso, que había escuchado la breve conversación, salió de la rebotica y se encontró a Juan con la carta entre las manos, algo dubitativo.

—Venga, ábrela, ¿a qué esperas? —ordenó con precipitación.

—Ya voy don Narciso —respondió Juan.

Abrió la carta, leyó los tres párrafos que había escritos en ella y se quedó pálido.

—¿Me vas a decir qué noticias trae esa carta o quieres que te lo

pregunte más claro? —don Narciso no se andaba por las ramas como bien sabía Juan.

Juan alzó la cuartilla que llevaba el membrete del periódico El Liberal y la leyó:

«El director del periódico El Liberal tiene a bien convocar al Sr. Juan Bernal a una reunión a las 1.30 horas del día de hoy en las dependencias de este periódico.

Firmado: Pedro Jara Carrillo».

—¡Don Pedro Jara Carrillo te ha convocado a una reunión! —exclamó don Narciso, para continuar diciendo—, ¡qué calladito lo tenías!

— ¡Le juro don Narciso que yo no sé nada de esto!

—Déjate de jurar y cuéntamelo todo esta tarde —ordenó don Narciso.

—¿Puedo ir? Tendría que salir antes del trabajo.

—¡Cómo que si puedes ir! Pues claro que sí, hijo mío. ¡Estoy yo más intrigado que tú! —añadió con su bondad tan particular.

El Liberal era el periódico más importante de Murcia y su director, don Pedro Jara Carrillo, poeta y periodista, uno de los prohombres más importantes e influyentes de Murcia.

Ser citado por el director de El Liberal solo podía suponer buenas noticias.

El Liberal era un periódico de izquierdas, de ideas liberales y tenía su sede en la calle Crédito Público número uno, muy cerca del puente de los Peligros.

Con cara de asombro y expectación, Juan esperaba en la antesala del despacho del director cuando fue el propio Pedro Jara Carrillo quien salió y lo invitó a entrar. Tras los saludos de rigor comenzó a exponerle el motivo de su cita.

—Señor Bernal, el motivo de citarlo hoy es porque necesitamos contratar a un dibujante para el periódico. Tenemos magníficas referencias de usted, además de que su obra empieza ya a ser conocida en Murcia.

Juan, que estaba sentado con la espalda recta y las manos cruzadas sobre su regazo, dio un respingo y se incorporó más todavía, abriendo las manos, apoyándolas sobre la mesa del despacho.

—Muchas gracias por sus halagos, señor Jara Carrillo —respondió Juan con ímpetu, intentando que su tono de voz no reflejase la emoción que acababa de sentir.

—¿Quiere trabajar en El Liberal? —propuso el director.

—Por supuesto que quiero trabajar en El Liberal. Es un gran honor para mí recibir esta propuesta, señor Jara Carrillo. Pero ¿en qué consistiría mi trabajo aquí? —preguntó intrigado Juan.

—Usted es dibujante, ¡y muy bueno! Su trabajo consistiría en realizar dibujos de personajes públicos para publicarlos en el periódico. Además, algún tipo de viñeta, algún dibujo necesario para la publicidad que publicamos y todo lo que vaya surgiendo y que necesite un dibujo.

La propuesta halagó sobremanera a Juan porque pintar y dibujar era el trabajo y la ilusión de su vida. Estar en nómina de El Liberal era demasiado importante, además de elevar su estatus social. También, la oferta económica era mucho mayor de lo que hubiera imaginado Juan. Dependiendo de los encargos de trabajo semanal, Juan ganaría más que en la farmacia de don Narciso y, además, podría compatibilizar ambos trabajos. Con tan sugerente oferta y condiciones de trabajo, se pusieron de acuerdo en pocos minutos.

El trato se cerró con un apretón de manos y Juan comenzaría a trabajar el lunes siguiente.

Salió de El Liberal como un cohete en dirección a la casa de María. La persona que más quería en este mundo iba a ser la destinataria de las mejores noticias posibles.

Cuando Mercedes anunció que se trataba de Juan, María se sobresaltó y acudió presta a escuchar lo que sucedía, porque su intuición le decía que había ocurrido algo importante y necesitaba saber si se trataba de una noticia buena o mala.

Entonces, vio la sonrisa de oreja a oreja de Juan y se tranquilizó, le dio un beso en los labios, no sin antes mirar hacia atrás, y le cogió las manos acariciándolas.

Escuchó la narración de Juan embelesada, después le dio un abrazo con tanto sentimiento y fuerza que demostraba cuánto lo quería y cuánto lo necesitaba.

—Cada dibujo que pinte va a ser para ti —puntualizó Juan, vocalizando cada palabra con un sentimiento lleno de emoción.

—Y yo voy a estar siempre ahí, apoyándote —aseveró María, llena de amor y de admiración.

Don Narciso lo estaba esperando con ansiedad. Fue al grano como siempre y Juan le tuvo que contar con pelos y señales cada matiz de la conversación mantenida con don Pedro Jara Carrillo. Se alegró como

si quien hubiera recibido la propuesta de trabajo hubiera sido él y no paró de darle consejos durante toda la tarde. Cuando cerraron la farmacia le dio un fuerte abrazo y le dijo:

—Aprovecha la oportunidad, muchacho. El Liberal te va a abrir todas las puertas de Murcia.

Por la noche, cuando llegó a casa, le tocó el turno a su amigo.

Leo se alegró por su amigo, pero había una expresión en su semblante que lo delataba. Estaba claro que el talante liberal del periódico no concordaba con sus ideales políticos.

—No nos enfadamos cuando hablamos de política porque somos amigos, Leo, pero tú sabes cómo pienso yo. Siempre he tenido una ideología liberal y trabajar en el periódico y relacionarme con todos los trabajadores, que seguro que tienen una filosofía muy similar a la mía, me va a venir muy bien para abrirme a nuevos horizontes —podría haber sido el inicio de un discurso, pero Juan solo quería hacerle ver a su amigo los ideales que defendía y que estaba abierto a las nuevas corrientes políticas que comenzaban a prender en España.

—Pero, si todo el mundo sabe que El Liberal es un periódico de izquierdas aunque ahora, esos cobardes, con la dictadura de Primo de Rivera, se han declarado independientes —acusó Leopoldo, con su verborrea habitual cuando hablaba de temas políticos.

—Leo, ni tú ni yo hemos vivido la opresión. No sabemos lo que es eso. Pero, tenemos que hacer algo para evitar ese tipo de situaciones. Tú no lo harás, pero yo quiero involucrarme en crear una vida mejor para todos los españoles y también para mis hijos.

—En España no existe la opresión. Existen anarquistas gandules y huelguistas bandidos que han querido poner al país patas arriba —reprobó Leo, con aire de enfado.

Nunca se pondrían de acuerdo en temas políticos. Eran como dos barcos con rumbos distintos y que nunca confluirían ni se encontrarían en el mismo puerto.

Se conocían desde niños, pero estaba claro que la educación social que habían recibido de sus progenitores era completamente diferente. En cualquier otro ámbito de la vida se entendían y tenían la suficiente complicidad como para ser los mejores amigos. No obstante, la política era la política y en aquellas fechas podía crear enemigos en cualquier esquina de cualquier ciudad.

Capítulo 5

La vida de Juan comenzó a cambiar de manera muy importante durante las semanas siguientes. Parecía un carrusel que giraba y giraba y que solo paraba para ver a María.

Seguía trabajando con su horario habitual en la farmacia y acudiendo a clase de pintura en el Círculo de Bellas Artes, a primera hora de la tarde. Repartía los encargos y procuraba realizar todas sus tareas con la suficiente velocidad para que le quedaran pequeños espacios de tiempo que aprovechaba para realizar los dibujos del periódico, en la mesa que había en la rebotica, y siempre don Narciso lo contemplaba de pie, por detrás de él, como si fuera un niño fisgoneando a escondidas. Cuando terminaba cada dibujo, don Narciso le daba su opinión, que casi siempre era positiva, aunque cuando realizaba alguna caricatura le solía espantar.

Las visitas del mozalbete a la farmacia se hicieron cada vez más frecuentes. Era el portador de nuevos encargos de trabajo con las instrucciones pertinentes, y siempre le entregaba una carta sin arrugar con el membrete de El Liberal.

Los momentos más felices era cuando se reunía con María. Todos los días se veían tres veces. A las once de la mañana en la panadería. Al mediodía cuando salía del trabajo se pasaba por la casa de ella y allí disfrutaban otra vez juntos solo cinco minutos. Y todas las noches desde las ocho y media hasta que los padres de ella ponían mala cara y se tenía que marchar de su casa.

Estaba deseando que llegaran los fines de semana. Los sábados por la tarde y los domingos eran para María, para poder manifestar su amor mientras paseaban por las calles adoquinadas de Murcia o por el paseo del Malecón. Y, mientras tanto, seguían escribiéndose cartas cada día que leían a escondidas, unos renglones en los que narraban la necesidad que tenían Juan de María y María de Juan.

Con el paso de los días, no tuvo más remedio que pedirle a don Narciso que le dejara salir del trabajo todas las tardes a las siete. A esa hora se encaminaba rumbo a EL Liberal a entregar sus dibujos.

Durante la hora que pasaba en el periódico, aprovechaba para hablar con los periodistas y los trabajadores. Por su carácter y por su buena disposición, se había granjeado la camaradería de todos los que

trabajaban en El Liberal. Poco a poco comenzó a realizar nuevas amistades, que por las condiciones de represión y de cautela con las que tenían que vivir cada día, sabía que iban a ser para siempre.

Dibujaba en la farmacia, al mediodía en su casa, después de realizar una comida frugal a salto de mata, y todas las noches. Las noches que tenía menos trabajo, aprovechaba para pintar, y una de aquellas noches empezó a pintar un cuadro al óleo muy especial: un retrato de María sonriéndole, apoyada sobre el árbol en el que se habían besado con pasión la primera vez.

Cada vez tenía menos tiempo para Leo. Conforme la situación política se iba agudizando, ellos se iban separando. Solo se veían en casa mientras Juan trabajaba por las noches y Leo se encerraba en su habitación a estudiar los exámenes finales que ya estaban cercanos. Se querían y se respetaban, pero todo estaba cambiando tan deprisa…

La Semana Santa se presentó casi sin darse cuenta. Aunque aquella semana se suponía que debería haber sido de recogimiento, de reencuentro y de meditación por la muerte de Cristo, ellos la aprovecharon para estar más tiempo juntos.

Con la excusa de las procesiones, salían todas las tardes, y por supuesto que veían las procesiones, pero también fueron momentos para arrumacos, caricias robadas entre la oscuridad y besos ardientes lejos de la pasión de los penitentes.

Juan Bernal no era un hombre de misas. De hecho, no había vuelto a pisar una iglesia desde la tarde en la que fue a la Catedral para poder ver a hurtadillas a María.

Pero eso no era óbice para que sintiera un fervor espiritual y respetuoso por la procesión del Viernes Santo de Murcia, la procesión de los Salzillos. Era el segundo año que acudía a presenciar esa procesión y la primera vez que lo hacía con María.

Aquel viernes, desayunó con María unos buñuelos con chocolate, en una de las casetas que había dispuestas en la ciudad con motivo de las fiestas. A las nueve en punto ocuparon la silla que tenían reservada para ver la procesión en la plaza del Cardenal Belluga, justo enfrente del Palacio Episcopal y con la Catedral a su izquierda. Era su lugar preferido para ver pasar la procesión.

Igual que había realizado el año anterior, Juan se puso en pie cuando el trono de Nuestro Padre Jesús Nazareno pasaba frente a él. Después, se quitó el sombrero y flexionó la cabeza en señal de respeto

y devoción. A María, que ya conocía todo lo que pensaba Juan con respecto al ámbito eclesial, le sorprendió su acción, pero lo imitó poniéndose en pie y agachando la cabeza.

El último domingo de abril era un día muy esperado para la familia de María, porque se iba a celebrar la boda de su hermano Enrique.

Para ella también iba a ser un día muy especial porque por fin iba a conocer a la familia de Juan, que estaban invitados a la boda, y había sido el momento elegido para que ambas familias se conocieran.

Un cosquilleo, a veces inoportuno y otras evidente, recorría el cuerpo de María. En algunos momentos pensaba que era por la alegría que le proporcionaba ver la felicidad de su hermano, pero en el fondo ella reconocía que la causa era conocer al padre de Juan, a su madrastra y a sus hermanos Joaquín y María del Carmen.

La madre de Juan había muerto de apendicitis cuando él era muy niño. Su padre, viudo y con dos hijos, unos años después se había vuelto a casar con María del Carmen, una mujer de Almoradí a la que había conocido cuando vivía en Murcia.

Todo salió bien. El padre de Juan se parecía mucho a su hijo. Era un hombre alto, con el pelo moreno y los ojos azules, del color del cielo que tanto le gustaba mirar a María. Esos ojos azules de los que se había enamorado y que eran un rasgo físico que marcaban la personalidad de Juan, un hombre bueno volcado en solucionar los problemas de los demás.

Congenió a primera vista con la familia de Juan y se alegró de que sus padres y hermanos también lo hicieran. Cada día que pasaba aumentaba su amor por Juan y ese día se multiplicó porque ahora ya sabía que ella también tenía una nueva familia.

El estilo de vida de Juan estaba cambiando a medida que pasaban las semanas. Cada vez era más popular en Murcia por su trabajo en el periódico, y cuando era reconocido y abordado por la calle, siempre tenía una sonrisa para su interlocutor, una palabra de aliento y un mensaje de esperanza.

La esperanza es lo último que se pierde y lo único que no te pueden arrancar, aunque las cosas cada vez vayan empeorando.

Por aquel entonces, el ambiente político se estaba enrareciendo a peor y ya muchas de las libertades conseguidas se habían vuelto a truncar.

Juan siempre era optimista y sabía transmitir ese mensaje positivo a todas sus nuevas amistades y a todas las personas desconocidas que lo paraban por la calle para preguntarle: «¿qué iba a suceder?».

Pero nadie sabía lo que iba a suceder, ni cuánto tiempo iba a durar la dictadura. Y aunque Murcia no era Madrid, los hechos que sucedían allí, rápidamente tenían trascendencia aquí.

Aquel mes de junio fue especialmente caluroso. Juan no había podido dormir en toda la noche. Pero no había sido el calor el motivo de su insomnio, sino la nueva oferta de trabajo que había recibido la noche anterior en las oficinas de El Liberal.

Nada más tener la noticia había ido a contárselo a María, porque podía suponer un cambio radical en su vida. Juan era un hombre trabajador y esa era otra de las cualidades que María admiraba de él. Cuando obtuvo el beneplácito de María, una descarga de adrenalina recorrió todo su cuerpo. Ella se lo había dicho muy claro:

—Ni lo dudes. Acéptalo.

Había quedado en dar una contestación ese mismo día por la tarde, cuando fuera a la sede de El Liberal. Pero, tenía un problema que no sabía cómo solventar y que tenía un nombre: don Narciso.

En aquellos tiempos no existían agencias de colocación, ni departamentos de recursos humanos que mareasen a las personas que buscaban trabajo. Todo era mucho más sencillo, más directo y probablemente más eficiente. La sede de un periódico era el lugar donde se cocían las nuevas noticias hasta que eran divulgadas y algunas nunca llegaban a ver la luz.

Esa noticia tan importante solo la conocía Juan y si él decía que sí, nunca saldría a la luz pública.

El transmisor de la buena nueva había sido el mozalbete cantarín. Había llegado a la farmacia al mediodía, minutos antes de cerrar. Y como siempre, le había entregado a Juan un sobre impoluto y sin arrugar. En esa ocasión, Juan no abrió el sobre hasta que llegó a su casa a comer, por lo que no supo cuál era el encargo a modo de dibujo que tenía que realizar.

Una nueva profesión acababa de nacer y necesitaban un nuevo profesional para el que se exigía una serie de características muy

particulares.

Los laboratorios farmacéuticos comenzaban a desarrollar su modelo de negocio. Necesitaban trabajadores que trasladasen la información a los médicos sobre los nuevos fármacos que salían al mercado. Su cometido sería transmitir las características de esos medicamentos y las indicaciones que tenían aprobadas por el organismo pertinente del Ministerio de Sanidad.

La oferta de trabajo consistía en contratar a un agente comercial para visitar a los médicos y presentarle los nuevos medicamentos.

Juan ya había tomado la decisión: iba a aceptar la propuesta. Ahora se las tenía que arreglar para explicarle a don Narciso que no podía seguir trabajando en la farmacia.

Aquella mañana llegó puntual, como siempre. Sin más preámbulos, una vez dentro, le dijo a don Narciso que tenía que hablar con él de un tema muy importante, porque sabía que toda esa parafernalia de intriga, mezclada con la palabra importante, ponía en alerta a don Narciso y despertaba su curiosidad.

Durante unos minutos solo habló Juan. Endulzó sus palabras con términos como oportunidad, porvenir, progreso económico y social, además de ser un pionero en el establecimiento y desarrollo de una nueva profesión.

Don Narciso lo escuchó con atención. Apreciaba mucho a Juan y auguraba lo que se le podía venir encima. No obstante, comprendió la situación y se dio cuenta de que la decisión que había adoptado era la correcta. Perdería al mejor empleado que había tenido, pero ganaría a un amigo para siempre. Además, admiraba el carácter de Juan de ser un hombre valiente, trabajador y de no dejarse amilanar ante ninguna situación adversa.

Aquella tarde, Juan se dirigió caminando con paso firme hacia El Liberal. En la carpeta llevaba también el dibujo que había preparado para aquel anuncio publicitario, y que sabía que no se iba a publicar, porque ese puesto de trabajo iba a ser para él.

Se había dibujado a sí mismo: un hombre joven, de ojos azules, con traje y sombrero, presentándole unos folletos publicitarios a un médico.

Cuando llegó, lo estaba esperando el director de la empresa farmacéutica que había encargado el anuncio publicitario. Se reunieron en una de las mesas de la redacción del periódico, en medio del frenesí que todos los días y a esas horas reinaba en la sede de El Liberal. Juan le comunicó que había decidido aceptar la oferta para convertirse a partir de entonces en un agente comercial.

Juan iba a cambiar de trabajo, pero seguiría relacionado con el

mundo de la medicina que tanto le apasionaba. Además, también podría seguir trabajando para el periódico porque ambos puestos de trabajo eran totalmente compatibles.

Capítulo 6

Ser socio del Casino de Murcia era un gran honor, un ascenso social y te abría las puertas de toda la burguesía de la ciudad.

Su nuevo puesto de trabajo había venido con un regalo incluido. El mostrador, los estantes y las dependencias de la farmacia habían sido cambiados por un despacho muy particular situado en la calle Trapería, en el centro de la ciudad, en el emblemático Casino de Murcia.

Juan iba al casino todos los días por la mañana, y por la tarde tras salir del Círculo de Bellas Artes que estaba en la misma calle. Además, muchos días comía allí. Se movía entre sus paredes como si fuera su majestuosa oficina y entre sus salas como si fueran su gran despacho personal, unas veces en las peceras, otras en la biblioteca, el congresillo o la sala de billar.

Casi todos los médicos de Murcia eran socios del casino, por lo que aprovechaba el tiempo en el que los médicos acudían a ese lugar para realizar su labor comercial.

Le bastó poco tiempo para conocer a todos los doctores. Su simpatía y verborrea particular, le servían para adornar las bondades y beneficios de la utilización de cada uno de los medicamentos que representaba para las diferentes enfermedades. Al ser una profesión totalmente novedosa, los médicos lo acogieron en su seno como si formara parte del gremio sanitario.

Para el caso de aquellos pocos doctores que no eran socios del casino, Juan se desplazaba a las horas acordadas a sus consultas particulares, a sus clínicas y en algunas ocasiones a sus domicilios personales.

En el casino también dibujaba los encargos del periódico, despertando siempre la curiosidad de las personas que tenía alrededor, que querían saber en primicia lo que se iba a publicar al día siguiente en El Liberal.

Juan no solo se relacionaba con los médicos en el casino, sino que pronto conoció a todas las personas que se reunían en aquel lugar: políticos, militares, comerciantes, jueces, abogados, profesores de la universidad, sus compañeros periodistas de El Liberal y de los otros periódicos de la ciudad, así como todos los demás socios. El casino era

un foco de noticias privilegiado y Juan se movía entre sus paredes sin llamar la atención y con la suficiente discreción como para ganarse la confianza de todo profesional que pululaba por allí.

Muchas de las noticias que publicaba El Liberal y los demás periódicos de Murcia, se gestaban en primer lugar en el casino. Allí era donde se conocían y se debatían para luego poder ser publicadas. En la mayoría de las ocasiones, Juan era partícipe de las tertulias en las que se discutía lo que sucedía en otros lugares de España, pero siempre mantenía la suficiente prudencia como para saber callar y guardar para sí mismo aquello que no debía de contar a sus amigos periodistas. De esa manera, se supo ganar la confianza de todas las personas que participaban en aquellas tertulias. En poco tiempo, se convirtió en uno más de aquel enjambre.

María también comenzó a frecuentar el casino y a relacionarse con las novias y las esposas de los socios. Todas las semanas esperaba con ansia la llegada del fin de semana. Cada sábado por la noche se organizaba una fiesta en el salón de baile. A María y a Juan les encantaba bailar y disfrutar dejándose llevar al son de la música. Destacaban por su presencia y saber estar, por la altura de ambos y por lo enamorados que se apreciaba que estaban. Cuando bailaban un vals o un pasodoble, todos los ojos de las damas y de los caballeros se clavaban en ellos, la mayoría llenos de admiración, pero también algunos con disimulada envidia.

Durante el verano, Juan vivía solo en su casa.

Después de terminar los exámenes finales, Leopoldo había regresado a Cartagena y no volvería hasta el comienzo del siguiente curso. Se despidieron con la cordialidad de siempre, a pesar de sus diferencias de criterio social y político que se habían acrecentado en los últimos meses.

María y Juan cada vez se necesitaban más. Ya no bastaban los abrazos, las caricias y los besos acaramelados. Ahora necesitaban amarse, quererse y hacer el amor con pasión.

La casa de Juan fue su nido de amor durante todo el verano. Nunca olvidarían la primera vez. Ocurrió el segundo domingo de julio, por la tarde, después de comer. Habían comprado unas empanadillas, un cartucho de patatas fritas y una botella de vino. Después, todo sucedió poco a poco, con ternura, con el amor acumulado durante todos aquellos meses y con el nerviosismo propio de la primera vez.

El mes de agosto consumía sus últimos días, habiendo sido el verano más feliz de sus vidas. Habían tenido mucho tiempo para ellos dos, para estar juntos y para conocer cada uno de los poros de su piel.

Una de esas tardes, después de hacer el amor con fogosidad, Juan le sonrió a María de una manera muy especial. María se percató de esa mirada seductora y le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Quiero decirte algo muy importante, ¿puedo? —preguntó Juan.

—Claro que sí, amor mío.

—¿Quieres casarte conmigo? —musitó Juan con emoción, mientras un temblor fino recorría todo su ser y el corazón se le aceleraba.

Hasta entonces, solo era una página en blanco de un libro, que no tenía ni título.

Habían hablado ya de matrimonio. De compartir la vida y de estar todos los días juntos. Que no podían vivir separados ni un segundo. Era un deseo anhelado por ambos, pero no habían puesto fecha ni tan siquiera se habían realizado aquella simple y llana pregunta. Nunca hasta ese momento.

María se ruborizó y sintió un calor que ascendía por todo su cuerpo, como si la felicidad pudiese incendiar hasta sus sentimientos.

No esperaba aquella pregunta.

Así, de sopetón, sin más preámbulos.

Miraba los ojos azules de Juan, hipnotizada, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel preciso instante y notó brotar lágrimas de alegría que ya resbalaban trémulas a través de sus mejillas.

—Sí. Quiero casarme contigo. Quiero compartir todos los días de mi vida contigo. Quiero ser tu esposa y que tú seas mi marido.

Se fundieron en un abrazo eterno que parecía no tener fin, apretando hasta con el alma y volvieron a besarse con tanto deseo y necesidad como si nunca se hubieran besado.

La noticia fue muy bien acogida por los padres de María que, después del continuo ascenso laboral, económico y social de Juan, ya imaginaban que no tardaría en proponer el matrimonio de ambos. Una nueva boda en la familia era un motivo de alegría también para sus hermanos, que ya comenzaban a admirar a su futuro cuñado.

Juan le escribió a su padre una carta comunicándole la buena nueva. Aún no tenían una fecha concreta de la boda, pero le anunció que ya se lo comunicaría cuando lo supieran.

En Septiembre comenzaron a poner en marcha sus planes porque pronto se dieron cuenta de que preparar una boda no resultaba sencillo. Eran muchos los detalles que había que organizar y que cuadrar para que todo quedase perfecto. Juan y María no querían dejar nada al azar y desde el primer momento pusieron todo su empeño en la organización.

Juan era muy perfeccionista, una cualidad nueva que María descubrió de él. Llevaba siempre un cuaderno en el que lo apuntaba todo. En la libreta preparó un lugar muy especial que había titulado: boda.

Los tres primeros puntos que escribieron entre los dos fueron los siguientes: iglesia, fecha y casa.

Decidieron que en la Iglesia de San Juan Bautista contraerían matrimonio, porque era la parroquia a la que pertenecía María. La fecha elegida para la boda fue el domingo siete de diciembre.

Pero encontrar la casa en la que querían vivir no fue tarea fácil. En primer lugar tuvieron que decidir si alquilaban una casa o la compraban. Los dos estaban de acuerdo en la segunda opción, porque Juan tenía suficiente dinero ahorrado como para comprar una casa. Además, con la caída de los precios desde hacía cuatro años, cuando el vaivén político empezó a enturbiarlo todo, el precio de la vivienda en Murcia había bajado de forma considerable.

Durante las primeras semanas de septiembre, Juan y María se dedicaron a peinar todo el centro de Murcia buscando la casa que debería de convertirse en su hogar.

Por aquel entonces, vendían o alquilaban la posada que había en la calle San Antonio, que estaba junto a la carbonería de los padres de María.

Juan y María estuvieron viéndola. Sopesaron las dos posibilidades, comprarla o alquilarla, porque ambas estaban dentro de sus posibilidades. Tanto una opción como la otra llevaba aparejado continuar con el negocio de la posada. Después de barajar de forma concienzuda las dos opciones, decidieron declinar la oferta, porque llevar hacia delante tres negocios hubiera sido demasiada carga de trabajo para Juan, y María no se veía capacitada por aquel entonces para llevar a buen puerto aquella empresa.

Una vez que ellos desecharon comprarla o alquilarla, el padre de María alquiló la posada para su hermano Enrique, que a partir de entonces comenzó a regentar ese negocio junto con su mujer.

A principios de octubre y después de ver varias casas más, por fin se decidieron por un piso que estaba situado en la calle Peligros, detrás de la calle Trapería. Juan invirtió parte de sus ahorros en

comprar el piso y firmó letras de cambio mensuales durante seis años por una módica cantidad de dinero. En 1930 la casa sería totalmente de su propiedad.

Aquella tarde, Juan tenía ganas de terminar pronto su trabajo porque María tenía una sorpresa para él.

Había quedado con varios médicos en el casino, pero estos se estaban retrasando. Era habitual que eso sucediera porque los doctores acudían al casino una vez que terminaban de pasar sus consultas particulares o el trabajo en las clínicas.

Hizo acopio de toda su paciencia, puso su cara más gentil y encantadora, y aún tuvo tiempo para entablar una conversación con el último médico, acerca de la oposición de algunos vecinos de Lorca para ser revacunados, noticia que publicaba ese mismo día El Liberal.

Una vez concluida la cita, abandonó el casino camino de su casa, que se encontraba a menos de doscientos metros de allí.

Le encantaban las sorpresas con las que de vez en cuando le sorprendía María. Por la cara que ella había puesto cuando se lo comunicó, tenía que ser algo muy importante, por lo que avivó el paso.

Capítulo 7

Cuando María oyó el sonido del cerrojo de la puerta, salió a recibirlo. Se abrazaron en el recibidor y se dieron un beso de esos de caramelo con el que endulzaban cada uno de sus encuentros.

—Y bien, ¿cuál es esa sorpresa? ¡Que me tienes en ascuas! —exclamó Juan.

—Vamos a tu despacho y la verás —afirmó María con decisión.

El piso era muy grande y el despacho de Juan era la primera habitación de la casa. Fueron hasta allí cogidos de la mano.

—Ya está amueblado. Este será el despacho de mi marido —aseguró María satisfecha.

Juan se quedó anonadado. Ante él tenía la mesa de despacho más bonita que jamás había visto.

—Es de madera de cerezo pulida. Y, mira, tiene cajoneras laterales para que puedas guardar todos tus documentos.

—Es preciosa María. ¡Mira cómo brilla! Además, ¡me encantan las patas de la mesa!

Un detalle muy sutil marcaba el acabado de aquella mesa. Las patas de la mesa, en el lugar en donde se apoyaban sobre el suelo, estaban esculpidas con unos refinados pies de león.

—Muchas gracias.

—Juan, te mereces lo mejor.

—¡Ni te imaginas cuánto te quiero!

—¡Ni te imaginas lo feliz que soy a tu lado!

El silencio se hizo entre los dos mientras se miraban a los ojos. Se acercaron el uno al otro, se abrazaron y se comieron a besos.

El domingo 7 de diciembre llegó como si todo hubiera sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Se habían conocido diez meses atrás y ya estaban a punto de subir al altar.

Ese día no sonaron tambores ni flautas porque no era un cuento de hadas, pero sí que había una mujer y un hombre enamorados. La armónica melodía de un violín los había encantado hasta transformar

sus vidas y cuando amaneció aquel día se sintieron la princesa y el príncipe del cuento.

Y, eso de que no durmieron la noche anterior a la boda, no sucedió en esta ocasión. Ya tendrían demasiadas noches con preocupaciones para no dormir. Aquella noche fue un remanso de paz, porque la felicidad que les había acompañado, en tan corto espacio de tiempo, se consagraría al día siguiente ante el altar. Durmieron con la intención y el ansia de que el tiempo pasara rápidamente y volver a verse la mañana siguiente en la puerta de la iglesia de San Juan Bautista.

La hora señalada para la boda era las doce del mediodía. Poco antes de esa hora, los invitados fueron apareciendo por la plaza de San Juan, arremolinándose en torno al sol que aquel día brillaba con intensidad.

El primero en llegar, como manda la tradición, fue el novio, acompañado por la madrina de la boda, que era Mercedes, la hermana de María. Juan vestía un traje de chaqué con un pantalón de finas rayas y una corbata de color rojo.

María no se hizo esperar y rompió la tradición, esa costumbre tan española de tener al novio y a los invitados a la boda esperando, aunque fuera bajo el tibio sol de diciembre.

María, del brazo de su hermano Enrique, que era el padrino de la boda, con un vestido de seda de líneas rectas hasta los tobillos, velo y un tocado en el pelo, le regaló una sonrisa a Juan cuando lo vio.

La boda congregó a ambas familias, los amigos, los compañeros del periódico El Liberal, a don Narciso y los médicos con los que Juan ya había entablado una relación más de amistad que laboral.

Durante la ceremonia se mostraron tranquilos, sonrientes y con continuas muestras y gestos de cariño mutuo. Una vez que ambos dijeron el sí quiero, se dieron un beso en los labios con tanta ternura que esbozaba el amor puro que sentían el uno por el otro.

Se celebró la boda en la posada del hermano de María, el negocio que ellos desecharon y que ya empezaba a dar sus frutos. Comieron, bebieron y canturrearon los típicos brindis de rigor por la nueva pareja.

Hasta bien entrada la tarde no comenzaron a marcharse los invitados. Leo se acercó para despedirse de Juan.

—Te voy a echar de menos en el piso.

—Lo siento Leo, pero yo no —bromeó Juan.

—Pero estoy seguro de que echarás de menos nuestras conversaciones políticas —afirmó Leopoldo.

—Leo, hoy es un día de fiesta para todos. Mejor no hablar de

política —sentenció Juan.

Cuando la fiesta terminó, se desplazaron hasta su hogar en donde pasarían la noche de bodas. Una noche que nunca olvidarían.

Al día siguiente se marcharon hasta el Balneario de Fortuna. Allí iban a pasar su luna de miel. Se alojaron en el hotel Balneario, en el que unos años atrás habían realizado obras para inmortalizar el comedor y la escalinata del Titanic. Allí pasaron siete días maravillosos entre baños termales, largos paseos por la campiña del balneario y amándose todos los días hasta altas horas de la madrugada.

El martes 9 de diciembre, en el periódico El Liberal, se publicó una noticia de sociedad que decía así:

> *«El pasado domingo se verificó en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Murcia, la boda de la bella señorita María Rubio Guirao y nuestro querido el notable dibujante don Juan Bernal Guerrero.*
>
> *Los nuevos esposos fueron apadrinados por los hermanos de la novia Enrique y Mercedes Rubio.*
>
> *Firmaron el acta como testigos don Narciso Meseguer, don Ángel Romera Parra, don Leopoldo Soler y nuestro compañero de redacción Vicente García Ros.*
>
> *A los nuevos esposos deseamos muchas felicidades en su nuevo estado».*

Capítulo 8

Una nueva vida comenzó para ambos.

Juan seguía con su trabajo en el casino, pero las visitas a la redacción de El Liberal cada vez fueron más frecuentes y más duraderas en el tiempo. Dibujaba más en casa que en el casino, en dónde apuraba las horas debatiendo los aspectos políticos, religiosos y sociales que empezaban a azotar el país.

María repartía su tiempo en la casa y era también muy frecuente que acompañara a su marido al periódico, al casino y a las reuniones que comenzaron a mantener en lugares discretos.

Como la libertad de prensa estaba prohibida por la dictadura, Juan tenía que hacer malabarismos con sus dibujos. En varias ocasiones se los habían censurado y no habían sido publicados. Había temas que ni tan siquiera se podían insinuar y menos aún publicar. Para sortear aquella situación, El Liberal se declaraba un periódico independiente aunque todo el mundo en Murcia conocía su ideología republicana.

Por aquellos tiempos la vida no valía ni dos reales. En cualquier esquina o en cualquier callejón podrías tener la mala suerte de encontrarte con las milicias urbanas y terminar para siempre si conocían tus tendencias políticas. La discreción se convirtió en un arte con el que era necesario cohabitar cada día, haciendo ilusionismo para evitar ser descubierto.

Gozar del estatus de trabajar en un periódico y codearse con la burguesía de la ciudad de tú a tú era un salvoconducto, pero nunca se podía dar por segura la invulnerabilidad, así que Juan aprendió a oír y a callar, a ser invisible y a opinar solo cuando la tertulia o las reuniones así lo permitían.

Durante aquel año de 1925, en determinados círculos, comenzaron a considerar a Juan como un intelectual cuya ideología política cada vez más se estaba desviando hacia la izquierda.

Hasta su matrimonio con Juan, a María le importaba la política más bien poco. Ella era de La Tercia, había ido a la escuela a Sucina y, una vez finalizada su etapa escolar, había ayudado a su madre en casa, hasta su llegada a Murcia. Recordaba la vida de miserias de los campesinos y de su propia familia durante su niñez. Ahora, era consciente del próspero negocio de su padre y el de su hermano, y lo

que había cambiado su vida al trasladarse a vivir a la ciudad, igual que estaba sucediendo en toda España, en donde los campesinos tenían que irse a vivir a las ciudades para no pasar hambre.

Juan era su marido, su amante, su maestro y su instructor. María estaba aprendiendo mucho más deprisa de lo esperado sobre las condiciones sociales de los trabajadores del campo y los obreros de las fábricas, la inoportunidad de una política dictatorial y el totalitarismo de unos políticos ineptos para el país.

María, que era mucho más vehemente que Juan, llamaba a las cosas por su nombre y le costó aprender las materias políticas más importantes de aquel tiempo: aprender a ser discreta, a tener prudencia y a conjugar el verbo dividir, porque Juan le había enseñado y asegurado que dividiendo se obtiene la victoria.

María se convirtió en una lectora voraz, ávida de noticias y de todo lo que sucedía tanto en Murcia como en España. Cuando iba al casino leía La Verdad y hasta El Levante Agrario, para estar informada de lo que les sucedía y preocupaba a los huertanos de Murcia. En casa leía El Liberal, que Juan llevaba todos los días. En la librería la Covachuela conoció a Antonio Machado y a Federico García Lorca, comprando a partir de entonces todo lo que se publicaba de ellos.

En casa, entre arrumacos, besos y caricias subidas de tono, mantenían su tertulia particular, analizando sucesos y las nuevas ideas políticas que se estaban abriendo paso a marchas forzadas. Aunque estaban prohibidos los partidos políticos, con la única excepción del PSOE, esto no hizo más que poner en marcha el engranaje para la constitución de nuevos partidos y asociaciones políticas en la clandestinidad, de los que tanto María como Juan estaban al corriente.

Todos, cada uno a su manera, se jugaban el pellejo cada día con sus ideales, con su actividad, con las huelgas, las protestas y María era totalmente consciente de lo que podía suceder a partir de entonces.

La vida se convirtió en un torbellino de emociones, de sentimientos reprimidos por la impotencia de no poder hacer nada ante algunos acontecimientos, ante determinados abusos conscientes de poder.

Para Juan y María, la única salida ante aquel desmadre era la militancia activa en todos aquellos comités, asociaciones y sociedades que promovieran la fraternidad y la igualdad entre las personas, que no permitieran el abuso, la dictadura del poder de unas personas sobre otras y la supremacía heráldica del patrón sobre el obrero.

Juan y María se juraron que siempre defenderían al indefenso, que dedicarían su vida a la lucha para abolir determinados privilegios no escritos, pero enraizados a cal y sangre en la sociedad que les había tocado vivir, una sociedad que ya estaba en los albores del siglo XX y

que parecía no haber aprendido nada de lo que había sucedido en épocas anteriores. Porque, a fin de cuentas y extrapolando las comparaciones, España aún parecía que vivía en la Edad Media y que aquella sociedad seguía dominada desde un cortijo por un pequeño grupo de señoritos feudales.

Los días, las semanas y los meses fueron pasando como si fueran una calcomanía unos de otros.

El descontento del pueblo era cada vez más evidente, pero el régimen político, con la complacencia de determinados estamentos de poder, seguía impertérrito hacia delante, llevando a la deriva a todo el país.

Juan seguía con su rutina habitual y cada día se desplazaba a su oficina particular, al casino, en donde el tiempo parecía detenerse, los problemas ausentarse, y la dicha y la felicidad parecían estar siempre presentes. Era como un remanso de paz, una isla desierta en medio de la procrastinación política, un lugar donde un café, una copa de vino o un coñac, acompañados con un puro o un cigarrillo, servían para olvidar lo que sucedía fuera. Sin embargo, los menos, también conspiraban desde allí dentro.

A principios de septiembre, en el casino apareció un nuevo socio. Se dejaba caer por sus salas y por sus sillones todas las tardes a las cinco en punto, ni un minuto arriba ni un minuto abajo, como si fuera un reloj que anunciara la hora exacta con su repiqueteo. Así lo corroboró Juan, que cuando aparecía aquel señor, ya sabía con exactitud qué hora de la tarde era.

Había aparecido un lunes y Juan lo escuchó hablar con un español trastabillado con acento francés. Se sentaba solo, pedía un jerez y leía los periódicos. Luego, sobre las cinco y media unos días y otros a las seis, se le unían dos médicos a los que Juan conocía muy bien, los doctores Salvador Mateos, cirujano y Evaristo Sanz, psiquiatra, ambos de reconocido prestigio en Murcia. La mayoría de las tardes, los dos médicos llegaban juntos y era raro que llegasen por separado. A Juan le pareció que acudían a una cita. Hasta ese momento, los dos médicos siempre habían venido a horas diferentes, pero a partir de la llegada del francés siempre acudían juntos. Juan tenía concertada con ellos una visita médica todos los lunes por la tarde, pero no era raro que conversaran el resto de tardes de la semana. Sin embargo, esa semana no se habían acercado a hablar con él.

Todo era muy extraño y más aún determinados gestos que Juan observó cada vez que saludaban los dos médicos al francés. Desde su garita de vigilancia, Juan se percataba de cualquier movimiento extraño que ocurría dentro del casino. Allí dentro no existían secretos para él porque nadie pasaba tanto tiempo en el casino.

Una tarde de la semana siguiente no acudió a su cita diaria ninguno de los dos médicos. Juan estaba realizando un dibujo al que le prestaba toda la atención. Sin darse cuenta, el francés se había acercado y observaba cómo dibujaba por detrás de él. Cuando Juan se percató, miró hacia atrás y lo vio allí, con sus grandes ojos y las mejillas enrojecidas, observándole.

—Disculpe —se atrevió a decir el francés.

—No hay por qué —contestó Juan.

—¿Puedo? —preguntó el francés, señalando el sofá que había frente a Juan.

—Por supuesto —concedió Juan, señalando con su mano abierta el sofá que había frente a él.

—Permítame que me presente, me llamo Dominique Baumard y, como mi acento me delata, soy de la Francia.

Podría haber dicho con corrección soy francés, pero para un francés decir soy de la Francia significa sentirse orgulloso de su país y anteponer la grandeza de la Francia, ahora que estaba lejos de su patria.

—Yo soy Juan Bernal —se presentó, mientras cerraba la carpeta con el dibujo dentro. Juan se puso en pie, le alargó la mano y ambos estrecharon sus manos para después volver a tomar asiento.

—Ya sé quién es usted.

—¿Sí? —se sorprendió Juan.

—Sus amigos me han hablado muy bien de usted.

—¿Quiénes? —preguntó Juan, aunque lo suponía.

—Los doctores y también otras personas que los dos conocemos. Ya le diré quiénes son —respondió Dominique con cierto aire de intriga.

—¿Y qué le han contado mis amigos? —se interesó Juan.

—Que es usted un intelectual, que es una persona justa y que es como un hermano en quien se puede confiar —lo describió Dominique, imprimiendo a su tono de voz una entonación muy seria.

—O tengo muy buenos amigos, o han exagerado cuando le han informado sobre mí —dijo Juan con humildad.

—Usted y yo sabemos que en los tiempos que corren es muy difícil la adulación. Y créame, no le estoy adulando —aseveró Dominique.

—Eso es verdad. No corren buenos tiempos. ¿Me permite una pregunta?

—Por supuesto. Adelante.

—Habla usted un español perfecto aunque con un ligero acento francés. Me gustaría preguntarle, ¿a qué se dedica usted?

—Soy químico y trabajo en una empresa de alimentación de Alcantarilla.

—Y, ¿qué fabrica usted en esa empresa?

—Estamos desarrollando una nueva línea de producción para fabricar ingredientes para las harinas lacteadas, y como yo era el director de ese departamento en Suiza y además hablo español, pues aquí me tiene —Dominique intentaba vocalizar con corrección cada una de las palabras que pronunciaba, para procurar que su interlocutor lo pudiera comprender bien.

—Y, ¿por qué se ha venido a España?

—Por el clima, por la luz de esta tierra. Mi mujer y yo ya estábamos cansados del frío de Centroeuropa y de la nieve. Necesitábamos un cambio de aires y echábamos de menos España. Trabajé varios años en Barcelona y allí aprendí el idioma. Cuando surgió la oportunidad, me ofrecí voluntario y, la verdad, los dos estamos encantados. Llevamos poco tiempo aquí, pero nos hemos adaptado muy bien.

—Si no es una indiscreción, ¿esas harinas lacteadas son para fabricar productos para la alimentación de los niños y los bebés? —se interesó Juan, cambiando el tema de conversación hacia un área que le interesaba.

—Ya veo que conoce el producto. Además, creo que le puede interesar porque podría representarlas aquí en Murcia. Hasta ahora no existe ningún agente comercial que presente estos productos de alimentación a los médicos. La información que reciben es a través de los anuncios publicitarios en los periódicos. Imagino que algunos de los dibujos de esa publicidad los habrá realizado usted —contestó Dominique, haciendo gala de tener toda la información acerca de cuáles eran los trabajos a los que se dedicaba Juan.

Dominique adornaba cada una de las palabras que pronunciaba con gestos elocuentes, que le sirvieran para comunicar mejor las ideas que necesitaba expresar. Hablaba con precisión, utilizando en cada momento la palabra oportuna.

—En efecto —afirmó Juan.

—Si está interesado en aumentar su catálogo de productos médicos, puedo hablar con la dirección y proponerles que lo contraten a usted para representar esos productos.

—Pues, la verdad, para serle sincero, estoy muy interesado. Sería una magnífica oportunidad.

—En ese caso, voy a realizar la gestión pertinente y le tendré informado.

—Muy agradecido, señor Baumard.

—No hay de qué, *Monsieur* Bernal.

Dominique se marchó y Juan se quedó pensativo. Como era un hombre pragmático, que no creía en las casualidades y menos aún en la suerte, pensó que tal vez aquella pequeña conversación con Dominique no había sido del todo providencial.

Cuando llegó a casa fue lo primero que le contó a María. No corrían buenos tiempos y la confianza en la gente no se conseguía a primera vista, sino que precisaba un tiempo de maduración en el que cada personaje debía de descubrir sus cartas sobre la mesa. Así funcionaban todos los aspectos de la vida por entonces.

María no le recriminó su actitud, porque ella ya había aprendido la lección, y sabía que no se podía confiar en nadie hasta que la persona en cuestión no se lo ganara. No obstante, le conminó a pedir información sobre aquel *monsieur*, cuyo nombre casi no supo pronunciar, a sus amigos.

Eso fue lo que hizo Juan. Aprovechando la visita médica que tenía concertada con los doctores, les contó la breve charla que había mantenido con Dominique, la propuesta de él, y con astucia intentó recabar más información sobre el francés.

Capítulo 9

Dos días después, un miércoles por la tarde, Dominique no se dirigió a su lugar de costumbre, sino que se acercó a Juan y se sentó frente a él. Le preguntó si quería tomar un Jerez y, tras la aceptación, pidió dos copas.

—He realizado ya la gestión y la propuesta ha sido muy bien aceptada. Como ya hay agentes comerciales para estos productos en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad, me han comentado que lo van a estudiar, pero que creen que la respuesta va a ser afirmativa —Dominique no se anduvo con ambages y le detalló toda la información.

Juan, que no se esperaba aquella noticia, se incorporó hacia delante con una expresión de alegría en su rostro y una sonrisa de agradecimiento. De forma instintiva, anudó su corbata y estiró su chaqueta, aunque ambas estaban en perfecto estado y sin la menor arruga. Después respondió:

—Gracias, ¡le estoy muy agradecido!

—No hay que dar las gracias, ¡para eso están los buenos amigos!

El camarero les sirvió las dos copas de Jerez y se alejó prudente para que pudieran continuar con su conversación.

—Propongo un brindis, ¡por el comienzo de una amistad! —propuso Dominique, alzando su copa hacia Juan.

—¡Por el comienzo de una amistad! —repitió Juan, mientras alzaba la suya.

Continuaron conversando hasta que un poco más tarde de las seis se les unieron a la tertulia don Salvador Mateos y don Evaristo Sanz.

Como no podía ser de otra manera, la conversación giró sobre temas políticos, pero se centró más en asuntos filosóficos y sociales, en el modo de ver y enfrentarse a la vida, en la moralidad que tenía cada persona con sus actos y cómo podían repercutir al prójimo.

Se alargó más allá de las ocho de la tarde, momento en el que Juan se disculpó porque tenía que desplazarse hasta El Liberal para entregar su trabajo.

Cuando Juan llegó al periódico, lo estaba esperando Vicente García Ros en su despacho, detrás de una mesa que estaba repleta de papeles que casi tapaban la máquina de escribir. A su derecha, había una estantería en cuyos anaqueles se amontonaban libros y más fajos de papeles.

Diríase que en aquel despacho reinaba el desconcierto, un lugar en el que para encontrar un documento o una información se podría tardar una semana. Pero, como Juan conocía la memoria que tenía Vicente, sabía que todo estaba donde él lo había dejado. Además, si le pedías algo, rebuscaba durante unos segundos y te lo entregaba porque, según Vicente, todo estaba ordenado.

—¡Llegas tarde! —lo recibió con esas severas palabras Vicente.

—Lo sé, pero no he podido venir antes.

—Pues, ¡los linotipistas están que trinan!

—Me lo imagino, pero solo puedo decir que lo siento. Además, en muy pocas ocasiones he llegado tarde —se disculpó Juan.

—A ver. Dame esos dibujos —ordenó Vicente, que era el encargado de supervisar el trabajo de Juan y dar su visto bueno para la publicación.

—¡Perfectos, como siempre! Voy a llevarlos a la linotipia. Espérame aquí que tengo noticias frescas que contarte.

Vicente García Ros era su mejor amigo en el periódico y había sido uno de los testigos en su boda. Frisaba la treintena, era de pocas carnes, barbilampiño y gafas con montura redonda que le daban a su cara un aspecto algo aniñado. Como tenía un carácter bonachón, a Juan le había sorprendido su escueto y severo recibimiento.

—¿Es importante lo que me tienes que contar? —preguntó Juan cuando volvió Vicente.

—Ya sabes que las noticias son importantes según el interés que muestres por ellas. Puede ser que sí y puede ser que no —contestó Vicente en estado puro.

—En ese caso, y como es tarde, te invito a cenar. No quiero que María se preocupe.

En los dos últimos meses se habían producido menos protestas y menos escaramuzas, por lo que pasear a aquellas horas por Murcia se volvió algo más seguro. Después de un verano caluroso ya empezaba a refrescar por las noches. Caminar por las calles empedradas, sin prisas, con la tenue luz que alumbraban las farolas y con la mejor de las conversaciones, era algo que deleitaba sobremanera a Juan que, aunque algo más temprano, solía hacer ese recorrido todas las noches de vuelta a casa.

—María, esta noche tenemos un invitado a cenar —avisó Juan

desde el recibidor de su casa.

—¿Quién es? —preguntó María, mientras salía a recibirlos.

—El mejor periodista de Murcia —vociferó con socarronería Vicente, antes de explotar en una sonora carcajada.

—Hola Vicente, ¡estás en tu casa! Enseguida te preparo algo para cenar.

—Ya sabes que yo soy de poco comer, así que me apaño con cualquier cosa.

Como habitualmente María y Juan cenaban en la cocina y ya estaba preparada la mesa, entre los tres lo trasladaron todo hasta la mesa del comedor. María había preparado huevos fritos, chuletas de cordero y patatas fritas. Solo tuvo que freír un huevo más y cocinar tres chuletas para Vicente. De postre había un orondo y ovalado melón.

—Y bien, cuéntanos esas noticias tan importantes —ordenó Juan, una vez que ya habían empezado a cenar y después de beber un trago de vino.

—Hoy he recibido correspondencia de Madrid —fue lo primero que dijo Vicente, mirando hacia el huevo frito en el que en esos momentos estaba mojando un trozo de pan de carrasca.

—¿Es lo que estabas esperando? —preguntó Juan.

—Sí. Ya está constituido el nuevo partido político Acción Republicana. Desde su comité central me han remitido toda la documentación que he recibido hoy y la he estudiado a fondo —anunció Vicente, mirando ahora alternativamente a los ojos a Juan y a María—. Como comprenderás, hay que ser muy cauto y discreto con toda esta información, los partidos políticos siguen estando prohibidos y nos jugamos mucho.

—María y yo lo sabemos —afirmó Juan.

—¿Seguís estando interesados en la creación y puesta en marcha de este partido en Murcia? —preguntó Vicente, antes de ofrecer más explicaciones.

—Por supuesto que sí, Vicente. Ahora más que nunca —intervino María con decisión y con un tono de voz serio.

—Lo más importante en estos momentos es conocer los ideales en los que Manuel Azaña fundamenta la constitución del nuevo partido político. Como imagino que lo has estudiado a fondo, explícanos esos ideales —demandó Juan a su amigo.

—Va a ser un partido político que va a trabajar con el objetivo de restaurar la democracia en España y proclamar de nuevo la República. Los pilares en los que se va a fundamentar el idealismo político de Acción Republicana son el laicismo, puesto que en estos momentos España no tiene por qué reconocer una religión oficial, que demasiado

daño y perjuicio ha causado ya la religión en España. El segundo punto importante es la puesta en marcha de la Reforma Agraria, que es necesaria para que nuestros campesinos no se mueran de hambre y abandonen el campo para buscar mejores condiciones de vida en las ciudades. El tercer punto, en orden de importancia, es la reforma del Ejército, porque España no necesita señoritos del sur con ínfulas de dictador. España necesita militares que trabajen y defiendan al pueblo, no militares que se conviertan en dictadores y sometan al pueblo. El cuarto punto interesante es dotar de autonomía a las distintas regiones de España. Azaña piensa que descentralizando el poder central de Madrid, el progreso y el estado de bienestar del país va a mejorar. Azaña quiere dar un paso hacia delante y que Acción Republicana sea un partido progresista de izquierda, no un partido marxista, pero sí que sea un partido fiel y que defienda los intereses del mundo obrero. Quiere que los obreros se identifiquen con Acción Republicana porque va a ser el partido que realmente defienda sus intereses.

Más que una explicación del ideal político del nuevo partido, parecía que Vicente estaba dando un mitin a sus amigos, por el énfasis y el sentimiento que ponía en la defensa de cada idea, de cada palabra y de los objetivos que perseguía la nueva formación política.

—Eso es lo que esperaba de Manuel Azaña, un partido coherente que defienda la democracia y la República como modelo de gobierno de España, que hasta ahora solo ha tenido reyes ineptos, incapaces de gobernar salvo para salvar su pellejo y anteponer su perpetuación al frente del estado —dijo Juan.

—Habría sido bueno que Azaña hubiera ido un poco más adelante con su manifiesto —cortó en seco María el mitin de salón de ambos.

—¿A qué te refieres María? —preguntó Vicente con asombro.

—A que hay que llevar a cabo acciones contra la dictadura de Primo de Rivera, que sepan que estamos aquí haciéndoles frente, que el pueblo está vivo, que los obreros tienen hambre pero no miedo —propuso tajante María.

—Eso que tú propones, hoy en día puede ser muy peligroso porque podría desencadenar una guerra civil en España, con las consecuencias desastrosas que podría acarrear —atacó Vicente con argumentos plausibles.

—Pero, no nos podemos quedar de brazos cruzados, nadie sabe qué va a pasar con Primo de Rivera ni cuánto tiempo va a durar en el poder. Si seguimos así, este gobierno puede durar una eternidad —espetó María, que no se dejaba convencer solo con palabras y probabilidades.

—Los dos tenéis razón —terció Juan, que veía que aquel debate se

podría eternizar y no llevar a ningún sitio ni sacar ninguna conclusión—. Ahora, lo más importante para España es que exista uno o más partidos políticos dispuestos a plantar cara desde la clandestinidad, y luchar para regenerar la democracia en España como modelo de estado, como modelo político en el que el pueblo tenga el poder para elegir a sus gobernantes y el tipo de ideales políticos que más le interese a cada persona.

—Juan tiene razón —aseveró Vicente, aprobando la astucia y la mano izquierda de Juan para zanjar aquel debate—. Ahora mismo, lo más importante, es hacer propaganda con la mayor discreción posible acerca de la constitución de Acción Republicana como partido y difundir sus ideales. Hay que captar la mayor cantidad posible de adeptos que estén dispuestos a seguirnos, para lograr restituir la democracia y la segunda República en España.

—Estoy de acuerdo. Pero, si pasa el tiempo y no se consigue, hay que dar un paso hacia delante y si es necesaria la lucha pienso que ahí tenemos que estar también y apoyarla —propuso María, mientras asestaba un tajo al melón haciendo resonar el plato al chocar el cuchillo contra él.

—Ahora, lo que tenemos que hacer es organizarnos nosotros tres, que somos los primeros en tener esta información en Murcia. Hay que preparar de forma concienzuda cómo podemos transmitir el ideal político de Acción Republicana entre aquellas personas que consideremos más afines, para poder captar los mayores seguidores posibles —expuso categórico Vicente.

—Perfecto. Yo me voy a implicar, pero es necesario ir con mucha discreción y cautela por nuestra seguridad y también por la seguridad del propio partido, porque en caso de ser descubierto el plan que estamos poniendo en práctica, puede ser peligroso para el resto de seguidores de toda España —insinuó Juan, con la prudencia que le caracterizaba. Habló por él, no por María, porque aunque ya tenían los mismos ideales políticos y casi siempre pensaban lo mismo ante cualquier tema, ambos habían decidido que en casos como el que se estaba planteando, cada uno debería de tomar sus propias decisiones.

—Yo también me voy a implicar. Y aunque tengo menos contactos que vosotros, os voy a ayudar en todo lo que necesitéis. Además, os aviso ya, si en algún momento se decide dar un paso más allá, quiero que sepáis que estaré de acuerdo también —matizó María, muy segura en sus palabras y mucho más impetuosa que su marido y que Vicente.

Terminaron de perfilar sus planes para llevarlos a cabo. Decidieron reunirse con frecuencia allí mismo, en casa de Juan y María, para poner en común todas las acciones que deberían de ir organizando y

certificar los resultados que fueran obteniendo. Sería su cuartel general, el comité central desde el que saldrían las mejores ideas para poner en práctica en Murcia, con el objetivo de la restauración democrática en España.

La primera acción que Juan llevaría a cabo sería escribir una carta al día siguiente a su padre, porque sabía con certeza que era un ferviente seguidor de la causa en la que se habían embarcado.

Después de cenar, Juan sirvió dos copas de coñac, una para Vicente y otra para él. Luego, ambos encendieron un cigarrillo. María no fumaba y tampoco tomó ninguna copa de licor.

Durante la sobremesa, Juan cambió de conversación porque ya no quedaba nada más que debatir acerca de Acción Republicana.

—Por cierto, esta tarde he estado hablando de nuevo con el francés y me ha dado muy buenas noticias. Me ha comentado que ya ha realizado las gestiones pertinentes y que existen bastantes probabilidades de que pueda representar en Murcia la leche para los bebés y los niños. Que en pocos días tendré la respuesta definitiva.

—¡Enhorabuena! —lo felicitó María.

—Son noticias excelentes y te lo mereces, Juan. Te lo estás ganando a pulso porque eres un trabajador excelente. Mi más cordial enhorabuena —añadió Vicente.

—Bueno, ¡no hay que echar las campanas al vuelo! Estoy muy contento, pero es solo una posibilidad —aseveró Juan, con su pragmatismo habitual—. Ese fue el motivo de llegar hoy tarde a la redacción del periódico. Después, se nos unieron a nuestra conversación los doctores Mateos y Sanz y estuvimos conversando hasta que los tuve que dejar para irme al periódico —explicó con detalle.

—Muy interesante sería la tertulia —comentó Vicente.

—Pues, la verdad es que sí —afirmó Juan.

A continuación, Juan relató con todo lujo de detalles los aspectos de la conversación que habían mantenido los cuatro en el casino.

—Juan, ¿sabes lo que estoy pensando? —preguntó Vicente.

—Juan lo sabe y yo también —aseguró María, antes de que Juan pudiera intervenir—. Ya lo hemos hablado entre nosotros y sabemos que son masones.

Vicente García Ros era un miembro destacado de la logia masónica Miravete de Murcia. Juan y Vicente eran amigos y entre ellos no existían los secretos. A pesar de que uno de los requisitos de la masonería era mantener el secreto de su pertenencia a la misma, Juan sabía que su amigo había ingresado en la logia. Vicente nunca había intentado captar a Juan para la masonería porque el tema que más los

unía era la política.

—En efecto. Eso es lo que yo pienso, por todo lo que ya me has contado acerca del comportamiento de ellos estos días atrás en el casino —expuso Vicente.

—Sí. Tiene toda la pinta —aseveró Juan.

—Y después de la conversación de hoy, ¿qué conclusiones has sacado? —preguntó Vicente con interés.

—Yo creo que es el primer acercamiento, para tantearme, para conocer qué pienso de la vida, de los seres humanos y de la relación fraternal entre las personas —respondió Juan.

—Yo creo que se lo van a proponer —aseguró María.

—¿Entrar en la masonería? —preguntó Vicente.

—Sí —respondió con rotundidad Juan.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió Vicente con sumo interés.

—Si me lo proponen… voy a aceptar —respondió Juan, después de hacer una pausa para crear expectación—. Al fin y al cabo existe poca diferencia entre la ideología de Acción Republicana y los valores que defiende la masonería. Lo más importante de ambas ideologías es que buscan hacer el bien a los demás, que buscan la fraternidad entre todas las personas. Unos lo hacen desde la política y otros desde una institución humanista.

—Creo que harías bien y, además, existen muchos políticos que pertenecen a la masonería. Creo que en esa sociedad puedes tener también la oportunidad de captar seguidores para Acción Republicana —propuso Vicente, muy ávido de que su ideal político tuviera el mayor apoyo posible, porque él también lo haría en su logia.

—Ya lo había pensado, pero no debe de ser la principal motivación para que yo entre en la masonería —afirmó Juan.

—Lo que está claro es que a partir de esta noche nos queda mucho trabajo por delante. Tenemos varios frentes abiertos y en todos hay que trabajar y poner los cinco sentidos. Si nos implicamos, tiene que ser al cien por cien, y si Juan entra a ser miembro de la masonería, tendrá que hacerlo con todas las consecuencias, aportando primero su trabajo para ganarse la confianza y el respeto de todos los masones —ahora fue María la que habló, dejando impresionados tanto a Juan como a Vicente.

Con la intervención de María dieron por terminada la velada. Se había hecho demasiado tarde y podrían haber seguido hablando toda la noche con tantas perspectivas que tenían por delante y la ilusión que todas ellas despertaban en los tres, pero hubiera sido perder el tiempo puesto que las decisiones más importantes ya estaban tomadas.

No era baladí iniciar y poner en marcha un proyecto político en el

que los tres estaban totalmente de acuerdo.

Y en cuanto a la masonería, mejor era dejar que los acontecimientos vinieran rodados por sí solos y que Juan recibiera la propuesta de ser miembro de la sociedad.

Cuando Vicente se marchó, después de cerrar la puerta, María y Juan se dieron un beso como dos locos enamorados en el recibidor de su casa. Un beso lleno de deseo que se prolongó a lo largo del recorrido del pasillo hasta llegar a su dormitorio. Se desnudaron el uno al otro con delicadeza, como siempre les gustaba hacer, tomándose su tiempo para las caricias y luego hicieron el amor como si aquella noche comenzara una nueva vida para los dos.

El día siguiente, después de comer, Juan se retiró a su despacho. Allí cogió una cuartilla y se dispuso a comunicarle a su padre el compromiso político que había adquirido.

«Querido padre,

El motivo de la presente carta, es para comunicarle que por fin me voy a comprometer con un partido político que va a luchar por la restauración de la República y de la democracia en España.

Se trata del partido político que acaba de fundar en la clandestinidad Manuel Azaña y que va a llevar por nombre Acción Republicana.

María y yo estamos muy ilusionados con la ideología política de este nuevo partido. Vamos a trabajar para intentar implantarlo en Murcia y captar a todas las personas que se quieran sumar a nuestra causa.

Aunque sé que usted y mi hermano Joaquín, defienden posturas más radicales y revolucionarias, y que son partidarios de la lucha armada contra la dictadura, me gustaría que reconsiderasen su posición política y me acompañen en el viaje que inicio hoy, porque estoy convencido de que desde la postura de diálogo y de agrupación de la izquierda que propone Manuel Azaña, el objetivo no va a tardar en ser conseguido.

Todo lo que le estoy contando es confidencial, por lo que ya sé que cuento con la discreción de usted y de mi hermano.

¡Viva la República!

Reciba usted, mis hermanos y mi madrastra un abrazo muy fuerte de su hijo Juan».

Capítulo 10

Los días siguientes, Juan siguió con su trabajo habitual en el casino, reuniones con médicos en las que presentaba sus productos y momentos en los que estaba solo, que aprovechaba para pintar los dibujos del periódico.

Pero, introdujo alguna rutina especial que le permitía acercarse y conocer mejor las carencias de todos los personajes que pululaban por allí, y cuál era la mejor forma con la que él les podría ayudar, porque las necesidades que tiene cada persona le marcan el camino hacia algunos ideales políticos.

También se fijaba mucho en los comentarios que se realizaban en las tertulias, opiniones que luego apuntaba en su libreta con el nombre de su autor. De esa manera, empezó a realizar un perfil de la mayoría de los socios del casino, fundamentalmente de los que más lo frecuentaban y cuáles podrían ser sus ideales políticos.

La rutina vespertina sí que cambió de manera importante. Dominique se sentaba todas las tardes con él. Cuando Juan estaba dibujando, esperaba paciente a que terminara para iniciar la charla. Sin embargo, cuando no lo hacía, comenzaban una tertulia que abarcaba más los temas filosóficos que los políticos de aquellos días. Siempre pedía dos copas de vino de Jerez y cada día le gustaba proponer un brindis diferente.

Juan tenía la sensación de vivir momentos diferentes a lo largo del día.

Momentos en los que él era el maestro, cuando hacía un comentario por aquí, introducía un tema novedoso en la tertulia sobre algún aspecto que había sucedido por aquellos días, o realizaba cualquier tipo de matización de forma muy sutil en otra conversación. Todos esos matices le servían para observar el comportamiento y las opiniones de todas aquellas personas, y apuntarlos a posteriori en el lugar adecuado.

Sin embargo, por las tardes, parecía que él era el alumno al que le estaban explicando toda una serie de valores, al que observaban cuando querían conocer cuál era su conducta ante algunas disquisiciones filosóficas, y al que ponían contra la pared cuando necesitaban determinar qué tipo de moral tenía ante los problemas

que cada día debía de sortear el ser humano. Tenía la sensación de que lo estaban poniendo a prueba y que tendría que aprobar la evaluación que cada tarde le estaban haciendo.

Calculó que Dominique Baumard tendría algo más de cuarenta años. Era alto y, aunque estaba entrado en carnes, lo disimulaba a la perfección. Vestía impecable, nunca llevaba sombrero que tan de moda estaba en aquel tiempo y tenía unos ojos vivarachos que todo lo escrutaban. Se notaba a la legua que era un hombre que había recorrido mundo, de amplia formación humanista y que sentaba cátedra con sus opiniones y comentarios.

Juan comprendió, desde el primer momento, que era un hombre del que tenía mucho que aprender.

Se fijaba en su forma de hablar, de modular las palabras, del énfasis que ponía en los aspectos que consideraba más importantes, en cómo introducía un tema de conversación mediante un hilo conductor desde el tema que estaban tratando con anterioridad, en cómo ordenaba sin mandar, en cómo gesticulaba con las manos y, sobre todo, que siempre miraba a los ojos cuando estaba hablando.

Era ya finales de septiembre, el otoño había llegado, aunque el verano parecía no querer marcharse. Como todos los años, el tiempo solía ser el habitual en Murcia.

Una de aquellas tardes, Dominique se presentó con una amplia sonrisa fuera de lo habitual que auguraba buenas noticias. Además, traía consigo un maletín, detalle que le extrañó a Juan porque siempre venía sin nada.

—Buenas tardes *Monsieur* Bernal —saludó con énfasis Dominique.

—Buenas tardes *Monsieur* Baumard —respondió Juan, con un acento francés perfecto al pronunciar la palabra *Monsieur*.

—Esta tarde tengo muy buenas noticias para usted —insinuó Dominique, que aunque llevaban conversando amigablemente ya muchas tardes, aún no habían prescindido de las formalidades de tratarse de usted.

—Soy todo oídos, le escucho —contestó Juan, sonriendo también.

—Hoy es su día de suerte, han decido contratar sus servicios y que usted sea el representante comercial de las harinas lacteadas en Murcia y otros productos médicos que también tienen para los niños —anunció de un tirón Dominique.

—Muchas gracias Dominique. Le estoy muy agradecido por su

gestión y por confiar en mí —respondió Juan, mientras se ponía de pie para estrechar la mano de Dominique en señal de agradecimiento.

—Ahora solo falta formalizar toda la documentación que me han remitido —dijo Dominique y se dispuso a sacar varios documentos de su maletín.

Dominique entregó a Juan los diversos documentos para que los fuera leyendo. Una vez que estuvo conforme, los situó encima de la mesa que los separaba y estampó su firma en cada uno de ellos. A partir de ese día aumentaría su cartera de representación de productos sanitarios, su beneficio económico de manera considerable y la cantidad de trabajo, aunque ese problema no le incomodaba en absoluto.

Cuando llegan las mejores noticias en el momento más inesperado, nada mejor que celebrarlo con la persona que más amas en este mundo, con el amor de tu vida.

Juan se despidió de Dominique una vez formalizados todos los documentos, no sin antes agradecerle de nuevo la gestión realizada y, como siempre, quedaron para verse la tarde siguiente. Antes de despedirse, le dijo que quería compartir con su mujer, lo antes posible, la gran noticia que acababa de recibir.

María estaba leyendo el libro de poesía Campos de Castilla, de Antonio Machado, cuando Juan llegó a casa. Se sobresaltó al oír abrirse la puerta, aunque sabía que era Juan por el tipo de ruido que había hecho. Dejó el libro en la mesita que había junto al sillón y fue a su encuentro.

—¿Qué pasa? —preguntó María con inquietud, porque Juan nunca volvía a casa a esa hora tan temprana.

—Tengo muy buenas noticias y he venido corriendo para contártelas —respondió Juan, como si le hubieran realizado el mejor regalo de su vida.

—¡Venga! Suéltalas, ¡que me tienes en ascuas!

—Ante ti tienes al nuevo delegado comercial de harinas lacteadas para niños —soltó por fin Juan, lleno de satisfacción.

A continuación, le relató toda la conversación que había mantenido con Dominique Baumard y todo el papeleo que había tenido que firmar para sellar la relación comercial.

—Como hoy es un día muy especial, te vienes conmigo al periódico, entrego estos dibujos y luego nos vamos a celebrarlo a

alguna taberna, ¿te parece buena idea? —preguntó Juan, con ojos de niño llenos de amor por María.

—Me parece una idea maravillosa —contestó María.

Luego, se fundieron en un abrazo lleno de sentimiento y Juan le dio a María uno de esos besos en el cuello que tanto la electrizaba.

En El Liberal encontraron a Vicente leyendo unos documentos que probablemente se convertirían en noticia en los próximos días. Juan le anunció la buena noticia y recibió todo tipo de parabienes. Después de entregarle los dibujos, abandonaron el despacho con la felicidad como compañera de celebración.

Salieron del periódico sin rumbo fijo, dando uno de esos paseos infinitos que tanto les gustaba dar desde su época de noviazgo, unas veces abrazados y en otras ocasiones María agarrando el brazo de Juan.

Caminaban despacio, sin prisas, hablando para ellos, como si estuvieran solos en aquella ciudad que los bendecía con su amor y que tantas sorpresas positivas les estaba deparando en el último año.

Cuando se vinieron a dar cuenta, se encontraron a las puertas de la taberna El Garrampón y decidieron entrar allí para celebrar su buena suerte y un día más de amor.

Octubre vino cargado de trabajo y, a pesar de ello, a Juan se le veía cada día más feliz.

A los médicos que ya tenía en cartera tuvo que sumar a los pediatras. Las visitas médicas que tenía que hacer a las consultas privadas, a las clínicas y a algún domicilio particular de algún médico amigo, procuró realizarlas durante las mañanas. La mayoría de los médicos vivían en el centro de Murcia, no muy alejados del casino y de su casa. A veces iba directo al casino y luego hacía las visitas, mientras que otros días el procedimiento era justo todo lo contrario.

Después de comer, salía con ilusión hacia el Círculo de Bellas Artes, en donde dedicaba una hora a pintar, perfeccionando las técnicas pictóricas que le enseñaban sus maestros.

Intentó por todos los medios que las tardes fueran sagradas para el casino, lugar en el que aparte de realizar visitas médicas, a partir de las cinco de la tarde tenía un hueco reservado para Dominique Baumard.

Se veían todas las tardes y tenían para ellos una hora a solas, antes de que llegaran los doctores Mateos y Sanz. Cada día que pasaba

aumentaba la complicidad entre Juan y Dominique. No les quedaba ningún tema por tratar y ya habían pasado a la fase que conducía hasta la verdadera amistad, puesto que ya se tuteaban.

A Dominique le apasionaba dominar el español y conocer el significado de todas las palabras. En muy pocas ocasiones se quedaba atascado en medio de una frase y no encontraba la palabra adecuada. En esos momentos, Juan acudía rápido en su ayuda y le decía cuál era la palabra oportuna para completar aquella frase.

De tal modo que una tarde y después de que Juan le corrigiera con educación una palabra mal utilizada en una frase, Dominique le propuso que en agradecimiento él le podía enseñar a hablar francés si, por supuesto, Juan estaba interesado.

Ante el comentario afirmativo de Juan, Dominique se alegró y comenzó a impartirle su primera clase.

—*Mon prénom est Juan* —Mi nombre es Juan, tradujo Dominique y luego lo escribió sobre una cuartilla que había sacado Juan de su maletín.

—*Mon prénom est Juan* —repitió Juan, y tras la rectificación por parte de Dominique, Juan lo volvió a intentar dos veces más hasta lograr una pronunciación perfecta.

—Muy bien —se alegró Dominique—. Es muy parecido al español, solo que hay que hablar cerrando un poco más la boca durante la pronunciación de las palabras. Ahora, vamos a aprender la segunda frase: *je m'appelle Juan et je suis espagnol* —yo me llamo Juan y soy español fue la traducción de Dominique.

—*Je m'appelle Juan et je suis espagnol* —un poco más y se atraganta Juan cuando pronuncio *m'appelle,* pero pudo salir adelante con el intento. Dominique, muy serio, no se rio y lo animó a que volviera a ensayar, después de que él le enseñara cómo debía de unir los labios para lograr una pronunciación correcta.

Continuaron con nuevas frases hasta que llegaron los doctores y Juan sacó en positivo que le gustaba aquella experiencia. Intentar aprender un idioma nuevo no era tarea fácil, pero en un país en el que prácticamente nadie hablaba un segundo idioma, se dijo para sí mismo que no habría mal que por bien no venga. Además, no tenía ni idea de para qué le podría servir aquel aprendizaje y lo más probable es que nunca le sirviera para nada, pero el afán de ilustración de Juan no tenía fin, y en su mente inquieta siempre había el espacio suficiente como para aprender algo nuevo cada día. Si le sacaba provecho bien, y si no, seguro que le servía para aumentar su cultura.

Ya tenía claro que *Monsieur* era su palabra preferida del francés.

Algunas tardes, Juan abandonaba el casino antes que de costumbre. Se dirigía con rapidez al periódico y allí aprovechaba unos minutos para tamizar la estrategia que había puesto en marcha con Vicente García Ros. Ya habían captado a nuevos seguidores de la ideología de Acción Republicana y, como una ola, ahora intentaban diseminar sus ideales políticos por toda Murcia para obtener el objetivo al que se habían consagrado.

La estrategia consistía en que cada nuevo partidario de Acción Republicana intentara captar nuevos adeptos a la causa. Luego, organizaban pequeñas reuniones para dos o tres personas y allí acudían Juan o Vicente para explicar el ideario del nuevo partido. Cuando también había mujeres interesadas en sumarse al proyecto político, era María la que con un incendiario y entusiasmado discurso, explicaba todos los pormenores acerca de por qué Acción Republicana era la mejor opción política para recuperar el estatus republicano perdido.

Todo se realizaba con la mayor escrupulosidad posible, en medio de un secretismo que protegiera la seguridad tanto de María y Juan como de Vicente. Sus nombres solo eran conocidos a partir del compromiso formal de los nuevos adeptos.

Como no podía haber afiliaciones, se utilizaban diferentes tipos de listas que camuflaban la seguridad de cada nuevo seguidor. De tal forma que había una lista con los clientes de tal o cual ventorrillo. Los clientes de aquella taberna. La lista de los nuevos padres interesados en comprar harina lacteada. La lista con los interesados en realizar una matanza de cerdo en la huerta y comprar los productos elaborados con esa matanza. Listas que no guardaban ni Juan, ni María ni Vicente, sino cada uno de los organizadores de aquellas reuniones clandestinas.

Las reuniones casi siempre se organizaban por la noche, aunque algunas también se realizaban durante el mediodía. Se reunían en los ventorrillos de la huerta o en las tabernas de la ciudad, durante el día de cierre semanal; en la trastienda de algunas tiendas de ultramarinos; en un par de imprentas, que tan necesarias eran para imprimir sus panfletos; en despachos de la universidad, en domicilios particulares y hasta en el casino, aprovechando para ello alguna de sus salas poco concurridas o utilizando como excusa una simple partida de billar.

Juan, María y Vicente estaban sorprendidos por la acogida tan entusiasta que estaban obteniendo y por cómo se multiplicaban el número de seguidores en tan corto espacio de tiempo. No solo se unían a la causa los obreros, sino que también se sumaban los intelectuales, entre los que había calado de manera asombrosa la

nueva formación política.

Otro de los puntos importantes de la ideología de Acción Republicana es que proponía el sufragio universal, promoviendo por primera vez el derecho al voto de las mujeres en unas elecciones democráticas libres. De tal manera que María tuvo que multiplicar su trabajo, y era el único componente de los tres que casi siempre tenía que acudir a todas las reuniones que se organizaban. Su nombre comenzó a crecer como la espuma y su estela se acrecentó con el ímpetu y el entusiasmo que transmitía en cada una de sus disertaciones. No había mujer en Murcia que acudiera a uno de sus mítines que no se adhiriese a la causa.

Los tres se estaban dedicando a sembrar una tela de araña que abarcaba todos los estamentos y cada uno de los rincones de Murcia. Y todo, por la causa en la que ellos creían.

Uno de esos días de octubre, Juan recibió una carta de su padre. Antes de comer, sentado en una silla en la cocina de su casa, la leyó en voz alta para que María conociera también su contenido.

«Almoradí, 11 octubre 1925.

Queridos hijos Juan y María:

No imagináis cuánto me alegra que al fin iniciéis vuestra lucha personal contra la dictadura de Primo de Rivera.

Siempre que sea de izquierda, no importa el partido que sea porque, al fin y al cabo, la ideología de estos partidos solo se diferencia en unas comas de más o de menos y en unos párrafos más o menos encendidos.

La gran diferencia está en ser partidarios de la Revolución y la lucha armada o no. Hay muchos partidos de izquierda, unos están a favor y otros en contra.

Me gusta la idea de Manuel Azaña de intentar aglutinar y unir a todos los partidos de izquierda en una gran confederación, aunque sé que es un desafío bastante difícil de llevar a cabo.

Tanto Joaquín como yo os agradecemos a María y a ti la propuesta de embarcarnos en vuestro ideal, pero por ahora no

puede ser, porque nosotros somos partidarios de la Revolución, a través de la lucha activa para impedir por la fuerza todo el maltrato que se le inflige al pueblo.

¡Viva la República!

Recibid un abrazo muy fuerte de vuestro padre, Juan».

A Juan no le sorprendió la respuesta de su padre. Más aún, la imaginaba y sabía que iba a ser esa. A pesar de la buena situación económica de su padre, siempre había sido un defensor acérrimo de los obreros y de las clases más desfavorecidas. Conocía muy bien a su padre, un hombre culto e ilustrado. Esa formación le había servido para luchar contra los dirigentes políticos y poner todos los medios a su alcance para que no oprimieran al pueblo. Esos valores se los había inculcado desde muy pequeño a Juan y a sus hermanos, y estaba seguro de que nunca renunciaría a ellos.

Juan Bernal padre era un hombre comprometido con el pueblo.

—Tu padre es un hombre bueno. Hay que dejarlo que siga su camino, igual que él nos anima a que nosotros luchemos por nuestros ideales —precisó María con admiración.

Antes de que octubre se despidiera hasta el año siguiente, se había cumplido en exceso todo el bagaje de expectativas que Juan y María se habían marcado para ese mes.

Juan continuó con su proceso de aprendizaje del francés, más como un juego que con la imperiosa necesidad de precisarlo para algo en concreto. Igual fue ese el motivo de que aprendiera más rápido de lo que Dominique habría imaginado. Aprender por gusto, por placer y sin ser necesario, era la espita que provocaba que Juan disfrutara durante ese proceso y que la pronunciación de cada palabra, la forma de juntar los labios o cómo acercar la lengua a los dientes, para lograr la pronunciación perfecta de una palabra, fuera una travesura con premio añadido.

Y de repente, todo sucedió.

Fue una tarde, después de terminar la clase de francés. Ya estaban presentes los doctores Mateo y Sanz cuando Dominique cambió el tema de conversación y le preguntó a Juan qué conocimientos tenía él acerca de la masonería.

Capítulo 11

Lo primero que contestó fue que se trataba de una institución moral y benéfica en provecho del prójimo.

Después describió a la masonería como una sociedad humanista y filosófica en continua búsqueda de la verdad.

Y finalizó ensalzando las ideas de libertad, igualdad y fraternidad que tanto debería de conocer Dominique por ser el lema de su Francia natal, pero que en realidad se trataban del ideario perteneciente a la masonería mucho antes de la revolución francesa.

Ante la contestación, los tres hombres que escrutaban a Juan con ojos inquisidores se quedaron circunspectos. Se miraron entre ellos y cada uno hizo un gesto de aprobación ante la abrumadora definición y conocimiento que Juan tenía de la masonería.

A continuación, Dominique, que llevaba la voz cantante, le preguntó si conocía la existencia de la masonería en Murcia.

Juan respondió afirmativamente. Sabía que en Murcia había una logia masónica, como se denominaba a las agrupaciones de masones, pero que en Cartagena había varias.

No parecía un interrogatorio, sino una conversación muy formal, que seguro podría tener algún desenlace final.

La siguiente pregunta fue ya mucho más concreta. Dominique le preguntó si conocía a algún masón y Juan asintió con un gesto de su cabeza.

—Y si te pregunto por el nombre de esa persona, ¿me dirías quién es? —preguntó Dominique, con el ceño fruncido y mirada torva.

—Nunca —espetó Juan, muy seguro de sí mismo.

—Aplaudo tu valentía y tu coraje. Solo los hombres sabios pueden aguantar impertérritos un interrogatorio así. Me quito el sombrero ante ti, *Monsieur* Bernal —apostillo Dominique, sorprendido por el bagaje intelectual de Juan y su fortaleza mental.

Luego, los tres hombres hicieron entre ellos un gesto juntando sus manos y Dominique volvió a formular otra pregunta.

—¿Sabes qué somos nosotros?

—Sí. Lo sé… Lo sé desde el primer día en el que os visteis por primera vez aquí. Sé que sois masones —contestó Juan con vehemencia.

Ante la contestación, ninguno de los tres hombres se sorprendió, sino que más bien hicieron algún gesto de aprobación y de admiración. Luego, como si todo hubiese sido preparado de manera concienzuda, como si todo formara parte de un guión en el que no se podía dejar ningún detalle al azar, fue el cirujano, doctor Mateos, quien tomó la palabra.

—Pertenecemos a la Logia Thader de Cartagena —anunció con orgullo Salvador Mateos.

—Dominique es nuestro Maestro Masón —añadió el psiquiatra Evaristo Sanz.

—Ahora, queremos hacerte una propuesta y quiero que respondas con el corazón —prosiguió Dominique—. ¿Quieres ingresar en la masonería?, ¿quieres pertenecer a nuestra Logia Thader? —Dominique formuló las dos preguntas que flotaban en su cerebro desde el principio de la conversación, imprimiendo un sentimiento de seriedad a ambas como antes no había visto Juan en él.

El silencio se adueñó de la sala de las peceras, estancia en la que solo estaban los cuatro hombres en aquel momento.

Juan imaginó qué estarían pensando aquellos tres hombres que lo miraban fijamente. Observó sus rostros y no tenían expresiones de incertidumbre, sino que sus miradas manifestaban el convencimiento de que la respuesta de Juan sería afirmativa.

Entonces, se vio a sí mismo y también recordó la mirada de María en sus reuniones clandestinas, cuando intentaban convencer de su ideología política a los futuros seguidores de Acción Republicana. Era como verse reflejado en uno de esos espejos convexos de las ferias en los que te veías a ti mismo, pero desde una perspectiva y con un aspecto diferente. Él era ellos y ellos eran él, dependiendo del contexto en el que se encontrara. Pero ahora estaba allí y aquellos hombres, que ya consideraba sus amigos, estaban esperando una respuesta que aún tardaba en dar.

—Es un gran honor para mí la propuesta que me acabáis de formular, va a ser un gran orgullo ingresar en la masonería y pertenecer a la Logia Thader —respondió Juan, con un tono de halago y emoción en su voz.

En esos momentos se dibujó una sonrisa en cada una de las caras de los tres interlocutores de Juan, igual que las que él pintaba en los rostros de los personajes felices que incitaban a la compra de cualquier producto anunciado en El Liberal.

—El honor y el orgullo es nuestro, que un personaje tan notable como *Monsieur* Bernal quiera ingresar en nuestra logia —afirmó Dominique.

Cuando se pusieron en pie los dos doctores y Dominique, Juan los imitó. Entonces, como señal de bienvenida a la logia, Dominique estrechó la mano de Juan de un modo especial, materializando esa simbología que utilizaban los masones cuando se daban la mano. Esa simbología que Juan ya conocía. A continuación, Juan estrechó la mano del cirujano Salvador Mateos y de Evaristo Sanz.

—Hace unos momentos nos has ilustrado con todos los conocimientos que tienes sobre la masonería pero, imagino, que también conocerás todo lo que se dice de nosotros —planteó Salvador Mateos.

—Descuida, Salvador, también sé que se os acusa de ser una sociedad secreta, que todo lo malo que sucede en el mundo es culpa de la masonería y que, además, la Iglesia está en contra de los masones.

—Y, a pesar de conocer todos esos puntos en contra, ¿estás dispuesto a ingresar en nuestra logia y trabajar con discreción para ayudar al desarrollo moral de las personas y de la sociedad? —inquirió Evaristo Sanz.

—Estoy dispuesto a asumir todos los riesgos que supone pertenecer a la masonería, porque sé que el beneficio que voy a aportar a nuestra sociedad va a compensar todos esos peligros —afirmó con rotundidad Juan, ofreciendo una imagen de seriedad y de compromiso con la masonería.

Juan era un hombre que había decidido dedicar su vida a trabajar por los demás, desde el compromiso político y ahora desde el compromiso moral y social. María era su confidente, su amante y su punto de apoyo ante cualquier adversidad. Ella era la persona que apuntalaba y fortalecía todas las decisiones que durante aquel tiempo venía tomando. Decisiones que siempre consultaba a María y que consensuaba con ella, dejándose aconsejar y emprendiendo solo el camino que previamente ambos habían acordado.

Pero no todo iba a ser tan fácil. Demasiados frentes abiertos y tareas por realizar, además de una agenda llena de compromisos que le obligaba a hacer malabarismos para poderlos cumplir. Juan se estaba entregando en cuerpo y alma al trabajo y al servicio hacia los demás, pero no le importaba, porque contaba con el apoyo y el motor de su vida, el amor por María. Siempre vestía de manera impecable: traje, camisa blanca y una corbata fina a juego, que por su elevada estatura

le daban un aspecto de *gentleman*. En su rostro nunca había una sola mueca de cansancio porque sus ojos azules de mirada chispeante, su cara delgada y alargada y un corte de pelo perfecto, a todas horas lo agraciaban con la presencia apropiada, para encarar con maestría cualquier tipo de situación y evento que se le presentase.

Durante el mes de noviembre tuvo que solucionar con prontitud y experiencia la ecuación tiempo más trabajo. Visitas de trabajo a los médicos y a los pediatras, dibujos para el periódico, clases de pintura, cada vez más reuniones para difundir el mensaje y el ideal político de Acción Republicana, la instrucción que estaba recibiendo de sus compañeros masones antes de entrar como aprendiz en la Logia Thader, en una ceremonia que todavía no tenía fecha fijada y, por fin, el aprendizaje del francés que tanto bienestar, relajación y buenos momentos le producía cuando soltaba algún trampantojo en su pronunciación.

Más adelante, a Juan se le presentó de improviso un problema sin resolver, cuando pusieron fecha a la ceremonia de iniciación masónica.

Iba a tener lugar en Cartagena el sábado 19 de diciembre por la tarde y Juan tenía dos amigos masones que pertenecían a la Logia Thader. Se trataba de los nombres que no había querido delatar cuando había recibido la propuesta de ingreso en la institución. Pensaba que no era ético por su parte acudir a la ceremonia y que tanto Dominique como los doctores Mateos y Sanz se enteraran allí de la buena amistad que Juan tenía con estas otras dos personas.

Fue María quien le propuso la solución. El 27 de noviembre, María cumplía veinte años y tres días más tarde, el 30 de noviembre, Juan cumplía veintidós años. Aprovechando la fecha de sus cumpleaños, organizarían una cena para sus compañeros masones en la casa de Juan y de María.

El sábado 28 de noviembre fue la fecha elegida. Dominique, Salvador y Evaristo llegaron a las ocho de la tarde acompañados de sus esposas. Tras las presentaciones de rigor, Juan anunció a sus invitados que tenía preparada una sorpresa para ellos en su casa.

En el comedor esperaban don Narciso y Pascual Cuadrado, catedrático de Filosofía y fiel tertuliano de don Narciso los sábados por la tarde en la rebotica. Ambos estaban acompañados de sus esposas.

Cuando los tres hombres entraron al comedor, se quedaron sorprendidos al ver allí a don Narciso y a Pascual Cuadrado. Se acercaron para saludarse y realizaron entre ellos el típico saludo de los masones cuando se estrechan la mano. No dijeron nada, pero los tres

miraron a Juan comprendiendo el significado de la sorpresa.

La mesa del comedor era rectangular. Los anfitriones se colocaron en los extremos y los invitados ocuparon los laterales. La cena la habían preparado durante la tarde María y Juan con la ayuda de una muchacha que habían contratado también para que sirviera la cena. El menú lo había ideado María. Se sirvió en primer lugar unas perdices de lechuga con tomate y aceitunas, bien regado con aceite de oliva y espolvoreado con sal. Luego, unas bandejas de pasteles de carne, que Juan había comprado en la pastelería Bonache, y otras con triángulos de queso manchego porque la combinación de estos dos tipos de sabores era una de las preferidas de Juan. Para continuar, María se había esmerado en la elaboración de unas sabrosísimas sardinas en escabeche con dados de patata, una receta que María bordaba y que preparaba con frecuencia cuando la pescadería tenía existencias de sardinas. Para finalizar, aparecieron unos medallones de solomillo de cerdo con taquitos de pan tostado y puré de boniato. Bebieron vino de Jumilla y agua. El postre consistió en naranjas cortadas en rodajas con canela y azúcar. A la hora del café y los licores sirvieron una tarta de bizcocho, chocolate y merengue, que estaba empapada con un almíbar que llevaba una pequeña cantidad de coñac, y que en el paladar de los invitados abrió las puertas del paraíso terrenal. La tarta la había preparado María a primera hora de la mañana, con la ayuda de un pinche llamado Juan Bernal, para que por la noche estuviera melosa y bien impregnada del almíbar.

Cuando terminaron la cena, los invitados felicitaron a Juan y María por su cumpleaños y les entregaron los regalos.

Era inevitable que una vez terminada la cena, los hombres hicieran una tertulia sentados en los sofás del comedor, mientras que las mujeres también tuvieron su rinconcito en la misma mesa en la que habían cenado. Los hombres comenzaron a fumar mientras bebían coñac y alguna copa de anís. Las mujeres bebieron mistela, vino dulce y anís.

Durante la cena no habían hablado en ningún momento sobre la masonería, pero todos sabían cuál era el motivo de esa invitación en exclusividad aquella noche, incluidas las mujeres porque todas eran conscientes de la actividad de sus maridos en esa institución.

La masonería fue el único tema de conversación en la tertulia de los hombres. Entonces, fue cuando don Narciso explicó que no tenía secretos con Juan y que estaba muy orgulloso de su discípulo. Que lo había ido instruyendo poco a poco en la teoría y práctica de la masonería, así como en el carácter filantrópico y filosófico de la sociedad. Luego, hizo un aparte para puntualizar que agradecía a

Pascual Cuadrado su ayuda en la labor de adoctrinamiento de Juan y en la enseñanza de toda la simbología que utilizaban los miembros de la institución.

También, comentó que no conocía absolutamente nada de la labor que estaban llevando a cabo tanto Dominique como Salvador y Evaristo. Que Juan era un hombre que manifestaba su honradez desde una legua de distancia y que jamás dudaría de su lealtad, porque era capaz de llevarse consigo un secreto hasta la sepultura.

Don Narciso apuntó que para él suponía una enorme alegría el trabajo que Dominique y sus amigos habían hecho con Juan, que le realizaran la propuesta del ingreso en la institución y que Juan la hubiera aceptado, siendo plenamente consciente del reto que suponía ser miembro de la masonería.

No obstante, también añadió que sentía una gran congoja por no haber sido él quien le hubiera propuesto la incorporación, después de todo el trabajo de instrucción que había realizado con su discípulo.

Fue entonces cuando Dominique tomó la palabra.

—¿Has decidido ya cuál va a ser tu nombre simbólico en la masonería?

—Sí —respondió con firmeza Juan.

—Estamos deseando conocerlo. ¿Nos puedes decir cuál va a ser? —preguntó don Narciso, demostrando el interés que todos tenían por conocer cuál iba a ser el nombre elegido para ser reconocido dentro de la hermandad.

Se hizo un silencio que aumentó la intriga y que Juan aprovechó para mirar a los ojos de cada uno de sus amigos.

—Aristóteles. He elegido el nombre de Aristóteles para que sea mi nombre simbólico como hermano masón —anunció Juan, repitiendo el nombre de Aristóteles para que quedara grabado a fuego.

—¡Aristóteles, uno de los padres de la filosofía! No sabes cuánto me alegro de tu elección —dijo Pascual Cuadrado, con orgullo porque él era filósofo.

—¡Aristóteles, maestro de reyes! Muy buena elección y, además, llegarás a ser un buen Maestro en la masonería —añadió Dominique.

—Juan, ahora entrarás como aprendiz, pero Aristóteles seguro que llegará a ser un gran Maestro de la masonería en Murcia —apostilló don Narciso.

Tras esas palabras todos los hombres se pusieron en pie y le dieron la mano a Juan, realizando el símbolo masón con sus manos.

Realizar un viaje por aquella época no era muy usual si no era por motivos de trabajo y pocas eran las personas afortunadas de poder viajar. Después de la luna de miel, Juan y María no habían vuelto a realizar ningún viaje porque las salidas a distintos lugares de la huerta de Murcia, en donde les organizaban reuniones para difundir el mensaje y el ideal político de Acción Republicana, no lo consideraban en ningún modo como un viaje.

El viernes 18 de diciembre era un día marcado en el calendario desde hacía varias semanas.

El día siguiente se celebraba la ceremonia de iniciación de Juan en la masonería y habían quedado para salir rumbo a Cartagena después de comer. En la puerta de la farmacia de don Narciso se encontraban aparcados tres flamantes Hispano Suiza. En el coche de Evaristo Sanz viajaba Dominique. Juan y María iban en el coche de Salvador Mateos y en el de don Narciso era Pascual Cuadrado su pareja de viaje. Todos viajaban acompañados con sus esposas.

Como si fuera una excursión de colegiales, partieron desde la plaza de Santo Domingo. Llevaban ropas de abrigo porque ese día hacía frío, que se acrecentó en las empinadas cuestas del puerto de la Cadena. En la subida del puerto hicieron una parada en la venta de la Paloma, lugar habitual para realizar un descanso en los viajes entre Murcia y Cartagena.

María estuvo acompañada en todo momento de Carmen Baleriola, la mujer de Salvador. Habían conectado desde la noche en la que se conocieron y no se separaron durante toda aquella tarde. Carmen era una mujer menuda, de fácil conversación y con una ideología muy similar a la de María. No se separaron ni durante el paseo por el puerto de Cartagena, en donde soplaba un viento racheado con aroma a mar, ni durante la cena.

Para sus reuniones, utilizaban una casa alquilada en el centro de Cartagena, cercana al ayuntamiento. En una de sus salas se alzaba el Templo masón, en el que celebraban todos sus ritos. Era un recinto rectangular, sin ventanas, al que se accedía a través de una puerta y tras ella una columna a cada lado. Presidía el Templo un altar sobre el que había una Biblia, un compás, una escuadra y tres velas encendidas. A los lados había dispuestas unas sillas que ocuparon los hermanos masones.

Cuando comenzó la ceremonia, dieron paso a todas las mujeres de los miembros de la logia que estaban presentes aquella tarde. María y Carmen entraron juntas y ocuparon un lugar privilegiado a través del cual no se perderían ni un solo detalle de la tenida, nombre masón que recibían aquellas reuniones.

Dominique fue el Maestro masón que estaba oficializando el rito de iniciación de Juan. Después de colocarle el mandil masónico y terminar con toda la simbología que exigía la ceremonia de iniciación, Dominique presentó a Juan a sus hermanos masones.

Para finalizar el rito de iniciación solo faltaba el juramento masónico, que Juan realizó conociendo muy bien la responsabilidad que acababa de contraer, así como que se había comprometido a no revelar los secretos de la orden, a ayudar siempre a todos sus hermanos masones en cualquiera de las circunstancias que se presentasen y a guardar fidelidad a su esposa, aunque este punto sobraba para él, porque siempre le sería fiel a María.

Capítulo 12

Eran años difíciles.

Debido a la represión militar, la vida se apaciguó y no se convirtió en un remanso de paz porque aún existían rescoldos de atentados terroristas, denominados así por la oligarquía del poder. La colaboración de la dictadura con el ala más blanda del PSOE y los acuerdos alcanzados con la UGT, le permitió al gobierno aplacar las demandas proletarias, estabilizando la recuperación económica de España. Esta era la fotografía estática de los gobernantes: demasiado simplona y carente de rigor crítico.

Pero la realidad era bien distinta.

Juan y María eran personajes demasiado activos que aprovecharon la ola de calma chicha para atracar en el puerto y conseguir sus objetivos. Una vez difundido el mensaje político de Acción Republicana y después de la amplia aceptación que estaban logrando por los alrededores de Murcia, la tarea más inminente en la que se embarcaron, junto con Vicente García Ros, fue la de crear toda una infraestructura en la organización del partido político.

Durante meses se encargaron de crear una estructura piramidal en la que había que nombrar al coordinador de Acción Republicana en Murcia y desde ahí hasta abajo: delegados de comités, jefes locales y un largo etcétera hasta llegar al militante de base. Dotaron a cada cargo de las obligaciones y tareas que tenía que realizar, para que el mensaje calara hondo en toda la sociedad murciana, y preparar al partido político para la lucha entre bastidores con el objetivo de poner fin a la dictadura.

Como era lógico, tanto Vicente García Ros como los miembros más activos de Acción Republicana, ofrecieron a Juan el cargo de más importancia en Murcia. No obstante y ante la extrañeza de todos los miembros, Juan lo rechazó. Ante la insistencia y la solicitud de explicaciones por parte de sus compañeros, Juan adujo que él quería ser el militante de base más activo de la organización, que iba a seguir trabajando y luchando por el partido y que estaba a la entera disposición de todo lo que necesitasen. La respuesta fue que aunque no fuera el coordinador legal con nombre y apellido, para ellos seguiría siendo el alma máter de Acción Republicana en Murcia y

cualquier tipo de consejo, orden o sugerencia de él siempre sería llevada a la práctica.

Juan y María estaban al corriente de que no eran ellos solos los que se estaban organizando, sino que los anarquistas estaban también trabajando muy duro en la clandestinidad, enmudecidos pero preparándose y armándose de valor, con el fin de estar dispuestos para cuando llegase el momento adecuado de iniciar la lucha armada y establecer la dictadura del proletariado.

Juan odiaba las dictaduras tanto de un color como de otro. Odiaba a los políticos que se enraizaban en el poder y bajo el pretexto de la democracia o la lucha de clases, solo pretendían establecer la dictadura y la imposición de sus ideas por encima de las opiniones del resto de militantes. Esa era una de las razones por las que no había aceptado el cargo. A él le gustaba organizar, opinar y manifestar sus ideales con el objetivo de establecer una sociedad más justa e intentar igualar las enormes diferencias sociales que existían entre las personas de España.

María apoyaba todas sus decisiones aunque, sin pretenderlo, cada vez influía más en Juan. Siempre operaban de la misma manera en cualquier ámbito, ya fuera familiar, laboral, político o con respecto a la masonería. No era necesario convocar una reunión entre ellos dos porque cada vez que estaban juntos y hablaban de cualquier tema, o este o aquel problema, cada uno exponía sus ideas, luego hacían una puesta en común y al final tomaban decisiones por consenso, defendiendo o poniendo en práctica todo aquello que habían decidido.

Juan solo veía a través de los ojos de María y María solo pensaba a través del cerebro de Juan. Eran un equipo que estaba unido a través del amor que se profesaban mutuamente.

Una vez al mes viajaban a Cartagena para celebrar las reuniones de la logia masónica. Siempre viajaban en el coche de Salvador Mateos y en esos viajes surgió la incorporación de Salvador a Acción Republicana. Además, la relación entre María y Carmen se hizo más estrecha con el paso del tiempo y ahora era Carmen quien acompañaba a María cuando se organizaba una reunión clandestina del partido político. Hasta que incluso Carmen se decidió a presentarse sin la compañía de su amiga en algunas ocasiones, si había organizadas dos reuniones el mismo día y a la misma hora.

Salvador y Carmen vivían en la calle Platería, muy cerca de la casa de Juan y María. Entre ambos matrimonios se establecieron unos vínculos de amistad muy armónicos porque ambas parejas compartían unos ideales y un compromiso ante la sociedad similares.

El trabajo de Juan y la masonería los había unido. Ahora se trataba

del compromiso moral adquirido en favor de la sociedad, lo que había terminado acrecentando su amistad.

Juan seguía recibiendo clases de francés en el casino. Dominique se había convertido en un personaje imprescindible en su vida. Se trataba de un hombre que había madurado en el estudio y puesta en práctica de los valores morales masónicos en Francia. Allí había alcanzado el grado de Maestro y su sabiduría la había extendido por Suiza, Barcelona y ahora en Murcia. Dominique era un hombre de mundo y a Juan le aportaba los conocimientos, los puntos de vista y los principios éticos que tanto valoraba. Las frases cortas y fáciles de memorizar habían dado paso a estructuras gramaticales basadas en las conversaciones que mantenían sobre cualquier ámbito de la vida, de tal manera que Juan perdió el miedo y la vergüenza a expresar una idea en francés aunque se equivocara, porque con cada error aumentaba su progreso en la lengua francesa.

Dominique siempre le decía que hablar en francés, con ese acento murciano, solo él sería capaz de comprenderlo, y cada vez que se lo advertía, ambos prorrumpían en bulliciosas carcajadas en la sala de las peceras del casino.

En febrero de 1927, María y Juan recibieron la noticia más importante desde que eran matrimonio. Un ginecólogo, amigo de Juan, fue el trasmisor de la buena nueva.

María estaba embarazada.

La verdad es que llevaban ya más de un año aguantando bromas de todo tipo, además de sugerencias por parte de toda la familia para que fueran padres. Por aquellos tiempos era raro ver un matrimonio que no tuviera descendencia con mucha más antelación, pero Juan y María no eran un matrimonio como los demás, no eran una pareja convencional ni como se estilaba por aquel entonces. Ellos estaban enamorados y necesitaban vivir su amor de una manera muy especial, necesitaban curarse cada día de no saber vivir el uno sin el otro.

Ser padres, fue una de esas decisiones que habían tomado hacía mucho tiempo y que permanecía guardada en secreto en un rinconcito. Vivir un tiempo en exclusividad para ellos dos fue una decisión compartida entre besos, caricias y sábanas revueltas. Ahora que ya habían tenido la llamada y la necesidad de ser padres, ponerse de acuerdo en una nueva decisión fue muy sencillo, como la seguridad de que un hijo acrecentaría su amor. María y Juan adquirían un nuevo

y vital compromiso, como si subieran de nuevo al altar para decirse el «sí quiero».

El nuevo estado de María no fue un impedimento para que ambos siguieran llevando el estilo de vida tan cargado de trabajo, de compromisos sociales y personales en los que se habían embarcado. Solo hubo un cambio sustancial y fue la contratación de una asistenta interna que ayudaría a María en las labores de la casa y más adelante cuando naciera el niño. Se llamaba Manuela y a partir de entonces ocupó la habitación destinada al servicio que había en la casa.

El feliz acontecimiento tuvo lugar en septiembre. María dio a luz a su primer hijo, un niño que vino a llenar de alegría la casa que ya lo estaba esperando desde hacía nueve meses. Le pusieron por nombre Juan y así pasó a ser el cuarto Juan Bernal de la dinastía familiar.

María tuvo que aparcar por un tiempo la actividad política.

Dedicaba todo el tiempo del día a su hijo y cuando lo sacaba a pasear por las mañanas casi siempre hacía una parada en el casino. A medida que el niño fue creciendo, no era raro que lo llevaran con ellos a los actos políticos en los que la presencia de la pareja se hacía necesaria. Sin embargo, cuando María comenzó a acompañar a Juan los fines de semana que tenía que desplazarse a Cartagena, dejaban a su hijo al cuidado de la criada.

En 1929 el panorama político en España comenzó a enrarecerse por el descontento generalizado en todos los estamentos de la sociedad.

A las manifestaciones generalizadas que se sucedían en la mayoría de las ciudades españolas organizadas por anarquistas, obreros, partidos de izquierda y republicanos, se sumaron también las de estudiantes y los intelectuales de izquierdas.

Juan y María participaban en la organización de todas las manifestaciones de Murcia. Su compromiso político y social ya era de sobra conocido en la ciudad y aunque la convocatoria de una revuelta o manifestación procediera de los anarquistas o los obreros, siempre hacían partícipe a Juan para que se sumase a la organización. Juan, María y Vicente estaban al corriente de toda la información clandestina que circulaba por la ciudad.

María estaba de nuevo embarazada y cuando su estado de salud se lo permitía, no dudaba en participar en algunas de aquellas manifestaciones, siempre escoltada por Juan, Salvador y Carmen, así como por Vicente.

Su segundo hijo recibió el nombre de Antonio y nació poco antes de que la bolsa de Nueva York se hundiera hasta hacerse trizas.

A partir del crack de la bolsa de Wall Street, en el mes de octubre de 1929, la economía mundial se desplomó como las fichas de un dominó. La economía española, que ya venía sufriendo un lastre importante durante el último año, no pudo sortear aquel envite y fue arrastrada hasta el fango.

Sin embargo, a Juan y a María los asuntos económicos cada vez les iban mejor. Gozaban de una posición económica privilegiada y aquella tormenta económica no les afectó en lo más mínimo, porque al fin y al cabo todas las personas necesitaban medicamentos, que Juan representaba, ya que seguía siendo el único agente comercial de medicamentos de Murcia y el periódico cada día que pasaba gozaba de más éxito y de mayores tiradas.

La inestabilidad social y el descontento obrero aumentaron a medida que la crisis económica y política impregnó cada rincón de España. Fueron semanas en las que Juan no tenía tiempo para descansar. El teléfono de su casa sonaba a todas horas y la estancia en el casino la redujo a lo mínimo imprescindible.

Todas las noticias hacían presagiar que la dictadura estaba a punto de sucumbir y había que estar preparado. Nadie sabía qué iba a suceder ni qué derroteros políticos esperaban a la vuelta de la esquina.

Vicente García Ros y Juan estaban en contacto permanente y Juan organizó para Acción Republicana todo un calendario de protestas, que fueron secundadas por los anarquistas y los obreros del sindicato de la CNT, con el objetivo de contribuir a agitar el enjambre político.

En Navidad, Vicente informó a Juan de que el estado de salud de Primo de Rivera era delicado, como consecuencia de la diabetes que padecía.

Además, según las informaciones que había recibido El Liberal y que no pudieron publicar, los Capitanes Generales de las distintas regiones militares habían dado la espalda al dictador Primo de Rivera, por lo que todo hacía presagiar que el final de la dictadura estaba próximo.

A las nueve de la noche del martes 28 de enero de 1930 Juan estaba en casa cuando sonó el teléfono. Manuela, que había descolgado el aparato, le informó que lo llamaba muy urgente el señor Vicente García Ros.

—Dime Vicente, ¿cuáles son esas noticias tan urgentes?

—Primo de Rivera acaba de dimitir —anunció Vicente, con un júbilo tan evidente que hasta viajaba por los cables de aquel teléfono.

—¡Que acaba de dimitir! ¿Qué significa eso? —preguntó con incredulidad Juan, que necesitó sentarse en el sillón del comedor para poder digerir la noticia que acababa de recibir. Hacía algo más de una hora que había abandonado la redacción del periódico y solo se conocían los rumores que provenían de Madrid.

—No lo sé aún, pero esto es un hervidero de noticias ahora mismo.

—Los dictadores no dimiten, Vicente. ¡Los dictadores mueren o los matan, pero nunca dimiten! —exclamó Juan, desde el comedor de su casa, alzando la voz sin darse cuenta.

—Ya lo sé, ¡por Dios, Juan! No soy tonto. Aquí estamos todos igual que tú. Ya sé que a los dictadores se los tiene que llevar la tumba por delante para poner fin a su dictadura —explicó Vicente, con un tono de voz en el que denotaba el nerviosismo que tenía en esos momentos.

—¿Y ahora qué…? —preguntó Juan, con el recelo que le provocaba la nueva situación.

—No lo sé aún, ¡nadie lo sabe!

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Juan, que ya estaba dispuesto a cualquier cosa después de recibir la magnífica noticia.

—Vente al periódico, ¡que aquí tenemos la mejor información de toda Murcia! —ordenó Vicente García Ros, con esa voz ronca que le caracterizaba y que le servía hasta para traspasar fronteras.

Capítulo 13

La predicción de las cabañuelas del mes de agosto para el mes de enero de 1930 en Murcia era que iba a ser un mes sin borrascas, sin nubes que amenazaran tormentas y con temperaturas estables, casi cercanas a los veinte grados a mediodía. Hay mucha gente que no cree en las cabañuelas, no obstante su predicción se cumplió casi por completo. El único y terrible fallo fue predecir que no habría nubarrones, porque la dimisión del general Primo de Rivera generó una auténtica tempestad que cruzó el mapa de España de norte a sur.

Juan había estado en EL Liberal hasta altas horas de la madrugada y el miércoles a las nueve de la mañana ya estaba de nuevo allí, con el periódico bajo el brazo y dirigiéndose hacia el despacho de Vicente García Ros.

La sala de la redacción era grande y el despacho de Vicente estaba al fondo. Lo vio a través de la cristalera de la puerta, hablando por teléfono de pie y parecía hiperactivo porque no paraba de moverse. Cuando entró al despacho, Vicente le hizo una señal para que se sentara en una silla.

—Aparca ese traje en tu armario por una temporada hasta que engordes porque, ¡por Dios!, te estás quedando en los huesos y se te ha quedado muy grande —le dijo Juan en tono amistoso cuando colgó el teléfono.

—Si es que estos días no paro de trabajar y apenas tengo tiempo para comer. Además, todos mis trajes son de la misma talla —contestó Vicente, esgrimiendo una de sus sonrisas espontáneas.

—Pues cómprate uno de una talla menor —le propuso Juan.

—No está el horno para comprarse trajes ahora mismo y déjate ya de tonterías y vamos al grano —ordenó Vicente, adoptando ya un tono mucho más serio.

—¡Vamos hombre! Yo solo quería darte mi opinión y no me lo podía callar. Bueno, vamos al grano. ¿Qué noticias nuevas hay esta mañana? —preguntó Juan, mostrando ya un rictus más formal.

—Como ya sabes, anoche quedó confirmado el general Berenguer como el sucesor de Primo de Rivera. Durante el día de hoy tiene la intención de dar a conocer el nuevo gobierno —anunció Vicente, con gesto serio, mientras se sentaba.

—¿Y qué se sabe de Berenguer? ¿Qué intenciones tiene? ¿Va a continuar con la dictadura o qué? —eran muchas las preguntas que formulaba Juan, ansioso por conocer lo que iba a suceder en España.

—De Berenguer se sabe que es un hombre tangencial, ni frío ni calor, amigo de sus amigos y querido en el ejército. La dictadura, de momento, parece que va a continuar porque mientras no haya elecciones libres y el presidente del Gobierno sea nombrado a dedo por el rey, esto seguirá siendo una dictadura. Y sobre las intenciones que tiene, lo averiguaremos en los próximos días —Vicente contestó a todas las preguntas mientras realizaba garabatos con un lápiz en una cuartilla de papel.

—¿Tú qué piensas? —inquirió Juan, que conocía la intuición que tenía Vicente.

—Creo que Berenguer va a ser el preludio del final.

—¿Entonces?

—Ahora es cuando hay que empezar a trabajar en serio, a engrasar toda la maquinaria que hemos puesto en marcha durante tantos años de clandestinidad y a estar preparados para cuando llegue el final —aseveró con vehemencia Vicente.

—¿Quieres que prepare al partido de cara a unas próximas elecciones? —volvió a preguntar Juan, porque con cada respuesta de Vicente aparecía una nueva pregunta en el horizonte.

—Sí —contestó con convicción Vicente—. Hay que darle a los murcianos los candidatos que estén mejor preparados. Hay que ponerse en contacto con ellos y saber quiénes están dispuestos a ser aspirantes a presentarse a las próximas elecciones. Por supuesto, y como siempre, con mucha discreción. Por eso confío en ti, Juan, para esa labor.

—No temas. María y yo trabajaremos codo con codo y en poco tiempo lo tendremos todo preparado.

—Confío en vosotros dos. Cuando os ponéis a trabajar juntos sois una maquinaria implacable. ¡Qué envidia me dais!

—Muchas gracias Vicente —Juan agradeció el elogio y no pudo reprimir el sonrojo que experimentó su rostro.

—¡Ah! Una cosa más y muy importante. No va a ser fácil lograr nuestro objetivo, por lo que es muy importante seguir agitando el limonero para que los limones maduros caigan al suelo. Nos sería de mucha ayuda que los obreros aumenten sus protestas y que de vez en cuando se produzcan desórdenes públicos. Estoy seguro de que María se alegrará de esta propuesta —Vicente conocía de sobra a María, sabía que era mucho más beligerante que ellos dos juntos y que si por ella fuera la República ya habría llegado a base de protestas y de

lucha callejera.

—Dalo por hecho. Yo también estoy seguro de que María se alegrará —confirmó Juan, mientras se ponía de pie.

María esperaba a Juan con ansiedad. Habían hablado por teléfono desde el casino y él le trasladó la conversación mantenida con Vicente, pero le dijo que tenían que hablar de más asuntos mientras comían al mediodía. Juan no se fiaba de aquellos malditos inventos llamados teléfono y siempre decía que alguien podía estar escuchando la conversación al otro lado. Por esa razón, el teléfono lo utilizaba cuando solo era preciso y procuraba no transmitir ninguna información de importancia. Para él, la seguridad estaba por encima de todo.

María conocía a su marido a la perfección. No existía ningún resquicio de su personalidad que la pudiera sorprender sin conocerlo. Por eso, cuando Juan le habló de asuntos, sabía que había algo muy importante que tendrían que comentar a solas.

La mesa estaba preparada en el comedor de su casa. Desde que tenían criada, ellos comían en el comedor mientras los niños descansaban y la asistenta lo hacía en la cocina. Cuando oyó sus pasos por el pasillo, María fue con toda la rapidez que pudo y abrió la puerta antes de que él introdujera la llave en la cerradura.

Cogió el maletín de Juan, lo dejó al lado del taquillón y le dio a su marido un beso de miel mientras lo abrazaba por el cuello. Luego lo agarró por la cadera y fueron caminando hasta el comedor.

—Y bien, cuéntame eso tan importante que no me has querido decir por teléfono —ordenó María, con la inquietud por bandera, antes incluso de probar el plato de sopa.

—Vicente cree que la dictadura está en las últimas y tiene la intuición de que habrá elecciones pronto. Quiere que organicemos desde hoy mismo esas elecciones y que ayudemos a elegir y a preparar a todos los candidatos de nuestro partido —sintetizó Juan la propuesta de Vicente para no dar un largo rodeo de explicaciones. Le gustaba ser explícito y no narrar las noticias con diez palabras cuando se podían contar solo con cinco.

—Hay gente suficientemente preparada y nos van a sobrar candidatos —aseveró María mirando a Juan.

—La oportunidad es única y no la podemos desaprovechar. No sé si será la última, pero hay que intentar ganar como sea.

—Juan, tienes que ser práctico. Sabes igual que yo que eso ahora mismo, en la situación en la que vivimos, es imposible.

—¿Me estás diciendo que de haber elecciones las perderíamos? —preguntó Juan, con incredulidad, porque no comprendía a su mujer. Ella siempre había sido más optimista que él, pero ahora no estaba seguro de lo que quería decir.

—Sí. En efecto. Perderíamos las elecciones.

—No te comprendo María. Con todo el trabajo que hemos llevado a cabo durante estos años, ¿por qué me dices eso? —exigió Juan una explicación convincente y conocer realmente lo que pasaba por la cabeza de María en aquellos momentos.

—Vamos a perder las elecciones porque la izquierda está dividida. Si cada partido se presenta en solitario y cada cual hace la guerra por su lado, no te quepa la menor duda de que todo el trabajo se va a ir a la porra y vamos a perder las elecciones. Si nosotros vamos por una parte, los socialistas por otra y los radicales como siempre van a su aire, date por cepillado —María no se anduvo por las ramas y explicó a su marido lo que pensaba con las palabras más certeras posibles—. Más claro agua —añadió poniendo los brazos en jarras y dejando de comer.

—¿Sabes una cosa María?

—Dime —respondió muy seria.

—Que como siempre, tienes toda la razón del mundo. ¿Y ahora qué? Puesto que eres tú la que ha visto el problema, imagino que también tendrás la solución —insinuó Juan que, conociendo a María, sabía que no daba puntada sin hilo.

Eran así desde el primer día. Hablaban, se decían las cosas a la cara lo más claras posible, intentaban buscar una solución y continuaban conversando.

—Por supuesto —aseguró María, bajando el tono de voz y acercándose a Juan.

—Ardo en deseos de escucharlo. Dime la solución.

—A sus órdenes mi general —respondió María con una sonrisa picarona.

—Mi general no, que los generales son dictadores.

—Entonces a sus órdenes mi sargento.

—¡Dios santo cómo me has degradado! Venga, dime eso que sé que está maquinando tu cabecita.

—Si queremos que la izquierda gane las elecciones, solo hay una oportunidad y una solución posible. Hay que lograr constituir una alianza de partidos de izquierda para concurrir en bloque a las elecciones, como un solo partido. Solo así la izquierda podrá conseguir

la victoria.

—Sabes que eso es imposible.

—No. Imposible es solo lo que no se intenta.

—¿Y qué propones? —preguntó Juan, mostrando ya interés por la fórmula planteada por María.

—Hay que lograr como sea que tanto los socialistas como los radicales se unan a nuestro proyecto. Si nos unimos, todos los votos de los obreros, los estudiantes y de la izquierda irán en bloque a nuestra alianza y así ganaremos las elecciones.

—Como siempre, tienes toda la razón del mundo.

—No se trata de tener la razón, Juan, se trata de ganar las elecciones y restaurar la República.

—¿Y cómo nos vamos a poner de acuerdo? Ya sabes que los radicales son más testarudos y cerrados que una noche sin luna. Y los socialistas han roto sus relaciones con nosotros —afirmó Juan, con todas las dudas del mundo, sabiendo cómo estaban las relaciones con esos partidos en aquellos momentos.

—Hablando claro… dialogando. Para eso estamos tú y yo —afirmó María sin un ápice de duda, con la ilusión por estandarte y sabiendo que su propuesta era la única plausible.

—Pero… se trata de ganar las elecciones en España, no solo aquí en Murcia —espetó Juan con doble intención.

—Por supuesto. Nosotros nos encargamos de Murcia y Vicente tiene que ir a Madrid a hablar con Azaña. Tiene que trasladarle lo que estamos trabajando en Murcia y el motivo por el que lo vamos a hacer. De nada sirve una unión aquí si no existe en el resto de España. Azaña ya había propuesto la unión de todos los partidos de izquierda y es ahora cuando tiene que comprender que esta es la única vía posible para poder ganar las elecciones. Azaña tiene que lograr una alianza de partidos de izquierda que se convierta en una coalición antimonárquica. Además, si no lo consigue, no merece la pena que sea el líder de Acción Republicana —propuso María, con una amenaza que quebró hasta el aliento de Juan.

—Hoy parece que tienes razón en todo. ¿Te he dicho alguna vez que te admiro por tu brillantez sobre todo cuando más enfadada estás? —preguntó Juan con ternura, sin ningún tipo de envidia por la clarividencia que estaba demostrando María.

—Sí. Me lo has dicho. Yo también te admiro a ti, porque tú me has formado, me has modulado a tu manera como si fuera la más querida de tus pinturas y porque, además, sin ti yo no soy nada —contestó María, sofocada por la adulación recibida y, más aún, sabiendo que Juan lo decía con el corazón—. Todo lo que te acabo de contar es una

parte de la estrategia que debemos de seguir. Aún queda otra parte que va a ser de vital importancia —anunció María, envolviendo sus palabras con un aire de misterio.

—Continúa. Te escucho —propuso Juan.

—La masonería tiene que jugar también un papel muy activo en estas elecciones. Tú sabes igual que yo que la mayoría de los masones, por sus principios y sus valores sociales, son personas con ideales democráticos y muchos de ellos con una marcada vocación política. Ahí te tienes que implicar tú también. Tienes que hacerles ver a tus compañeros la necesidad de expandir la lucha por lograr la democracia y establecer de nuevo un régimen republicano. Este ideal se tiene que difundir como la espuma por todas las logias de España. Es una locura de trabajo lo que tenemos por delante, pero, si estamos todos unidos luchando por el mismo objetivo, que no te quepa la menor duda de que España será muy pronto republicana.

María era así, con la vehemencia necesaria para que su facilidad de palabra surtiera el efecto preciso ante sus interlocutores, porque creía con fe ciega en lo que exponía y en cada una de sus ideas. Cuando ponía su motor en marcha no había maquinaria pesada que la pudiera detener.

—Cuenta conmigo. Voy a implicarme con todos mis compañeros y, más aún, sabiendo que en mi logia tienen todos ideales democráticos. Estoy seguro de que todos aceptarán esta tarea como una oportunidad única en sus vidas —añadió Juan, con la total convicción de que todo lo que proponía María era la manera más conveniente de reconducir la situación política de España.

—Por supuesto que cuento contigo —sentenció María.

—Ahora me toca a mí. Te tengo que proponer otra acción; estoy seguro de que será de tu agrado —sorprendió Juan, que vio cómo a María se le abrían los ojos como espejos de plata—. Tenemos que fomentar la lucha callejera. Dice Vicente que hay que agitar el limonero y que a partir de ahora tenemos que convencer a los obreros, a los estudiantes y a todo el que esté dispuesto para que manifiesten su descontento con el gobierno actual. Todos se tienen que implicar fomentando el desorden público y que tanto las protestas callejeras como en el campo sean el pan nuestro de cada día —planteó Juan, observando a María cómo lo escuchaba con suma atención.

—Por fin. Ya era hora de que Vicente y tú cayerais de la burra —rezongó María, con honda satisfacción y con un resoplido tan enérgico que enfrió la sopa de cuajo.

—Sabía que te gustaría la idea. Por eso la he dejado para el final.

—Pues bien. Ahora que todo está atado y bien atado, vamos a

comer que la sopa ya está fría —ordenó María.

El plan comenzó a ponerse en marcha de inmediato.

No había tiempo que perder.

Juan apuraba cada uno de los minutos del día para hacer proselitismo de la causa en la que se habían embarcado.

María comenzó a salir más de su hogar, dejando a los niños al cuidado de la criada, para difundir su ideal casa por casa y así poder embaucar a todas las mujeres dispuestas a escucharla.

Vicente se desplazó a Madrid y volvió a Murcia entusiasmado, porque a Manuel Azaña le había convencido su estrategia, y estaba dispuesto a poner todo de su parte para lograr la alianza de partidos de izquierda.

En las semanas siguientes, Vicente informó a Juan que Berenguer no era partidario de las luchas y los desórdenes públicos que se estaban produciendo en España, y que uno de sus objetivos era la convocatoria de elecciones generales.

La difusión de esas noticias no hizo más que aumentar el ímpetu y la dedicación en la tarea que tenía obsesionados a María, Juan y Vicente, de tal manera que se dedicaron a ella hasta exprimir cada gramo de fuerza que poseían, hasta que lograron concertar una reunión con el líder de los republicanos de Murcia, sabiendo de antemano que se trataba de un personaje tozudo, difícil de convencer, pero que tenían que unir a su causa, fuera como fuera.

Capítulo 14

Llevaban tiempo enviándose mensajes a través de intermediarios de ambos partidos, pero no fue hasta mediados del mes de mayo cuando concertaron la reunión en un mesón de la huerta de Murcia, una tarde que estaba cerrado para evitar miradas indiscretas.

El Partido Republicano Radical Socialista tenía una implantación importante y una amplia base social tanto en Murcia como en Alicante. Su líder en Murcia se llamaba Domingo Vivancos, un maestro de escuela inteligente como pocos, bigote amplio, mirada sibilina y algunas ideas trasnochadas.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Domingo, mostrando su enfado ante la presencia de María.

—Ella es una militante más de Acción Republicana y defensora de la causa de los partidos de izquierda —contestó Juan, con temple y con ánimo mediador, mientras lanzaba una mirada diplomática a María.

—La política es cosa de hombres —rezongó Domingo.

—La política es cosa de personas —María ya no se pudo contener y fue ella quien tomó la palabra esta vez—. La política es un derecho y una obligación tanto de hombres como de mujeres. El hecho de que las mujeres no tengamos derecho al voto no significa que no podamos tener ideas políticas, no significa que no podamos pensar, no significa que no seamos personas como los hombres. Esa idea de tu partido político de no estar de acuerdo y negar el voto a las mujeres, demuestra lo rancio y arcaicos que sois en algunos planteamientos políticos. Y, parece mentira, que tú siendo maestro, que deberías de educar en tu escuela por igual a niños y niñas, sigas teniendo tan baja catadura moral. Si piensas así, no deberías de ejercer como maestro, no te lo mereces —fue un discurso encendido el que pronunció María, con tal énfasis, que las ideas y las palabras pronunciadas provocaron un ambiente tan tenso que hasta las moscas se espantaron de un plumazo.

—Ya sabes, Domingo, que Acción Republicana defiende el sufragio universal. Cada persona, tanto hombre como mujer tiene derecho al voto, y va a ser una de nuestras primeras proposiciones de Ley en el parlamento cuando esté constituida la República. Así que vamos a

zanjar este tema y María va a ser un interlocutor válido en nuestra negociación —terció Juan, intentando rebajar la tensión con la que había empezado la reunión.

Domingo bajó la cabeza, emitió con rabia unas palabras inaudibles para Juan y María y al final dijo:

—De acuerdo. Empecemos la negociación.

—Solo hay una forma de ganar las elecciones —fue María quien comenzó a hablar con la mirada aquiescente de su marido—. Si se forma un bloque unitario entre todas las fuerzas políticas de izquierda y concurrimos todos unidos, es muy probable que ganemos las elecciones cuando tenga a bien convocarlas Berenguer. Hay que presentar una candidatura de un único partido formada con la alianza de Acción Republicana, el Partido Republicano Radical Socialista, el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Agrario. Estos cuatro partidos de izquierda son los que más seguidores tienen en Murcia y, aunque el Partido Agrario tenga muy poca base social, tenemos que sumarlo a nuestro proyecto —María certificó con su discurso, ahora pausado y lleno de matices, las ideas en las que creía.

—No sé. Debería de estudiarlo y consultarlo con mis camaradas de partido.

—Déjate de chorradas y de tantos estudios, que ahora necesitamos más tener conciencia de la oportunidad histórica que vamos a vivir que de actitudes pusilánimes y dubitativas. Puedes consultarlo con tus camaradas, pero quiero una respuesta positiva ya. No tenemos tiempo que perder. Cuanto más lo dilatemos, mejor se van a organizar los partidos monárquicos y perderemos las elecciones. Si decidís presentaros solos a las elecciones, lo podéis hacer, pero solo vais a conseguir medio puñado de diputados o de concejales y nos vais a hacer la puñeta a toda la izquierda de este país —exigió tajante María, no dando su brazo a torcer y demostrando un carácter que había sido menospreciado por Domingo.

—Visto desde ese punto de vista —atinó a decir Domingo.

—Además, esta negociación se está llevando a cabo en toda España. No se trata de la ilusión de dos simpatizantes de Acción Republicana en Murcia. Tu partido se tiene que pronunciar ya y tú lo tienes que hacer en Murcia —añadió Juan, poniendo entre la espada y la pared a Domingo.

—Alguna noticia tengo al respecto. Algo he oído por ahí sobre una alianza de partidos de izquierda. Puede ser que tengáis razón. Yo no puedo tomar una decisión por mi cuenta. Es un tema demasiado importante que hay que consultar con los camaradas del partido. Si queréis conocer mi opinión, ante todo lo que me acabáis de proponer,

tenéis que saber que estoy de acuerdo —hiló Domingo frases aturulladas, con la cabeza bien alta, mirando solo a Juan y evitando la mirada de reojo de María.

—Tenéis dos semanas para tomar una decisión, así que a mover el culo, que la situación política aprieta y no podemos perder ni un solo minuto. La primera semana de junio quiero una contestación, un sí o un no, nada de medias tintas. ¿Me estás escuchando, Domingo? —María fue directa al grano, sin contemplaciones, y atizó a Domingo allí donde más le dolía, ¡una mujer dándole órdenes! Cuando él estaba en contra del voto de la mujer en unas elecciones.

—Sí. Te escucho —atinó a decir Domingo, con la cabeza agachada y con un color tan rojo en la cara que parecía que iba a estallar.

Pasados unos días, tuvieron una reunión con los representantes del Partido Socialista Obrero Español. En esa ocasión se presentaron los tres dirigentes más representativos del partido en Murcia. Sintonizaron desde un primer momento y estaban a favor de los postulados propuestos por Juan y María. Suscribían todos los puntos. A pesar de todo, también concluyeron que era una decisión que debería de ser aprobada por sus compañeros de partido y quedaron en dar una respuesta la segunda semana de junio.

Con el Partido Agrario poco hubo que negociar. Su dirigente dio el visto bueno en la primera cita.

En junio, se sumaron al proyecto los dos partidos.

Durante el verano, acordaron el reparto del número de concejales o de diputados para cada formación, en caso de ganar las elecciones, y otros puntos de menor interés.

A principios de septiembre, quedó firmado en Murcia el pacto de la alianza de partidos, se estableció la estrategia a seguir para ganar las hipotéticas próximas elecciones y poner fin a la monarquía de Alfonso XIII.

Capítulo 15

A última hora de la mañana del 12 de diciembre de 1930, Juan recibió una llamada telefónica en el casino. Se trataba de Vicente García Ros que lo llamaba desde El Liberal. Le informó que estaban recibiendo en la redacción noticias contradictorias acerca de una posible sublevación militar en Jaca en contra de la Dictadura y que lo tendría informado durante la tarde acerca de lo que pudiera suceder a partir de entonces.

Cuando Juan llegó a la redacción por la tarde, las noticias ya se habían esclarecido. La sublevación militar en Jaca había sido sofocada, aunque los cabecillas militares estaban en paradero desconocido.

Las informaciones de los días siguientes confirmaron que los capitanes Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Hernández se habían entregado tras fracasar la sublevación y el intento de restaurar la República. Tras ser sometidos a un Consejo de Guerra, fueron condenados a muerte y fusilados el domingo 14 de diciembre.

La Navidad de ese año tuvo un tono agridulce en casa de Juan y María, porque aún seguían conmocionados por los sucesos de Jaca.

El fusilamiento de los capitanes supuso el desconcierto para todos aquellos que estaban luchando por la reconstrucción democrática del país y, además, fue un aviso para que los antimonárquicos supieran lo caras que estaban las habichuelas en aquellos momentos, y que quien se las quisiera jugar ya conocía los riesgos que asumía.

Sin embargo, con el nuevo año todo se precipitó.

Cada día amanecía con una noticia nueva que venía de Madrid. Unos días era de color blanco y otras de un negro como una noche sin estrellas.

María estaba de nuevo embarazada y como casi todo el frenético trabajo lo había realizado el año anterior, ahora dedicaba más horas al cuidado de sus hijos, que tenían ya una edad en el que las travesuras se sucedían una tras otra. Mil ojos tenía que tener con los niños, que si Juan no toques el cuchillo; que si Juan no empujes a tu hermano; que

si Antonio no metas los dedos en el enchufe; Juan deja que tu hermano juegue contigo; Juan no asustes a tu hermano, no ves que lo has dejado llorando, venga dale un beso para que deje de llorar.

Ahora, que casi todo estaba hecho, con esa barrigona que cada día aumentaba de tamaño, se dedicaba a leer periódicos, libros que compraba en la Covachuela, a pasear con los niños acompañada de Carmen Baleriola y sus hijos y a debatir con Juan todas las noticias que llegaban de Madrid.

En febrero, igual que si fuera un disco rayado de esos de vinilo que daban y daban vueltas, Juan y María tuvieron que volver a vivir lo ya vivido. La dimisión de Berenguer y su sustitución por el almirante Aznar ya la habían vivido el año anterior por las mismas fechas, cuando dimitió Primo de Rivera.

Pero todo cambió cuando Aznar convocó elecciones municipales para el 12 de abril de 1931 y el sol volvió a brillar por el horizonte de ellos dos, que ahora tenían ante sí la oportunidad por la que tanto habían luchado en los tiempos pretéritos.

«María, tienes que descansar».

«Déjame, Juan, yo sé lo que me hago».

«María, tienes que comer».

«No te preocupes, ya he comido».

«María, tienes que dormir».

«Ya dormiré. Duerme tú que yo tengo que preparar la lista de las mujeres con las que me voy a reunir mañana».

«María, si tenemos una niña le vamos a poner de nombre República».

«Ni se te ocurra, demasiados quebraderos de cabeza nos está trayendo la República para encima tenerla todos los días en casa».

«Era una broma».

«Ya lo sé, amor mío».

La suerte estaba echada, todo el engranaje preparado y la maquinaria para convertir las elecciones municipales en un referéndum contra la dictadura y la monarquía se puso en marcha.

No había tiempo que perder.

Las mujeres no podían votar en esas elecciones, pero María conocía la importancia que iban a tener en esa votación. Mujeres que serían el altavoz para que sus maridos votaran contra la dictadura, mujeres como rocas que aporrearían los sentimientos de sus novios para que votaran contra la monarquía, mujeres dispuestas a luchar para convencer a sus amigos de que votar a la alianza de partidos de izquierda era votar libertad y democracia, mujeres que apelarían al orgullo y a la opresión que habían vivido sus padres para que votaran

por la República.

El casino se convirtió en la sede permanente de Juan. Desde allí organizaba, dirigía y aconsejaba todos los movimientos que había que realizar. La mayoría de los intelectuales que se daban cita en el casino eran partidarios del cambio de rumbo en la política española. Los masones acudían a hablar con Juan y recibían los consejos pertinentes y muchos políticos se dejaban caer por allí para informarse a través de él.

Los incondicionales de los partidos monárquicos comenzaron a mirar a Juan con recelo, con la envidia propia de quien lo tiene todo organizado frente a ellos que ni tan siquiera sabían cómo cortar el bacalao. A última hora, y viendo lo que se les venía encima, lograron un acuerdo para presentar una coalición de partidos monárquicos, pero cada vez que sonaba el teléfono en el casino siempre al otro lado de la línea preguntaban por Juan Bernal.

Vicente García Ros era un mar de nervios dentro de un cuerpo en el que se le caían las carnes a borbotones. Ya tendré tiempo de comer y de engordar, se decía para sí mismo. Con sus gafas redondas de niño bueno parecía que cumplía años para atrás de tan tieso que se estaba quedando. Estaba todo el día en el periódico, recibiendo noticias y escribiendo editoriales como alegatos a favor de los partidos antimonárquicos. Hablaba con Juan varias veces al día, con María y con los líderes de los diferentes partidos que formaban la coalición. El Liberal estaba abierto las veinticuatro horas del día y muchas noches Vicente dormía allí. Por la mañana, una ducha y a seguir al frente de la lucha en favor de la República.

Ni ellos, ni Vicente pararon un solo día. María, con su bombo cada día más notorio, se convirtió en el ejemplo a seguir por todas las mujeres de Murcia que querían ser libres.

La victoria del bloque republicano el domingo 12 de abril de 1931 fue aplastante en Murcia y en las grandes ciudades y pueblos de la provincia. Sin embargo, el grupo monárquico había ganado las elecciones en los pueblos pequeños donde aún tenían su feudo todos los caciques de antaño. En el resto de España la situación había sido similar a Murcia.

El día siguiente, Juan y María invitaron a comer a Vicente para celebrar la victoria. Allí, en uno de los mesones del centro de Murcia, relajados y viendo con perspectiva todo el trabajo llevado a cabo por los tres durante tantos años, Vicente comió todo lo que no había comido en tres meses, bebió tanto vino que hasta las palabras se le evaporaban a través de su boca y dio tantas veces las gracias a ellos que hasta lloró de alegría. Juan no cabía dentro de su traje de tan

hinchado que estaba de contento y fue María la que puso las notas de cordura y tuvo que cuidar de los dos hombres pidiendo perdón en más de una ocasión, por el alboroto que estaban montando.

A media mañana del martes 14 de abril y ante las noticias que estaban llegando desde diferentes puntos del país, Juan y María se desplazaron a El Liberal para estar al corriente de todo lo que estaba sucediendo en las diferentes ciudades de España.

Así, supieron que tras la proclamación de la República en el Ayuntamiento de Eibar a primera hora de la mañana, siguió proclamándose la República en los Ayuntamientos de Valencia, Barcelona y en muchas otras ciudades de España.

A las cinco de la tarde se recibió en la redacción la noticia de que a las cuatro y media se había izado la bandera republicana tricolor en el edificio de Correos y Telégrafos de Cibeles, y algo más tarde en el Ayuntamiento de Madrid, situado en la Casa de la Villa.

A esa misma hora, también recibieron la noticia de que desde el balcón del Ayuntamiento de Murcia se estaba proclamando la República.

Todos los políticos elegidos conocían el paradero de Juan, de María y de Vicente. Sabían que estaban en la redacción del periódico y hasta allí enviaron infinidad de mensajes a través de los miembros de la alianza de partidos, para que ellos tres se sumasen al izamiento de la bandera tricolor desde el balcón del Ayuntamiento de Murcia.

Los tres declinaron la invitación, porque ahora era el tiempo de los políticos elegidos por el pueblo y ellos deberían de ser la cabeza visible de la victoria electoral.

Juan, María y Vicente habían sido el alma máter de toda la organización que los había llevado hasta allí y ahora preferían permanecer en la sombra a salir en la foto, aunque todo el mundo los tenía en su mente.

Pasados unos minutos de las ocho de la tarde se confirmó la noticia que en el Ministerio de la Gobernación, situado en la Puerta del Sol de Madrid, se había constituido el gobierno provisional de la República al frente del cual estaba Niceto Alcalá-Zamora.

Con todo el pescado vendido, Juan, María y Vicente salieron a pasear por Murcia. Las calles estaban abarrotadas de gente que portaba la bandera tricolor y vitoreaban a la República.

En la calle Trapería, conforme se iban acercando a la Catedral, se percataron de que en su torre estaba izada la bandera de la victoria, la bandera tricolor.

LA SEGUNDA REPÚBLICA

Capítulo 16

La catarsis de alegría que sucedió durante los días siguientes, tras la proclamación de la Segunda República, nunca la olvidarían Juan y María.

Intentaron reanudar su vida camuflándose entre la gente, pero no lo consiguieron. Pasear por el centro de Murcia, solos o con sus hijos, se convirtió en una muestra de agradecimiento por parte de todos aquellos que se cruzaban a su paso. Recibían sonrisas agradecidas, les hacían el signo de la victoria, algunos los saludaban musitando un «gracias» perfilado entre sus labios, los más osados se acercaban y los abrazaban sin pudor, mientras que sus amigos y las personas más allegadas les decían que sin su labor no lo habrían conseguido.

La vida hasta cambió de color. Del gris sucio, rancio y antiguo pasó a tornarse de tonalidades llenas de color, con un rojo apasionado y valiente, un amarillo optimista y lleno de felicidad, un morado creativo y sabio, y una amplia paleta en la que todos los colores tenían su lugar reservado.

Y de pronto apareció la felicidad como si hubiera permanecido encerrada en un baúl bajo siete llaves. La gente salía, iba y venía, siempre con una sonrisa como estandarte de libertad. Los años eternos de opresión, de miedo pertinaz, de infinito sometimiento de los campesinos y los obreros a los caciques de turno, dieron paso a una alegoría de sentimientos marcados por la fe en un próspero devenir lleno de felicidad.

Tres semanas después de la victoria, Juan recibió una carta de su padre:

«Almoradí, 30 abril 1931.

Queridos hijos Juan y María:

El motivo de esta carta es para agradecer todo el trabajo que sé que habéis llevado a cabo durante tantos años para que hoy podamos vivir en libertad.

Aquí, en la Vega Baja, todas las personas de bien, todas las personas de izquierdas, conocen vuestros nombres y me piden que os dé las gracias de todo corazón.

Ya sé que no os gustan los halagos, que los dos sois personas humildes, que todo lo habéis hecho por los demás y eso hace que vuestro corazón sea más grande aún.

En nuestra casa estamos todos muy orgullosos de vosotros: tus hermanos, tu madrastra y yo. Quiero que sepáis, hijos míos, que lloro de alegría por tener dos hijos con esos valores.

Estos días están siendo los más felices de mi vida y eso es gracias a vosotros dos. Un millón de gracias por regalarme cada uno de estos días en paz, libertad y sin el yugo caciquil.

No me cabe la menor duda de que educaréis a vuestros hijos, que espero estén bien, en los valores morales que vosotros representáis.

¡Viva la República!

Recibid un abrazo muy fuerte de vuestro padre, Juan».

Tras leer la carta, Juan se emocionó y se la leyó en voz alta a María que la escuchó mientras unas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Poco antes del verano vino al mundo María, como un regalo de la República para Juan y María. Era el primer miembro de la familia que había nacido bajo un régimen de libertad y democrático. Una niña llena de alegría que colmó de felicidad a sus padres. Cuando nació, contrataron a Jesusa, una muchacha risueña y algo sobrada en carnes, que se encargaría a partir de entonces del cuidado de los niños y ayudaría a Manuela en las labores de la casa, aunque no viviría interna con ellos.

Para el 28 de junio había convocadas elecciones generales a Cortes Constituyentes. María no se pudo implicar como a ella le hubiera gustado debido a la última etapa del embarazo y los días siguientes al parto.

Sin embargo, Juan retomó toda la actividad política como si el tiempo no hubiera pasado. Volvió a tomar el mando de la organización y el resultado fue una nueva victoria en Murcia y provincia de la Conjunción Republicano-Socialista, la misma coalición de partidos que había ganado las elecciones municipales de abril.

Aunque María no pudo trabajar todo lo que ella hubiera deseado, sí que siguió el desarrollo de estas nuevas elecciones casi con más interés

que las anteriores.

Las mujeres todavía no podían votar. No obstante, para ella era un paso muy importante el que se estaba dando en el conjunto de España en estas elecciones, porque era la primera vez en la historia que las mujeres eran candidatas en las listas electorales y por tanto podían ser elegidas diputadas.

María siguió el escrutinio como si le fuera la vida en ello y no pudo dormir hasta confirmar que Clara Campoamor, Victoria Kent y Margarita Nelken habían sido elegidas diputadas: las tres primeras mujeres en la historia de España. Cuando se durmió, tuvo un sueño en el que se veía inmensamente feliz porque estaba votando por primera vez escoltada por Juan y sus tres hijos.

En septiembre, Dominique le comunicó a Juan que lo iban a subir de grado en la masonería. De aprendiz pasaría a ser compañero. También le dijo que la ceremonia en la que se celebraría su aumento de grado iba a ser la última que oficializaría porque lo iban a trasladar de nuevo a Francia. Hablaron de lo mucho que se iban a echar de menos, de todo lo que habían aprendido el uno del otro y de las tardes de jerez, cigarrillo y francés en el salón del casino.

Una vez investido como compañero masón, Juan comenzó a implicarse mucho más en la masonería. Estaba orgulloso de que sus compañeros masones hubieran aceptado el reto y se hubieran presentado a las elecciones representando a partidos de izquierda. Habían sido elegidos casi doscientos diputados masones. Además, seis masones eran ministros en el gobierno actual. Y aunque echaba de menos esas tardes de francés con Dominique, pronto ocupó ese tiempo en la elaboración de todo un legajo de documentos, en los que fue desgranando los problemas sociales más acuciantes y cómo había que ponerles una solución desde el punto de vista político y desde una institución como la masonería.

María, sin embargo, durante el mes de octubre tenía un humor de perros. Estaba confundida con la situación que se estaba viviendo y, además, no quería creer en las noticias que recibía de Vicente García Ros y que estaban ocupando las portadas de todos los periódicos.

No obstante, y lo peor de todo, es que las noticias eran verídicas.

En las Cortes se estaba debatiendo el proyecto de la Constitución de la nueva República. Todos los ideales por los que ella había luchado durante tantos años los estaba defendiendo Clara Campoamor y era como si se viera reflejada en ella desde su escaño de diputada en las Cortes. Y aunque Clara militaba en el Partido Republicano Radical, sentía un respeto reverencial hacia ella.

Allí, en un recinto de Madrid, en el que solo podían estar presentes

los representantes elegidos por el pueblo español, se estaban debatiendo aspectos tan importantes para las mujeres como la discriminación por cuestiones de sexo, el divorcio y el sufragio universal. Hablar de sufragio universal significaba que en la nueva Constitución quedaran reflejados una serie de párrafos en forma de artículos en los que quedaría certificado el derecho al voto por parte de la mujer.

Cada día leía todos los periódicos que se publicaban en Murcia para estar al tanto de las noticias que venían de Madrid y estar al corriente de lo que se publicaba según el signo político de cada periódico. Llamaba cien mil veces al día por teléfono a Vicente y hasta se presentaba en la redacción para hablar con él.

No le gustaba absolutamente nada la información que manejaba. A través de determinados rumores, pudo enterarse de que Acción Republicana estaba ahora en contra del voto femenino, cuando era uno de los puntos más importantes que había defendido la formación política durante tantos años de clandestinidad y por lo que ella tanto había luchado.

Y estalló de cólera cuando confirmó, a través de las noticias publicadas, que en los debates que se estaban produciendo en las Cortes, Clara Campoamor estaba defendiendo el artículo 36 de la Constitución, en el que tenía que aparecer reflejado el derecho al voto de las mujeres y que, sin embargo, era una mujer, Victoria Kent, diputada por el Partido Radical Socialista, la que estaba defendiendo justo lo contrario, que las mujeres no tuvieran el derecho al voto.

Y, cuando se supo que Acción Republicana había votado en contra de dicho artículo, María explotó.

—Me habéis engañado —acusó María a Vicente, después de entrar en su despacho y cerrar la puerta de un portazo.

—Nadie te ha engañado, María. Solo que la política a veces es así, demasiado complicada —contestó Vicente, con la mayor calma posible, puesto que se percataba de la tormenta que se avecinaba y sabía de lo que hablaba María.

—Sí que me habéis engañado —volvió a repetir María, que se había puesto en jarras ante la mesa de Vicente.

—Siéntate, por favor, y cálmate —añadió Vicente, lleno de paciencia.

—Además, Azaña es un traidor —acusó María desafiante.

—¿Por qué es un traidor? —Vicente seguía hablando con mesura.

—Porque ha votado en contra del sufragio universal, ha traicionado a las mujeres y me ha traicionado a mí —contestó María, que aún seguía de pie.

—Deberías de estar contenta. Las mujeres habéis ganado la votación y el artículo va a salir adelante —rebatió Vicente, con una falsa sonrisa que María supo interpretar.

A pesar de los votos en contra de Acción Republicana, el Partido Radical Socialista y el Partido Republicano Radical, que era el propio partido de Clara Campoamor, la propuesta de que las mujeres pudieran votar salió adelante gracias a los votos a favor del Partido Socialista Obrero Español, Esquerra Republicana de Cataluña, la mayoría de los partidos de derecha y algunos diputados de partidos republicanos. A partir de las próximas elecciones podrían votar en España todas las personas mayores de 23 años, incluidas las mujeres.

—Sí. Hemos ganado, pero me siento estafada —barbotó María, apuntando con el dedo índice de la mano derecha a Vicente.

—Te lo puedo explicar —se apresuró a decir Vicente.

—¡Qué coño de explicaciones! ¿Con qué explicación me quieres engatusar ahora? Ya no soy una niña, Vicente, y no soy una de esas mujeres a las que se les puede engañar con cualquier explicación —María no se dejaba amilanar y, aunque nunca decía tacos, había situaciones como esta en las que un taco a tiempo podría ser más explícito que cualquier palabra educada.

—Hay una razón muy importante y la ha defendido Victoria Kent, a pesar de ser mujer, y es lo que piensan muchos partidos, incluido Acción Republicana. La mayoría de las mujeres de este país están demasiado influenciadas por la Iglesia Católica y ya sabes lo que votan los curas y lo que van a votar la mayoría de las mujeres en las próximas elecciones, ahora que ya tenéis el derecho al voto —explicó Vicente, muy serio, con cara de jugador de julepe, más plano que La Mancha y con un tono de voz tan neutro como si nunca hubiera roto un plato.

—Eso son auténticas fullerías y milongas de hombres rancios que creen en el demonio y en la resurrección. ¡Las mujeres no somos el demonio, Vicente! Somos personas como los hombres y tenemos que tener los mismos derechos que los hombres. ¡Mira que buscarse ahora esa excusa y meternos a todas las mujeres en una iglesia! ¡Qué barbaridad! —razonó María, con una diatriba en la que ya no valían las medias tintas.

—Ya sé que va a ser muy difícil que lo comprendas, pero esa ha sido la razón —murmuró Vicente, cada vez más arrebujado en su sillón.

—Entonces, ¿sabes una cosa?

—¿Qué? Dime, María.

—¡Que le vayan dando morcillas a Acción Republicana!

Y se fue del despacho de Vicente García Ros dando un portazo, igual que había llegado. Solo había una diferencia sustancial, si a su llegada estaba desilusionada, ahora estaba cabreada de verdad y ya no tenía vuelta atrás.

Si por algo se caracterizaba la personalidad de María era por no ser pusilánime, sino que era una persona capaz de iluminar con su propia luz el lugar en donde estaba y las ideas que defendía. No era la vaquilla que en la plaza podría embestir, sino el toro de lidia que cuando embestía en carrera ni el torero más valiente lo recibía por verónicas.

Y a esta María no la conocía Vicente.

Solo le quedó el consuelo de saber que aún existían políticos con dignidad en España. Políticos que votaron a favor del sufragio universal a pesar de los postulados en contra de su propio partido político, porque no existía la disciplina del voto cautivo. Políticos que votaban en conciencia y no por el orden dictatorial de lo que alguien en su partido había propuesto.

En aquella votación por el derecho femenino al voto, casi ningún partido político votó por unanimidad y agradeció a aquellos votos realizados con dignidad, el hecho de que a partir de entonces las mujeres pudieran votar en unas elecciones libres.

Juan tampoco se libró del asedio.

Cuando un plato se cae al suelo y se hace trizas, ya no hay forma de recomponerlo. María estaba hecha unos zorros y ni Juan sería capaz de arreglar con un remiendo ni con un zurcido, el desgarro que había producido la traición de Acción Republicana en el alma de ella.

Fueron días duros para María.

Días en los que decía te quiero con la boca casi cerrada.

Días en los que un amor mío se le atragantaba en lo más profundo, hasta que resbalaba y lo pronunciaba como murmurando entre dientes.

Días en los que decir mi vida le costaba un suplicio.

Y cuando hacían el amor, se dejaba hacer como si fuera la mujer sumisa al macho ibérico, que había sido defendido con casta en las Cortes de España.

Nunca había estado enfadada con Juan. Ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo minuto.

Ahora, la realidad era un crisol en el que ella solo podría mirar a

través de un pequeño y claustrofóbico periscopio que se fundiría con el calor que desprendía. Y así se esfumó el enfado de María con Juan, porque comprendió que la política no podía ser la vasija en la que se fundiera todo el amor que ella sentía por Juan.

Y María le hizo el amor a Juan con tanto ardor como nunca lo habían hecho. Con tantas lágrimas por el daño que le había hecho que se le partió hasta el corazón. Con el arrepentimiento tan real como verdadero era el amor que sentía por Juan. Y se prometió que nunca más se enfadaría con él, pasara lo que pasara.

Juan era el amor de su vida y lo quería más que a su alma.

Capítulo 17

Después de la desilusión sufrida, María se apartó de la vida política.

Se refugió en el cuidado de sus hijos y en el placer que le producía verlos crecer.

Ampliaba horizontes con la lectura, que llenaba los vacíos que su compromiso político había creado: poesía que envolvía su alma, la novela del romanticismo francés, como le había recomendado Dominique, y ensayos políticos de uno y otro bando con los que intentar volver a identificarse con alguna nueva ideología política.

Pero, durante aquel tiempo, no quería saber absolutamente nada de nuevos compromisos políticos. Se convirtió en la conciencia crítica de todo tipo de ideología porque se dio cuenta de que todas las ideologías confluían en un mismo destino: unos cuantos canallas que vivían como parásitos del pueblo, después de haberlos convencido de que sus ideas solo servían para ayudar a las personas, y ella se había dado cuenta de que los obreros no querían que los ayudaran, sino tener un plato de comida cada día para ofrecer a su familia y a sus hijos.

Para Juan, sin embargo, fue un periodo de extraordinaria lucidez en el que su carrera como pintor tomó un nuevo impulso, paralelo a la promoción de la cultura que estaba realizando la República en España. Y hasta se atrevió a plasmar el mundo de la tauromaquia sobre un lienzo, como la escena del torero dando un pase natural con la izquierda, después de haber visto una corrida en la plaza de toros de la Condomina de Murcia.

Cada día que pasaba, se implicaba más en la masonería. Se centró en las ideas filosóficas que promulgaban la fraternidad entre los seres humanos y elaboraba discursos que luego exponía en las tenidas de su logia. Una vez al mes viajaba a Cartagena con María, Salvador y Carmen, alimentando en cada ocasión su vocación de ser útil a los demás.

Durante esos años, la situación económica de Juan y de María cada vez iba mejor, al contrario de lo que sucedía en España, que iba empeorando a medida que pasaban las semanas y los meses, motivo por el cual comenzó el desencanto con la República española.

Conforme iban transcurriendo los meses en 1933, aumentaban las preocupaciones y los presentimientos que tenía Juan, debido a los ataques continuos que estaba recibiendo el gobierno de Manuel Azaña.

Juan había llegado a El Liberal a entregar los dibujos como hacía todas las tardes. Aún no había comenzado el verano y, sin embargo, el despacho de Vicente parecía ya un horno. Juan se quitó la chaqueta, desanudó un poco la corbata y abrió el cuello de la camisa, se secó el sudor de la frente con un pañuelo y se sentó en la silla dispuesto a esperar a Vicente, que había salido a llevar el trabajo de Juan a los linotipistas.

—¡Este verano te vas a derretir en tu despacho! —exclamó Juan, mientras entraba Vicente y se dirigía a su sillón.

—Todos los veranos es la misma cantinela —contestó Vicente, que llevaba remangadas las mangas de la camisa hasta un poco más abajo de los codos y lucía un amplio cerco de sudor en ambas axilas.

—Deberías de comprarte un abanico —propuso Juan.

—¡Qué bromista está hoy el niño! —exclamó Vicente, después de soltar una estruendosa carcajada—. ¿Qué piensas de todo lo que está sucediendo ahora mismo en España?

—¿Qué quieres que te responda, la verdad, o quieres que te responda con diplomacia? —preguntó Juan con astucia.

—Sabes que me fío de tu intuición y lo que me digas lo voy a creer, como si me dijeras que está a punto de llegar el fin del mundo.

—No entiendo a los políticos de hoy en día, Vicente, ¡no los entiendo! —vociferó Juan con un cierto deje de hartazgo.

—¿Por qué?

—Vicente, nos ha costado mucho llegar hasta aquí, y desde que es presidente del Gobierno Manuel Azaña lo único que ha encontrado son piedras en el camino. Lo entendería si todas las reformas que está intentando llevar a cabo vinieran de la derecha, pero, ¡joder!, no se merece el boicot que le está haciendo la izquierda más reaccionaria —expuso Juan, con un semblante en el que se apreciaba la preocupación supina que le causaba aquella situación.

Todas las reformas que el gobierno estaba llevando a cabo contra la Iglesia Católica, como declarar a España un estado aconfesional y otras medidas más, habían encontrado un amplio rechazo por parte de la Iglesia y los grupos católicos. La reforma agraria y la de las relaciones laborales trajo consigo las protestas de los terratenientes y de los empresarios. Y la reforma militar puso en pie de guerra a los militares.

—Se veía venir desde antes de las elecciones —insinuó Vicente.

—Ya lo sé, pero los cambios no se consiguen de un día para otro.

Hay que tener paciencia porque con el tiempo todo se alcanza. El gobierno tiene mucho trabajo por delante, porque en este país hay que cambiarlo todo, de arriba abajo. Todos los ámbitos de la vida necesitan leyes nuevas y los ministros están trabajando al doscientos por ciento para acometer todas las reformas. Si no los dejan trabajar en paz, esto se puede ir a la porra, como dice María —Juan se había puesto en pie, ya no soportaba estar sentado en aquella silla mientras exponía todo lo que le preocupaba. Caminaba por el despacho como un león enjaulado, cinco pasos a la derecha, daba media vuelta y deshacía el camino con otros tantos pasos, hablando con convicción, y cuando quería poner énfasis en algún punto, giraba la cabeza y miraba a Vicente a los ojos.

—Ya sabes que hay muchos engendros por ahí sueltos que quieren poner a España patas arriba y no van a parar hasta conseguirlo —bramó Vicente, que ya estaba también enfadado con los comentarios de Juan.

—¡No entiendo a los de la CNT, joder, no los entiendo! Parece mentira que siendo de izquierdas, sean los que más problemas le están causando a este gobierno. Y tampoco a esos grupicos de la UGT que cada día están armando más revuelo con todas las protestas que están organizando —añadió Juan, con el puño cerrado y el dedo índice apuntando hacia arriba, moviéndolo hacia delante y hacia atrás.

—Bueno, los de la CNT no querían la Dictadura, pero tampoco quieren la República. Ellos proponen su modelo idealizado de estado con la dictadura del proletariado y su comunismo libertario, y no van a parar hasta conseguirlo —filosofó Vicente, intentando simplificar la ideología de los sindicalistas de la CNT.

—¡O hasta que esto estalle por algún lado! —le interrumpió Juan, haciendo un alto en su caminar para mirar fijamente a Vicente.

—¡No mientes a la bicha, Juan! —bramó Vicente.

—Cada día que pasa todo va a peor. Parece que los españoles no han aprendido nada de su historia y en estos dos años menos todavía. ¡Joder, Vicente! No se puede poner el país patas arriba en solo dos años y lavar con jabón todos los lamparones de tantos años de historia —siguió exponiendo Juan, cada vez con más énfasis y soltando tacos que, bien sabía Vicente, no le gustaba utilizar y que eran muy raros en su vocabulario diario.

—Pero admitirás, Juan, que muchas reformas se están retrasando por la propia ineficacia del gobierno.

—Y por la falta de dinero, ¡que no somos ricos! Y además, esta maldita crisis económica se lo está llevando todo por delante —apuntó Juan con precisión.

—¿Sabes qué es lo peor de todo?

—¿El qué?

—Que nos pilla a contrapié y con las manos atadas. No se puede hacer nada y no podemos hacer nada ninguno de los dos —sentenció Vicente, incorporándose hacia delante y entrelazando sus manos encima de la mesa.

—Ya lo sé, Vicente. Por eso me estoy desahogando esta tarde aquí contigo y por eso se me revuelven las tripas de ver que estoy aquí de brazos cruzados —entonó Juan, como si él fuera el culpable de la situación que estaban viviendo.

—Ahora no podemos hacer nada. Solo nos queda verlas venir —aseveró Vicente lacónico.

—¡Con todo lo que hemos trabajado! ¡La madre que…! —No terminó la frase.

—Te veo muy pesimista, Juan.

—La verdad es que sí.

—Pero tú siempre has sido optimista.

—Sí. Y quiero seguir siendo optimista, pero algo me huele mal y no quiero ser pájaro de mal agüero. En fin, tendré que pensar solo en los pequeños pasos que vaya dando este gobierno, igual así cambio de opinión y de intuición —añadió Juan, mirando ahora al suelo y con la cabeza agachada, como si estuviera esperando el final de todo por lo que había luchado durante tantos años.

Cuando Juan volvió a casa, le comentó a María la conversación que había mantenido con Vicente y cómo se había desarrollado.

María se preocupó porque nunca había visto a Juan con ese estado de ánimo tan alicaído y tan pesimista.

—Mira, Juan, aún tengo grabadas las palabras de Vicente cuando me dijo que la política es así, demasiado complicada. ¿Y sabes una cosa? ¡Que el tooontolaba tenía razón! —masculló María, haciendo énfasis al pronunciar y estirar la primera o de tontolaba, aunque lo decía en tono amistoso.

—¿Qué quieres decir María? —preguntó con sorpresa Juan.

—Que la política puede ser el trabajo más bonito del mundo cuando tu objetivo consiste en ayudar y mejorar la vida de los demás. Pero cuando ese no es el objetivo y priman otros intereses, se puede convertir en la faceta más rastrera y ruin de este mundo —dijo María, mientras dejaba a su hija en el suelo porque quería jugar con sus

hermanos.

Estaban en la habitación donde jugaban los niños. Juan estaba ayudando a su hermano Antonio a completar un puzle de madera, y cuando María se acercó, dio un manotazo a todas las piezas que salieron esparcidas por toda la habitación. Antonio le propinó un empujón a María que cayó de espaldas, comenzando a llorar. María volvió a tomar a su hija en brazos y le secó las lágrimas después de reñirle a Antonio y contestar éste que la culpa era de María, que le había destrozado el puzle cuando lo tenía casi terminado.

—Además, estoy totalmente de acuerdo contigo, Juan —continuó María con su opinión—. Que lo que está sucediendo ahora mismo en España no es la política por la que nosotros nos hemos dejado el alma. ¡Que no hay derecho!

—¿Sabes por qué estoy preocupado? —volvió a preguntar Juan.

—No. Aunque puede ser por todo lo que yo te estoy diciendo —propuso María.

—Porque tengo el presentimiento de que entre todos la mataron y ella sola se murió —sentenció él.

—No creo que llegue hasta esos extremos. ¡Que ha costado mucho llegar hasta aquí! —exclamó María, de forma diplomática, sin soltar la frase llena de tacos que su cerebro censuró.

—¡Al tiempo! —zanjó Juan, con pocas palabras, como solía hacer cuando estaba convencido de algo.

—Bueno, hablando de tiempo ¿No crees que es una buena oportunidad para que te tomes unas vacaciones? —propuso ella, abriendo los ojos y dibujando una de esas sonrisas que le daban luz a su cara.

—¿Unas vacaciones?

—Si, Juan, sí. Ya hemos hablado de este tema y creo que ha llegado el momento justo. Tú las necesitas, los niños también y yo me apunto —argumentó María, con la soltura propia de quien adivina que es la mejor opción.

—¿Me dejas que me lo piense?

—No —respondió ella, casi antes de que Juan terminara su respuesta.

—Si no me dejas ni hablar, ni expresar mi opinión… —protestó Juan.

Juan se levantó de su silla, cogió una ficha del puzle del suelo y la colocó en el lugar adecuado para recibir un gracias papá y después un beso lanzado al aire de su hijo Antonio.

—Llevas trabajando muy duro desde hace muchos años y aunque solo sea una semana de vacaciones te va a venir bien. A los niños les

vendrá genial, y a ti te servirá para olvidarte por unos días de las malas noticias políticas que recibes todos los días —siguió insistiendo María, que no cejaba en su empeño de convencer a Juan.

—¿Y qué propones? Porque ya veo que no tengo escapatoria —preguntó él, viéndose ya acorralado y sin un discurso acorde para eludir la propuesta de María.

—¡Mira! Ahora que hay tren directo a Caravaca, sería buena idea ir a pasar una semana de vacaciones allí. A los niños les haría mucha ilusión hacer ese viaje. Para ellos sería la primera vez que viajaran en tren —propuso María, mirando a los ojos a Juan, e intentando disimular lo que ya tenía preparado con antelación.

Hacía pocas semanas que se había puesto en marcha la línea férrea Murcia-Caravaca de la Cruz. El viaje inaugural había sido organizado por el gobierno republicano de Murcia como si llevaran la prosperidad y el bienestar a la comarca del Noroeste, y había partido desde la nueva estación de tren de Zaraiche, construida para tal fin.

—Solo voy a poner una condición para decirte que sí —afirmó Juan, que ahora ya esbozaba una tibia sonrisa.

—¿Cuál?

—Que me des ahora mismo un beso en los labios.

María se levantó con su hija en brazos, se acercó a Juan sonriendo y le dio un beso con ternura y con agradecimiento.

—¿Sabes qué es lo que podríamos hacer?

—¿Con respecto al viaje?

—Sí.

—Dime. Te escucho.

—Se lo podríamos proponer también a Salvador Mateos y a Carmen, para que se vinieran con sus dos hijos con nosotros.

—Me parece buena idea, pero no sé si a Salvador le gustará la idea —aseguró Juan, dubitativo.

—A Salvador le pasa igual que a ti. No para de operar todos los días y de ver enfermos. Carmen y yo hemos hablado…

—¡Que habéis hablado Carmen y tú! ¡No me digas que ya lo teníais preparado entre las dos! —interrumpió Juan a María, sin dejarla terminar la frase.

—Pues sí. ¿Pasa algo?

—No, nada —respondió abrumado Juan—. Entonces, si es usted tan amable, ¿me puede explicar todos los planes que han preparado las dos brujitas? —preguntó Juan, con todo el sarcasmo que fue capaz de exponer.

—Nos vamos a ir la primera semana de julio a Caravaca. Vamos a alquilar una casa, ¿sabes que alquilan casas en Caravaca para las

vacaciones de las familias? Podemos alquilar una casa grande y pasar las dos familias juntas una semana alejados de todo. Solo nosotros, los niños, los paseos y los baños que nos vamos a dar en las Fuentes del Marqués.

—Si hubieras empezado por ahí, te hubieras ahorrado un montón de explicaciones.

—No sabía si te iba a convencer.

— Y, que conste, me hubiera apuntado al viaje —afirmó Juan, mientras levantaba las cejas y sonreía con decisión.

—Y si no te hubieras apuntado, te hubiera llevado a rastras —sentenció María, muy seria, antes de explayarse en una armoniosa y larga carcajada.

—Papá, quiero pis —dijo Antonio, mirando a sus padres.

—Mamá, quiero cenar, tengo hambre —avisó Juan, poniéndose en pie—. Venga, vamos ya, que estáis mucho tiempo hablando —protestó de nuevo Juan.

María aún no sabía pedir pis, aunque sí que protestaba cuando tenía hambre. Se había quedado dormida en el regazo de su madre con el dedo índice de su mano derecha metido en la boca.

Capítulo 18

Por diversas razones, los planes se torcieron y no se pudieron ir de vacaciones la primera semana de julio. Lo aplazaron para la primera semana de agosto.

El martes 1 de agosto, sus dos hijos, Juan y Antonio, se despertaron muy temprano. Más bien, durmieron a duermevela durante toda la noche. Cada dos por tres acudían al dormitorio de sus padres a tientas, entre la oscuridad, para preguntar si ya era la hora.

—Juan, ¿no ves que está oscuro aún?, duérmete y llévate también a tu hermano.

Poco después, Juan dormía y era Antonio el que llegaba a la habitación.

—Papá, quiero agua, ¿me puedes acompañar?, ¿falta mucho aún para levantarnos?

—Aún puedes dormir un poco más, no te preocupes, que no se nos hace tarde.

Por el bullicio que había en casa el día anterior, María sabía que algo sucedía, pero era tan niña que aquella noche durmió como todas las noches, hasta que sus padres la despertaron muy temprano a la mañana siguiente.

A la hora convenida, se encontraron las dos familias en la estación de Zaraiche, una estación nueva con una gran luz interior proporcionada por las grandes puertas acristaladas y los amplios ventanales. El tren, que funcionaba con carbón, dejó atrás una estela de humo cuando salió de la estación.

Salvador y Carmen tenían dos hijos, uno de la misma edad que Juan y el otro mayor. Los cuatro niños aprovecharon el viaje para jugar dentro de los vagones de madera, unas veces quedándose quietos en el pasillo, en equilibrio, hasta que caían hacia delante o atrás y otras emitiendo vapor en las ventanas de los vagones y haciendo dibujos en los cristales.

Además, cada vez que el tren realizaba una parada en las estaciones entre Murcia y Caravaca, los niños aprovechaban esos minutos para bajar del tren hasta que el revisor les daba la orden de que tenían que volver a subir.

Con las dos familias viajaban las tres criadas, Manuela, Jesusa y

Serafina que, igual que los niños, también realizaban su primer viaje en tren, por lo que no pararon de cuchichear durante todo el trayecto.

A la casa que habían alquilado, que estaba a las afueras de Caravaca, se llegaba a través de un camino sembrado de guijarros. Franqueaban la casa dos cipreses que se alzaban majestuosos como si quisieran tocar el cielo y delante de ella había una era, redonda, con restos de haber sido utilizada no hacía mucho tiempo para trillar.

Era una casa señorial, de dos plantas y con los dormitorios suficientes como para albergar a las dos familias. Todos los muebles eran de madera y, aunque precisaban una restauración urgente, Juan y María dieron su visto bueno. En el salón de la casa, una chimenea tan negra como el carbón y con troncos preparados para ser quemados, serviría para calentar toda la estancia.

Esa tarde la dedicaron los dos matrimonios a comprar en Caravaca todo lo necesario para pasar la semana, mientras los niños se quedaron al cuidado de las tres criadas.

El primer día aprovecharon toda la mañana para pasear por las calles de Caravaca, visitar la Iglesia de la Compañía de Jesús y la Iglesia de El Salvador.

El segundo día fueron a bañarse a las Fuentes del Marqués, un paraje natural sombreado por grandes encinas y pinos carrascos. Allí, en sus aguas cristalinas y frías, se bañaron para gran disfrute de los cinco niños.

No subieron al castillo de Caravaca hasta el tercer día, en el que visitaron la Basílica Santuario de la Vera Cruz, lugar santo de peregrinaciones. Aunque ninguna de las dos familias eran católicos practicantes, ante la Cruz de Caravaca los dos matrimonios realizaron un acto de recogimiento y devoción en el que rezaron o pidieron para sus adentros.

El resto de días repitieron el baño en las Fuentes del Marqués, pasearon por la campiña y hasta un día prepararon una comida campestre en una pineda que había cerca de su casa.

Por las noches, después de acostar a los niños, los dos matrimonios se quedaban de tertulia en el porche de la casa, aprovechando el frescor que proporcionaba la brisa nocturna.

Salvador era un hombre de mediana estatura, pelo negro, bigote pequeño, bien perfilado, y unas manos grandes con dedos alargados que le facilitaban la labor en cada operación quirúrgica. Era más de escuchar que de hablar, aunque siempre estaba dispuesto a ayudar y por eso trabajaba tres días gratis, operando a personas sin recursos económicos que acudían a la Beneficencia.

—Ha sido una buena idea pasar esta semana de vacaciones juntos

—inició la conversación nocturna Salvador, después de beber un sorbo de una copa de coñac.

—La verdad es que sí. ¡Nunca hubiera imaginado que siete días dieran para tanto y que me sentaran tan bien! —contestó Juan, recostado hacia atrás en un sillón de enea.

—Juan, tenemos que darles las gracias a María y a Carmen, porque hayan tenido esta magnífica idea y también por tener el coraje suficiente para poder convencernos, sabiendo cómo pensábamos los dos —propuso Salvador, con una sonrisa y echando su cuerpo hacia delante.

María y Carmen se miraron entre ellas con una sonrisa picarona, y no interrumpieron a sus maridos porque preferían guardar silencio para conocer hacia dónde conducía esa conversación.

—La verdad es que sí. Señoras, ¡mi más cordial enhorabuena! —Juan se puso en pie, hizo una reverencia a las dos mujeres y se volvió a sentar.

Salvador no se atrevió a tanto.

—Ahora, creo que debemos de ser nosotros dos los que nos adelantemos a los acontecimientos y propongamos otra semana de vacaciones el año próximo —propuso Salvador, enarcando las cejas y con su voz de terciopelo roto.

—¿Estás proponiendo ya otras vacaciones el año próximo sin terminar estas? —preguntó Juan con sorpresa.

—Pues sí, en efecto.

—En ese caso… me apunto. Y como todo ha salido fenomenal, propongo que lo vuelvan a organizar de nuevo Carmen y María, ¿os parece bien? —preguntó Juan a las dos mujeres.

—Por mí, encantada —contestó María.

—Y, por mí, también —dijo Carmen.

Habían tenido siete días para desconectar del mundo. Una semana en la que no leyeron periódicos, no estuvieron al tanto de lo que sucedía fuera de aquel lugar idílico y tampoco hablaron de política ni de la masonería.

Sin embargo, cuando llegó septiembre, cada día era un polvorín de noticias nuevas. A veces, era mejor que no pasaran los días, porque si lo que se leía un día en el periódico era malo, lo del día siguiente era peor todavía.

Y, como se veía venir, en octubre de 1933 se convocaron nuevas

elecciones, tan solo dos años y unos cuantos meses después de las primeras elecciones generales de España.

La convocatoria de las nuevas elecciones alteró hasta el infinito a María, porque era la primera vez que iba a tener el derecho al voto.

Todos los días se reunía con Carmen y hacían planes entre ellas para presentarse juntas a votar. Ese día tan especial, querían acudir al colegio electoral con toda la familia, para celebrar de esa manera la conquista conseguida y la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer de cara a unas elecciones democráticas.

No solo estaban contentas María y Carmen, sino que eran más de seis millones de mujeres las que estaban llamadas a las urnas el 19 de noviembre en primera convocatoria y para el 3 de diciembre la segunda vuelta.

España se iba a convertir en uno de los primeros países del mundo en el que las mujeres iban a votar. Así que fue un momento histórico de especial relevancia, y se convirtieron en habituales las manifestaciones de grupos de mujeres blandiendo la bandera de la República para manifestar su júbilo por el derecho al voto.

Juan volvió a retomar la actividad política tan frenética que había llevado a cabo en las elecciones anteriores.

Sin embargo, en esta ocasión, María no le acompañó en su causa, hastiada por todo lo que había sucedido.

Cada día que pasaba, Juan estaba más preocupado.

En esta ocasión los partidos de la derecha ya habían formalizado una amplia coalición encabezada por la CEDA y concurrían unidos a las elecciones. Sin embargo, los partidos de la izquierda, cada vez estaban más divididos y acudían a las elecciones más solos que lobos solitarios.

Además, la ley electoral había cambiado en junio de 1933. Con la nueva ley, para que un partido político o coalición ganara en la primera vuelta tenía que conseguir más del cuarenta por ciento de los votos y si esta premisa no se daba, había que ir a una segunda vuelta. Asimismo, en la segunda vuelta, solo podían participar aquellos partidos o coaliciones de partidos que hubieran obtenido más de un ocho por ciento y, para complicarlo más, en la segunda vuelta se podían cambiar las coaliciones de partidos.

Con todos estos antecedentes, Juan lo veía cada vez más negro.

Capítulo 19

Había dado muchas vueltas en la cama y a las cinco de la mañana María decidió que ya estaba bien.

Ya había descansado lo suficiente, aunque dormir, lo que se dice dormir de verdad, había dormido muy poco, tres o cuatro cabezadas y nada más.

Se levantó en silencio, sin hacer ruido, para no despertar a Juan que dormía como una marmota. Fue a la cocina, se preparó un café de achicoria con leche y dos cucharadas de azúcar. Abrió la ventana de la cocina y dejó que penetrara en toda la estancia el frescor de aquella noche. Chispeaba, pero a ella le daba igual.

Empezó a beber con lentitud y de la calle solo se oía el silencio que pocas horas después se rompería en mil pedazos, por el griterío de mujeres dichosas que iban a votar por primera vez.

Era ya el domingo diecinueve de noviembre, un día que quedaría grabado a fuego en la historia de las mujeres en España. Un día en el que la prensa internacional solo estaba pendiente de las mujeres de España.

Las dos familias habían quedado a las nueve de la mañana en las cuatro esquinas, que era el lugar en donde confluían las calles Trapería y Platería.

María y Carmen se dieron un abrazo, después dos besos y se agarraron del brazo una a la otra con una sonrisa de esquina a esquina. Rebosaban felicidad por los cuatro costados, igual que millones de mujeres españolas que ese día iban a votar por primera vez en su vida, por primera vez en la historia de España.

Juan y Salvador se dieron la mano y los niños iban a lo suyo, jugando. Cuando llegaron al colegio electoral, a pesar de la llovizna, la cola era tan larga que no se veía el final porque las personas desaparecían tras una esquina.

A María y a Carmen no les importaba cuán larga fuera la cola, solo querían poder votar. Tardaron en ocupar su lugar porque cada dos por tres se detenían a saludar a mujeres amigas y conocidas de ellas, que estaban tan felices como si ese día todas fueran al altar.

Se colocaron en su lugar correspondiente y fueron avanzando con lentitud, pero con paso firme y, al final, habría unas urnas esperando a

que María y Carmen depositaran su voto.

Después de identificarse ante el presidente de la mesa electoral y antes de depositar su voto, María se dirigió a sus hijos, a Juan y a la familia Mateos.

—Para las mujeres hoy es el día más importante en la historia de España. María, aunque eres muy pequeñita y va a ser difícil que puedas recordar este momento cuando seas mayor, si es posible me gustaría que guardes este día en un rinconcito de tu memoria, porque el paso que vamos a dar las mujeres hoy en España, va a ser recordado durante toda la eternidad.

A María le caían unas lágrimas traicioneras por sus mejillas. Le dio un beso a cada uno de sus hijos, después besó a Juan en los labios, dio media vuelta y cuando depositó el voto en la urna lo vio caer como si fuera el tesoro más importante que había tenido entre sus manos.

Juan la tuvo que abrazar y ella rodeó el cuello de él con sus brazos, mientras escondía la cabeza en los hombros de Juan para llorar como si fuera una niña recién nacida.

Capítulo 20

La unión de partidos de la derecha, encabezada por la CEDA, ganó las elecciones, seguida del Partido Republicano Radical.

La división de los partidos de izquierda propició estos resultados y el cataclismo también del Partido Socialista Obrero Español.

Acción Republicana se hundió hasta los infiernos, consiguiendo tan solo cinco diputados.

En Murcia, ningún candidato logró alcanzar la cuota del cuarenta por ciento de los votos, por lo que se debería de celebrar una segunda vuelta de las elecciones el domingo tres de diciembre.

Aquella noche, Juan no pudo dormir.

Como su ánimo era inquebrantable, durante esas dos semanas de campaña electoral trabajó con más ahínco, aunque sabía que todo el pescado estaba vendido porque no había llegado a alcanzar ningún pacto con partido alguno. Un pacto, después de la primera vuelta, había unificado la candidatura de los partidos de derecha con el Partido Republicano Radical, siendo al final la coalición que se alzó con la victoria.

Acción Republicana no había sacado ningún diputado en Murcia.

Pocos días después fue nombrado presidente del Gobierno Alejandro Lerroux, del Partido Republicano Radical, que se había convertido en un partido republicano de centro derecha.

Para ser presidente del Gobierno, tuvo que aliarse con los partidos de la derecha católica, la CEDA y el Partido Agrario.

Juan, aunque le pesara y después de sopesarlo durante varios meses, decidió que había llegado el momento de plegar velas en la política.

Un tiempo de reflexión no le vendría mal, así como tampoco la transición por el desierto.

Sin embargo, todo ese tiempo de introversión no fue óbice para que en abril de 1934 se afiliara al nuevo partido político que acababa de fundar Manuel Azaña, Izquierda Republicana, porque a pesar de todo seguía creyendo en el ideal político de Azaña.

Fueron unos meses en los que la labor que venía ejerciendo en la masonería la aumentó hasta límites insospechados y seguía con sus viajes de fin de semana a Cartagena.

María alimentaba esa dedicación, puesto que siempre estaba dispuesta para irse un par de días a Cartagena con Carmen, mientras sus maridos mantenían aquellas reuniones que a veces eran maratonianas.

Así, se convirtieron en sábados y domingos de paseos por la ciudad y por el puerto, mañanas sentadas en un café hablando de los asuntos que les preocupaban, mucha política y poca masonería, y tardes de compras y de escaparates que tanto les gustaban a las dos.

Con el tiempo, iban en aumento las relaciones que mantenía Juan con diferentes miembros de la masonería. En los últimos años cada vez eran más los seguidores, aumentando el número de aprendices de forma considerable.

Los halagos y las felicitaciones no se hicieron esperar, y muy pronto empezaron a llegarle a Juan las recomendaciones que hacían de él, para convertirlo con la mayor prontitud en Maestro de la masonería.

Cuando llegó el verano de 1934, María y Carmen lo tenían todo tan bien planeado como el verano anterior.

Volvieron a elegir la primera semana de agosto y en esta ocasión el destino fue el Balneario de la Encarnación de los Alcázares.

Allí, a orillas del Mar Menor, en un lugar en el que los niños se podían bañar casi sin peligro alguno, porque las olas solo existían en el Mar Mayor, pasaron una semana entre la arena, los baños en la playa a cualquier hora del día y los paseos al atardecer apreciando cómo el sol desaparecía por el horizonte.

Igual que el año anterior, fueron días para disfrutar de los hijos, fortalecer la relación de amistad entre las dos familias y desterrar de sus conversaciones los temas políticos y de la masonería.

A la vuelta del verano, parecía que todos los años en España sucedía lo mismo. Era como si el calor pusiera en ebullición a la sangre española para desparramarse sin contemplaciones durante los meses posteriores.

Desde su atalaya privilegiada de noticias, Juan iba observando el devenir de los acontecimientos con el pesimismo de los meses anteriores, en los que nada había cambiado, si no era para ir a peor, porque en abril Lerroux había sido sustituido por Vicente Samper en el cargo de presidente del Gobierno.

El cinco de octubre había amanecido Murcia con el cielo encapotado, amenazando con descargar una de esas tormentas que solo servían para que el río Segura inundase todas las tierras a su paso.

Después de comer, Juan se dirigió al casino con paso rápido, con un paraguas y mirando al cielo temeroso de que en cualquier momento empezara la lluvia torrencial.

Se sentó, como siempre, en el sillón de su oficina particular en el salón del casino. Con tranquilidad, leyó todos los periódicos en los que la noticia de portada era que Lerroux era de nuevo presidente del Gobierno, que en esta ocasión iba a nombrar a tres ministros de la CEDA y que Vicente Samper había durado menos en el cargo de presidente del Gobierno que un dulce de arrope y calabazate en la puerta de un colegio.

También leyó las noticias sobre la huelga general auspiciada por el PSOE y convocada por la UGT que había comenzado la noche anterior. Cerró el periódico y lo dejó encima de la mesita que había situada delante de él.

Su cara expresaba el pesimismo que su estado de ánimo albergaba y que intentaba disimular cuando estaba con otras personas, porque todo iba de mal en peor.

No obstante, y a pesar de todo, aunque esos fueran sus sentimientos, no se dejaría amilanar por la adversidad y seguiría luchando por su República, como si fuera el primer día, como si las zancadillas políticas y a traición que sufría su República fueran un camino de espinas que habría que sortear una y otra vez.

Estaba pensativo y, después de unos instantes, rebuscó en su maletín hasta que encontró el cuaderno que siempre llevaba consigo, en el que escribía su diario.

Cruzó las piernas y comenzó a dibujar, porque necesitaba dejar volar su mente y sus pensamientos, que eran libres como el viento y que ninguna cadena los podía apresar.

Poco después comenzó a escribir:

«*Para progresar, tanto espiritualmente como materialmente, el hombre*

debe en primer lugar tener fe en sí mismo. Sin esa fe, no habrá profundidades en las que no pueda caer; con ella, no habrá alturas a las cuales no sea capaz de ascender».

Y, a pesar de todo, él tenía fe en la República.

Capítulo 21

Unas semanas más tarde, mientras Juan se encontraba dibujando en su oficina, empezó a oír el chirriar de una conversación acalorada que venía de otra de las salas del casino.

No se trataba de gritos, pero por el sonido que escuchaba, parecía que allí se estaba debatiendo algún tema de forma muy acalorada.

Como le picó la curiosidad, guardó la lámina que estaba dibujando y se dirigió con calma y con sigilo hacia esa sala. Pero no lo consiguió porque cuando llegó, y se percataron de su presencia, una voz ronca como si saliera de un sótano le preguntó a bocajarro:

—¿Qué piensas tú de la proclamación del Estado Catalán?

Como consecuencia de la huelga general, se había producido la revolución en diferentes lugares de España e incluso el presidente de la Generalidad de Cataluña, Lluís Companys, había proclamado el Estado Catalán dentro de la República española.

—Yo creo en la unidad de España como estado, pero estoy a favor de que Cataluña, el País Vasco y Galicia tengan su Estatuto de Autonomía —contestó Juan, así, con lo primero que se le vino a la mente, sin saber aún de qué estaban hablando en aquella tertulia.

—Pues yo creo que el presidente del Gobierno hizo muy bien sacando el ejército a las calles para poner a los catalanes en su sitio —opinó Arturo Martínez, uno de los contertulios que Juan conocía bien por ser simpatizante de la CEDA y quien le había lanzado el dardo en forma de pregunta.

La declaración del Estado Catalán se había producido el sábado seis de octubre, pero la rebelión fue rápidamente sofocada en veinticuatro horas tras la intervención del ejército, siendo apresados el presidente de la Generalitat, sus consejeros y suspendido el Estatuto de Autonomía.

—Todos me conocéis bien y sabéis que no soy partidario de la intervención del ejército en este tipo de conflictos —afirmó Juan, abriéndose paso entre el círculo de tertulianos.

—¿Y tampoco eres partidario de la intervención del ejército en la Revolución de Asturias? —volvió a preguntar Arturo, en esta ocasión con más inquina.

Los socialistas habían amenazado con una revolución si entraban

ministros de la CEDA en el gobierno. Cuando Lerroux nombró a los tres ministros de la derecha, cumplieron su palabra y declararon la revolución armada en muchos lugares de España, siendo Asturias el principal bastión de la insurrección. Tras la intervención del ejército, fue sofocado el intento de revolución, pero dejando atrás más de mil muertos entre uno y otro bando. En la región de Murcia había sido Alguazas el lugar en donde más importancia había tenido el conato de revolución, pero fueron detenidos todos los integrantes del intento de levantamiento.

—Creo que mi postura y mi forma de pensar es bien conocida por todos porque yo hablo claro y nunca me escondo. Han sido dos sucesos muy distintos el uno del otro. En Cataluña fue una declaración civil y en Asturias casi fue una declaración de guerra contra la República. Nos ha costado mucho sufrimiento conseguir que España sea una república para que ahora, y por unos pocos que están en contra, se ponga en peligro la mejor forma de gobierno y de democracia que ha tenido España en toda su historia. No estoy a favor del uso de las armas como bien sabéis, pero si han servido para que España siga siendo una democracia, bienvenidas sean, y lo siento mucho por los cientos de muertos que ha provocado esa revolución —contestó muy serio Juan, con la cabeza levantada, mirando fijamente a Arturo y con la seguridad que sus palabras le proporcionaban.

—¡Tenían que haber matado a todos esos socialistas que están rabiosos porque han perdido el poder, y a ese Largo Caballero el primero! —barbotó Arturo, con toda la cólera que pudo expresar a través de sus ojos que parecían querer escapar de sus órbitas.

—La violencia solo trae más violencia Arturo y no es bueno que los españoles se vayan matando unos a otros —contestó Juan, haciendo el gesto de calma con la mano.

—Los españoles que están en contra de España no merecen vivir, o son ellos o somos nosotros. Están destrozando este país con tantas huelgas y tantas protestas —argumentó de forma exaltada otro de los tertulianos.

—Y ahora, seguro que volverá de nuevo la quema de iglesias y de conventos —esgrimió con virulencia otro tertuliano.

En 1931, poco después de ser proclamada la República, se produjeron en muchos lugares de España, incluida Murcia, la quema de iglesias y de conventos. Había personalidades de izquierdas que achacaron esa quema a la gente de derechas para provocar el enfrentamiento con la República recién constituida. Mientras que la gente de derechas acusó a la izquierda de ser la autora de esos

desmanes, por estar harta de todos los abusos de poder que había cometido la iglesia a lo largo de la historia de España.

—Señores, ya veo que están algo nerviosos esta tarde. Que están sacando de sus adentros todos los sucesos que han ocurrido durante estos años de democracia para atacar a la República. Ya sé que ustedes eran monárquicos, que no les gusta para nada la República y que prefieren vivir al dictado de lo que alguien piense por ustedes. Si renuncian a pensar, a participar en la vida política de este país y a elegir a sus representantes, ese es su problema. Yo les puedo asegurar que este es el mejor régimen para España y que tres años son insuficientes para arreglar todos los problemas que venimos arrastrando. Pienso que es mejor arrimar el hombro que criticar y oponerse de forma sistemática a las decisiones del gobierno. Además, ahora tienen ustedes a tres ministros y seguro que apoyarán las decisiones que tomen —expuso Juan, de forma mesurada, sin levantar la voz, intentando transmitir la calma que seguía manteniendo, porque a pesar de saber que casi todos los allí presentes estaban en contra de sus ideas políticas, no iban a conseguir alterarlo.

—Claro, tú piensas así porque también está detenido tu jefe, Azaña. Dice que no ha participado en la organización de la revolución, pero yo no me lo creo. ¡Seguro que tuvo algo que ver! —acusó de nuevo Arturo.

—Azaña no ha tenido nada que ver con todos estos sucesos. Eso se lo garantizo yo y, como en este país ahora mismo hay tribunales legales, ya verán ustedes como pronto lo ponen en libertad. Si esto fuera una dictadura, donde se puede detener a personas inocentes, todo sería muy distinto, pero Azaña saldrá libre de cargos. Eso va a ser tan seguro como que el río Segura riega la huerta de Murcia —afirmó categórico Juan, volviendo a utilizar el ustedes para mantener la distancia y el equilibrio con sus contertulios, aunque ellos lo habían tuteado durante toda la conversación.

A pesar de sus diferencias políticas, siempre había existido una relación de cordialidad con aquellas personas. Ahora Juan ya no lo tenía tan claro. Corrían malos tiempos para granjearse enemigos y él no los buscaba.

La República no caminaba por el camino correcto, o mejor dicho, por el camino que le hubiera gustado a Juan.

Desde un principio, él sabía de sobra que no iba a ser un camino de rosas, pero tampoco un camino con tantas espinas. Los debates de los diputados en las Cortes parecían un batiburrillo de patio de colegio, en donde nadie era capaz de ponerse de acuerdo si no era para obtener una prebenda en forma de Presidencia del Gobierno, algún

Ministerio o cualquier otro cargo menor. Entre aquellas paredes, los obreros, los campesinos, el trabajo y la seguridad del pueblo importaba muy poco y así transitaba España, a pedrada limpia.

Y lo que sucedía en las Cortes trascendía al pueblo español, para multiplicarse por mil las discusiones, las protestas y las huelgas. Pensar diferente era muy peligroso, pero lo peor de todo era que había muchos partidos políticos, cada uno con sus ideales, unos más progresistas y otros más trasnochados. Era fácil, demasiado fácil, encontrar en la calle a personas que no pensaran igual que tú, con ideales diferentes y con ganas de gresca.

Aquella situación se estaba convirtiendo en un polvorín y todos sabían que algún día iba a estallar de verdad.

Cuando María supo lo que había ocurrido, le dijo a su marido que ya no se fiase de aquella gentuza y que tuviera mucho cuidado. Que aunque habían sido personas con las que se podía hablar y discutir de política, a pesar de que tuvieran ideas diferentes, las tornas estaban cambiando y ahora comenzaba el tiempo del revanchismo y los rencores aparcados. Que en estos momentos, esas eran virtudes muy negativas que no había que menospreciar. Que no habían sido nunca amigos suyos, pero sí conocidos con una relación cordial que acababa de finalizar con la conversación de aquella tarde.

Prudencia y discreción fueron los consejos que María procuró a su marido, dos lecciones que Juan había enseñado a María muchos años atrás y que ella había aprendido a lo largo de todos aquellos años de traiciones políticas.

En diciembre, Juan fue nombrado Maestro Masón en una ceremonia marcada por la simbología y en la que echó de menos a Dominique.

María, muy orgullosa de su marido, asistió a la ceremonia acompañada de su inseparable Carmen.

Juan, en los primeros meses de 1935, alcanzó el grado tercero de Maestro Masón y el cargo de Primer Vigilante.

A partir de entonces, comenzó con la instrucción en la masonería de los nuevos aprendices que iban engrosando sus filas.

El gallinero político cacareaba con tanto volumen y estaba tan revuelto, que hasta las zorras intentaban escapar de aquel peligroso lugar.

Sin embargo, la masonería se estaba convirtiendo en una institución que estimulaba el desarrollo de cada ser humano a través

del conocimiento personal, enarbolando los valores éticos como modelo de persona y la filosofía fraternal de ayuda a los demás como estandarte moral. Esos preceptos, que promulgaban la solidaridad, fueron el punto de apoyo para que, cada día que pasaba, más personas de diferente índole quisieran entrar a formar parte de la masonería.

Desde su ingreso en la institución, Juan se había embarcado en el estudio con fruición de los diferentes filósofos y de las distintas personalidades masónicas distribuidas por todo el mundo. Estudiaba sus textos y frases más representativas porque ello le permitía perfeccionar la instrucción de los nuevos aprendices, tanto en Cartagena como en Murcia.

En cada tenida, la oratoria de Juan conseguía que sus discursos provocaran una corriente de admiración y respeto en sus hermanos masones.

Capítulo 22

A mediados de mayo de 1935 Juan encontró a Vicente García Ros muy alterado en su despacho de El Liberal.

—Vámonos. Necesito que me dé el aire —ordenó Vicente.

—Sí. Nos vendrá bien a los dos.

Fueron en dirección al puente de Los Peligros y desde allí se dirigieron al paseo que había paralelo al río Segura.

—Esto va cada vez de mal en peor —comenzó diciendo Vicente.

—Ya lo sé —respondió Juan, lacónico.

—Desde que ya hay cinco ministros de la CEDA en el gobierno, se están cargando todas las reformas que había puesto en marcha Azaña.

El seis de mayo, Lerroux había formado un nuevo gobierno, teniendo que sucumbir a las pretensiones de la CEDA y aumentar el número de ministros de tres a cinco para seguir contando con su apoyo. De esa manera se garantizaba seguir manteniéndose al frente del gobierno.

—Eso era de esperar. Ya sabemos cómo se las gastan.

—Estamos retrocediendo cinco años en el tiempo, ahora tenemos leyes parecidas a la dictadura, pero en una democracia —censuró Vicente, haciendo aspavientos y con un tono de voz tan enfadado que ni tan siquiera el gordo de la lotería de Navidad se lo hubiera mejorado.

—Y como sigan así van a dejar España hecha un solar, porque cada vez hay menos trabajo. Los empresarios y los terratenientes han bajado los sueldos y están despidiendo obreros en toda España. Cada día que pasa hay más gente que no tiene ni para llevarse una rebanada de pan a la boca —expuso Juan, como si aquello fuera un lamento compartido más que una conversación.

—Y lo peor de todo es el error que están cometiendo con los generales del ejército —comentó Vicente.

—A mí tampoco me gusta nada ese asunto.

—Se han pasado una legua con la purga que están haciendo con los generales que eran fieles a la República y encumbrando a todos los generales que estaban en contra. Es un arma de doble filo que no sé a dónde nos va a llevar —Vicente había elevado el tono de voz y no se estaba dando cuenta de que los transeúntes con los que se cruzaban

los miraban con asombro.

Había cuatro generales a los que se les consideraba menos partidarios de la República. Como premio, el nuevo gobierno los había elevado de cargo, ocupando los principales puestos en la cúpula militar. Se trataba de los generales Mola, Fanjul, Goded y Franco.

—Tienes razón. Es un asunto demasiado peligroso y que puede traer malas consecuencias —argumentó Juan, mirando hacia el suelo.

—Y, además, no contentos con echar para atrás todas las reformas llevadas a cabo estos años anteriores, ahora van y quieren cambiar la Constitución. ¡Esto ya sí que es el colmo!, ¡éramos pocos y parió la abuela!, ¡la madre que los parió…! —Ya no podía más Vicente, tenía que soltar por su boca todo lo que estaba pensando y sabía que solo con Juan se podía desahogar.

—Solo me queda el consuelo de que los demás partidos políticos les paren los pies y no se sumen al proyecto de cambiar la Constitución, ¡hasta ahí podíamos llegar! Espero que en las Cortes tumben ese proyecto —puntualizó Juan, que ya estaba casi tan enfadado como Vicente.

—Si en España quedan políticos con dignidad, ese proyecto no verá la luz. Pero ¿sabes una cosa? —preguntó Vicente, haciendo un alto en el camino y mirando fijamente a Juan a los ojos.

—¿Qué?

—Que ya no me fío de ningún político de este país —sentenció Vicente, con el rostro desencajado y mil tacos guardados para sí que por educación no quiso pronunciar, aunque en esos momentos estaban solos y nadie lo podría censurar.

Juan comprendía a Vicente. Probablemente aquella conversación no era prudente mantenerla en público ni en un lugar en el que pudieran estar escuchándola, aunque en la redacción del periódico estaban seguros porque todos los trabajadores eran de la misma cuerda. Durante la dictadura habían tenido conversaciones semejantes, pero era la primera vez durante la República que mantenían un diálogo en esos términos. Los dos estaban temerosos por la pérdida de los derechos y las libertades conseguidas. Los dos conocían muy bien el pasado que habían vivido, estaban viviendo peligrosamente el presente y desconocían el futuro.

Capítulo 23

El domingo 26 de mayo Manuel Azaña iba a dar un mitin en Mestalla, el campo de fútbol del Valencia.

Como consecuencia de la división de la izquierda, que propició el triunfo de los partidos de centro derecha, y que trajo consigo que toda la política llevada a cabo desde 1931 a 1933 se fuera al traste, Azaña se había propuesto volver a unir a los partidos de izquierda, y para ello iba a organizar mítines por diferentes localidades de España y éste iba a ser el primero.

Juan organizó un viaje para asistir al mitin de Azaña y para ello contrató un autobús. Ante las dudas iniciales que tenía sobre el proyecto del viaje, pronto se vio abrumado por la ingente cantidad de solicitudes que estaba recibiendo con la intención de acudir. Tuvo que contratar un segundo autobús y cuando este se llenó hizo lo propio con un tercero.

Lo que más sorprendió a Juan fue que no solo querían asistir los simpatizantes y afiliados a Izquierda Republicana, sino que tampoco se querían perder aquella comparecencia ante el pueblo los socialistas y los anarquistas.

El sábado 25 de mayo, los tres autobuses estaban aparcados delante de la Iglesia del Carmen y a las nueve y media partió la caravana rumbo hacia Valencia.

En el primer autobús, en los dos primeros asientos viajaba Juan con Salvador Mateos y detrás María con Carmen. Pocos días antes del viaje, Salvador se había afiliado a Izquierda Republicana y no quería perderse la oportunidad de asistir en persona a un mitin de Manuel Azaña.

En los días previos, los periódicos publicaron noticias en las que se reflejaba el notorio poder de convocatoria que estaba teniendo el evento y el gran número de autobuses que se estaban fletando desde muchas de las ciudades más importantes de España. Incluso se había publicado que desde Sevilla iba a partir una comitiva con el objetivo de realizar caminando todo el trayecto.

La ilusión se reflejaba en las caras de todas las personas que viajaban en el autobús de Juan. El viaje estaba siendo amenizado con canciones cantadas a coro en las que no importaba desafinar, sino

levantar el ánimo, para que aquella música sirviera como puente de unión de la gente de izquierda que estaban allí presentes. Era importante avivar el sueño de volver a recuperar el poder perdido y el primer paso era acudir a Valencia para demostrar que la unión era posible otra vez.

El viaje era largo y se hizo necesario realizar diferentes paradas para almorzar, comer y para que los autobuses no se calentaran en demasía. Casi todos iban provistos de comida que compartieron como quien reparte todo lo que tiene. Los panes fueron cortados en majestuosas rebanadas, el tocino en tacos, los chorizos en rodajas, el morcón en triángulos y las botas de vino bailaban saltarinas de persona en persona.

Cuando llegaron a Valencia, se hospedaron en una posada cercana al campo de fútbol y por la noche, cuando salieron después de cenar, se quedaron asombrados al comprobar que todas las calles de Valencia estaban llenas de gentes que venían de toda España a asistir al mitin. El bullicio y la alegría desbordada quebraban la paz de la noche en la ciudad del Turia.

A la mañana siguiente se desplazaron andando al campo de Mestalla. Las calles aledañas al recinto vomitaban un gentío incesante que portaba banderas republicanas y de los distintos partidos de izquierda, vociferando proclamas en favor de las reformas exterminadas y de las libertades suprimidas por el nuevo gobierno.

En el recinto del campo de fútbol ya no podía entrar ni una gorra ni una melena al viento más. Eran personas de todas las edades reunidas bajo el mismo interés y unos ideales por los que se hacía necesario pelear. Allí había más de sesenta mil personas. Juan y María se miraron absortos porque jamás en su vida habían visto tanta gente junta y estaban seguros del éxito de los mensajes que en aquel evento se expusieran.

Azaña dio las gracias a todos los asistentes y a continuación comenzó a criticar las leyes promulgadas con alevosía por el gobierno, que servían para valerse de la censura y ejecutar detenciones preventivas contra las personas que se oponían al régimen. Criticó el estado de alarma decretado por Lerroux que arrinconaba contra el paredón las libertades conseguidas en el primer bienio de la República española. Exigió la libertad para las más de treinta mil personas que habían sido encarceladas como presos políticos, después de todos los intentos revolucionarios ocurridos en el mes de octubre pasado y que aún seguían en la cárcel.

Cada una de las críticas realizadas era interrumpida con aplausos enfervorizados, vivas a la República y otros cánticos por los que todos

los asistentes podrían haber sido metidos en la cárcel según las nuevas leyes vigentes.

Después de terminar de criticar a los gobiernos de Lerroux, comenzó a proponer que había que pararle los pies a la CEDA y a Gil Robles, su principal dirigente. Comenzó a enumerar muchos de los actos fascistas deleznables que se estaban produciendo en muchos países europeos y que aún estaban a tiempo de ser evitados en España.

Para finalizar, dejó el punto más importante de su discurso. Era estrictamente necesario volver a crear una alianza de partidos de izquierda para poder ganar las próximas elecciones generales en España. Si los partidos de izquierda seguían divididos, estaba seguro de que la derecha junto con el fascismo gobernarían el país, para volver a arruinar la vida y la esperanza de libertad de millones de españoles.

Se comprometió allí mismo, públicamente, a luchar por conseguir la coalición de partidos de izquierda y a que no cejaría ni un solo minuto de su tiempo en intentar lograr la unión, que en los tiempos tan difíciles que corrían se hacía tan necesaria, para concurrir con posibilidades de ganar las próximas elecciones y erradicar de un plumazo a la derecha.

Tendiendo las manos hacia el público asistente, dio las gracias y no se hicieron esperar los vítores apasionados que vocearon como la más grande mascletá valenciana.

María, con los ojos abiertos como luceros, aplaudió con tal entusiasmo que las manos se le enrojecieron, como poseídas por el calor que desprende la ilusión por unos nuevos sentimientos que compartía hasta el lugar más recóndito de su alma.

Juan no estaba extasiado, pero desprendía un halo que había exorcizado todos sus miedos y presentimientos. Ahora ya tenía la motivación que necesitaba para volver a iniciar una batalla para conseguir votos y reconquistar la República de sus sueños.

Un frente común acababa de nacer aquel día en un campo de fútbol.

Como si fuera una ironía del destino, dos aspectos de la vida tan distintos y tan dispares como eran el fútbol y la política, habían confluido en el tiempo y en el espacio, para intentar marcar el gol que le diera la victoria a la vida sobre el fascismo, que se extendía como una nebulosa sobre la faz de la tierra de un continente llamado Europa.

El viaje de vuelta lo hicieron en un abrir y cerrar de ojos, con el espíritu insuflado de una ilusión arrebatadora, que les había sido regalada para proclamar a los cuatro vientos que necesitaban estar

unidos, si no querían ser aniquilados y desterrados a una noche de tinieblas, en la que tendrían que vagar por el infierno político de la sumisión y la esclavitud.

Capítulo 24

María y Carmen lo tenían todo organizado con perfección, hasta el detalle más nimio. Habían tenido un año por delante y en los últimos meses habían dedicado muchas tardes a elaborar los planes que llevarían a cabo la primera semana de agosto.

En esta ocasión habían elegido pasar sus vacaciones de verano en el Balneario de Fortuna.

Carmen tenía muy presente en su memoria todas las historias que María le había contado sobre el Balneario y todas las excursiones que podían realizar. Fue Carmen quien propuso pasar allí la primera semana de agosto, como los años anteriores, y la decisión fue tomada por unanimidad.

Eligieron el mismo hotel en el que habían pasado su luna de miel María y Juan. María, tras hablar por teléfono con el director, había conseguido que le dieran la misma habitación en la que vivió su primera semana de matrimonio con Juan.

El uno de agosto de 1935 ya estaban allí las dos familias junto con las tres criadas y con la disposición de pasar una semana de vacaciones, en la que se iban a cobrar la factura de un año preñado de tormentas, borrascas y huracanes políticos.

Una semana solo para ellos y para sus hijos. Siete días en paz y sin noticias. La semana transcurrió entre baños termales que los niños disfrutaron con sus travesuras de manera muy especial, paseos entre palmeras, excursiones a Fortuna, a la cueva Negra y por los alrededores de la sierra de los Baños, un monte dividido en dos por una grieta gigante, secuela de algún terremoto de vete tú a saber cuándo.

Un día, un empleado del hotel les contó que a menos de tres kilómetros de allí, cerca de Caprés, una de las pedanías de Fortuna, existía un monte que estaba lleno de fósiles de miles de años de antigüedad.

Organizaron una excursión y una mañana se presentaron allí. Una vez en el monte, les explicaron a los niños en qué consistían los fósiles y cómo tenían que buscarlos. Igual que si fuera un juego, los pequeños comenzaron su particular búsqueda del tesoro en la que también participaron como si fueran tres niñas más Manuela, Jesusa y Serafina.

No tardaron en encontrar uno, otro y otro más. Parecía como si aquellos chiquillos tuvieran ojos que taladrasen la piedra y encontraran allí, escondidos durante millones de años, a aquellas criaturas que dormían el sueño de la eternidad.

Como los pequeños eran partidarios de llevarse al hotel todos los fósiles que iban descubriendo, los padres comenzaron a mirarse unos a otros como pensando que igual no había sido tan buena la idea de llevarlos a aquella excursión, por lo que decidieron poner fin a la búsqueda de las joyas semienterradas entre la tierra, porque en aquel lugar había miles de aquella especie de caracoles fosilizados en las rocas. En el viaje de vuelta tuvieron que responder a todo tipo de preguntas sobre aquellos seres y los padres se inventaron las respuestas más inverosímiles, porque ninguno de los cuatro tenía ni la más remota idea acerca de los fósiles.

La última noche en el hotel, mientras ellos bebían una copa de coñac y ellas vino dulce, iluminados por la luz de la luna en la terraza del hotel, decidieron que la semana de vacaciones del mes de agosto de 1936 la iban a disfrutar en Lorca.

Después, Carmen le pidió a María que le echara las cartas.

María no sabía si aquello era un don o una habilidad que había aprendido de su madre y de su abuela.

Cuando era una niña, era bastante frecuente que a su casa de La Tercia acudieran vecinos y personas de tierras lejanas para que cualquiera de aquellas dos mujeres pudiera adivinar su futuro. Ellas siempre decían que no podían adivinar el futuro, que eso era imposible y se santiguaban tres veces. Pero, realizaban todo el ritual y luego ya serían esas gentes las que conocerían si ellas habían sido capaces de predecir lo que tuviera que venir.

Cuando veían venir a casa a algún forastero o algún amigo con esa intención, siempre colocaban, sin ser vistas, una escoba detrás de la puerta para alejar de allí a las malas energías y los espíritus malditos.

María no quería echar las cartas, no le gustaba y, además, luego sentía un dolor de barriga que no sabía explicar. Pero ante la insistencia de Carmen y de su marido, accedió.

Salvador fue el encargado de pedir una baraja al camarero.

La mesa era redonda, de hierro forjado y cristal grueso. María barajó las cartas con presteza, echó los naipes bocabajo, de uno en uno, con celeridad, como si le quemasen entre las manos. Los había distribuido en forma de cruz, dos filas que se cortaban en el centro. Estaba concentrada en ellos, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué queréis saber?

—Yo no quiero saber nada. La verdad, es que me da miedo María

cuando echa las cartas porque siempre se cumplen sus predicciones. Cuando pase el tiempo, ya conoceremos lo que nos depara el futuro. ¡Y que sea lo que tenga que ser! —matizó Juan, que miraba la cruz que formaban los naipes como si fuera un símbolo más de la masonería.

—Yo… prefiero que sea Carmen la que formule las preguntas sobre la curiosidad que tenga por el futuro —sugirió Salvador, mientras le cogía las manos y la miraba a los ojos.

—¡Vamos, Carmen! Te ha tocado —avisó Juan.

—Pues… Vamos a ver. ¡No tenía nada pensado! Bueno, lo primero que se me ocurre, ¿cómo va a ser el futuro de Salvador en los próximos años y cómo va a ser nuestro matrimonio? —preguntó Carmen, mirando a María con un gesto de expectación en su rostro.

María comenzó a dar la vuelta a las cartas como había aprendido de su abuela y de su madre hasta que paró en seco. Miró a Carmen tan seria que apenas si pudo disimular la punzada que había notado en su corazón.

—¡Salvador va a salvar muchas vidas, demasiadas! Y… ¡Os vais a amar para siempre, por los siglos de los siglos!

Ninguno de los presentes quiso preguntar nada más.

Algo habían notado en el gesto de María que, con rapidez, había recogido todas las cartas.

María se marchó para llevar las cartas al camarero y así esconder el miedo y la desesperación que se habían manifestado en su rostro.

Capítulo 25

Igual que había sucedido el año anterior, tras la calentura que todos los veranos sufría el gobierno español, como si fuera un virus mortal veraniego, Lerroux fue sustituido en la presidencia del Gobierno por Joaquín Chapaprieta en septiembre.

La fiebre ya había sepultado este año a tres gobiernos y tomaba posesión el cuarto.

Pero, al ritmo que se sucedían los gobiernos, todo el mundo estaba seguro de que la añada de 1935 traería con toda probabilidad algún nuevo presidente del Gobierno más.

En esta etapa de la República española, ser presidente del Gobierno era como estar condenado a la guillotina. Todos los políticos estaban expectantes para contemplar, en primera fila, el momento en el que cualquiera de ellos decidiera maniobrar el mecanismo que accionara esa máquina y seccionara la cabeza del presidente.

El 15 de diciembre, Manuel Portela fue nombrado presidente del Gobierno por Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la República, y todos los españoles comenzaron a hacer cábalas sobre cuánto tiempo duraría como presidente.

Y no le dio tiempo ni a decirle a todos sus amigos que era el presidente, porque el 7 de enero Alcalá-Zamora disolvió el parlamento y convocó nuevas elecciones generales, que tendrían lugar el 16 de febrero de 1936, la primera vuelta, y para el 1 de marzo la segunda vuelta.

Juan vivió todos esos acontecimientos con frenesí y, tras la convocatoria, se alegró de que la oportunidad llamara a su puerta por segunda vez.

Y en esta ocasión no se le iba a escapar de las manos.

Para él, el tiempo era oro. Con disciplina y organización no perdía ni un solo segundo de cada día. Compaginaba al milímetro la dedicación a su familia, que para él era lo primordial, con el ejercicio de sus dos trabajos, y la responsabilidad adquirida en política y con la

masonería, porque en los últimos meses estaba instruyendo a un grupo importante de aprendices.

Lo que más echaba de menos era pintar, ya que los días solo tenían veinticuatro horas, y la mata no daba para más.

En Cartagena había varias logias masónicas, hecho que Juan consideraba un desperdicio de recursos intelectuales, puesto que el objetivo final de todas era el mismo.

Como no paraba de crecer el número de personas que deseaban ingresar en la masonería, Juan consideraba que era más lógico, práctico y fructífero aglutinar las diferentes logias en una sola, para aprovechar el caudal de sabiduría humana de sus integrantes en la instrucción de los nuevos aprendices.

Por tal motivo, y después de convencer a sus hermanos masones de la Logia Thader, todos los componentes decidieron por votación disolverla e integrarse en la Logia Renacer número 8 de Cartagena.

Como acto simbólico, la última noche, organizaron en la logia una quema de todos los documentos de la misma.

A partir de entonces, Juan figuró en el cuadro de dignidades de la Logia Renacer como Maestro Masón, grado tercero, ostentando el cargo de Primer Vigilante.

Como si fuera un camino que había recorrido con los ojos cerrados cientos de veces, Juan volvió a la senda que le había conducido al pacto de la izquierda con el que habían ganado las primeras elecciones. Además, en esta ocasión María se sumó al viaje y no lo dejó transitar solo.

Vicente García Ros lo tenía continuamente informado acerca de cómo prosperaban las negociaciones en el resto de España. Cuando en Murcia lo tenía ya todo atado y bien atado, el 15 de enero se enteró de que en Madrid había sido firmado ese día el pacto de los partidos de izquierda que concurrirían juntos a las elecciones generales y que Manuel Azaña denominaba Conjunción Republicana.

La mañana siguiente, Juan estaba sentado en el sillón de su oficina del casino y se dedicó a leer el programa del Bloque Electoral de Izquierdas que publicaba El Liberal en la contraportada. Así, tras leer todos los partidos que se habían sumado a la coalición, comprobó que casi no faltaba ningún partido de izquierda.

A través de Vicente y por lo que publicaba esos días tanto El Liberal como La Verdad, Juan estaba al corriente de que los partidos de

derecha no se iban a presentar unidos a las elecciones debido a las exigencias de la CEDA. Era una buena noticia que le servía para trabajar e implicarse con más ahínco.

Una de las consignas que habían transmitido tanto Juan como María era que el día 16 de febrero no podía faltar nadie a votar porque la izquierda se jugaba su futuro.

Ese día, pudieron comprobar que en todos los colegios electorales de Murcia, se estaba produciendo un chorreo incesante de personas que acudían a votar, como no había ocurrido en ninguna de las elecciones anteriores.

Juan y María siguieron el escrutinio en la sede de El Liberal e iban sumando cada voto, cada jurisdicción y cada provincia de España. Cuando finalizó, los estaba esperando una botella de vino tinto en el despacho de Vicente.

Los tres brindaron por el triunfo conseguido.

Durante esos días, los españoles habían bautizado a la coalición ganadora como Frente Popular, aunque a Azaña no le gustaba.

A Juan y a María el término les daba igual, solo estaban felices por la victoria obtenida y por la vuelta de nuevo a las reformas políticas del principio de la República.

El miércoles diecinueve de febrero, a primera hora de la tarde, Juan recibió una llamada telefónica de Vicente cuando estaba en el casino. Le comunicó que fuera al periódico lo más rápido posible porque tenía noticias muy importantes que comunicarle.

Como Juan había notado a Vicente muy alterado y nervioso, pasó por su casa y le dijo a María que lo acompañara.

—¿Qué pasa? —le preguntó Juan, nada más entrar a su despacho y sin decir ni tan siquiera buenas tardes.

—¡Están las cosas muy feas, Juan! Muy feas —repitió en dos ocasiones Vicente.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó, en esta ocasión, María.

—Están llegando noticias de Madrid, sin confirmar, en las que se dice que puede haber habido una sublevación militar —afirmó Vicente con la voz temblorosa.

—¡Una sublevación militar! —exclamaron al unísono Juan y María acercándose hasta la mesa.

—La verdad es que las noticias son confusas. Hay rumores que apuntan a que Gil Robles presionó a Portela para que declarase el

estado de guerra y cuando éste se negó, fue el general Franco el que declaró el estado de guerra —Vicente estaba anunciando de golpe todas las noticias que tenía, pero de una manera un tanto confusa.

—¿Qué significa eso? —preguntó María, con el semblante muy serio y sin comprender lo que Vicente trataba de comunicar.

—Franco es el actual Jefe del Estado Mayor del Ejército y si declara el estado de guerra, según la ley vigente en la actualidad, se convertiría de facto en el presidente del Gobierno porque el poder pasaría automáticamente a las autoridades militares —explicó Vicente, que ahora le salía esa voz ronca, como salida de las cavernas, que solo tenía cuando estaba realmente preocupado.

—Pero ¿eso es verdad? —preguntó Juan, con una inquietud tan profunda que inundó de nerviosismo todo su cuerpo y que procuró disimular.

—De momento todo son rumores. Parece ser que Portela le ha plantado cara, le ha parado los pies y no se ha declarado el estado de guerra —anunció Vicente, como quien comunica una buena noticia mientras cae por el abismo.

—¿Entonces? —atinó a preguntar Juan.

—Mañana vamos a publicar en el periódico una nota con el rumor que había corrido hoy por Madrid. Los periodistas le han preguntado a Portela si era cierto que había ordenado la detención de los generales Goded y Franco. Por supuesto, el presidente del Gobierno lo ha negado todo —Vicente les comunicó la noticia que publicarían al día siguiente en El Liberal.

—¿Y por qué no publicáis la noticia entera? —preguntó María, sobresaltada, nada más terminar de hablar Vicente.

—¿A qué te refieres, María?

—A que publiquéis todas las noticias que conocéis —explicó ella.

—Porque eso son solo rumores sin confirmar y no podemos hacerlo —contestó Vicente.

—Lo que pasa es que no tenéis lo que hay que tener Vicente. ¡Agallas! Eso es lo que deberíais de tener y si quieres que utilice una palabra más clara también te la puedo decir. Publica todo lo que sabes, más aún, todos los periódicos de España deberíais de publicar lo que sabéis porque ahora el Frente Popular es fuerte, está armado y si algún general tiene los cojones de volver a provocar una sublevación militar, todo el pueblo español saldrá a las calles para defender a la República —zanjó María, acercándose a Vicente para que lo escuchara muy bien, y dando un golpe seco sobre la mesa con la palma de la mano abierta cuando terminó de hablar.

En los meses anteriores, había corrido el rumor por toda España de

que el Frente Popular estaba comprando armas, que serían entregadas al pueblo en el caso de producirse una nueva insurrección militar.

—Imaginaba que dirías eso, María.

—¿Sabes una cosa? —preguntó María, con el puño cerrado y el dedo índice apuntando a Vicente, como si le quisiera advertir de algo muy importante.

—Dime, te escucho.

—Nadie nos va a robar nunca más la democracia ni la República en España. Ahora el pueblo está unido y vamos a defender hasta la muerte, si es necesario, cada puñado de la tierra de nuestro país —sentenció María, sin temor y convencida de lo que acababa de decir.

—Eso es lo peor María y lo que hay que evitar. Otra revolución, como la de octubre, llenaría de muertos las calles de España —aseguró Vicente, ya calmado y con la convicción de que ese argumento le parara los pies a María.

—No está el horno para bollos. Y tampoco es bueno enfadarnos entre nosotros. Todas las cartas están sobre la mesa. Los militares conocen la fuerza del Frente Popular e igual por esa razón no han seguido adelante con su provocación. Lo mejor siempre va a ser evitar la confrontación y poner todo de nuestra parte para evitarla —terció Juan, serio, mientras le daba vueltas a su sombrero sin saber qué hacer con él.

—Mientras tanto, infórmanos. Sea la hora que sea. Si sucede algo, avísanos —ordenó María.

—Os tendré informados —apuntó Vicente.

Corrían malos tiempos para la República.

Además, la censura de las noticias que se estaban produciendo solo creaba un ambiente de confusión. Al pueblo le llegarían rumores tergiversados por el tamiz de quien fuera el pregonero y, al final, solo servirían para calentar los ánimos y poner a hervir a las gentes de uno y otro bando.

El día siguiente, Juan pudo leer el titular de EL Liberal: «Planteada la crisis total, se encarga a don Manuel Azaña la formación de nuevo gobierno». Portela había decidido no esperar a la segunda vuelta electoral e hizo el traspaso de poderes, siendo Manuel Azaña el nuevo presidente del Gobierno.

De esa manera, Juan pudo percatarse de que todos los rumores que le había contado Vicente la tarde anterior eran ciertos.

Y, más aún, cuando en los días siguientes se publicó que los generales menos afines a la República habían sido relegados de sus cargos y destinados a otros de menor nivel. Así, Franco fue destinado como jefe de la Comandancia militar de Canarias, Goded a la de

Baleares y el general Mola fue nombrado jefe del Gobierno Militar de Pamplona.

Capítulo 26

En los meses siguientes, los renglones torcidos de la historia escribieron los párrafos más siniestros de la República española.

Juan y María estaban viendo una película en blanco y negro, filmada en 1936, en la que Niceto Alcalá-Zamora era destituido como presidente de la República y sustituido por Manuel Azaña, que nombraba presidente del Gobierno a Santiago Casares Quiroga.

El guionista convenció al director de que la película tenía que comenzar con la restitución de las reformas llevadas a cabo entre los años 1931 y 1933, porque ese argumento le serviría de percha para conseguir el aumento de huelgas, de protestas y de violencia política con el objetivo de desarrollar la trama de la peli.

Esto daría pie a que aparecieran los buenos y los malos porque toda película que se precie tiene que tener un bando bueno y otro malo. Aunque, en ésta, los buenos y los malos los elegiría el público, dependiendo del bando con el que se alineara.

En la pantalla se sucedieron escenas en las que se veía la radicalización de las Juventudes Socialistas y cómo se fusionaban con las Juventudes Comunistas del Partido Comunista Español, para dar lugar a las Juventudes Socialistas Unificadas, que fueron mostradas a continuación con un primer plano de su dirigente, el socialista Santiago Carrillo.

Luego le tocó el turno a la radicalización de la derecha y vinieron las escenas de las juventudes de la Falange Española, todos vestidos con la camisa del mismo color, aunque en la pantalla fuera gris.

Como era lógico, a continuación comenzaron las escenas de acción. Mamporros, tiros, atentados, bombas que explotaban, más mamporros, más tiros, más atentados, muertos y heridos de uno y otro bando, terminando esas escenas con José Antonio Primo de Rivera, máximo dirigente de Falange, detenido y encarcelado.

Y entonces le tocó el turno a la muerte, que vino para quedarse tanto en el campo como en la ciudad. Se vieron fincas sin cultivar que eran ocupadas por campesinos y luego los jornaleros muertos en el campo junto con algún guardia civil. Las escenas de las calles de Madrid convertidas en un cementerio puede ser que fueran demasiado conmovedoras.

Y, si no había tensión suficiente, el guionista le pegó fuego a las iglesias y los conventos, para provocar el aumento de la crispación antes de terminar la película.

Poco antes de finalizar la peli, se vieron escenas con personajes de todo tipo que criticaban cualesquiera de los sucesos ocurridos y que acusaban al Gobierno, en poder del Frente Popular, de ser el culpable porque no sabía mantener el orden público, no evitaba las huelgas y no era capaz de impedir todas las muertes de uno y otro bando.

Antes de bajar el telón, Juan y María vieron unos militares que desfilaban marciales por las calles de Madrid y, en mitad de la escena, se iba iluminando poco a poco la palabra fin, de color blanco, en el centro de la pantalla.

Como si hubieran visto la peli en el Murcia Park, uno de los cines de verano de Murcia, se vieron a sí mismos sentados en aquellas insufribles sillas de madera, comiendo pipas o alguna golosina y Juan fumando un pitillo, antes de comerse el bocadillo liado en papel de estraza que Manuela les había preparado.

Ya había llegado el verano. Era el viernes 17 de julio por la noche y Murcia olía a jazmín.

No hacía el calor sofocante de las noches de otros veranos por lo que volver a casa paseando era todo un placer. María agarraba a Juan por la cintura y él por los hombros a ella. Contaron los días que faltaban para la llegada de la primera semana de agosto. Tenían ganas de vacaciones, tenían ganas de conocer Lorca. Recorrieron muy despacio la calle Platería, hablando para ellos, sin que fuera audible su conversación, acompañando sus palabras con sonrisas y algún beso cariñoso en la mejilla de él o de ella. Aquella noche hicieron el amor como si fuera el final de la película.

La noche caía triste, silenciosa, hasta que la quebró el llanto quejumbroso de un niño y, entonces, el cielo se derrumbó.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Capítulo 27

El cielo se derrumbó y la vida se hizo añicos.

A las siete de la mañana del sábado 18 de julio de 1936, el sonido chirriante del teléfono despertó a Juan.

Al otro lado de la línea, Vicente le informó de que la tarde anterior se había producido una sublevación militar en Melilla y lo conminó a reunirse con él en la sede del periódico.

Juan despertó a María y le contó lo poco que sabía. Preparó el desayuno con rapidez y antes de irse le dijeron a Manuela lo que sucedía, que se hiciera cargo de los niños junto con Jesusa y que no regresarían a casa hasta que todo estuviera solucionado.

A las ocho y media ya estaban en El Liberal.

Lo que más le llamó la atención, cuando entraron en la sede del periódico, es que todos los periodistas y trabajadores estaban ya en su puesto de trabajo, y que allí donde había un teléfono, estaba una persona mirándolo con la esperanza de que sonase en cualquier momento con noticias esperanzadoras.

La radio estaba encendida y en esos momentos se interrumpió la programación, porque el Gobierno iba a dar lectura de un comunicado para todo el país.

> *«A última hora de la tarde de ayer y durante esta madrugada, se ha producido un intento criminal de sublevación militar contra la República en las ciudades del Protectorado español en Marruecos.*
>
> *El Gobierno no ha querido comunicarlo oficialmente al país hasta tener un conocimiento exacto de lo sucedido. El levantamiento en armas de una parte del ejército que representa a España en Marruecos, y que se ha sublevado contra la patria, está siendo frustrado por las tropas del ejército leales a la República.*
>
> *El movimiento infiel está circunscrito a algunas de las ciudades de la zona del Protectorado y en la península nadie se ha sumado a tan absurdo intento de sublevación militar.*

El ejército leal resiste a la sedición, defendiendo con su prestigio al Ejército, a la Autoridad y a la República.

En este momento, las fuerzas de Tierra, Mar y Aire permanecen fieles al cumplimiento de su deber y se dirigen contra los sediciosos para frustrar este levantamiento vergonzoso.

El Gobierno domina la situación y afirma que no tardará muchas horas en informar al país de estar normalizada la situación».

El parte del gobierno fue escuchado por todos los presentes en la redacción mientras guardaban un silencio sepulcral, al tiempo que iban tomando nota de lo que se informaba.

Cuando entraron al despacho de Vicente, encontraron su mesa impoluta y limpia, sin todos aquellos informes y folios como era habitual en otras ocasiones. Parecía como si estuviera esperando ser llenada con todo tipo de noticias que se sucedieran a lo largo del día. En su lugar, solo estaba la máquina de escribir, una jarra de cerámica llena de café de puchero, tres tazas y un azucarero. Fue Vicente el que sirvió el café para los tres.

—Hoy va a hacer falta mucho café —dijo Vicente, mientras lo servía.

—Cuéntanos todo lo que ha pasado —ordenó Juan.

—Cerca de las once y cuarto de anoche empezamos a recibir noticias de que en Melilla se había producido una insurrección militar y que se había declarado el estado de guerra. Yo aún estaba aquí y me quedé toda la noche. Después, sobre las tres de la madrugada, empezaron a sonar los teléfonos y nos enteramos de que los regimientos militares de Ceuta y Tetuán también se habían levantado en armas y que formaban parte del complot —Vicente explicaba lo sucedido mientras bebía un sorbo de café. Tenía los ojos hundidos y enrojecidos, de no haber dormido en toda la noche, cuatro pelos sin afeitar en la cara y una camisa blanca de mangas cortas más arrugada que las uvas pasas.

Juan y María escucharon la narración sin pestañear, con los cinco sentidos puestos en los hechos que Vicente les estaba transmitiendo.

—Al final, se ha cumplido el presentimiento que yo tenía desde hace tiempo —afirmó Juan, apretando los labios y torciendo la boca en señal de desagrado cuando terminó de hablar.

—Estoy segura de que eso no es todo, ¿no es verdad, Vicente? —preguntó María, mientras retiraba de su cara un mechón de pelo y

lo colocaba en su lugar.

—No. La situación es la siguiente. Las ciudades de Ceuta, Melilla y Tetuán están en poder de los insurgentes y ha fracasado el Gobierno en su intento de sofocar la rebelión. Desde primera hora de la mañana nos están llegando informaciones muy preocupantes del resto de ciudades de España —explicó Vicente, con un ápice de pesimismo en su tono de voz, como si estuviera viendo lo que estaba sucediendo.

—Esto es más grave de lo que parece, ¿no es así, Vicente? —preguntó María, casi con un hilo de voz.

—Sí. Porque en esas llamadas telefónicas que estamos realizando a amigos y colegas de otros puntos de España, nos están informando de que en la mayoría de cuarteles militares de todo el país está existiendo una actividad muy importante durante toda la madrugada, cuando a esas horas deberían de estar todas las luces apagadas y todo el personal militar durmiendo —contestó Vicente, con la mirada perdida en la taza de café, como si quisiera adivinar el futuro en medio de la negrura del líquido.

—Está muy claro lo que nos estás explicando. El Gobierno, de momento no lo ha querido reconocer públicamente, pero se trata de un golpe militar orquestado en toda España —afirmó Juan, muy afectado, con el mismo tono de voz plano que el de María y Vicente.

—Eso me temo —aseguró Vicente, pensativo, con el puño cerrado, dándose pequeños golpecitos en los labios.

—Pero, ¡algo tenemos que hacer! —propuso entonces María, con un tono enérgico en el sonido de su voz, poniéndose en pie y mirando a Juan.

—Por supuesto, ¡no nos podemos quedar de brazos cruzados! —exclamó Juan, que ya se había puesto en pie también, como si quisiera salir del despacho, en el que no hacía nada, solo hablar.

—No sé. Yo, ahora mismo, estoy bloqueado —contestó Vicente, visiblemente muy afectado por todo lo que estaba sucediendo.

—Si el Gobierno no sabe lo que tiene que hacer, si ha perdido el control de los militares y está incapacitado para llevar a cabo sus obligaciones de proteger España, tendremos que ser los españoles los que tengamos que salir a la calle a defender este país. El Frente Popular no son los políticos, es el pueblo español, somos nosotros y todos tenemos la obligación de salir a defender las calles de esos miserables que quieren volver a imponer la dictadura militar —propuso Juan, alzando la voz, mirando unas veces a Vicente y otras a María.

Juan estaba encendido. Su pequeño discurso fue seguido por Vicente y por María sin parpadear, absortos, intentando comprender

cada una de las palabras que iba desgranando y deseando conocer el plan que estaban seguros que iba a proponer.

—¿Qué es lo que estás proponiendo Juan? —preguntó Vicente, con ansiedad, por lo peligroso de la situación que estaban viviendo y por saber cuál era la propuesta de Juan.

Juan explicó su plan de forma clara y concisa, utilizando las palabras justas y las más convincentes.

Sacó una pequeña agenda que siempre llevaba consigo y durante media hora realizó innumerables llamadas telefónicas desde el despacho de Vicente y, a continuación, se marcharon del periódico.

Capítulo 28

Su destino estaba muy cerca de allí.

Se dirigían a la plaza del Cardenal Belluga porque allí estaba la Casa del Pueblo y la sede de la UGT.

Juan y María iban agarrados de la mano, con los dedos entrelazados muy fuerte, con los hombros pegados y en silencio, mascullando cada uno la suerte de políticos ineptos y militares dictadores que les había tocado vivir, y los millones de sentimientos que estaban a punto de ser quebrados una mañana de verano que ya amenazaba con ser calurosa.

A las nueve y media, Juan y María entraban a la sede de la UGT.

Hacía ya muchos años que él se había afiliado al sindicato. Allí ya lo estaban esperando Elías Pagán, que era el Secretario Provincial, Alfredo Barceló, del Sindicato Metalúrgico y Mercedes López, del Sindicato de Agentes del Comercio y de la Industria de la UGT

En uno de los despachos y sin sentarse, Juan les explicó todo lo que estaba sucediendo en España y que, como el Gobierno era incapaz de sofocar la rebelión, él proponía que el pueblo tenía que salir a la calle para defender los derechos y las libertades conseguidas en los pocos años de la República.

Asimismo, les planteó la necesidad de ir la mayor cantidad posible de personas y rodear el Cuartel de Artillería de Murcia, para impedir que los militares se hicieran con el control de la ciudad.

También, propuso que se debería de hacer lo mismo en la Base Aérea de Los Alcázares, en los cuarteles militares de Cartagena y en los de la Guardia Civil.

Si el Gobierno no era capaz de defender la República, tenía que ser el Frente Popular de verdad quien se hiciera cargo de la situación y dar su vida, si era preciso, por la salvación del país.

De igual forma, los convenció de que el Frente Popular ya no era el Gobierno, sino los obreros, los campesinos, los camareros, los oficinistas, los estudiantes y todos los trabajadores que quisieran luchar por la dignidad y la libertad, además de combatir los execrables sucesos que se estaban produciendo en aquellos momentos.

Tenían que empezar a avisar a la mayor cantidad posible de amigos, conocidos y personas que se quisieran sumar a la causa que

iban a emprender.

Quedarían a las diez y media en el paseo de La Glorieta. Hasta esa hora, todos se tendrían que poner manos a la obra y pegarle fuego a los teléfonos de tantas llamadas que tenían que hacer.

Durante la reunión, otros sindicalistas de la UGT que Juan había avisado, fueron llegando con la cara transmutada.

Como no había suficientes teléfonos, todos se dispersaron en la búsqueda de esos aparatos y Juan y María volvieron a El Liberal. Vicente no tenía noticias nuevas y se dispusieron a llamar por teléfono a todos aquellos que sabían que se iban a unir a su causa.

Cuando llegaron a la Glorieta a la hora acordada, el paseo ya estaba lleno. La milicia obrera se puso en marcha con Juan, María, los dirigentes de la UGT y del PSOE, los de Izquierda Republicana, los del Partido Comunista, los de las Juventudes Socialistas y los Anarquistas en las primeras filas. Carmen caminaba junto a María, y Salvador no se pudo sumar porque estaba asistiendo a los enfermos en la Beneficencia.

Atravesaron el puente de los Peligros y se dirigieron a la calle Cartagena por donde llegarían hasta el Cuartel de Artillería. Cuando llegaron allí, se percataron de que la actividad en las oficinas era intensa. Las ventanas estaban abiertas y a través de ellas se veía el trasiego de soldados y de mandos militares que iban y venían caminando a paso rápido por aquellos pasillos.

Entonces, se agarraron de las manos unos a otros formando una cadena y rodearon todo el Cuartel. Juan quiso saber cuántas filas había detrás de él y pudo contar más de veinte.

El objetivo de aquella acción no era un suicidio colectivo, sino evitar que los militares pudieran salir a la calle y poder sublevarse. Si el ejército estaba dispuesto a declarar el estado de guerra en Murcia y la insurrección, antes tendría que matar a toda la milicia que rodeaba el cuartel, unida con las manos entrelazadas.

A las doce en punto seguían firmes en su actitud, entre canciones que alentaban y envalentonaban su ánimo. Desde el cuartel los observaban con incredulidad y, de allí, no se atrevió nadie a salir. Solo notaron que la presencia de los soldados de guardia en las garitas de vigilancia se había duplicado.

A esa hora llegó Isidro Gómez con noticias de Vicente. Juan lo abrazó, recordando en aquel momento al mozalbete que le llevaba las cartas a la farmacia y se sorprendió de lo que había crecido porque era casi tan alto como él. Isidro era ya uno de los periodistas de El Liberal y, como en aquellos tiempos, era el emisario entre Vicente y Juan.

—Están llegando noticias al periódico informándonos de que en

muchos lugares de España está sucediendo lo mismo que estáis haciendo vosotros aquí. La gente rodea los cuarteles para evitar que el ejército se pueda sublevar —Isidro transmitió la información mientras un corrillo de personas se arremolinaba alrededor de él.

—Muy bien. Entonces, estamos haciendo lo correcto. ¿Y la situación en el resto de Murcia, cómo está? —quiso saber Juan.

—Parece que por ahora está todo controlado. Ha habido algún conato, pero de momento no ha prosperado la sublevación —contestó Isidro, viendo la cara de satisfacción que ponían todos los allí presentes al escuchar sus palabras.

—Muchas gracias, Isidro. Nosotros nos quedaremos aquí hasta que tengamos más información por parte de los militares. Dile a Vicente que si hay nuevas informaciones relevantes que nos avise —manifestó Juan.

Tras las nuevas informaciones recibidas, mejoró el estado de ánimo de todas las personas que rodeaban el Cuartel de Artillería. No sabían cuánto tiempo iba a durar la situación de asedio al cuartel, por lo que organizaron un servicio de intendencia que les proporcionase agua para beber, puesto que el sol comenzaba a calentar. Al poco rato comenzaron a pasar milicianos y milicianas con botijos llenos de agua fresca que aliviaba las gargantas resecas de todos los obreros allí concentrados.

A la una del mediodía comenzó a haber movimiento en el patio del cuartel. A través de la barrera de entrada vieron cómo un grupo de seis militares se dirigía hacia ellos. Se agarraron las manos con fuerza, como si todos hubieran entrado en tensión al unísono, esperando a que la comitiva militar llegase hasta ellos.

El militar al mando era un capitán de bigote espeso, amplia mandíbula y ojos pequeños que parecían desentonar en su rostro.

—¿Quién está al mando de esta tropa? —el capitán podría haber utilizado otros términos para dirigirse a aquella milicia, como muchedumbre, gentío, banda, grupo, pero prefirió utilizar el término militar tropa por el estado de sitio al que estaban siendo sometidos.

—Aquí no hay nadie al mando, todos somos iguales —contestó Juan, con el beneplácito de Elías Pagán.

—Está bien, pero ustedes sabrán. El coronel quiere hablar con los cabecillas, pero no con todos, así que elijan una representación de tres personas y vengan conmigo —ordenó el capitán, mirando hacia un lado y hacia el otro para que todos lo escucharan.

Los milicianos no habían previsto aquella situación por lo que los pilló de improviso. Se alzaron voces proponiendo a diferentes personas y al final fueron elegidos por aclamación Juan, Elías Pagán y

Pascual Baeza, anarquista y uno de los líderes de la CNT en Murcia.

Escoltados por los militares se adentraron en el cuartel y sus compañeros los vieron desaparecer cuando entraron en las dependencias. Los llevaron hasta el despacho del coronel y la conversación no duró mucho tiempo. El coronel les aseguró que estaba de parte del orden constitucional establecido, que eran leales a la República, que no se iban a sumar a la rebelión militar que se había producido en el Protectorado español en Marruecos y que podían irse a sus casas, rompiendo el estado de sitio al que los tenían sujetos.

Juan, Elías y Pascual se miraron entre ellos. No sabían si confiar en aquel hombre en el que advirtieron que expresaba con gran sentimiento todo lo que estaba ocurriendo.

Como el coronel reparó en la indecisión de los tres representantes de la milicia, añadió que la tropa y el resto de oficiales también estaban en contra de la insurrección y a favor de los obreros, hecho que corroboró el capitán exponiendo su lealtad a la República.

Después de la última explicación, los tres hombres no tuvieron más remedio que claudicar y creer a los mandos militares, pero exigieron estar informados en todo momento de las órdenes que recibiera aquel regimiento militar y de los movimientos que fuese a llevar a cabo.

Juan, Elías y Pascual decidieron allí mismo crear un cuartel general en la sede de la UGT, en la que un comité de guerra estaría de guardia las veinticuatro horas del día hasta que finalizase el levantamiento militar.

Cerraron el acuerdo estrechando las manos con el coronel y con el capitán, no sin antes advertirles de que no iban a romper de momento el cordón de personas que tenía cercado el cuartel, aunque sí que permitirían la entrada y salida de militares, así como el abastecimiento de aquel lugar.

Cuando volvieron a salir escoltados por el mismo grupo de militares, los milicianos comenzaron a aplaudir y a vitorear a sus representantes.

María, con un nudo en la garganta, desde que había visto desaparecer a su marido por aquellas dependencias, respiró aliviada.

Los tres representantes explicaron a sus compañeros el resultado de la reunión que habían mantenido con el coronel y con el capitán. Las buenas noticias corrieron de boca en boca como una ola empujada por el viento a la velocidad del rayo. Entonces, comenzaron a vociferar: «¡viva la República!, ¡viva la revolución! y ¡abajo los militares fascistas!».

Con los ánimos enaltecidos como si hubieran ganado ya la primera batalla, decidieron que Elías y Pascual se fueran a la sede de la UGT

para montar allí el cuartel general, mientras que Juan iría en primer lugar a El Liberal, con la intención de conocer las últimas noticias que se hubieran producido en España y después se reuniría con ellos.

Pero el cerco del cuartel no se rompió y el movimiento obrero se quedó allí vigilando.

María y Juan se marcharon al periódico mientras daban instrucciones a Carmen para que fuera a ver a sus hijos, porque ya sospechaban que el día iba a ser muy largo.

Cuando llegaron a la redacción de El Liberal, Vicente les informó de todo lo que estaba ocurriendo en España.

A pesar de que el Gobierno había emitido un comunicado a mediodía indicando que estaba controlada la insurrección, que se había detenido a varios generales en distintas provincias, así como a oficiales del ejército y que estaban alentando al pueblo para no dejarse engañar por noticias falsas, Vicente les comunicó que la situación era muy preocupante en aquellos momentos y que ya tenían informaciones de distintas provincias en las que la sublevación militar estaba triunfando.

Sobre la situación en la provincia de Murcia les contó que en la Base Naval de Cartagena se habían alzado varios mandos militares, pero que la rebelión había sido sofocada por los propios marineros y también gracias a la intervención del gobernador militar que estaba de parte de la República. En Lorca, los milicianos habían detenido a los líderes locales de la Falange y la Base Aérea de Los Alcázares había sido también sitiada. Además, les contó que desde Cartagena habían salido varios barcos de guerra con dirección al estrecho de Gibraltar.

Vicente también les relató que el movimiento obrero había surgido de manera espontánea en toda España para defender al Frente Popular, de tal manera que los ministerios en Madrid estaban siendo defendidos por milicianos, para evitar que fueran tomados por los militares que se habían alzado contra la República. Que en Madrid se habían producido varios tiroteos, sobre todo alrededor del Ministerio de la Guerra, siendo repelidos por la Guardia de Asalto, los militares leales al Frente Popular y los milicianos, algunos de los cuales iban armados.

Que estaban recibiendo noticias de los distintos partidos políticos y de los sindicatos, en los que se alentaba a la formación de comités del Frente Popular en cada provincia de España, que serían los encargados de coordinar a las milicias obreras contra el alzamiento militar. Estos comités estarían en contacto con las autoridades civiles aunque estaban facultados para que fueran cumplidas las órdenes y consignas del Frente Popular.

En ese momento, Juan le contó todo lo sucedido en el Cuartel de Artillería y la decisión que había tomado junto a Elías Pagán y Pascual Baeza.

La proposición de Vicente fue que antes de autoproclamarse ellos como los líderes del Comité Provincial del Frente Popular, deberían de consensuarlo con los representantes del resto de partidos políticos así como con Madrid, para que fuera una acción coordinada. Además, su consejo era que hubiera un representante de cada partido político en ese Comité.

El día estaba transcurriendo demasiado deprisa, como si alguien estuviera manipulando las agujas del reloj y las fuera acelerando a su antojo.

Juan y María no habían comido nada desde el desayuno, por lo que antes de ir a la sede de la UGT decidieron hacer un alto en el camino y pasar por el Café Moderno. Allí, un pincho de tortilla de patatas y un poco de queso, con un vaso de vino y agua sirvió para sofocar las protestas de sus estómagos.

La sede de la UGT estaba abarrotada cuando llegaron.

En el despacho de Elías, estaban Pascual y otros dirigentes sindicales. Juan les contó todo lo que sabía y realizó la propuesta de crear el Comité del Frente Popular. Avisaron al resto de dirigentes políticos y a media tarde se constituyó, estando formado con representantes de todos los partidos políticos de izquierda, Elías, Pascual y Juan.

Tras consultar con la sede central de la UGT en Madrid, recibieron las órdenes precisas acerca de sus competencias a partir de entonces, los manifiestos que debían de publicar para tener informadas a las personas leales a la república, así como la vigilancia que tenían que realizar sobre los enemigos del Frente Popular.

Según las órdenes recibidas desde Madrid, el Comité Provincial del Frente Popular ostentaría el máximo poder político y militar en Murcia mientras durase el estado de sublevación militar en el que se encontraban. También les informaron que debían de organizarse, de tal manera que eligieron a Elías Pagán como presidente del Comité, y como representantes de la CNT y de Izquierda Republicana a Pascual Baeza y a Juan, respectivamente.

Una vez constituido el Comité, durante toda la tarde estuvieron creando brigadas de milicianos que serían las encargadas de vigilar las calles de Murcia y tener controlados a todos los elementos facciosos de la ciudad, así como a los de los pueblos cercanos. Dieron las órdenes pertinentes para que las personas consideradas como elementos subversivos contra la República fueran detenidas si los descubrían en

reuniones clandestinas o sospechaban que iban a acudir a algún tipo de reunión no autorizada. A su vez, esos sujetos también podrían ser denunciados a la Guardia de Asalto, que era fiel al gobierno del Frente Popular, y ser detenidos por éstos.

El día había sido muy largo.

Al llegar a casa, Juan y María entraron a las habitaciones de sus hijos y les dieron un beso a cada uno, evitando que se despertaran. Agradecieron a Manuela el cuidado de sus hijos y luego le explicaron lo que estaba sucediendo en España porque la muchacha estaba preocupada. Después entraron a la cocina para cenar algo.

—No has cenado casi nada —dijo María.

—No tengo hambre.

—Te he visto triste todo el día.

Habían estado juntos durante todo el día, pero apenas tuvieron tiempo para hablar entre ellos y conocer qué pensaba cada uno de la situación que estaban viviendo. Solo se habían comunicado a través de miradas comprensivas, y algunas veces cuando se agarraban de la mano y entrelazaban los dedos con fuerza, como para darse uno al otro el ánimo que seguramente necesitaban.

—Tienes razón, María, estoy triste, muy triste. No quiero que se me note y menos aún en público.

—En tu mirada está dibujada la derrota. ¡Esa no es la mirada de mi Juan!

—Pues, házmelo saber, cuando me veas así. Y, si es necesario, dame un pellizco para que recupere la cordura.

—¿Puedo preguntarte por qué tienes esa expresión? Si todo el mundo está colaborando. Ya has visto la respuesta del pueblo durante todo el día de hoy y aunque la sublevación aún no está controlada, todo parece indicar que va por buen camino.

—Porque en este miserable país nadie quiere a la República, salvo unos pocos románticos de la democracia como tú, yo y algunos más. Aquí todos quieren organizar su revolución, los unos y los otros. ¿No has visto hoy la cara de felicidad que tenían Elías y Pascual? ¡Esta es su gran oportunidad! Los dos han estado esperando su momento para realizar su revolución o su contrarrevolución, como puede ser el caso en la actualidad. Me da mucho miedo, y mucha pena a la vez, todo lo que hemos vivido en el día de hoy. Y, mañana, ¿quién sabe lo que va a pasar? —Juan hablaba muy despacio, casi susurrando para no despertar a los niños, eligiendo cada una de las palabras que pronunciaba para reflejar con precisión lo que estaba sintiendo.

—Mañana, ¡quién sabe! —exclamó María, con un poso de tristeza contagiada.

—María, ¿qué viste cuando le echaste las cartas a Salvador? —preguntó de sopetón Juan, mirando a María muy fijamente a los ojos.

—Nada.

—No me mientas. Por favor, María, ¿dime qué viste?

—Nada, ¡no quiero hablar de eso! Ya sabes que me duele mucho y me afecta demasiado todo lo relacionado con lo que las cartas pueden predecir —María agachó la cabeza para contestar y no miró a Juan.

Juan comprendió a la perfección lo que María le quiso transmitir con su contestación. Sabía que no le gustaba hablar de lo que veía con las cartas, que era como si fuese un secreto profesional. Pero los gestos de aquel día y el de hacía unos segundos, sumado a que ni tan siquiera había podido aguantar su mirada, no le auguraba nada bueno.

Tenía la impresión de que María había visto algo demasiado desagradable, pero era incapaz de imaginar a quién podía afectar lo que vio María; si solo a Salvador, si a ellos también, o si había visto la guerra que él presentía que estaba a punto de estallar.

Capítulo 29

Aquella noche casi no pudieron dormir. Ninguno de los dos.

Dormían abrazados, el uno al otro, como si no se quisieran separar. Cuando Juan se daba la vuelta, María también se la daba para pegarse a él como una lapa. Y, cuando María se daba la vuelta, era Juan el que se giraba, se acurrucaba junto al cuerpo de ella y la abrazaba como si temiera perderla.

Tuvieron pesadillas en las que gigantes de hierro los perseguían sin encontrar dónde refugiarse, en las que fieros dragones escupían fuego sin tener un escudo que los pudiera proteger y descendieron hasta el infierno en el que no había ninguna escalera para poder escapar de allí.

Durante el desayuno, tuvieron que responder a las preguntas de los niños porque el día anterior habían escuchado habladurías que no pudieron entender muy bien. Juan ya tenía ocho años y Antonio seis y no tuvieron respuestas para todas las preguntas que les formularon.

La mañana del domingo habían decidido dedicarla a sus hijos y no acudir a la sede de la UGT. No obstante, sí que hablaron por teléfono tanto con Elías como con Vicente.

Salieron a pasear con los tres niños igual que si fuera un domingo normal, aunque María y Juan no pudieran desprenderse de la preocupación y, cada uno, a su manera, fingiera una expresión de felicidad en su rostro como si hubieran ganado la batalla de las Termópilas.

Primero fueron a la plaza de Santo Domingo. Después, a través de la calle Trapería, llegaron a la plaza de la Cruz. Desde allí se dirigieron a la plaza del Cardenal Belluga para bordear el Palacio Episcopal y terminar en el paseo de la Glorieta.

Los comunicados que periódicamente difundía el gobierno a través de la radio, además de la información del Comité Provincial del Frente Popular publicado aquella mañana en El Liberal, calaron en la población de Murcia. La sublevación había fracasado por completo tanto en Murcia como en toda la provincia, por lo que todas las personas estaban realizando aquel día las mismas actividades que habían hecho los domingos anteriores.

No se percibían caras serias ni signos de preocupación. La única

diferencia estribaba en que en los locales públicos donde había una radio, cada vez que la programación era interrumpida para emitir un boletín de noticias o una nota informativa del gobierno, la gente se arremolinaba en derredor con avidez para conocer toda la información y saber cómo se estaba desarrollando la sublevación militar en otros lugares de España.

Como querían que los niños percibieran de ellos que se trataba de un día más, como otros cualquiera, decidieron comer en la terraza del café Sol. No tomaron nada en especial, sino que pidieron todas aquellas tapas que a los niños, a Manuela y a Jesusa más les gustaban. Ellos también picotearon aunque no tenían el ánimo para delicatesen.

Después de comer, volvieron a casa. Le explicaron a Juan y a Antonio que esa tarde de domingo se iban a marchar de casa porque tenían que trabajar. Que su trabajo iba a consistir en mediar para lograr la paz con el objetivo de que el futuro para los niños fuera el que ellos se merecían, una España libre, democrática y en paz. Los niños asintieron como si hubieran comprendido la importante labor que sus padres tenían que llevar a cabo. Antes de irse, le encomendaron a sus hijos que se portaran bien.

—¡Por el amor hermoso, que todo salga bien! —dijo Manuela, antes de que ellos salieran de casa y se santiguó tres veces.

—Doña María, ¡vuelvan con buenas noticias! —exclamó Jesusa.

Era la hora de la siesta, pero en la sede de la UGT no había tiempo para siestas.

A pesar de los mensajes tranquilizadores del gobierno, allí estaban preparándose para lo peor. Julio Casares Quiroga había presentado su dimisión la tarde anterior y esa mañana de domingo se habían despertado con un nuevo presidente del Gobierno, Diego Martínez Barrio, nombrado la noche anterior por Manuel Azaña.

Las noticias que tenían a esas horas de la tarde le erizaron todo el vello a Juan. María no pudo contener un profundo suspiro colmado de miedo y de indignación.

La insurrección militar había triunfado en Sevilla, Córdoba, Cádiz y Granada por el sur. En el norte, Pamplona, Zaragoza, Vitoria y Logroño estaban en poder de los sublevados y en la meseta eran las ciudades de Burgos, Valladolid y Salamanca en las que había triunfado el alzamiento. También se habían perdido las Islas Canarias y las Baleares, menos Menorca. Y, por supuesto, el norte de África seguía en

poder de los militares golpistas.

Para colmo, antes del mediodía, se conoció la noticia de que España tenía nuevo presidente del Gobierno porque Martínez Barrio había dimitido y Azaña nombraba en su lugar a José Giral.

Tres presidentes del Gobierno en veinticuatro horas no podía significar nada bueno.

La información sobre la situación en Murcia y los cuarteles de toda la provincia era tranquilizadora. El cerco al Cuartel de Artillería de Murcia se había suspendido a última hora del sábado y todo estaba bajo control. En Cartagena se habían sofocado algunos disturbios el domingo por la mañana, logrando que la Base Naval siguiera fiel a la República. Y en la Base Aérea de Los Alcázares no había sido necesaria la intervención de las milicias.

Murcia y provincia seguían siendo fieles al gobierno.

El contacto con el Comité del Frente Popular de Madrid era permanente, así como con el de otras ciudades españolas. Si aquel día no fallaban y no se producía un colapso de las conversaciones telefónicas en la sede de la Casa del Pueblo de Murcia, ya nunca más se produciría.

De esa manera, estaban informados de que Largo Caballero, que acumulaba los cargos de presidente del PSOE, de Secretario General de la UGT y que contaba con el apoyo de las Juventudes Socialistas, estaba reunido con el presidente del Gobierno José Giral.

A última hora de la tarde se recibió la noticia que estaban esperando desde Madrid.

El nuevo presidente del Gobierno, José Giral, había claudicado ante Largo Caballero, decidiendo armar al pueblo para que las milicias obreras pudieran defender a la República.

Giral había firmado la orden que obligaba a los cuarteles militares a entregar armas al pueblo.

En el momento que se tuvo la confirmación, Elías, Pascual y Juan decidieron que fuera Elías al edificio de Correos a recoger el telegrama del Ministerio de la Guerra, en el que se obligaba al coronel del Cuartel de Artillería a entregar las armas al Comité Provincial del Frente Popular de Murcia.

Los tres se desplazaron al Cuartel de Artillería con un convoy de camiones a recoger los fusiles, las pistolas y todo el armamento que les correspondía.

De vuelta a la Casa del Pueblo, las almacenaron en varias dependencias. Organizaron las patrullas de milicianos que esa noche iban a vigilar las calles de Murcia, las pedanías y los pueblos más cercanos y les entregaron las armas correspondientes. Esa noche,

Murcia dormiría más tranquila. Para la mañana siguiente, dejaron toda la organización de las cuadrillas de milicias para toda la provincia.

El cielo estaba lleno de estrellas que resplandecían en la paz del vasto universo que delineaba la noche murciana. El silencio de la plaza del Cardenal Belluga a veces quedaba roto por el murmullo del grupo de milicianos que hacía guardia en la sede de la UGT. La calle Trapería estaba desierta a aquellas horas de la noche, solo transitada por Juan y María de vuelta a casa. La mayoría de las luces de las casas estaban apagadas y sus habitantes estarían durmiendo para acudir a trabajar al día siguiente. Si no fuera por la amenaza latente que se cernía sobre sus vidas, aquel domingo por la noche podría haber sido como cualquier otro, con el calor y el bochorno típico de todos los veranos.

Cuando entraron en casa vivieron la misma escena de la noche anterior. Sus hijos dormían en sus habitaciones mientras Manuela y Jesusa hablaban en voz baja en la cocina. Las miradas de las criadas solicitaban la información que les fue dada con detalle durante el tiempo que tardaron en preparar la cena en el comedor de la casa. Esa noche, Jesusa se quedaría a dormir en la habitación de Manuela.

—Mañana quiero que hagas algo muy importante —insinuó Juan.

—Dime.

—Quiero que compres comida, mucha comida.

—¿Y eso, por qué? —preguntó María extrañada, aunque imaginaba cuál iba a ser la contestación de Juan.

—No sabemos cuánto tiempo va a durar esta situación, si va a ser cuestión de días o de semanas —contestó Juan, mirando a María a los ojos—. Si la situación se alarga puede ser que haya escasez de alimentos.

—¿Crees que puede haber una guerra civil? —preguntó María, con la voz entrecortada, acariciando la mano de Juan, porque durante todo el día había estado dándole vueltas a esa posibilidad.

—No lo sé, María. No lo sé. Pero esto se está poniendo cada vez más feo, muy feo. Mañana veremos a ver qué es lo que sucede y durante toda esta semana seguro que vamos a saber qué es lo que va a pasar y, por si acaso, tenemos que estar preparados —Juan hablaba de forma atropellada, muy rápido, como si le doliera realizar la sugerencia que le estaba haciendo a María, porque tampoco tenía la certeza de si estaba obrando bien o mal, a sabiendas de que aquella propuesta podría asustar a María.

—¿Qué quieres que compre? —preguntó María, con la decisión que la realidad exigía y evitando realizar cualquier gesto de preocupación

que pudiera ser malinterpretado por Juan.

—Lo más importante es comprar alimentos que podamos almacenar durante bastante tiempo, para ser utilizados en el momento en los que haya escasez de ellos.

—Harina para amasar pan, arroz, lentejas, garbanzos, habichuelas, aceite, sal, café, conservas —comenzó a enumerar María de manera automática—. Dime qué más.

Juan sacó su libreta y se la dio a María para que comenzara a realizar una lista con todos los alimentos.

—Está muy bien todo lo que estás proponiendo. Además, va a ser importante no despertar sospechas y que vayas realizando las compras en diferentes tiendas y en el mercado.

—No te preocupes. Iré comprando poco a poco todos los días. Llenaré la despensa hasta los topes por lo que pueda suceder.

—También sería importante comprar todo lo que se necesite para los niños y para la casa. Ropa, lana, carbón y todo lo que tú consideres oportuno.

—Mañana por la mañana me pongo manos a la obra y todo lo necesario iré apuntándolo para que no se me olvide nada —aseguró María, mientras volvía a acariciar de nuevo la mano de su marido.

En la habitación tenían la ventana abierta por donde no entraba ni una pizca de brisa. El bochorno de aquellas horas de la noche se mezclaba con el silencio y la calma tensa de Murcia. María abanicó el cuerpo desnudo de Juan, que estaba sudoroso después de hacer el amor. Cuando terminó, fue Juan quién cogió el abanico para refrescar el cuerpo ardiente de María.

No podían dormir, pero no era por el calor, y mientras estaban boca arriba, cogidos fuertemente de la mano, el estruendo lejano de un tiro los sobresaltó, hasta que se abrazaron para serenarse mutuamente.

Capítulo 30

El lunes por la mañana, Juan vestía pantalón marrón y camisa blanca de manga corta cuando se dirigía a la sede de la UGT, antes de ir a su oficina del casino.

—Ya llega el señorito burgués —lo recibió displicente Pascual Baeza, mientras realizaba una mueca ruidosa con la boca.

—Yo no soy ningún señorito burgués, Pascual. Soy un hombre que ha luchado siempre por la República y por la libertad en este país. Además, me he jugado la vida mil veces durante la Dictadura mientras tú estabas escondido como un conejo, muerto de miedo y sin dar la cara —aclaró Juan, con enfado, echándole un pulso a Pascual y alzando la voz para que todos los allí presentes lo escucharan.

—Compañeros, no es momento para estar divididos nosotros también —terció Elías, recriminando con la mirada a Pascual—. Juan es el hombre que más ha luchado por la República en Murcia y de eso no se puede dudar. No quiero volver a oír ese comentario nunca más, ¿entendido, Pascual? Ahora vamos a trabajar, que hoy tenemos mucha faena.

Pascual agachó la cabeza, avergonzado, dio media vuelta y se sentó en una silla. Pascual vendía paños por los mercados junto a su mujer y sus hijos. Era un hombre rudo, de abundante papada, con un flotador por barriga y amplias posaderas. Durante la reunión organizaron los Comités Revolucionarios de las distintas pedanías de Murcia así como de Cartagena, Lorca, Caravaca, Yecla y todos los pueblos que tenían representación aquella mañana en la sede del Comité Provincial del Frente Popular de Murcia.

Repartieron armas y munición, elaboraron un listado con los dirigentes de cada población y organizaron las distintas brigadas de milicianos en cada pueblo y ciudad. Después, procedieron a confeccionar un listado con los elementos subversivos que tenían que vigilar, entre los que destacaban los mandos militares adictos a la sublevación, que habían sido denunciados por los soldados y los oficiales de escala media que eran fieles a la República; los mandos policiales y de la Guardia Civil; los dirigentes de los partidos políticos de derecha y todas aquellas personas que habían colaborado con la difusión de pasquines facciosos y que habían defendido públicamente

el apoyo a una insurrección militar.

—Camaradas, sabemos que las fuerzas militares del Protectorado español en Marruecos están siendo trasladadas a España —tomó la palabra Pascual Baeza cuando terminó la reunión—. Esto nos indica que aunque el gobierno quiera engañar al pueblo, informando que ha fracasado la sublevación militar, esa es una mentira como la copa un pino. El gobierno ha fracasado, ha llegado el momento de poner en marcha la revolución del proletariado y de prepararnos para una guerra, porque una parte muy importante de España está en poder de los militares fascistas. Ahora, nosotros tenemos el poder y estamos armados para luchar contra los enemigos del pueblo. ¡Viva la revolución! ¡Viva la República!

A las palabras vibrantes de Pascual, casi todos los presentes respondieron con un: «¡viva la revolución! y un ¡viva la República!».

Sin embargo, Juan y algunos más de los presentes solo completaron un enérgico: «¡viva la República!», porque en el ideal de los socialistas y, más aún, en el de los anarquistas, uno de sus puntos clave era el de poner en marcha la revolución del proletariado obrero, la revolución marxista. No obstante, en Izquierda Republicana no se contemplaba la revolución, porque para ellos eso significaba iniciar una guerra de clases que podría llevar al caos absoluto al país, y destruir el modelo de democracia y libertad por el que luchaba desde sus orígenes tanto Acción Republicana como Izquierda Republicana.

Cuando Juan abandonó la reunión, se dirigió como cualquier otro lunes más al casino. Allí se tomó un café sentado en su sillón preferido. Después sacó de su maletín la carpeta, extrajo una lámina y se dispuso a dibujar a un hombre y a una mujer empuñando un fusil cada uno, alzando el brazo izquierdo con el puño cerrado, animando a la lucha del Frente Popular contra la opresión de los militares fascistas.

María salió de compras aquella mañana y le extrañó que en la calle ya hubiera tanto gentío a esas horas. Lo que más le llamó la atención era la enorme cantidad de señoras y de criadas que en esos momentos ya estaban por las calles.

Se dirigió con premura a la tienda de ultramarinos, a la que con mayor frecuencia iba a comprar, y allí se dio de bruces con la cola de hombres y de mujeres que habían acudido aquella mañana a realizar sus compras. Entonces, comprendió que no eran ellos solos los que

habían tenido la idea de hacer acopio de alimentos y otras provisiones por lo que pudiera pasar. Mientras esperaba en la cola, también le dio tiempo a pensar que esa labor de acumulación de víveres le llevaría, al menos, toda la semana. Compró más de lo habitual, pero sin llamar la atención.

Después de volver a casa y dejar la compra, volvió a salir y repitió el proceso en otras dos tiendas más. A media mañana, había decidido ir a casa de su padre a comprar el carbón y a la posada de su hermano para encargar los sacos de harina.

María fue primero a la posada y le dijo a su hermano que la acompañara a casa de sus padres.

—Padre, ¿qué piensa de todo lo que está ocurriendo en España? —preguntó María, sentada en la cocina de casa de sus padres y después de beber un sorbo del café que había preparado su madre.

—Yo no sé nada. Solo estoy informado por lo que dice la radio y lo que leo en el periódico. No es mucho. Seguro que tú tienes mucha más información que nosotros —respondió su padre, que en ese momento estaba cortando con un cuchillo unas rodajas de salchichón.

—Vamos, María. Infórmanos tú. Cuéntanos todo lo que sabes —propuso su hermano Enrique, que estaba cortando el pan.

—Aunque sean malas noticias, necesitamos conocer la verdad de todo lo que sucede ahora mismo en España. Tú eres la persona apropiada para informarnos —aseveró su hermana Mercedes, parecida físicamente a María.

La mesa era de madera rústica y sobre ella incidían los rayos del sol como si quisieran enfocar el almuerzo que se estaban preparando: el canasto con el pan, el plato con el salchichón, un bizcocho, los dos vasos de vino, el café de María y Mercedes y el vaso de agua de su madre.

—La situación es muy delicada —comenzó a relatar María, muy seria, mirando alternativamente a sus padres y a sus hermanos—. Los militares sublevados tienen en su poder muchas ciudades importantes y, además, están intentando trasladar las tropas desde el norte de Marruecos a España.

—Eso es muy peligroso y, exactamente, ¿qué puede suponer? —preguntó su padre.

—Que no están dispuestos a rendirse, que continúan hacia delante con la sublevación militar y que su objetivo es conquistar todo el país —contestó María con serenidad.

—¡Está muy claro! —exclamó su hermano.

—¡Clarísimo como el agua! —añadió Mercedes.

—El gobierno está dispuesto a defender la República a cualquier

precio y está armando al pueblo para luchar contra los militares.

—Ya lo sé —su hermano Enrique interrumpió a María—. Anoche estuvieron aquí en varias ocasiones grupos de milicianos armados hablando con los mandos y los soldados de la Guardia de Asalto.

La Guardia de Asalto no tenía un cuartel en Murcia y estaban hospedados en la posada del hermano de María.

—Si no se consigue detener ya o en los próximos días a los militares golpistas, esta situación puede dar lugar a una guerra —afirmó María, intentando colocar en su sitio un mechón rebelde de su pelo.

—¡Virgencica del amor hermoso! —exclamó compungida su madre, que hasta entonces escuchaba con atención el desarrollo de la conversación—. ¡Una guerra civil! ¡Españoles matando a españoles!

—Madre, solo es una posibilidad —María intentó quitarle hierro para evitar la preocupación de su madre.

—Pero ¿tenemos que estar preparados para esa probabilidad, María? —preguntó su padre.

—Sí —respondió con firmeza María.

La luz entraba a raudales en la cocina atravesando la ventana. Iluminaba toda la estancia de manera oblicua, como si de un lienzo se tratase, con claroscuros, con personajes más iluminados y otros en segundo plano, como si fuera un cuadro de Goya que hubiera pintado una nueva guerra a través del tiempo.

—¿Cómo está la situación aquí en Murcia? ¿Estamos seguros con los militares o se van a sublevar también? —preguntó con gran interés su hermana.

—Ahora mismo sí. Todo está bajo control porque hay militares leales a la República y son los que se han impuesto a los que seguro que se han intentado unir al golpe militar, pero nunca se puede saber. Con certeza no os puedo asegurar que en los próximos días podamos estar aquí almorzando y manteniendo una conversación con total tranquilidad —puntualizó María, después de darle un mordisco al trozo de bizcocho que su madre le había puesto.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer? —inquirió su hermano.

—En estos momentos estamos en un periodo de incertidumbre y la duda hace que las personas quieran ser precavidas. Juan y yo decidimos anoche hacer acopio de alimentos durante estos días por si estalla una guerra civil. Si eso ocurre, seguro que va a haber escasez de alimentos y de todo tipo de enseres. Lo malo es que no hemos sido nosotros solos los que hemos tenido esa idea. Esta mañana en las tiendas hay mucha gente comprando de todo —narró María sus vivencias de esa mañana.

—Tienes razón. Yo también he notado que esta mañana ha venido

más gente de lo normal a comprar carbón —apuntó su padre—. Seguro que están haciendo acopio para poder cocinar y calentarse durante el invierno.

—Nosotros también vamos a necesitar carbón, padre. Enrique, queremos comprar harina y he pensado que como tú la compras en grandes cantidades para la posada, me podrías vender cinco sacos. Así, cuando el repartidor de padre nos lleve el carbón, al mismo tiempo nos podría llevar la harina. ¿Os parece bien? —preguntó María.

—Por supuesto que sí, María —respondió su hermano.

—Para no llamar demasiado la atención, ¿podría ser mañana a primera hora? —preguntó María.

—Perfecto. Mañana lo tienes todo en tu casa —aseguró su padre.

—María, vosotros estáis metidos en política hasta el cuello, ¿cómo os afecta esta situación? —quiso conocer la madre de María.

—Nos afecta en todo. Es nuestra vida y hemos luchado mucho por la República. Ahora, Juan es uno de los dirigentes del Comité Provincial del Frente Popular de Murcia. Si aquí triunfara la sublevación no sé qué sería de nosotros. Hemos tenido mucho cuidado durante todos estos años y somos los dos plenamente conscientes a lo que nos exponemos. Pero ahora más que nunca, tenemos que luchar contra los militares rebeldes —expuso María, mirando a su madre como implorando su aprobación.

—Tened mucho cuidado, ¡hija mía! —entonó su madre.

—Ya sabes que nosotros nunca hemos estado metidos en política, ni hemos militado en ningún partido político. A tus hermanos tampoco le gusta, pero contáis con nuestro apoyo para vuestra lucha —aseveró su padre, mientras su hermano hacía un gesto de aprobación con la cabeza y su hermana le acariciaba el hombro.

Su familia era una familia normal como otras de Murcia, como cientos de miles de familias de toda España. Familias a las que no les gustaba la política, pero que sufrían las consecuencias de los devaneos políticos. Habían sufrido la Monarquía, la Dictadura, los colores de la República y ahora podían estar a las puertas de una guerra civil.

Por la tarde, María volvió a salir de compras. En esta ocasión lo hizo acompañada de Carmen. Las dos mujeres estaban preparando sus casas para resistir en caso de una contienda civil. Y si todo terminaba bien y se conseguía reducir la insurrección militar, después ya no tendrían que salir a comprar durante algún tiempo.

Aunque la procesión la llevaban por dentro, intentaron disimular la preocupación que cada una llevaba cosida en su piel.

Solo faltaban once días para irse de vacaciones a Lorca. De momento, no las suspenderían hasta ver cómo se desarrollaban los

sucesos durante toda la semana. La decisión sobre esos días, que tanto estaban esperando, la tomarían el viernes.

Capítulo 31

Los veranos en Murcia tienen otro ritmo, están marcados a fuego por el calor que hace cada día. Son días de intenso trabajo desde el alba, tanto en el campo como en la huerta, y la siesta es el punto de inflexión para poder continuar después cada cual con su labor. Buscar por las noches una pizca de brisa que sofoque las altas temperaturas, hace que la gente se eche a la calle para poder encontrar un refugio al tormento veraniego.

Esos días, parecía que en Murcia se había evaporado el calor, las siestas habían pasado a mejor vida y la brisa nocturna helaba hasta los corazones.

La gente no tenía más remedio que seguir trabajando, pero por las noches permanecía escondida en sus casas por miedo.

El martes, Juan madrugó más de lo habitual y se dirigió en primer lugar a la sede de El Liberal. Cuando llegó, Vicente estaba aporreando con rabia su máquina de escribir. Seguro que estaba escribiendo un artículo con el corazón, pero la máquina no tenía culpa de nada.

—¿Qué le ha pasado al general Sanjurjo? —preguntó Juan a bocajarro, nada más entrar.

—Pues, que ha muerto en circunstancias extrañas. Había cogido una avioneta en Portugal para dirigirse a Burgos o a Sevilla, no se sabe con seguridad. Según las informaciones que tenemos, el objetivo de ese viaje era ponerse al mando de la sublevación militar, pero se ha estrellado poco después de despegar en Cascais —explicó Vicente, apartando a un lado la máquina de escribir.

—Uno menos —comentó Juan con desprecio.

—Sí, uno menos. Así está descabezado el mando militar.

—De esa manera, puede ser que hoy Madrid tenga una tregua porque el bombardeo de ayer sobre el Cuartel de la Montaña es de los que marcan época —formuló Juan, mientras se sentaba y se quitaba el sombrero.

—La verdad es que ayer, la aviación militar fiel a la República y las milicias armadas se comportaron como héroes. Derrotaron a los militares sublevados y a los fascistas que se habían unido a ellos para luchar contra el Frente Popular.

—Donde las dan, las toman.

—No está nada mal. Parece que te estás radicalizando tú también, Juan —puntualizó sorprendido Vicente.

—No es para menos. Y más, después de escuchar anoche el discurso radiado de Dolores Ibárruri.

—¡La Pasionaria! —exclamó Vicente, dando una palmada en la mesa—. ¡Menuda diputada tienen los comunistas! Con su carisma y con su empuje ha levantado el ánimo a todos los españoles.

—¡Fue un discurso vibrante! Y menudo llamamiento ha realizado al pueblo para que se una contra los enemigos de la República.

—Hablas con admiración. ¿Te vas a afiliar al Partido Comunista? —preguntó Vicente, echando el cuerpo hacia delante, expectante por escuchar la respuesta de Juan.

—Ahora no valen ya las medias tintas. Estamos en un punto en el que son ellos o nosotros. La lucha y la guerra civil puede ser que sean inevitables. Llegado el caso, si Azaña no da el paso, yo seguro que lo voy a dar. Si los comunistas son los que toman el mando de la lucha armada contra el alzamiento militar, tendré que replantearme mis ideales y yo voy a estar siempre con los defensores de la República. Si son los comunistas, yo los voy a apoyar, que no te quepa la menor duda.

Juan no respondió con un sí, ni con un no. Pero, lo que estaba claro, es que el régimen constitucional republicano para él estaba por encima de todo, y que iba a ser un fiel soldado del partido que se alzara con las riendas para defender al pueblo español del enemigo opresor.

—No me vale tu respuesta, pero creo entender por tus palabras hacia donde te encaminas —apuntó Vicente, con un poso de tristeza en sus palabras—. Ahora, quiero preguntarte una cuestión muy importante. Es algo que estamos debatiendo en el periódico y aquí existen defensores acérrimos, así como personas que no están nada de acuerdo y yo soy uno de ellos. ¿Estás seguro de lo que estáis haciendo?

—¿A qué te refieres en concreto?

—¿Crees que armar al pueblo es la mejor de las opciones posibles? —volvió a preguntar Vicente, utilizando ahora una pregunta más concreta.

—Sí. Si no hubiera sido por las milicias del Frente Popular, el golpe habría triunfado ya y tú y yo no podríamos estar ahora mismo hablando aquí. Igual estábamos detenidos, esperando un juicio injusto en una cárcel de Murcia. —respondió con convicción Juan, sin un ápice de duda en las palabras que pronunció.

—Pero… puede ser un arma de doble filo. El pueblo armado puede

erigirse en juez y parte. Si derrota a los golpistas, luego pueden ir a por los gobernantes democráticamente elegidos por los españoles y establecer el modelo de gobierno proletario que les plazca. Una vez eliminados los diputados, ya tendríamos aquí la dictadura del proletariado —argumentó Vicente, con todo el vigor que pudo imprimir a su discurso.

—Ese es un razonamiento que no me vale y que no se va a dar, aunque derrotemos a los militares sublevados —sentenció Juan, muy serio.

—También existe otra posibilidad.

—¿Cuál? —preguntó Juan con interés.

—Que se tomen la justicia por su mano y comiencen a cargarse a los elementos subversivos que tú y yo conocemos muy bien.

—Eso, tampoco va a suceder.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque yo lo voy a evitar. Sabes que no me gusta la violencia y la venganza mucho menos aún. Todos los fascistas que se detengan van a tener un juicio justo —precisó Juan, mientras se ponía en pie.

—Eso espero —apuntó Vicente, en el momento que estrechaban sus manos, antes de despedirse.

Capítulo 32

Las preguntas de Vicente reverberaban en la mente de Juan de camino a la sede del Frente Popular.

Su respuesta fue tajante. Sin embargo, había algo escondido en ellas que le estaban haciendo cavilar. Se trataba de preguntas trampa, sembradas en medio de un campo de minas en las que cualquier pisada azorada las podía hacer estallar. No obstante, estaban a punto de iniciar una guerra civil y las decisiones tenían que ser tomadas con firmeza, sin ningún atisbo de duda, porque todo se podía ir a hacer puñetas por culpa de una decisión mal tomada.

En el juego de la vida y de la muerte, por culpa de una guerra, una jugada mal ejecutada podía traer consigo miles de víctimas y llevarse por delante a quien lo quisiera evitar.

Igual que los días anteriores, la actividad en el Comité era frenética. Una cola de largas proporciones rodeaba la plaza del Cardenal Belluga, y los problemas a los que había que dar una solución urgente se acumulaban sobre la mesa de Elías Pagán.

—Te estaba esperando —espetó Elías, cuando vio a Juan entrar en el despacho—. Julio, avisa a Pascual, que Juan ya está aquí —ordenó a su secretario.

Elías era funcionario del ayuntamiento, pero estaba más tiempo en la sede de la UGT que en su puesto de trabajo, porque en ese lugar se pasaba las tardes enteras y muchas veces hasta altas horas de la noche no salía de allí. Aquellos días, disponía de un permiso especial para organizar en Murcia la respuesta a una sublevación militar que había comenzado a muchos kilómetros de distancia. Era un hombre de traje, chaleco, sombrero, bigote fino alargado y con su estilográfica siempre en la mano. Serpenteaba la cincuentena aunque su pelo canoso le hacía parecer mayor.

—¿Qué es toda esa cola de gente? —preguntó Juan nada más cruzar el umbral del despacho de Elías.

—Son personas que se quieren alistar en las milicias del ejército del Frente Popular —contestó Pascual, que entraba en el despacho en esos momentos.

—Pero, ¡si todavía no tenemos ejército! —exclamó Juan.

—Ese es uno de los problemas que tenemos ahora mismo y varios

más que tenemos que resolver sin más remedio. Cierra la puerta Pascual y vamos a trabajar —ordenó Elías.

Juan sacó su libreta de la cartera y uno de sus lápices que tanto le gustaban, porque le servían para dibujar y también para escribir.

Los tres dirigentes se acomodaron alrededor de la mesa.

—Primer tema. Son cientos de personas las que se están agolpando en esta sede porque quieren alistarse en el ejército del Frente Popular. Además, por las informaciones que estoy recibiendo, se está produciendo exactamente lo mismo en otros lugares de Murcia y en toda España. ¿Qué hacemos y cómo organizamos a todos esos futuros milicianos? —fue la introducción de Elías.

—Hay que organizar un ejército del pueblo lo más poderoso posible. Las tropas fascistas iban a ser trasladadas desde África a España en buques de guerra a través del estrecho, pero como la tripulación de esos buques se ha pasado a nuestro bando, ahora esas tropas están siendo transportadas en aviones italianos y alemanes a la península. Eso puede significar el inicio de la guerra civil y hay que fortalecer nuestro ejército popular con todos los voluntarios que seamos capaces de reclutar —Pascual Baeza habló claro y con energía, como si estuviera deseando que llegara ese momento.

Las noticias volaban y todo se sabía.

Así, se conoció que el traslado del ejército desde el norte de África a la península, se iba a realizar con buques de guerra que se habían sublevado, pero ante la llegada al estrecho de Gibraltar de los buques de la Base Naval de Cartagena fieles a la república, aquellos decidieron no apoyar a los sublevados y permanecer dentro del bando republicano. Ante tal tesitura, el bando sublevado solicitó la ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista, que le proporcionaron aviones para que pudieran ser trasladadas las tropas a través de un puente aéreo desde el Protectorado español a la península.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Pascual —afirmó Juan.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Elías.

—Lo primero y más importante es tomar todos los datos de filiación ahora mismo a todas esas personas voluntarias que están en la calle, y ya se les avisará en unos días a dónde tienen que ir. Hay que ponerse en contacto con las autoridades militares y organizar todo el contingente de voluntarios para que sean alistados en el ejército del Frente Popular —propuso Juan.

—Tomo nota —dijo Elías.

—Así vamos un paso por delante de los militares y nos dará la fuerza necesaria para tener la autoridad sobre ellos porque el ejército es nuestro. Además, hay que avisarles que al militar que se salga del

tiesto, se le pega un tiro y uno de los nuestros ocupa su lugar. Las milicias del Frente Popular no van a tolerar al ejército de Maricastaña en el que los mandos militares conspiran a su antojo. Aquí todos somos iguales y defendemos a la República —amenazó Pascual

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Juan con asombro.

—Tan seguro como que me llamo Pascual Baeza. Aquí se han terminado las tonterías y hay que tener mano dura contra los pelagatos de los militares —barbotó Pascual, dando un golpe sobre la mesa.

—Hay que ser duros, pero también tenemos que saber administrar justicia. No se puede ir matando gente por ahí, aunque sean militares. Todas las personas tienen el derecho a un juicio justo y una de las virtudes más importantes de la República es la justicia. Que no se te olvide, Pascual —avisó Juan, con la templanza necesaria para que Pascual no advirtiera en sus palabras una amenaza.

—Bueno, lo que tú digas, pero aquí ojo por ojo y diente por diente. Si ellos matan, aviso ya para que quede muy claro, que yo voy a ser el primero en pegarle un tiro al fascista que se me ponga por delante —amenazó de nuevo Pascual.

—Bueno, compañeros, vamos a continuar con la reunión y no perdamos el tiempo. Ya habrá otro momento para debatir eso —concilió Elías, intentando cerrar un tema en el que no se iban a poner de acuerdo en esos momentos.

—También, sería interesante diseñar una campaña de captación de voluntarios, porque no va a ser suficiente con los que hay en estos momentos en la cola. Mirad el cartel que dibujé ayer —propuso Juan, mientras sacaba de su cartera y les enseñaba el dibujo que había realizado el día anterior en el casino.

—No está mal el dibujito —rezongó Pascual.

—Me parece muy acertado. Nos servirá para realizar propaganda —planteó Elías.

—Y si dibujo la frase: «El Frente Popular te Necesita, Alístate», creo que quedaría mejor.

—Así me gusta mucho más, Juan —atinó a decir Pascual.

—Perfecto. Prepáralo y hacemos carteles para distribuirlos en todos los pueblos. Asunto cerrado. Ahora, vamos a hablar de los detenidos —propuso Elías—. Anoche fueron detenidas dos personas en Alcantarilla y otra aquí en Murcia, estaban conspirando para que triunfe la sublevación en Murcia. Tenemos que decidir a quién le entregamos esos presos. La Guardia de Asalto no tiene cárceles. De la policía no me fío y de la Guardia Civil menos. Otra posibilidad sería entregarlos en el gobierno civil. Los detenidos fueron entregados a la

Guardia de Asalto y éstos, a su vez, los entregaron a la policía para ser encarcelados, pero ya os aviso otra vez que de la policía actual no me fío ni un pelo, porque hay muchos elementos en sus filas que son partidarios del levantamiento militar —sugirió.

—Es un tema delicado. De momento no nos queda otra que confiar en la policía. Pero, si observamos cualquier acción sospechosa, entonces deberíamos de barajar otras opciones —propuso Juan.

—Yo creo que tenemos que tomar ya cartas en el asunto y crear nuestras propias cárceles, las cárceles del pueblo, y tener bien vigilados a todos los fascistas. Además, los interrogatorios correrían de nuestra parte y seguro que más de uno se cagaría por la patilla si no denuncia a sus compinches fascistas —propuso Pascual, con gran vehemencia en su exposición.

—En última instancia, puede ser que sea viable esa opción, pero de momento es mejor aplicar la legalidad vigente de la República y confiar en la policía y la Guardia Civil para que los encarcele. Además, también contamos con la Guardia de Asalto para que vigile a los otros dos cuerpos policiales —opinó Juan.

—¿Qué piensas Pascual? —preguntó Elías.

—No me puedo oponer a lo que propone Juan, pero voy a estar ojo avizor y, ante la menor duda, yo voy a ser el que se va a encargar de crear las cárceles del pueblo y estar al mando de ellas —aseguró Pascual, adjudicándose para sí mismo un cargo demasiado importante.

—Estoy de acuerdo —afirmó Juan, sin querer oponerse a Pascual, aunque tenía dudas sobre la legalidad y la viabilidad moral de esa opción.

—Otro punto importante es, ¿qué hacemos con la prensa de derechas? —Elías planteó el nuevo tema de debate—. Con el incendio de ayer de El Levante Agrario ya hay uno menos. Ahora hay que decidir qué hacemos con La Verdad y con El Tiempo. Mi propuesta es que cerremos los dos periódicos.

—Cerrarlos no. Es mucho mejor incautarlos y crear allí nuevos periódicos afines a la causa obrera porque, si la guerra se alarga, vamos a necesitar diarios afectos al Frente Popular, para hacer propaganda de los éxitos que obtenga el ejército democrático —opinó Juan.

—Magnífica idea —aplaudió Elías y se frotó las manos.

—Yo también estoy de acuerdo —apuntó Pascual.

—Bueno, compañeros, hemos tratado los temas más importantes. Aquí tengo un listado de otros asuntos que también tenemos que debatir —Elías les mostró la hoja de la libreta en la que tenía apuntadas numerosas cuestiones que todavía precisaban de una

solución—. ¿Os parece bien que nos reunamos de nuevo mañana por la mañana?

—Por supuesto —afirmó Pascual.

—Perfecto y, además, creo que cada día surgirán nuevos problemas a los que nos tendremos que enfrentar —añadió Juan.

Cuando terminó la reunión, Pascual se dirigió a la puerta y mientras estaba de espaldas, Elías le hizo unas señas con las manos a Juan para que volviera pasados cinco minutos, o eso creyó entender, porque había abierto la mano mostrándole los cinco dedos.

Juan se entretuvo hablando con Julio, el secretario de Elías. Después bajó a la calle y estuvo preguntando a las personas que estaban haciendo la cola de dónde eran y por qué se querían alistar en el Frente Popular. Pasaron casi diez minutos cuando Juan decidió volver y encaminarse de nuevo al despacho. Se excusó con Julio diciéndole que se le había olvidado comentar algo con Elías.

—¿Quieres hablar conmigo a solas? —preguntó Juan después de cerrar la puerta.

—Sí. Siéntate —ordenó Elías.

—¿Qué es eso tan importante que me tienes que decir?

—No te tengo que decir nada, te tengo que dar.

Elías abrió uno de los cajones de la mesa de su despacho y extrajo una caja de madera que puso encima de la mesa. Juan se acercó para ver de qué se trataba y apretó los dientes cuando la vio.

—¿Qué vas a hacer con esa pistola? —preguntó Juan, con incredulidad, mostrando una gran sorpresa.

—Es para ti —respondió Elías.

—¿Para mí?

—Sí. Para ti, Juan.

—¿Y para qué quiero yo una pistola?

—Porque la necesitas.

—Yo no necesito ninguna pistola.

—Juan, vivimos tiempos difíciles y muy peligrosos. Tú estás en el punto de mira, igual que Pascual, yo y todos los que trabajamos y nos pasamos el día aquí. Estamos en la lista de los fascistas, igual que ellos están en la nuestra. Cualquier día, al cruzar una calle o dar la vuelta a la esquina, te puedes encontrar con alguien que va a por ti, que te quiere matar. Si vas armado a todas horas, la pistola te puede salvar la vida —argumentó con pasión Elías, dando la vuelta a la mesa y poniéndose frente a Juan.

—Ya sabes que yo soy pacífico y no me gusta la violencia.

—Sí, Juan, ya lo sé, y conozco todas esas mamarrachadas tuyas. Pero eso era antes. Ahora estamos en guerra. ¡No te das cuenta! Esto

es una guerra civil y cualquiera que se cruce por la calle contigo puede ser tu enemigo y pegarte cuatro tiros —siguió insistiendo Elías.

—Pues…

—¿Te convences?

—Visto así.

—Además, yo llevo siempre encima una igual y Pascual siempre va armado.

—Bueno, habrá que hacerte caso.

—Muy bien, compañero.

—Ahora, explícame, ¿cómo funciona?

Elías le explicó que se trataba de una pistola Astra 400. Que era uno de los tipos de armamento que habían recogido en el Cuartel de Artillería. Después, procedió a enseñarle cómo quitar el seguro, cómo se cargaba de balas y cómo había que empuñarla para evitar el retroceso.

—Llévate la pistola y esta caja de balas.

Juan lo guardó todo en su maletín. Cuando salió de la sede del Comité del Frente Popular, se le pasó por la mente que ya no se reconocía a sí mismo y solo habían pasado tres días desde que se había producido el alzamiento militar.

Cuando llegó a la plaza de la Cruz, el maletín le pesaba más de un quintal y parecía como si lo fuese arrastrando.

Le temblaba la mano, el antebrazo y el brazo, y no tenía la fórmula magistral, que ayudaba a preparar a don Narciso, para poner fin a aquellas palpitaciones de una parte de su cuerpo. Si en esos momentos se sentía así, no quiso ni imaginar lo que sucedería si alguna vez tenía que empuñar el arma para defenderse. Estaba seguro de que sería un hombre muerto.

Juan no había nacido para pegar tiros en las trincheras, pero sí para dar su vida por unos ideales y para transmitir el mensaje republicano.

Capítulo 33

Por la noche, en su casa, su actuación fue magistral.

El miedo escénico se había transformado en naturalidad, que no hizo sospechar a ningún miembro de la casa.

Informó de los heroicos triunfos obtenidos sobre los enemigos del régimen y puso énfasis en que en muy poco tiempo se alcanzaría la victoria final.

Igual que los días anteriores, Jesusa dormiría en casa por temor a salir sola a aquellas horas de la noche. Vivía en el barrio del Carmen, al otro lado del río Segura. Era peligroso transitar por la ciudad, más aún después de escuchar las habladurías que corrían de boca en boca y el tiro que había despertado a media Murcia hacía dos noches.

Murcia en verano era noctámbula. El bochorno nocturno se aplacaba saliendo a la calle, paseando o de manera tan simple como sacar las sillas a la puerta y estar de cháchara hasta que el frescor fuera un fiel aliado para poder conciliar el sueño.

Sin embargo, ese modo de vida había sido segado de cuajo por culpa de unos militares fascistas. La ancestral seguridad de sus calles había sido suplantada por el miedo y como la casa con dos puertas, mala es de guardar, los cerrojos se convirtieron en los protagonistas cuando caía el sol.

Cuando se iban a ir a dormir, Juan cogió su maletín y lo introdujo en el dormitorio.

María lo miró sorprendida y pensó:

«¡Dónde va éste con el maletín! ¡No se irá a poner ahora a trabajar!».

El lugar paradigmático del maletín de Juan, cuando estaba en casa, era estar apoyado sobre el lateral de la mesa de su despacho. No es que estuviera prohibido que entrara en el dormitorio, sino que nunca había sido llevado a aquella habitación de la casa.

«Bueno, ya me dirá lo que va a hacer Juan con el maletín en el dormitorio», pensó María, mientras se desnudaba con sensualidad, sabiendo que su marido no le quitaba ojo. No obstante, decidió callar y dejar a Juan que tomara la iniciativa. María sabía que Juan conocía de sobra que a ella le perdía la curiosidad y que seguro que él estaría pensando: «¿por qué no me pregunta por el maletín?». Pero, si

pensaba que así, en ropa interior, le iba a preguntar por el dichoso maletín, estaba apañado. A esas horas de la noche y, después de todo lo que le estaba sucediendo al país, ahora no era tiempo de maletines ni de leches en vinagre. Aprovechar el momento de forma maravillosa haciendo el amor, por lo que pudiera suceder, por si acaso era la última vez, porque nunca se podría saber, era lo que tocaba en aquellos instantes, y al maletín que le fueran dando…

Estaban jadeantes, sudorosos, cogidos de la mano, tendidos boca arriba en la cama. Cada uno con su silencio, pensando María cuánto quería a Juan y pensando él cuánto la amaba a ella. Y pasó el tiempo, así, unidos los dos, calladitos para no romper el momento mágico, hasta que recobraron la cordura y el mundo real se postró ante ellos.

«Como no se lo diga, ésta no me va a preguntar por qué he metido el maletín en el dormitorio», pensó Juan.

«¡Está apañao, si piensa que le voy a preguntar! A ver por dónde me sale ahora», pensaba ella.

—María… llevo una pistola en el maletín —confesó él, así, de sopetón, como quien anuncia que le ha comprado un collar y unos pendientes a juego y que los lleva en el maletín para regalárselos.

—¡Qué cafre eres! —musitó ella.

—De sobra sabes que no. Con estos temas no me gusta jugar —respondió él.

—Ya sé que no. Pero, sí un poco agudo cuando te quieres hacer el gracioso —respondió cariñosamente María.

—¡Que es verdad, que tengo una pistola en el maletín!, ¿la quieres ver? —insistió Juan, con un tono de voz que María conocía bien, y dicho de aquella manera ella sabía que tonterías, las justas.

—¡Qué! —exclamó ella, mientras se incorporaba, giraba el cuerpo y apoyaba sus brazos sobre el colchón mirando a Juan, cara a cara.

—¡Es verdad! —atinó a decir Juan, acojonado—. ¿Quieres verla? —preguntó él, como si quisiera enseñarle un tesoro.

—Por supuesto —aseguró María con firmeza.

Juan encendió la luz de la mesilla. Bajó de la cama sin hacer ruido y caminó hasta la cómoda en donde había dejado apoyado el maletín. Lo cogió y se sentó en el lecho para después abrirlo y coger la pistola, empuñándola en su mano derecha.

—¡Esto es una locura! Pero ¿para qué quieres tú una pistola?, ¡no seas cenizo y tira eso a la basura! —clamó María, en voz baja, porque si hubiera sido de día se lo hubiera dicho a gritos.

Entonces, Juan tuvo que escoger sus mejores palabras, elegidas en el edén de su vocabulario para no asustar a María.

«¡Hasta ahí podíamos llegar!», pensó, mientras explicaba por qué

tenía una pistola y por qué, a partir de aquel día, iba a llevarla siempre consigo, como si fuera su mejor amiga, hasta que la guerra pusiera el punto y final.

María lo comprendió como un rayo. Era lógico y prudente. ¡Y hasta le podía salvar la vida! ¡Vete tú a saber!

Abrazó a su marido, muy fuerte, cada vez más fuerte, porque su historia de amor estaba a punto de tambalearse por culpa de unos insurrectos que querían subyugar a todo un país.

Y, entonces, comenzó a llorar como nunca lo había hecho, porque ella era una mujer fuerte, a la que no le gustaba llorar ante nadie y menos aún delante de Juan.

Y lo volvió a abrazar con pasión, mientras él la besaba justo en el lugar del cuello donde sabía que a ella más la podía excitar de placer.

Capítulo 34

Cada día que pasaba, la lealtad de Murcia a la República era más evidente, hasta desaparecer por completo el peligro de una sublevación militar.

Las competencias que asumía el Comité Provincial del Frente Popular iban aumentando con el paso del tiempo, para convertirse poco a poco en un organismo de poder del pueblo, superior a las autoridades oficiales.

Las alpargatas eran un tipo de calzado humilde muy utilizado en la huerta de Murcia. Sin embargo, después del golpe militar, casi todos los obreros y muchas personas de Murcia y provincia comenzaron a utilizarlas, como símbolo de la resistencia del pueblo ante los militares.

Durante los últimos días de julio y los primeros de agosto, Juan y María siguieron con interés y preocupación el desarrollo de la primera batalla de la guerra civil, que estaba teniendo lugar en la Sierra de Guadarrama. Los sublevados, al mando del general Mola, en su marcha para conquistar Madrid tenían que atravesar la sierra, pero fueron derrotados por las fuerzas del Frente Popular.

Juan leía todos los días el periódico. Pero, también tenía otras fuentes de información además de la de Vicente. Estaba esperando leer una noticia en El Liberal que no se publicaba por aquellos días.

La propaganda ya estaba jugando un papel clave en la contienda. Los periódicos y las emisoras de radio republicanas difundían noticias acerca del comportamiento heroico de los milicianos del Frente Popular en la defensa de cada palmo de la tierra de España. Mientras que en las emisoras de radio controladas por los sublevados, se difundían soflamas acerca de las victorias que conseguía el Bando Nacional, como así se hacían llamar.

—¿Desde cuándo tenéis censura en el periódico? —preguntó Juan una tarde después de entregar su trabajo a Vicente.

—No sé a qué te refieres. En nuestro periódico no existe la censura —contestó Vicente, muy ufano.

—Sí que existe. Estoy esperando todos los días a leer una noticia que no publicáis y sé que esa información está también en vuestro poder.

—Dime de qué noticia se trata, puesto que tú también estás muy bien informado y, en ese caso, la publicaremos mañana.

—Solo publicáis todas las victorias y los actos heroicos de los milicianos. Apenas si leo en alguna ocasión una nota escueta sobre cierta derrota o algún acto vandálico de los fascistas —acusó Juan, ya sentado en la silla y con las piernas cruzadas.

—No tenemos espacio en el periódico para publicar todo lo que sucede cada día en cualquier punto de España. En todas las ciudades y en todos los pueblos se producen cada hora sucesos que, de no estar en guerra, serían noticias de primera página, pero que ahora mismo solo las podemos relatar en tres o cuatro párrafos —se defendió Vicente intentando ser convincente.

—Entonces, ¿por qué no habéis publicado nada sobre la masacre que ha llevado a cabo el ejército sublevado en Badajoz? —inquirió Juan, mientras se acercaba a Vicente, apoyaba los brazos sobre la mesa y entrelazaba sus manos.

La conquista de Badajoz había tenido lugar el 14 de agosto por el general Yagüe, lo que permitió la comunicación por tierra del norte y el sur del territorio en poder de las tropas del Bando Nacional

—¡Ah! Se trata de esa noticia.

—Sí. Esa información macabra es la que he estado esperando leer en el periódico todos estos días y la habéis censurado —acusó Juan, muy serio y con un poso de inmensa tristeza en sus palabras.

—Sí. En efecto. En el periódico tenemos toda la información —afirmó Vicente, echándose hacia atrás en su sillón y emitiendo al mismo tiempo un profundo resoplido.

—¿Y por qué no la habéis publicado? —quiso saber Juan.

—¿Tú crees que hubiera sido pertinente publicar esa masacre? Que el día que conquistaron Badajoz, entraron a la ciudad y fueron matando a todas las personas que se encontraban por las calles, ya fueran soldados, milicianos, mujeres, ancianos o niños de forma indiscriminada. Que luego fueron a buscar a sus casas a todos los dirigentes de los partidos políticos republicanos, a los sindicalistas, a los masones y que los fusilaron. Y que también mataron a casi todas las autoridades civiles. Juan, ¡fue una auténtica masacre, una canallada! Eso es muy fuerte para publicarlo en el periódico. Además, si lo publicamos, podría minar la moral de los milicianos y tener un efecto más perjudicial que beneficioso —argumentó Vicente, muy sereno y con la voz entrecortada, apoyando también sus codos sobre la mesa y mirando a Juan a los ojos.

—Ese es tu punto de vista. Vosotros creéis que hubiera sido malo para la milicia que se conociera esa noticia. Yo, sin embargo, pienso

todo lo contrario. Si todo el mundo conoce esa masacre, todos van a saber contra quién se están jugando las habichuelas. Además, va a servir para que quien no esté convencido, se pueda unir al Frente Popular para luchar por su pueblo y por su familia. También puede valer para aumentar la moral de los combatientes, para que luchen con más intensidad y con más ahínco, si no quieren que los pasen a cuchillo como allí ha sucedido —expuso Juan, en un tira y afloja con Vicente, acerca de cómo se deberían de manejar las noticias en aquellos tiempos de guerra.

—Puede ser que tengas razón. Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—Eso espero.

—¿Cómo vais por el Comité? —preguntó Vicente, cambiando de tema de conversación.

—Con mucho trabajo. Tenemos que tomar decisiones cada día y te aseguro que algunas de ellas me ponen entre la espada y la pared —manifestó Juan.

—Ten cuidado, Juan. No corren tiempos buenos —le aconsejó Vicente.

—Gracias. Así lo haré.

Cuando llegó septiembre, ocurrió lo mismo que había sucedido los años anteriores.

El verano parecía un péndulo que bailaba asesino sobre la cabeza del presidente del Gobierno. Todo el maremágnum de problemas que se le acumulaba al gobierno, fue el detonante para que José Giral presentara la dimisión.

Así fue como sucedió para que el 4 de septiembre de 1936, Largo Caballero fuera nombrado presidente del Gobierno por Manuel Azaña y que, al mismo tiempo, se encargara personalmente del ministerio más importante de aquellos momentos, el Ministerio de la Guerra.

A Juan y a María ya no le extrañaban todos esos cambios que se estaban produciendo a un ritmo vertiginoso desde los últimos años, ni tampoco todas las normas nuevas que iban conociendo cada día. No les sorprendió en absoluto que se prohibiera circular en coche por Murcia después de las once y media de la noche, ni tampoco por las carreteras de la provincia sin ir identificado. Sin embargo, lo que sí que les llamó la atención fue que a la Guardia Civil se le cambiara el nombre y fuera transformada en Guardia Nacional republicana

porque, al fin y al cabo, ellos pensaban que seguía siendo el mismo perro pero con distinto collar.

Lo que sí le causó una honda preocupación a Juan, fue el hecho de conocer que en las ciudades que estaban en poder del Bando Nacional se estaba ajusticiando a sus hermanos masones, sin haber cometido ningún tipo de delito de sangre, ni de sedición o rebelión. Solo por el hecho de ser masones.

Ahora lo tenía mucho más claro. Si lo detenían o si llegaba el frente de guerra a Murcia, iba a ir directamente al paredón por rojo y por masón.

No obstante, él estaba convencido de la victoria y seguía con sus rutinas diarias, porque no quería que unos militares insurrectos modificaran su estilo de vida ni, por supuesto, sus convicciones, por las que tanto había luchado.

En Murcia tenía a su cargo varios aprendices a los que seguía instruyendo, aunque no les podía dedicar todo el tiempo que él consideraba oportuno.

A Cartagena solo viajaba para las reuniones. En la última tenida puso al corriente a sus hermanos masones de todo lo que estaba sucediendo en la España en poder del Bando Nacional. Narró el peligro al que estaban expuestos y todos decidieron seguir en la sociedad.

No hubo ni una sola baja.

Capítulo 35

A principios de septiembre, después de un fin de semana movido en Murcia, se reunieron a primera hora, como todos los días, los tres mandos del Comité Provincial del Frente Popular en Murcia.

—Seguimos sin avanzar y sin contar con la colaboración de la policía y de las autoridades. Detenemos a los personajes subversivos, los entregamos y a los tres días o antes, están en la calle. Los tenemos a todos en una lista y no podemos ir a por ellos. Camaradas, tenemos que dar un paso más y crear nuestras propias cárceles, las cárceles del pueblo obrero, custodiadas por milicianos, en las que podamos detener e interrogar a todos los facciosos. Y en el momento oportuno llevarlos ante el juez —propuso Pascual, enfadado y con aire de superioridad, caminando por el despacho mientras hablaba.

—O torturarlos y matarlos sin juicio justo, como ya se está haciendo en algún lugar de España —acusó Elías, con semblante circunspecto.

—No sé qué es peor, si lo que propone Pascual o sacarlos a pasear de sus domicilios y luego pegarles un tiro en una cuneta, en el muro de un cortijo o en el cementerio, como ya se ha hecho aquí en Murcia y en otros sitios de España —intervino Juan—. Está claro que no podemos controlar a todas las brigadas de milicianos que tenemos para vigilar nuestras calles y, más aún, cuando conocemos algunas noticias que provocan que la sangre hierva y te den ganas de pegarle un tiro al primer fascista que te cruces por la calle. Nosotros somos los responsables y tenemos que tener la cabeza fría para tomar las decisiones —intentó terciar Juan, mirando en todo momento a Pascual.

El 20 de agosto, el periódico Ideal de Granada publicaba que Federico García Lorca había sido fusilado el día anterior por los fascistas. Desde entonces, el clamor de la venganza estaba hirviendo en el Frente Popular.

—Ni cabeza fría, ni responsables, ni pollas en vinagre. Los fascistas no tienen compasión de nuestros camaradas en el frente de combate. Además, sabemos con toda seguridad que en las ciudades en las que ha triunfado la insurrección están matando a sangre fría a todo lo que huela a miliciano, sindicalista, masón y dirigente o simpatizante de

algún partido de izquierda. Así que espero una contestación afirmativa —entonó Pascual, con aire desafiante, apuntando con su dedo índice a Elías.

—Por encima de mi cadáver, Pascual. No lo voy a permitir. No voy a consentir que los milicianos se conviertan en un grupo de ajusta vidas ni de asesinos de fascistas —espetó Elías, poniéndose en pie como un resorte y levantando la voz.

—Pues, entonces, dimite, porque desde este momento eres incompetente para dirigir este Comité —añadió Pascual, acercándose a Elías.

—Juan, ¿tú qué piensas? —preguntó Elías, buscando casi con toda seguridad la complicidad de Juan.

—Yo pienso que puede ser bueno la creación de esas cárceles, porque de esa manera podemos tener controlados a todos los elementos que tengamos constancia de que están conspirando para provocar aquí una nueva insurrección, que nos estén espiando o que simplemente estén en contacto con elementos facciosos de otros puntos de España, para favorecer una intervención armada sobre Murcia. No olvides que Cartagena es un punto estratégico muy importante para la República y se puede convertir en un nido de espías —propuso Juan, intentando ser convincente para que Elías entrara en razón.

Por entonces, ya se conocía el papel tan importante para el bando republicano que había tenido Cartagena. Gracias a la intervención de los marineros, los mandos intermedios que no se sublevaron y los milicianos, se había conseguido que el Arsenal y la Base Naval siguieran siendo fieles a la República, porque si Cartagena hubiera caído en poder de los sublevados, con todo el abundante material bélico, éstos se habrían asegurado el control de todo el Mediterráneo.

—En ese caso y, sintiéndolo mucho, no me va a quedar otra opción que dimitir —amenazó Elías, con la intención de que sus dos compañeros de gabinete reconsiderasen sus posturas.

—Por mí, ¡estupendo! Aceptada la dimisión —zanjó Pascual, con el ceño fruncido y esbozando una sonrisa ladina.

—Elías, si dimites, quiero que sepas una cosa muy importante. Yo voy a estar aquí para vigilar que en esas cárceles reine la justicia y no se cometan atropellos arbitrarios ni se juegue con la vida de nadie. Eso no lo voy a permitir. Y, ¡me importa un pimiento que sea un fascista! Aquí todas las personas van a tener un juicio justo —advirtió Juan, que ya estaba de pie, mirando primero a Elías y luego a Pascual, que seguía con su sonrisa marrullera.

—Compañeros, no quiero ser cómplice de los abusos que tengo la

certeza de que se van a producir. Hoy mismo redactaré mi carta de dimisión —zanjó el problema Elías, dejándose caer sobre su silla, como si un obús lo hubiera aplastado.

Juan salió de la sede de la UGT cabizbajo, con el sol mordiéndole a traición su cabeza, a pesar de llevar puesto el sombrero.

Era septiembre, pero aún era verano y la canícula ya se hacía notar aunque fuera media mañana. Elías era su aliado en el Comité y, más que eso, era su amigo. Para él, iba a ser una pérdida irreparable con dudosas consecuencias, que imaginaba nada buenas, si bien él estaría allí vigilante, una labor que imaginaba que podría ser peligrosa y confrontarlo con problemas que tendrían difícil solución.

Había dado su palabra y ahora sabía que, antes o después, tendría que enfrentarse a Pascual, una persona para la que la revolución era el único objetivo en su vida.

Caminaba con parsimonia en dirección al casino. Todo estaba comenzando a empeorar a pasos agigantados y la vida comenzaba a valer menos que una perrica chica. No conseguía quitarse de la cabeza el tema tratado y tenía dudas sobre la decisión que había tomado. Pero, formaba parte de ese Comité, para bien y para mal; para tomar decisiones que podían salvar la vida a miles de personas y otras para poner en peligro a quienes no se querían jugar la vida.

Las horas en el casino se le hacían eternas. Eran ya muchos días en los que los minutos se le hacían tediosos y solo aprovechaba casi la totalidad del tiempo para dibujar. Realizaba el trabajo del periódico y bocetos que le servirían para plasmar futuras pinturas. Sin embargo, cada vez acudía menos gente al casino, por miedo, por el qué dirán y porque relacionarse con determinadas personas podría ser mal interpretado y poner en peligro la reputación y la vida.

Por la misma razón, cada vez iban menos médicos al casino y también realizaba menos visitas domiciliarias. Todo ello era el resultado de la ausencia de pacientes en las consultas médicas. Había transcurrido menos de dos meses desde el comienzo de la guerra civil y Juan ya presentía que a partir de entonces iba a ganar menos dinero, porque una parte importante de sus ingresos los percibía en forma de comisión por la cantidad de medicamentos y harinas lacteadas que se vendían en las farmacias.

Cuando llegó a casa a comer, le comentó a María todo lo que había sucedido en el Comité y la dimisión de Elías.

A ella no le sorprendió.

Le dijo a su marido que, en cierta manera, ella pensaba que el cargo le venía grande a Elías, porque era una persona a la que le costaba mucho tomar decisiones y, en los tiempos que corrían, se hacía necesario ser firme y adoptar con prontitud todas las medidas adecuadas en el lugar y en el momento oportuno.

No tenía nada contra Pascual, salvo que lo veía muy bravucón y con la lengua demasiado suelta, aunque sus ideales tan revolucionarios, tan extremistas y con tantas ansias de pegarle un tajo al modelo político republicano en el que vivían y cambiarlo todo de arriba abajo, no le hacían ninguna gracia.

María le comunicó a Juan que había recibido una carta de su padre y que la tenía en la mesa de su despacho.

Desde los primeros días de la insurrección militar, Juan no tenía noticias de su padre, por lo que fue a su despacho, dejó el maletín, cogió la carta y se sentó en su sillón para leerla.

«Almoradí, 2 septiembre 1936.

Queridos hijos Juan y María:

En estos momentos tan dolorosos para nuestro querido país, en el que un grupo de fascistas quieren derrocar al gobierno elegido por todos los españoles y volver a instaurar una dictadura militar, os quiero comunicar que me alegro mucho de que tanto Murcia como Alicante permanezcan fieles a la República.

Desde mi corazón, os aliento a emprender la lucha contra los enemigos de la patria y a no desfallecer hasta lograr aplastar la sublevación y obtener la victoria final.

Ya tenemos en nuestras puertas una guerra civil, provocada por una casta de militares que solo ansían el poder.

Estoy muy orgulloso de las brigadas de milicianos que están arriesgando sus vidas y, en muchos casos, perdiéndola para defender a la República.

Os quiero comunicar que vuestro hermano, Joaquín, se ha alistado voluntario en el ejército del Frente Popular, para ir a la guerra y luchar por los ideales que durante tantos años hemos defendido.

Estoy seguro de que las libertades democráticas van a estar

bien defendidas por todos los milicianos del Frente Popular y por vuestro hermano.

¡Viva la República!

¡Viva el Frente Popular!

Recibid un beso muy grande, así como otro para vuestros hijos, de vuestro padre, Juan».

Las reuniones de los siguientes días en el Comité del Frente Popular estuvieron encaminadas a buscar un sustituto para Elías.

Con lo fácil y rápido que había resultado la primera elección, en esta ocasión los candidatos eran demasiados para ocupar uno de los puestos de más poder en aquellos momentos en Murcia. Sin embargo, las posturas eran discordantes y llegar a un acuerdo fue complicado, hasta que el viernes 11 de septiembre fue anunciada la elección de Manuel Escribano como nuevo presidente del Comité.

Manuel era un dirigente local de Unión Republicana que, como abogado, se dedicaba a la defensa de las causas de los obreros. Dibujaba su rostro una barba bien cuidada, ojos de color marrón escondidos tras unas gafas rectangulares y vestía su menguado cuerpo con camisa blanca y pantalón de rayas gris en verano y traje azul marino en invierno. Para el puesto de secretario del Comité eligió a Matías Cayuela, un joven afiliado a las Juventudes Socialistas Unificadas.

Juan y Pascual siguieron formando parte del Comité, junto con Manuel y Matías, en el que se seguirían tomando a partir de entonces las principales decisiones.

Juan no le quitaba el ojo de encima a Pascual.

No es que lo estuviera espiando, pero sí que se trataba de una vigilancia sutil para conocer todas las gestiones que estaba llevando a cabo, porque sabía que en los últimos días tenía una actividad frenética fuera de lo normal durante casi todo el día.

No hizo falta preguntar más, ni seguir sus pasos, porque en la primera reunión del nuevo Comité se enteró de todo.

—Ya tengo lista la primera cárcel del pueblo —anunció Pascual,

muy ufano, mirando a sus nuevos compañeros de Comité—. A partir de ahora ya no vamos a tener ningún tipo de problemas con los señoritos de derechas que detengamos. Los vamos a tener a buen recaudo —añadió, con una risa sardónica que helaba los huesos.

—Muy bien. Ahora los tendremos bajo control y evitaremos que puedan conspirar o espiarnos y pasar la información al Bando Nacional —expuso Juan, siguiéndole el juego a Pascual.

—¿Dónde está? —quiso saber Manuel.

—Muy cerca de aquí, casi a la vuelta de la esquina. En la calle Madre de Dios. Así, ante cualquier problema que necesite nuestra presencia, en dos minutos podemos estar allí y dar carpetazo al asunto —manifestó Pascual.

—Seguro que nos sirve también para obtener información. Toda esa chusma está callada, pero sabemos que se están organizando. Hay que detenerlos a todos para romper sus planes de un plumazo —apostilló el joven Matías, manifestando sus intenciones con respecto a los detenidos.

—¿Cómo es el lugar? —quiso saber Juan.

—Es una casa enorme, de muros gruesos, con varias habitaciones y un sótano bastante grande que nos puede servir para nuestros intereses y no llamar la atención —explicó de manera sucinta Pascual.

—¿Cómo la has conseguido? —preguntó Matías, muy sorprendido, pero con cara de alegría.

—Muy sencillo. La hemos incautado —reveló Pascual, comenzando a reír de forma estentórea y dando una palmada sobre la mesa—. Si hubierais visto sus caras al desalojarlos. ¡Parecían unos palurdos sin boina!

—¿Por orden de quién la habéis incautado? —quiso saber Manuel.

—Por orden del Comité Provincial del Frente Popular de Murcia. ¿Pasa algo? —inquirió Pascual, con gesto serio, girándose para mirar a Manuel.

—No, nada. Muy bien hecho. Así me gusta, que tengáis iniciativa para tomar decisiones —afirmó Manuel.

—Se trata de una decisión que ya habíamos tomado en la última reunión con Elías —explicó Juan.

Juan no quiso añadir que esa había sido la causa por la que Elías presentó la dimisión de su cargo. Una decisión que ahora sabía que era compartida por Matías, pero que tenía sus dudas respecto a Manuel.

Ya tenían la cárcel del pueblo, un deseo anhelado por muchos milicianos y por los idealistas más radicalizados del Frente Popular. De esa manera, podían tener bajo control a todos los personajes que

pudieran considerar subversivos y desafectos a la causa republicana.

Estando bajo cuatro cerrojos, se aseguraban de que no pudieran conspirar contra ellos mismos o ponerse en contacto con los militares sublevados.

Capítulo 36

Había transcurrido casi dos meses desde la insurrección militar, casi sesenta días de una guerra civil en la que ya se sumaban por miles los muertos en la contienda, un tiempo demasiado escaso como para cercenar el modo de vida de millones de españoles.

En Murcia, menos el calor, estaba cambiando todo cada día que pasaba.

La desconfianza se había adueñado de las calles, provocando desde su atalaya casi la desaparición de las relaciones sociales. Se hablaba del tiempo, de la comida, porque parecía que ya escaseaban algunos productos, y del trabajo, que ya había disminuido considerablemente desde el inicio de la sublevación.

Hablar de la guerra civil no era un tema tabú, pero sí que se tenía mucha precaución ante quién se entablaba ese tipo de conversación. Cambiar de tema de diálogo o quedarse en silencio resultaba muy habitual, cuando se presentaba alguien en un corrillo que era desconocido para alguno de los integrantes de esa tertulia. Las miradas de reojo y las señas preconcebidas se hicieron presentes, para avisar que había que cambiar de tema o, simplemente, para asegurar que se trataba de alguien de confianza.

Ni con los parientes la gente podía estar tranquila.

El colegio estaba a punto de comenzar para los niños. Hasta entonces, tanto Juan y María, así como Salvador y Carmen, habían procurado llevar a cabo una vida estable, en la medida de lo posible, para que sus hijos no notaran el sufrimiento que a ellos les embargaba. Habían perdido la semana de vacaciones en la que se reunían las dos familias todos los veranos, pero tenían la certeza de que el año siguiente la volverían a disfrutar. Desde el inicio de la contienda no se habían juntado las dos familias al completo, por lo que el domingo anterior a que los niños comenzaran el colegio decidieron ir a comer a un ventorrillo de la huerta, para poder pasar un día sin la tensión evidente que marcaba cada uno de sus días.

Después de comer, los niños se dedicaron a jugar por la huerta cercana, vigilados de cerca por las criadas, con los animales que gozaban de la libertad que a ellos les querían usurpar. Había perros, conejos, gallinas, un burro, una mula, una vaca y muchos gatos. La

niña María se reía a carcajadas cuando veía cómo sus hermanos mayores y sus amigos corrían entre los animales y estos salían en estampida.

—Hay algo importante que os tengo que comunicar —anunció de pronto Salvador.

Ellos estaban bebiendo café y una copa de coñac, mientras que Carmen bebía una copa de anís y María una de mistela.

—Te escuchamos —dijo Juan.

—Es un asunto que llevo pensando varias semanas. Lo hemos estado comentando Carmen y yo, y al final he decidido alistarme como médico en el Frente Popular —reveló Salvador, con una sonrisa a medio dibujar en sus labios.

María, cuando escuchó la declaración de Salvador, se puso enhiesta sobre su silla, como si hubiera sido azotada por un mecanismo oculto que la obligara a erguirse. Abrió los ojos, frunció el ceño y se dispuso a escuchar a Salvador.

—Me parece muy acertada tu decisión y te felicito —apuntó Juan, mientras se levantaba y se acercaba a Salvador para darle un abrazo.

—Llevo muchas noches sin dormir pensando en las vidas que podría salvar en el frente. Aparte de milicianos, se necesita también un buen cuerpo médico que pueda curar todas las heridas de metralla y de bala de nuestros combatientes —argumentó Salvador el motivo por el que había tomado esa decisión.

—Sabes que es muy peligroso, ¿has sopesado ese aspecto? —preguntó Juan.

—Por supuesto. Sé que me voy a jugar la vida cuando esté en el frente, pero no es menos cierto que todos nosotros nos estamos jugando la vida aquí en Murcia. Porque si perdemos la guerra, que no te quepa duda de que van a venir a por nosotros. Y los primeros vais a ser tú y María, que siempre habéis estado en primera línea de combate político durante la República —afirmó Salvador, mientras se mojaba los labios con un sorbo de coñac.

Carmen y María asistían a la conversación como si estuvieran ausentes. Carmen porque sabía que perdía a su marido y desconocía cuando lo iba a recuperar de nuevo y María porque sentía una punzada en el abdomen que le impedía hasta respirar.

—Además, dejas sola aquí a Carmen y a tus hijos —razonó Juan.

—No. No los dejo solos. Los dejo con vosotros y sé que vais a cuidar de Carmen y de mis hijos. Los dejo en buenas manos —aseguró Salvador.

—No te preocupes. Puedes irte tranquilo porque vamos a cuidar de ellos y no les va a faltar nada —aseguró Juan.

María se arrellanó en su asiento, entrelazó las manos en su regazo y agachó la cabeza como si quisiera buscar en la tierra que pertenecía a la huerta los frutos que producía, la vida que emergía de aquel lugar con un poco de agua y los mimos de un huertano hacendoso, la esencia de una tierra que pertenecía a todos, a los de la izquierda y a los de la derecha, a los dos bandos de españoles que ahora se disputaban el sortilegio para ganar la guerra y someter al enemigo.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta que Salvador, Carmen y Juan la estaban mirando con la preocupación proyectada en sus rostros.

Como presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, el primer programa político que puso en marcha Largo Caballero fue establecer las bases para la creación del nuevo ejército del Frente Popular, así como la creación del cuerpo de comisarios políticos.

Después de estudiar toda la documentación pertinente, Manuel Escribano convocó una reunión urgente del Comité el lunes 21 de septiembre a última hora de la tarde.

—El presidente del Gobierno ha elaborado un nuevo modelo de ejército del Frente Popular, cuya principal característica es la creación de las Brigadas Mixtas. Otro de los puntos más importantes, que es el que nos compete a nosotros y por eso os he convocado con tanta premura, es la creación del cuerpo de comisarios políticos —expuso Manuel, de manera sucinta, para dejarlo todo claro y que la reunión no resultase tediosa.

—¿Por qué nos compete a nosotros? —preguntó con celeridad Pascual.

—Porque según las instrucciones, este cuerpo debe de estar formado por los dirigentes sindicales de la UGT, de la CNT y de los distintos partidos políticos que forman el bloque del Frente Popular —explicó Manuel, mientras estaba sentado y tabaleando con sus dedos sobre la mesa del despacho.

—¿Cuáles van a ser las funciones de los comisarios? —preguntó Juan.

—Son muchas y muy variadas las funciones de los comisarios —mirando con alternancia a los ojos de cada uno de sus interlocutores, Manuel explicó todas las funciones que iban a tener los comisarios políticos mientras durase la contienda militar. A veces, utilizaba una cadencia más lenta, mientras que en otras ocasiones

elevaba el tono de voz para transmitir el mensaje que llevaba acarreado cada una de las diferentes funciones.

—Va a ser demasiado el trabajo que tenga el comisario político, además de mucha responsabilidad —dijo Matías.

—Bajo mi punto de vista, va a ser el auténtico jefe político de los milicianos y de la Brigada a la que esté adscrito y, por la documentación que se me ha remitido, yo diría que por encima del mando militar —aseguró Manuel.

—Yo quiero ser comisario político —anunció Pascual, esbozando una de sus sonrisas que todos supieron definir.

—Yo tengo los poderes para nombrar a los comisarios, por eso os he convocado y porque cuento con todos vosotros para ese puesto. Van a ser necesarias más personas que ya iré eligiendo yo a su debido tiempo o, también, me las podéis ir proponiendo vosotros. Como habéis escuchado, no va a ser una labor en solitario, por lo tanto, quiero que seáis vosotros los que elijáis a los miembros de vuestro equipo —propuso Manuel, ya puesto en pie y caminando por el despacho.

—Una cuestión más, ¿quién estará informado de que nosotros somos comisarios políticos y cómo se va a trasladar esa información? —preguntó Juan, también de pie, puesto que no se había sentado en toda la reunión, permaneciendo apoyado contra la pared.

—En primer lugar, cada uno de vosotros va a tener una acreditación con vuestra foto para certificar que sois comisarios políticos. Después, tengo que trasladar el listado con todos vuestros nombres a las autoridades civiles y militares de Murcia y provincia. A la tropa y a los milicianos se les va a realizar propaganda acerca de qué van a ser los comisarios y que van a ostentar el mando político del Frente Popular.

—Eso está muy bien. Que todos esos manduchos militares sepan quiénes somos y contra quién se van a jugar las habichuelas si se salen del tiesto —rezongó Pascual con su verborrea habitual.

—¿He de suponer que tanto tú, Juan, como Matías aceptáis el cargo? Porque Pascual ya lo ha dejado demasiado claro —preguntó Manuel, dirigiéndose a ellos dos.

—Por supuesto —aceptó Matías, sorprendido por la pregunta.

—Yo también voy a ser uno más y voy a cumplir con todas las obligaciones del puesto —aseguró Juan.

Asegurarse el control político de los mandos militares era uno de los objetivos de la creación del cuerpo de comisarios políticos, porque la lealtad a la República de todos los dirigentes sindicales y de los partidos políticos de izquierda estaba fuera de toda duda.

Sin embargo, como en esos dos meses y pico de guerra civil se habían producido demasiadas deserciones en los mandos militares del ejército del Frente Popular, pasándose al bando sublevado, era lo que se pretendía evitar con la creación de este cuerpo; además de asegurarse de que estos no pudieran elaborar ningún plan de conspiración ni de espionaje.

Juan abandonó la reunión y se dirigió a su casa. Por el camino, iba pensando cómo le iba a contar a María el nuevo cargo que acababa de aceptar y las implicaciones que ese trabajo traería acarreadas.

Capítulo 37

El último domingo de septiembre volvieron a salir a comer fuera de casa con los niños. Salvador ya se había incorporado al ejército por lo que Carmen y sus hijos los acompañaron.

Desde que había comenzado la guerra, Juan pasaba poco tiempo en su hogar, así que intentaba compensar a sus hijos con una mañana entera de dedicación y comer en algún lugar en el que los niños pudieran jugar y divertirse.

Una vez de vuelta a casa, Juan fue directo a su despacho y María entró poco después.

—¿Has tomado ya la decisión? —preguntó María, después de darle un beso en los labios a Juan.

—Sí.

—¿Y?

—Voy a darme de baja en Izquierda Republicana y afiliarme al Partido Comunista —respondió Juan.

Desde hacía más de un mes, Juan no paraba de darle vueltas al asunto. Había trabajado mucho por Izquierda Republicana y se había comprometido hasta la médula, pero el inicio de la guerra civil había roto todos sus esquemas y tirado a la basura todo aquello por lo que tanto había luchado.

—Me parece una decisión muy acertada —afirmó María.

—A Azaña le ha venido muy grande ser el presidente de la República y está perdiendo el pulso con la guerra civil. No hace otra cosa que dar bandazos políticos con el único propósito de mantenerse en el poder. De Largo Caballero tampoco me fío mucho porque siempre ha estado en la sombra, parapetado a la espera de su momento para llevar a cabo la revolución que tanto ha defendido y boicoteando muchas de las medidas políticas que eran necesarias para el país. Ahora estamos en guerra y no creo que Largo Caballero sea el presidente del Gobierno idóneo para dirigir a España. Sin embargo, las Juventudes Socialistas Unificadas junto con el Partido Comunista son los que tienen las ideas más claras acerca de cómo hay que defender la República contra el enemigo. Sus ideales actuales son los que nosotros siempre hemos defendido, aunque también es cierto que en determinadas cuestiones van un punto más allá. Pero, yo quiero estar

con el partido político que mejor defienda el compromiso republicano en estos momentos tan difíciles. Por eso me voy a afiliar al Partido Comunista.

Mientras Juan hablaba, María miraba a su marido con admiración, con ojos hipnotizados y con la respiración entrecortada por el paso tan importante que iba a dar. Pensó en todo el camino recorrido, hasta llegar a un destino que se había convertido en el punto de partida de un nuevo rumbo que desconocía hasta dónde lo podía llevar. Pero, como conocía a Juan como si formara parte de su ser, sabía con plenitud que su entrega y colaboración en el Partido Comunista iba a ser igual o mayor que con Izquierda Republicana.

—Estoy totalmente de acuerdo y yo también quiero afiliarme —afirmó con decisión María cuando Juan terminó de hablar.

—Fuiste muy sensata no afiliándote a Izquierda Republicana por todo lo que pasó. Ahora todo anda muy revuelto. No sé si será conveniente que los dos nos afiliemos o que tú no lo hagas por lo que pueda pasar —propuso Juan, acariciando la mano de María y mirándola a los ojos.

—Tienes razón, creo que va a ser mejor que yo me quede fuera, aunque de sobra sabes que te voy a apoyar en todo y que voy a ser el azote de todas las personas que critiquen o vayan en contra del Partido Comunista —murmuró María, que había entrelazado sus dedos con los de Juan.

—Me alegro de que confíes en mí.

—Siempre he confiado en ti y siempre voy a confiar.

—Ahora, voy a comentarte otro tema que me tiene muy preocupado —sugirió Juan.

—Dime.

—Es el tema de las cárceles del pueblo. Se están cometiendo abusos y barbaridades allí dentro.

—Alguna habladuría he escuchado. El viernes, cuando entré en una tienda a comprar, estaban hablando de ese tema y en el momento que me vieron, cambiaron de conversación. Igual pensaban que yo me iba a chivar de lo que escuchara allí —comentó María.

—No es que te fueras a chivar. Es que la gente tiene miedo y no se fía de nadie. Por eso te he dicho antes que corren tiempos muy revueltos.

—Cuéntame, ¿qué pasa allí dentro?

—Por lo visto, Pascual y sus compinches están torturando a todos los detenidos para obtener información. No lo sé aún con exactitud y me voy a enterar, pero creo que los cadáveres que aparecieron hace unos días cerca del cementerio fueron obra suya.

—Juan, ¡eso no lo puedes tolerar!

—Son un grupo de milicianos sin escrúpulos y no se puede consentir. Aunque sean fascistas, esas personas se merecen un juicio justo.

—De todas formas, es un asunto muy peligroso. Ten mucho cuidado, Juan, y ve con tiento.

—Sí, es peligroso y, a veces, no nos respetamos ni entre nosotros mismos. Todos quieren imponer su opinión.

—¿Llevas la pistola encima?

—Sí. Todos los días. La llevo en el maletín, mientras haga buen tiempo. Luego, cuando lleve chaqueta igual la llevo dentro del bolsillo.

—Es muy grande para que la lleves en el bolsillo y, además, habrá momentos en los que no lleves tu maletín y que necesites llevar la pistola por lo que pueda suceder. No te preocupes, yo te voy a hacer una pistolera de cuero para que puedas llevar siempre la pistola pegada al cuerpo, junto a tu brazo izquierdo, y que no se pueda notar.

—Me parece una idea excelente. Aunque, ¿quieres conocer un secreto?

—Por supuesto.

—Me da miedo llevar la pistola encima. No me gusta.

—A mí tampoco. Pero estamos en guerra y nunca se sabe qué es lo que puede pasar.

Lo primero que hizo Juan el lunes por la mañana fue ir al local de Izquierda Republicana en Murcia. Allí pidió su baja. Pero ante la solicitud de una explicación, tuvo que repetir toda la justificación que le había expuesto a María, porque el partido en Murcia era Juan y sin él se irían al averno.

Después, en la sede del Partido Comunista fue recibido con los brazos abiertos. En la Casa del Pueblo había tenido varias reuniones con sus dirigentes, pero en ninguna ocasión les había dejado caer que estaba pensando afiliarse al partido. Allí comenzaría como un militante de base aunque, como conocían la trayectoria política de Juan, sabían de sobra que su implicación iba a ser al máximo nivel. Además, tener ya de entrada a un comisario político en sus filas fue un acicate para que le rindieran pleitesía, algo que él odiaba sobremanera.

La siguiente parada de la mañana fue El Liberal.

—¿Qué pasa? —preguntó Vicente con sorpresa, cuando lo vio entrar en su despacho, puesto que era muy raro que Juan apareciera por allí a aquellas horas de la mañana si no habían quedado de antemano.

—Tengo noticias frescas y quiero que seas el primero en conocerlas —anunció Juan, tomando asiento en la silla del despacho en la que siempre se sentaba.

—Soy todo oídos.

—Esta mañana he ido en primer lugar a la sede de Izquierda Republicana y me he dado de baja en el partido. Después fui a la sede del Partido Comunista y me he afiliado a él.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Lo presentía y sabía que lo ibas a hacer.

—Ya sé que algo sospechabas.

—Estás muy raro últimamente. La guerra te está afectando demasiado y está cambiando tu forma de pensar.

—No creo. Solo que quiero colaborar con el grupo que más se está destacando en estos días en defender la libertad en este país. Hay dos formaciones que destacan por encima de las demás, son las Juventudes Socialistas Unificadas y el Partido Comunista. Como yo ya no tengo edad para afiliarme a los primeros, he decidido la segunda opción.

—Tú no te das cuenta aún, pero también te estás radicalizando, Juan.

—No lo sé si me estaré radicalizando o no, pero yo amo a mi país y voy a poner todo de mi parte y, si es necesario, hasta la última gota de mi sangre para lograr la victoria contra los militares enemigos de la república.

—Eso ya lo sé. No me cabe la menor duda.

—Quería que fueras el primero en saberlo. Ahora iré al Comité y lo comunicaré también allí.

—Y, María, ¿qué piensa?

—María está conmigo. María me apoya en mi decisión. Lo he hablado con ella muchas veces durante los últimos días y está totalmente de acuerdo.

—En ese caso, quiero ser el primero en felicitarte.

—Muchas gracias, Vicente.

Los dos amigos se dieron un fuerte abrazo con sentimiento, porque en aquellos momentos lo que primaba por encima de todo era batirse en todos los terrenos para ganar la guerra civil. Militar en este o en aquel partido político resultaba ser un aspecto secundario, que

volvería a ser de capital importancia una vez finalizada la contienda.

Luego dirigió sus pasos a la sede del Comité. Cuando Pascual lo vio dirigirse al despacho de Manuel, lo siguió para iniciar la reunión de aquella mañana.

—¡Ya era hora, señor Bernal! —lo recibió con socarronería Pascual.

—Lo siento, he debido de avisar con antelación, pero he estado muy ocupado esta mañana.

—¿Y se puede saber cuáles son esos asuntos tan importantes? —preguntó Pascual mientras Manuel y Matías tomaban asiento.

—Me acabo de afiliar al Partido Comunista —anunció de golpe Juan, sin más preámbulos.

Los tres hombres se quedaron en silencio, sin palabras, mascullando cada uno para sus adentros lo primero que se les pasó por la mente.

—Me alegro mucho, Juan. ¡Ni te imaginas la alegría que me acabas de dar! —exclamó Matías, mientras se levantaba y se acercaba a Juan para darle un abrazo, porque las Juventudes Socialistas Unificadas y el Partido Comunista eran ya casi en esos momentos el mismo partido político.

—Felicidades Juan —atinó a decir Pascual, con la voz rota que no le salía de su caverna.

—Mi más sincera enhorabuena, Juan. ¿Puede saberse por qué has dado ese paso tan importante y abandonado Izquierda Republicana? —preguntó Manuel, después de estrecharle la mano.

Eran ya demasiadas las veces que Juan tenía que contar su justificación; tantas que ya casi se sabía de memoria las palabras, las frases y el orden que ocupaban cada una de ellas.

A medida que pasaban los días, el Partido Comunista ganaba afiliados y se estaba convirtiendo en el paladín de la defensa de España frente al ejército sublevado. Afiliarse al partido en aquellos momentos era muy importante, así como dar un paso al frente y colocarse al lado de aquellos que estaban derramando la sangre por España. Izquierda Republicana estaba muriendo de inanición, desmembrándose a chorros con cada minuto que pasaba y su presidente, Manuel Azaña, lo sabía y no hacía nada por evitarlo.

Durante la reunión del Comité, Matías apoyó de forma incondicional todas las propuestas y las sugerencias que formuló Juan.

Tras la muerte del general Sanjurjo, que se sospechaba que iba a ser el jefe supremo de los militares sublevados, no se tenían noticias

fidedignas acerca de quién era la cabeza al mando de la insurrección, aunque el círculo se cerraba con tres o cuatro generales como máximo.

Fue a finales de septiembre cuando se conoció el nombre y apellidos del Jefe del Gobierno del régimen sublevado de España.

El general Francisco Franco había sido designado Generalísimo del Ejército de Tierra, Mar y Aire por los generales que habían organizado el levantamiento militar.

Capítulo 38

Hacía tiempo que no veía a don Narciso, así que cuando recibió la llamada telefónica en su casa, la alegría que le causó a Juan fue mayúscula.

Quería verlo para un asunto muy importante, le había dicho, y habían quedado un miércoles de mediados de octubre a última hora de la tarde. Pasar un rato con don Narciso en la rebotica era algo que echaba mucho de menos. Un lugar en el que el tiempo se detenía y los problemas se relajaban o, a lo sumo, se les hincaba el diente con fina ironía.

—Hola Narciso, buenas tardes, ¿está tu padre dentro? —preguntó Juan cuando entró a la farmacia.

—Pasa. Te está esperando en la rebotica —respondió el hijo de don Narciso, que hacía un año que había terminado la carrera y trabajaba ya con su padre.

—Entra, Juan, y siéntate aquí a mi lado —lo recibió don Narciso, que ya no podía disimular los años que tenía.

A esas horas de la tarde y desde que había comenzado la guerra civil, ya casi no acudía nadie a comprar, por lo que Narciso entró detrás de Juan y se sentó junto a ellos.

—¿Sabe una cosa don Narciso? —dijo Juan, que seguía teniéndole un respeto reverencial y siempre anteponía el don para dirigirse a él.

—Dime Juan.

—Este lugar es como si fuera mi casa y la rebotica mi lugar preferido. Cada vez que vengo, recuerdo a aquel mozo veinteañero que entró asustado aquí la primera vez y que le tenía terror a todos esos nombres tan raros de las sustancias que se utilizan para elaborar las fórmulas magistrales. Usted ha sido como un padre para mí, siempre le estaré muy agradecido por confiar en un imberbe como yo y por todas las enseñanzas que recibí de usted.

Don Narciso ya era mayor para ruborizarse. Sin embargo, no pudo disimular la emoción que sintió al escuchar esas palabras pronunciadas con franqueza.

—Sé que lo dices de corazón y te lo agradezco, pero quiero que sepas que te lo ganaste a pulso y todo lo que eres hoy, te lo has trabajado cada día de tu vida. Eres un hombre bueno, no lo olvides

nunca, Juan, y sigue por ese camino —añadió don Narciso, con palabras que le brotaban llenas de sentimiento.

Juan vio un movimiento extraño en la rebotica y se incorporó de su sillón para ver de qué se trataba. En esos momentos vio a un perro que se levantaba de donde estaba recostado, estiraba todo su lomo y comenzaba a mover la cola. Miró a Juan con los ojos bien abiertos y se acercó a él. Juan agachó la mano, le acarició el cuello y después el perro comenzó a lamer su mano.

—¿Desde cuándo tenéis un perro? —preguntó Juan extrañado.

—Hace ya casi tres meses que lo tenemos con nosotros. Apareció un día por la puerta de la farmacia, perdido, y se coló dentro. Era un cachorrillo, comenzó a jugar conmigo y aquí se quedó. No encontramos a su dueño —contestó Narciso, que en esos momentos lo llamó y el perro se acercó a él.

—¿Le habéis puesto de nombre Julio? —inquirió Juan.

—Sí. Apareció en el mes de julio y por eso le puse ese nombre. Es original —afirmó Narciso.

—Sí que es original. ¿Sabéis una cosa? María siempre ha querido tener también un perrito. Cuando era pequeña, en La Tercia, tuvo un perro que se llamaba Bubul y siempre dice que cuando los niños sean más grandes vamos a tener uno y le va a volver a poner otra vez el mismo nombre —explicó Juan.

—Pues en ese caso, pronto tendrá su perro porque tus niños ya están muy grandes —expuso don Narciso.

—Aún falta por crecer María. Todavía es pequeña —alegó Juan—. ¿Y qué era eso tan importante que quería decirme? —se interesó Juan, cambiando de tema de conversación.

—Hace tiempo que no vas por Cartagena a ninguna reunión, ¿verdad? —indagó don Narciso.

—Ahora mismo no está el horno para bollos. Solo una vez al mes y, si esto sigue así, tendremos que aplazar todas nuestras reuniones hasta que el tiempo escampe y termine esta maldita guerra civil. No obstante, iré allí cada vez que mi presencia sea necesaria, porque estoy instruyendo a varios aprendices y será necesario organizar las ceremonias que se merecen —contestó lacónicamente Juan.

—Lo imaginaba. Aquí, en nuestras reuniones en la rebotica echamos de menos esos fines de semana en Cartagena —apuntó don Narciso.

—Sí. María y yo los echamos en falta también. Más ella que yo, porque con Carmen se lo pasaba muy bien por allí.

—Ya lo sé. La cuestión es que… —dejó su frase don Narciso sin terminar.

—Dígame.

—Ya sé que ahora quizás no sea el momento adecuado. No obstante, Narciso quiere ser masón y pertenecer a tu Logia Renacer. Desde hace bastante tiempo lo estoy instruyendo, así como mis compañeros y lo que te quiero pedir es que seas tú su Maestro y que organices, aquí en la rebotica, su ceremonia de iniciación.

—Es un gran honor para mí don Narciso la propuesta que me acaba de hacer y, Narciso, estoy encantado de dirigir tu ceremonia. Sin embargo, tengo que advertirte que, hoy en día, ser masón significa firmar tu sentencia de muerte en los lugares dominados por el Bando Nacional —precisó Juan.

—Lo sé —afirmó Narciso.

—Conociendo a lo que te expones, ¿quieres ingresar en la masonería?

—Siempre ha sido uno de mis objetivos y este es el momento más adecuado. ¡No tengo miedo!

—En ese caso, es un orgullo para mí —dijo Juan, que en esos momentos se puso en pie y le dio la mano a Narciso con el típico saludo de los masones.

—No sabes la alegría que me da que aceptes ser su Maestro —expresó don Narciso, poniéndose también de pie y estrechando la mano de Juan.

—Solo hay que poner una fecha y lo preparamos todo —añadió Juan.

—¿Qué te parece el último sábado de octubre? —propuso don Narciso.

—¡Como en los viejos tiempos! —exclamó Juan.

—Como en los viejos tiempos… —repitió don Narciso antes de añadir—, cuando a la paz no le dábamos ninguna importancia.

Después cambiaron de tema de conversación y siguieron hablando de los asuntos sobre los que merecía la pena ironizar.

Narciso, que hasta entonces apenas había intervenido en la conversación, porque era una cuestión que tenía que negociar su padre, resultó ser un magnífico contertulio con una acidez catedrática en su verborrea, que Juan supo adivinar de quién la había heredado.

Don Narciso disfrutó como el chiquillo que ya había dejado de ser y, aunque no era sábado por la tarde, el día paradigmático de las tertulias en la rebotica, impregnó aquel recinto de la sabiduría popular, la más sabia y ancestral que el hombre había creado.

Juan dormía profundamente y de nuevo estaba soñando con cañones que escupían lenguas de fuego, que sembraban la muerte en los milicianos indefensos del Frente Popular. A lo lejos, se oía un ruido atronador que se iba acercando, desparramándose como una mancha de aceite sobre el valle. Después de un silencio misterioso, que bañó de miedo y estupor a toda la tropa, comenzó el repiqueteo final de un castillo de fuegos artificiales, con la diferencia de que no explotaban en el cielo negro y estrellado, sino que los obuses reventaban cerca de ellos, cercenando en segundos las miles de vidas de hombres como él que estaban defendiendo a la República.

Un codazo permitió a Juan escapar de aquel campo de batalla.

—Juan, despierta. ¡Están llamando a la puerta! —María, asustada, despertó a su marido.

Juan, que aún estaba tembloroso por el ruido de las balas de cañón que sobrevolaban su cabeza, dio un salto de la cama, se puso una bata y caminó presuroso por el pasillo de su casa para ver quién estaba aporreando la puerta a aquellas horas de la madrugada.

Miró por la mirilla y no reconoció a la mujer que con tanta prisa llamaba a su casa.

—¿Quién es? —preguntó Juan desde dentro.

—Soy Pilar, la mujer de Leopoldo. ¡Es muy urgente! Ábreme, por favor, Juan —clamó ella desde detrás de la puerta.

Juan conocía a Pilar, había estado en su boda, y aunque no se veía con asiduidad con Leopoldo ni con ella, se enfadó consigo mismo por no haberla reconocido.

—¿Qué pasa Pilar?

—¡Se han llevado a Leo! Han llegado hace un rato a nuestra casa seis hombres y se identificaron como las brigadas de vigilancia. Lo han obligado a vestirse y le han dicho que los tenía que acompañar a dar un paseo —explicó Pilar con el miedo chorreando por sus carnes.

Capítulo 39

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Juan porque conocía muy bien el significado de sacar a pasear a una persona de madrugada.

Abrió los ojos de león y se puso todo su cuerpo tenso, como si la verdadera pesadilla acabara de comenzar.

—¡No hay tiempo que perder!

—Leo me había advertido que si alguna vez venían a por él y lo sacaban a pasear, que viniera corriendo a avisarte para que lo ayudaras —atinó a decir Pilar, temblorosa.

—Espera aquí. Voy a cambiarme y salgo en un minuto.

María, que había escuchado la conversación desde la puerta de su dormitorio, salió al recibidor para consolar a Pilar, que ahora tenía los ojos inyectados de pavor. La abrazó con ternura y le acarició la espalda para consolarla.

—No te preocupes. Juan os va a ayudar —aseguró María.

Juan entró al baño, abrió el grifo y el agua fría sobre su cara hizo el efecto esperado. Fue a su dormitorio, se vistió con urgencia y se colocó la funda para depositar la pistola que permanecería allí escondida tras ponerse la chaqueta.

—Vámonos. Te acompaño hasta tu casa y luego voy en busca de Leopoldo —ordenó Juan mientras salía por el pasillo.

—¿No le va a pasar nada, verdad, Juan? —preguntó Pilar, con la congoja que la atenazaba.

—Es mi amigo y voy a llevártelo a casa esta noche —aseguró Juan, sin ningún atisbo de duda.

—Ten cuidado, Juan —avisó María, antes de darle un beso a su marido y despedirse de él.

La noche mecía a la ciudad en un remanso de silencio roto por el taconeo de ellos dos y los sollozos de Pilar, que seguía compungida.

La calle Platería estaba en penumbra, solo alumbrada por unas farolas mortecinas cada varias decenas de metros. La estrechez de la calle, junto con la elevada altura de las casas y los edificios, daba la sensación de que unos gigantes se iban a abalanzar sobre ellos en cualquier momento del trayecto, hasta casi el final de la calle, hasta la plaza San Bartolomé, lugar donde vivían Leo y Pilar. Los adoquines ya estaban resbaladizos por la escarcha que comenzaba a hacer acto de

presencia, por lo que tuvieron que reducir la velocidad de su marcha para evitar resbalar.

Juan dejó a Pilar en su casa y se dirigió a la cárcel del pueblo en la calle Madre de Dios, a escasos metros de allí, lugar al que suponía que habían trasladado a Leo.

En la puerta había dos vigilantes vestidos con mono de trabajo y alpargatas a los que Juan no conocía. Lo recibieron con gesto amenazante portando cada uno de ellos un fusil. Cuando les enseñó su credencial de comisario político, bajaron las armas y esbozaron una sonrisa metálica.

—¿Quién está aquí al mando? —preguntó Juan, con un tono de voz firme y áspera, dirigiéndose al más alto.

—Aquí no manda nadie. Todos somos iguales. Pero, si quiere saber algo, pregunte por Enrique, el de la tía Maruja —respondió desabrido el que estaba más cerca de Juan.

El recibidor de la casa era amplio, rectangular, con una mesa y una silla en el centro que se encontraban vacías en esos momentos, y detrás de ellas comenzaba un pasillo que terminaba bifurcándose en otros dos más, a ambos lados. En los dos había habitaciones en las que se oían voces salir de ellas. Juan optó por girar a la izquierda y entró a la primera habitación.

—Buenas noches, camaradas. Quiero ver a Enrique, el de la tía Maruja —solicitó Juan, mientras enseñaba su identificación.

En la habitación había tres hombres emboscados alrededor de una mesa, cada uno de ellos con una copa llena de anís y el fusil colgado en su espalda, como si acabaran de llegar.

—Está en el sótano, dándole estopa a uno de los fascistas que hemos sacado a pasear esta noche, intentando sonsacarle cualquier tipo de información —dijo uno de ellos que sonreía feliz.

—Llévame hasta el sótano —ordenó Juan, sin quitarse el sombrero, con gesto adusto y la voz grave.

No fue menester mediar ninguna palabra más. El hombre, que seguía sonriendo, se puso en pie y salió de la habitación. Giró a la izquierda, luego a la derecha y al fondo del pasillo había una puerta cerrada. Tras abrirla, bajaron por unas angostas escaleras que daban a un rellano vacío en el que el descenso de temperatura se hizo evidente. Justo enfrente, había otras escaleras que parecían descender hasta un segundo sótano. Mientras bajaban de nuevo, Juan notaba la pistola debajo de su axila izquierda y fue la primera vez que se alegró de llevarla consigo desde que la tenía.

Cuando descendieron hasta el final, se oyó el grito ahogado y doliente de una persona, un quejido de dolor que jamás sería

escuchado desde la calle. En aquel sótano había dos habitaciones, una a la derecha y otra a la izquierda. El alarido procedía de la derecha que fue hacia donde se encaminó el que sonreía feliz.

—Enrique, este camarada pregunta por ti.

Enrique tenía la cabeza pequeña y era tan delgado y tan alto que parecía un alfiler.

—¿Tú eres Juan, el comisario político? —preguntó, después de girarse hacia la puerta.

—El mismo que viste y calza —contestó Juan.

Su cara le resultó familiar a Juan y entonces recordó haberlo visto en alguna ocasión en la sede del Comité, acompañando a Pascual.

—¿Y a qué se debe el honor de tu visita? —inquirió chulesco Enrique.

—Busco a Leopoldo Soler. Sé que lo habéis detenido esta noche —advirtió Juan, utilizando con toda la intención la palabra detener por el eufemismo pasear.

En esos momentos se apartó Enrique y dejó ver a un hombre atado de brazos y piernas a una silla, con la cabeza caída y manando abundante sangre por la boca y la nariz.

—Aquí tienes al fascista Leopoldo —dijo señalándolo.

Juan lo miró y se sobrecogió al reconocer en aquella piltrafa de persona a su amigo. No habían pasado ni veinte minutos desde que lo tenían en su poder y ya estaba siendo torturado, con el objetivo de obtener cualquier tipo de información que les sirviera para sacar a pasear a otro con sus mismas ideas políticas.

—Este preso me pertenece y a partir de ahora me hago cargo yo de él. Desatadlo —ordenó Juan.

Enrique estaba acompañado de dos compinches más que tenían los puños manchados de sangre, mientras él permanecía impoluto.

—¿Y quién eres tú para darnos órdenes a nosotros? —inquirió bravucón Enrique, acercándose amenazador hacia Juan.

—Yo soy Juan Bernal, miembro del Partido Comunista y uno de los cuatro comisarios políticos que existen ahora mismo en Murcia. Tengo autoridad y poder para detenerte a ti ahora mismo y a todos vosotros si no me entregáis a Leopoldo. En diez minutos estoy aquí con un escuadrón de la Guardia de Asalto y esta noche vais a dormir todos a la cárcel —amenazó Juan, dando un paso hacia delante para dirigirse a todos los presentes.

Enrique dio un paso hacia atrás, miró resignado a sus cómplices y dio la orden de desatar a Leopoldo.

—¡No es para tanto! —atinó a decir Enrique.

—A partir de esta noche, yo me hago responsable de todos los actos

que pueda realizar en el futuro Leopoldo Soler —silabeó Juan, con serenidad y con dominio de la situación.

Los dos hombres desataron a Leopoldo con pereza y de malas ganas. Desanudaron los nudos con rudeza, infligiéndole al mismo tiempo más dolor. Cuando por fin estuvo suelto, él intentó moverse para incorporarse, pero solo consiguió caer al suelo por inercia, emitiendo un sonoro gemido de dolor, que hizo que Juan reaccionara y se abalanzara sobre él. Sin ayuda de ninguno de los cuatro milicianos, que miraban la escena con sonrisas abyectas, Juan lo incorporó con cuidado, cogiéndolo por la cintura con su brazo derecho y agarrando el brazo izquierdo de Leo para pasarlo por encima del hombro de Juan. De esa guisa, con cuidado y sin decir ni una sola palabra, se acercó a las escaleras y subió hasta el primer sótano a trompicones. El segundo tramo de escaleras resultó más fácil porque Leo parecía recuperarse y colaboraba con las pocas fuerzas que aún le restaban. Recorrieron los pasillos con lentitud, con pasos cortos, porque Leo seguía estando exhausto. Cuando estaban ya casi en la puerta de la calle, los dos milicianos que estaban de vigilancia los apuntaron con los fusiles.

—Déjalos que se vayan, ¡que este desgraciado ha tenido suerte esta noche! —ordenó Enrique a los dos vigilantes—. Escucha, comisario, si este fascista vuelve a mover el culo y lo vuelvo a detener, ya no habrá monsergas que valgan y no te lo volverás a llevar. Avisado queda —advirtió Enrique, el de la tía Maruja, muy ufano y apretando los dientes que le estiraban la fina piel de la cara.

El frescor de la noche acarició la cara de Leo como un perfume lleno de vida y la sensación de libertad acudió a su encuentro para abrazar el cuello de Juan, con las ansias de salir de allí lo más rápido posible.

—Ya estás a salvo —dijo Juan.

—Gracias, amigo mío, muchas gracias —musitó Leo con dificultad.

—Voy a llevarte a tu casa. Pilar te está esperando.

—Me has salvado la vida. Media hora más y hubiera sido hombre muerto —insistió Leo, antes de emitir un profundo quejido.

—¿Qué te pasa? ¿Te hago daño? —preguntó Juan.

—Sí. Mucho. Creo que tengo alguna costilla rota.

—En ese caso, te agarro por aquí —propuso Juan, mientras lo cogía por debajo de la axila.

—Es igual. Aguanto el dolor. Llévame rápido a mi casa.

La cara de Leo no era solo un poema, sino la Odisea entera. Tenía los ojos hinchados, por la nariz torcida y seguramente rota seguía goteando sangre, los pómulos enrojecidos y erosionados, y en los

labios había varias heridas por las que también sangraba.

Juan caminaba despacio para evitar el sufrimiento de Leo que se quejaba con cada nuevo paso que daba. Iban a tardar más tiempo en llegar a su casa, aunque ahora eso ya daba igual. Estaba seguro de que no lo iban a seguir, pero su amigo aún no estaba a salvo.

Cuando llegaron a casa de Leo, Pilar abrazó a su marido y comenzó a besarle la cara mientras las lágrimas resbalaban por su mejilla como si fueran una catarata.

—Ten cuidado, Pilar. Le puedes hacer daño —le advirtió Juan.

—Pero, ¡qué te han hecho! —exclamó asustada Pilar.

—Ahora, voy a curarlo.

—Sí. Dime, ¿qué necesitas?

—Trae agua fría, gasas o paños limpios, yodo…

—De acuerdo. Tengo de todo. ¿Algo más? —preguntó Pilar sin dilación.

—Sí. Tengo que hacer unas llamadas, ¿dónde tienes el teléfono?

—Está en el despacho de Leo. Es la primera puerta de la izquierda, en la entrada de la casa —le informó Pilar.

Leo descansaba dolorido en la cama de su dormitorio. Su hijo, que estaba observando desde la puerta lo que sucedía porque se había despertado con el ruido, recibió la orden de su madre para que volviera de nuevo a su habitación.

Después de realizar las llamadas telefónicas, Juan y Pilar se afanaron en la cura de las heridas de Leo, que aguantó estoico sin una queja por su parte. Le dieron de beber un vaso de leche caliente y al poco rato su aspecto era ya mejor, aunque Juan seguía aplicándole el paño con agua fría sobre las heridas de la cara.

—Lo siento, Leo, solo te puedo curar la cara. Lo que tengas en las costillas te lo tendrá que ver un médico —le explicó Juan, dejando ahora que fuera Pilar la que aplicara el agua fría.

—Muchas gracias, Juan. Demasiado estás haciendo —agradeció Leo, con los ojos entreabiertos.

Juan no quiso en ningún momento preguntar qué había pasado porque demasiado bien lo sabía. Sí que recordó conversaciones mantenidas hacía muchos años y lo peligroso que podía llegar a ser los tiempos de intolerancia política, épocas en las que aniquilar al contrario se convertía en el principal objetivo de cada día.

Leo se había convertido en un abogado demasiado importante para los patronos en Murcia, porque los defendía en sus litigios contra los obreros. Se conocía que no estaba afiliado a ningún partido político, pero que sus simpatías por la CEDA eran demasiado evidentes. Que Juan supiera, nunca se había manifestado en público a favor de la

sublevación militar, pero atacar al mundo obrero en cada juicio lo había puesto al pie del huracán y ser objeto de escarnio por parte de aquellos que habían sido vilipendiados por él en algún litigio. Aquella noche, la factura seguía impagada y Juan estaba seguro de que más de uno no pararía hasta cobrarla.

—Juan, ya has hecho demasiado esta noche, vete a tu casa que María estará preocupada —propuso Leo.

—No te preocupes por mí, Leo. Ya he hablado con María, le he contado todo lo que ha ocurrido y que estoy en tu casa. También le he explicado lo que tengo que realizar a partir ahora —afirmó Juan, que observaba el rostro de Leo ya reconocible.

—¿Y qué se supone que hay que hacer ahora? —preguntó Leo, que estaba sentado en la cama apoyando la cabeza sobre el cabecero.

—Aún no estás a salvo.

—¿Por qué? —se volvió a interesar Leo.

—Porque estoy seguro de que van a volver a por ti otra vez si te quedas en tu casa —contestó con seguridad Juan.

—¿Y que se supone que debe de hacer ahora? —quiso saber Pilar, que estaba sentada en la cama y ya había dejado de aplicar el agua fría a su marido.

—Os voy a llevar esta noche a Cartagena, a los tres, a casa de tus padres y os vais a quedar allí hasta que esta guerra civil termine —anunció Juan, ante la mirada de estupor de Leo y Pilar.

—Pero, ¡no me puedo ir a Cartagena! Tengo mucho trabajo en Murcia —se quejó Leo, intentando incorporarse.

—Leo, no tienes otra opción. Ya has visto lo que te ha pasado. Si te quedas aquí en Murcia eres carne de cañón, cualquier noche de estas volverán a por ti y yo ya no tendré tiempo para detenerlos otra vez, porque ya no te llevarán a su cárcel, sino a cualquier descampado alejado y solitario en donde finalizarán su misión —explicó Juan, como si el abogado defensor fuera él y no Leopoldo.

En esos momentos, se oyeron los golpes de alguien que estaba llamando a la puerta de la casa con insistencia.

Pilar dio un paso hacia atrás, asustada, y Leo no pudo reprimir agarrar con sus manos y con fuerza la colcha de la cama, acompañado con un gesto del pánico que todavía sentía.

—Tranquilos. Son las personas que he llamado por teléfono —dijo Juan, con serenidad—. Voy a abrir la puerta.

Por el pasillo se oyeron los pasos de varias personas y cómo hablaban entre ellas. Al dormitorio entró solo Juan, después de dejarlos esperando en el comedor de la casa.

—He llamado por teléfono a Manuel Escribano y a Matías Cayuela.

Son camaradas míos en el Comité del Frente Popular. Viajar de noche a Cartagena es muy peligroso, seguro que encontraremos por el camino controles de la nueva Guardia Nacional y, también, controles de las Brigadas de Milicianos. No me fío de ir solo y yendo los tres podemos viajar tranquilos. No he tenido más remedio que explicarles todo lo que ha sucedido y me están haciendo un gran favor. Además, Manuel dice que te conoce muy bien, que os habéis enfrentado como abogados en muchos juicios y no ha dudado en acompañarme —reveló Juan.

—Muchas gracias, Juan —volvió a agradecer Leo.

—Vamos a ir en tu coche, Leo. Conducirá Manuel porque tú no estás en condiciones esta noche. Cuando lleguemos a tu casa, le diremos a tu padre que ponga a nuestra disposición un coche o un camión militar para que nos traiga de regreso a Murcia —propuso Juan, ahora ya con prisa.

—De acuerdo —respondió Leo.

—Muy bien. Ahora, coged solo lo necesario y preparaos los tres rápido. Os esperamos en el comedor.

Poco tiempo tardó Pilar en limpiar sus manchas de sangre y en cambiarse de ropa así como Leo. Al niño lo vistió Pilar con la poca ayuda que Leo pudo proporcionar. Recogieron solo lo imprescindible y en quince minutos ya estaban preparados en el comedor de su casa.

En el coche, conducido por Manuel, Juan iba en el asiento del copiloto porque así, cuando los detuviera un control, ellos serían los garantes de la seguridad de todos, junto con Matías que viajaba detrás pegado como una lapa a la puerta, el niño encima de Pilar y Leo junto a la otra puerta.

No hizo falta esperar mucho.

En la venta de La Paloma había dos parejas de la Guardia Nacional que les dieron el alto. Los cuatro guardias tenían aspecto soñoliento y de hastío por estar allí a aquellas horas de la noche, por donde no había transitado con seguridad ni un vehículo.

Sin embargo, la parada fue muy breve.

Manuel y Juan enseñaron sus credenciales, los guardias se cuadraron y los conminaron a seguir su viaje sin realizar ningún tipo de pregunta indiscreta. Solo los despidieron con un lacónico: «que tengan buen viaje».

Cerca de Cartagena, la escena que vieron en la carretera les pareció más preocupante desde lejos.

A ambos lados de la carretera había un montículo de piedras sobre las que se encontraba un tronco que atravesaba toda la carretera e impedía el paso. Apostados tras la barrera, esperando a su presa

nocturna, vieron a un numeroso grupo de una brigada de milicianos que los esperaban sonrientes mientras los apuntaban con sus fusiles.

Detuvieron el coche al tiempo que eran rodeados. Juan y Manuel solo dijeron buenas noches, sacaron el brazo por la ventanilla mostrando la documentación y las sonrisas desaparecieron en menos que tardaron en retirar el tronco de la carretera, dejándoles el paso libre hasta Cartagena y un tosco: «buen viaje, camaradas».

Desde allí hasta el Arsenal de Cartagena la vía quedó expedita.

Los recibió el padre de Leopoldo, un militar que según les contó Leo durante el trayecto había permanecido desde el primer momento fiel a la República, aunque ninguno de ellos tres lo creyó. Los agasajó con todo tipo de parabienes y palabras de agradecimiento, y luego tuvo un momento aparte con Juan para decirle que nunca olvidaría el gesto de valentía que había tenido con su hijo.

Un coche militar los trajo de vuelta a Murcia. Pasaron de nuevo el control de los milicianos y de la Guardia Nacional y en ambos avisaron los militares que pronto estarían de vuelta.

Cuando llegaron a Murcia, Juan, Manuel y Matías se despidieron con un abrazo en la plaza de Santo Domingo y con una sonrisa de satisfacción en sus rostros después de la vibrante aventura nocturna vivida.

Estaba despuntando el alba en el momento en el que Juan llegó a su casa.

Nada más oír el ruido del cerrojo de la puerta, María salió espoleada para abrazarlo y darle un beso tan ardiente en los labios como si él hubiera vuelto a nacer aquella noche.

Capítulo 40

Por aquellos tiempos, los ogros eran personajes de ficción con los que las madres solían asustar a los niños pequeños cuando se portaban mal. Sin embargo, cada día que pasaba, esos seres abigarrados de grandes ojos y brazos tan largos como culebras, comenzaron a manifestarse en la vida cotidiana de cada persona por culpa del miedo y la desconfianza, así que la búsqueda del mal agüero que te podías encontrar en cualquier lugar, se transformó en una tarea ardua de conseguir, porque nadie se fiaba de nadie.

La superstición se convirtió en el pan nuestro de cada día, y la búsqueda de señales propiciatorias de buenos o malos augurios fue la constante diaria de un pueblo que vivía fiel a su modo de vida más ancestral, a un estereotipo que marcaba la idiosincrasia de cada persona en cualquier lugar de España.

Juan no era supersticioso, nunca lo había sido, a pesar de compartir su vida con María y conocer con precisión el don que ella poseía cada vez que echaba las cartas porque, aunque sabía de sobra que no le gustaba y las echaba en contadas ocasiones, cada vez que lo hacía, a él se le descomponía el cuerpo.

Juan se dirigía aquella mañana a la sede del Comité mientras iba cavilando sobre ese tipo de pensamientos.

Aunque él era un hombre pragmático, desde un primer momento había tenido un mal presentimiento con las cárceles del pueblo, a las que ya se las conocía con el nombre popular de checas. No era abogado, pero era un fiel defensor de la justicia y defendía el juicio justo que toda persona merecía. Tenía el convencimiento político de detener a todas las personas que estuvieran a favor de los militares sublevados y que pudieran poner en riesgo el modelo de libertad y democracia que garantizaba la República, pero de ahí a torturar había un espacio muy grande que él no estaba dispuesto a tolerar.

Sus presagios, como si fueran sus ogros personales, se habían cumplido, y ahora iba a ser muy difícil controlar todo lo que pudiera suceder dentro de la cárcel del pueblo; más aún, sabiendo quién era su dirigente y el ácido odio que envenenaba muchos de sus pensamientos.

Cuando Juan entró a la Casa del Pueblo, se dio de bruces con

Pascual, que estaba con los brazos en jarras, sosteniendo su alimentada barriga y, por su gesto, como si lo estuviera esperando. Iba acompañado de Enrique, el de la tía Maruja, que esbozaba una sonrisa sibilina y lo miraba con ojos de serpiente como pensando: «ahora te vas a enterar de lo que vale un peine».

Un buenos días escueto fue el saludo y Juan pasó por en medio de los dos personajes para dirigirse al despacho de Manuel. Los dos hombres dieron media vuelta y comenzaron a perseguirlo como dos cazadores husmeando a su presa. Matías ya estaba allí dentro cuando entró Juan seguido de los dos anarquistas que casi le pisaban los talones.

—¡Qué chulito y qué cojones tuvo anoche el señorito! —rezongó nada más entrar Pascual.

—Ni chulito, ni cojones, ni señorito —advirtió Juan, manteniendo la mirada firme en los ojos de Pascual.

A Manuel, que entraba en esos momentos, le dio tiempo a escuchar tanto lo que había dicho Pascual como la respuesta de Juan.

—Tú, sal de aquí y cierra la puerta —ordenó Matías, dirigiéndose a Enrique, que seguía esbozando su sonrisa taimada.

—Yo de aquí no me muevo. Ahora todos somos iguales —contestó Enrique, pasándose la mano por el pelo.

La sociedad igualitaria en la que no habría puertas, ni propiedad privada, ni jefes, ni directores, en la que todos serían iguales tanto para hacer como para tomar decisiones, para trabajar, para ser dueños de todo y no ser dueños de nada y para tener todo tipo de derechos, era el anhelo político de los ideales anarquistas. Por ese motivo tan igualitarista fue por lo que Enrique respondió así.

—Muy bien, ahora todos vamos a luchar por ser iguales, pero esto es una reunión del Comité Provincial del Frente Popular y de comisarios políticos y tú ni formas parte del Comité ni eres comisario político, así que haz el favor de abandonar este despacho —fue la orden clara y concisa que expresó Manuel, dirigiéndose a Enrique, sin ningún tipo de amenaza sobreañadida.

Pascual movió la cabeza a un lado mirando a Enrique, al que le estaba enviando un mensaje, y éste abandonó el despacho con el rabo entre las piernas, pero no cerró la puerta. Fue Juan quién se acercó y la cerró.

—Ahora, y delante de nuestros camaradas, me vas a explicar tú a mí por qué cojones te presentaste anoche en mi checa y te llevaste a ese fascista —demandó un iracundo Pascual, alzando la voz y apuntando con el dedo a Juan.

—Porque es mi amigo. ¿Pasa algo? —respondió Juan, sin querer

dar ningún tipo más de explicación.

—Sí que pasa. Es un puto fascista defensor de los patronos y de los burgueses y, además, estaba a punto de soltar por su boquita quién está conspirando aquí en Murcia a favor de la sublevación —argumentó muy enfurecido Pascual.

—Será todo lo que tú quieras: un fascista, un abogado defensor que hace su trabajo igual que Manuel hace el suyo y con las ideas de derechas que tanto odiamos todos nosotros. Pero, si lo torturas es capaz de asegurarte que el río Segura está en Madrid. Te dimos permiso para abrir la cárcel del pueblo, pero no tienes permiso para torturar a las personas que detengas. Aquí estamos todos en contra de la tortura porque todas las personas, por encima de sus ideales políticos, tienen el derecho a un juicio justo y ser juzgados, no ajusticiados, que es lo que estáis haciendo en la checa —clamó Juan, ya sin ningún tipo de ambages, poniendo todas las cartas sobre la mesa.

Por entonces, ya existían habladurías, no confirmadas, de que se estaban produciendo diferencias importantes entre los miembros del Frente Popular y que las checas se estaban utilizando, incluso, para eliminar a los rivales del mismo partido político, todo en aras de alzarse con el poder.

—Se merecen eso y más —barruntó Pascual.

Manuel y Matías asistían atentos a la conversación, sin inmiscuirse, dejando que la diatriba derivase en uno u otro sentido en el que probablemente tuvieran que intervenir.

—Tú, Pascual, no eres el ser supremo que decide sobre la vida o la muerte de una persona, sobre quién tiene derecho a vivir y quién tiene que ser fusilado por tus secuaces a sangre fría. Aquí en Murcia, y mientras yo sea comisario político, no lo voy a permitir. Así que, quedas avisado, y no me va a temblar el pulso si tengo que ir a por ti con una patrulla de la Guardia de Asalto si vuelves a asesinar a fascistas, porque todos los aquí presentes sabemos que las muertes de hace unos días son obra de tus esbirros. Todos estamos de acuerdo en detenerlos y ponerlos fuera de la circulación en una cárcel y, también, en que luego sean juzgados por los jueces —mientras hablaba, Juan miraba tanto a Manuel como a Matías, y ambos asentían con sus cabezas, por lo que tuvo las fuerzas necesarias y no le tembló el pulso para amenazar a Pascual.

—Mira quién va a hablar, el señorito burgués con dos criadas. El ricachón con un pedazo de casa en el centro de Murcia que va presumiendo por ahí de ser del Partido Comunista. ¡Vergüenza me daría a mí ser comunista y tenerte de camarada en el partido! —fue la

venganza a modo de acusación por parte de Pascual, que seguía envalentonado y no daba su brazo a torcer.

—No tienes ningún derecho a realizar ese tipo de acusación. Manuela y Jesusa son las dos trabajadoras mejor tratadas de Murcia y, cuando quieras, puedes hablar con ellas. Son dos miembros más de mi familia y ese es el trato que reciben tanto de María como de los niños. ¡Hasta ahí podríamos llegar! Y, en cuanto a sueldo, están muy bien pagadas porque se lo merecen. No voy a consentir bajo ningún concepto que te metas con ellas ni que hagas ningún tipo de insinuación sobre mi familia —aseguró Juan, acercándose intimidador a Pascual.

—Camaradas. Vamos a tener cordura. Pascual, ¡te estás pasando cien mil leguas! —terció Manuel, que seguía observando de pie la conversación entre sus dos comisarios.

—No. Si ya conocemos de sobra todas tus tretas, ¡piquito de loro! Toda esa palabrería tuya te sirve para embaucar a los más incautos y que te sigan en tu causa. Primero eras de Izquierda Republicana y ahora te pasas al Partido Comunista, ¡un ricachón burgués jugando a ser obrero! A mí no me engañas —espetó Pascual, con los ojos inyectados de un rojo carmesí que parecía que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Sabes lo que te pasa, Pascual? Que odias a todos los que no son de tu calaña ni piensan igual que tú. Si por ti fuera, nos fusilarías a todos nosotros ahora mismo y te quedarías tú solo con tus secuaces. Ese es tu problema y creo que hemos cometido un error dándote un puesto en este Comité y nombrándote comisario. ¿Sabes cuál es tu problema? —Juan interrumpió de golpe su sermón y sorprendió a Pascual con una nueva pregunta que no esperaba.

—A ver por dónde me sales ahora. Dime, ¿cuál es mi problema? —preguntó en tono chulesco Pascual.

—Que todos nosotros somos demócratas y admiramos la libertad que nos ofrece la República, para poder dialogar con cualquier adversario político y no imponer nuestras ideas. Yo puedo mantener una conversación política y llegar a acuerdos con los de Unión Republicana, con los afiliados a las Juventudes Socialistas o con los seguidores del Partido Socialista, pero tú solo quieres imponer tus ideales y eso, en el lenguaje político que todos los aquí presentes hablamos, se llama Dictadura y tan mala es una dictadura de derechas como la que vosotros intentáis imponer. Y por ahí, España, tampoco tiene futuro —prosiguió Juan, que no se dejaba amedrentar por las bravuconerías de Pascual.

—¿Y por eso vas y defiendes a tu amiguito, el fascista ese? Te

presentas en mi checa, amenazas a las brigadas de milicianos y te lo llevas. Pues sabes una cosa, otra noche de estas vamos a ir a por él y te aseguro que no te va a dar tiempo a ir a buscarlo porque le vamos a dar matarile —amenazó Pascual, cada vez más envalentonado, a pesar de todo lo que le estaba diciendo Juan y que, seguramente, ni escuchaba.

—Eso no va a suceder —aseguró Manuel.

—¿Por qué no va a suceder? —inquirió con urgencia Pascual.

—Porque Manuel y yo ayudamos anoche a Juan a esconder a su amigo y a su familia. Y, además, te puedo asegurar que ya no volverás a verle el pelo hasta que todo esto termine —contestó Matías, que ya no podía estar callado ni un minuto más ante la charlatanería de Pascual.

—Cada una de las palabras y los mensajes que te ha dicho Juan, también lo rubricamos Matías y yo. Estamos los tres de acuerdo con el hecho de que tu actuación y la de tus camaradas no es la correcta —entonó Manuel, defendiendo la actuación de Juan.

—Ahora lo veo claro, ¡estáis los tres compinchados! —Pascual no cedía en su obcecación y seguía en sus trece.

—Ya veo que no lo entiendes ni lo quieres entender. Así es que, Pascual, o te atienes a la legalidad vigente o tendrás que sufrir las consecuencias de este Comité —aseguró Manuel, que ya estaba empezando a hartarse de la actitud chulesca y grosera de Pascual.

—Sabéis lo que os digo —anunció Pascual.

—A ver qué nos sueltas ahora —contestó Matías.

—Ni se os ocurra volver a aparecer por mi checa —amenazó Pascual, tajante, dando un puñetazo sobre la mesa del despacho.

—Iremos cada vez que nos plazca y, si persistes en tu terquedad, actuando fuera de la ley en la cárcel del pueblo, te aseguro que cerraré ese local —concluyó Manuel, en su calidad de presidente y máxima autoridad del Comité, no dejándose intimidar por la fanfarronería de Pascual.

Cuando Pascual escuchó esas palabras de Manuel no respondió, sino que miró con desprecio a los tres, se dio media vuelta y abandonó el despacho dando un portazo.

De sobra sabían ellos que nada de lo que había dicho Pascual eran bravuconadas suyas, sino que realmente sentía cada una de sus palabras y que intentaría llevar a cabo sus ideales hasta la última consecuencia. También, por supuesto, las amenazas. Además, conocían la naturaleza impulsiva de su carácter, que le llevaba a organizar y cometer actos que, si se hubiera parado dos segundos a pensarlos, probablemente no hubiera llevado a cabo.

No obstante, las amenazas estaban encima de la mesa. Tanto para los dirigentes y simpatizantes de derechas como para los propios integrantes del Comité. Así que de sobra sabían ellos que no iba de farol y que, casi con toda probabilidad, antes o después tendrían que verse las caras, porque Pascual no iba a cejar en las actuaciones que él consideraba oportunas, para llevarlas a cabo con su brigada de milicianos entre las cuatro paredes de su checa.

Lo peor de todo, es que ese tipo de personajes eran necesarios en aquellos momentos, durante una guerra civil de incierto recorrido y que amenazaba con no terminar con prontitud. Hombres que hicieran el trabajo sucio que otros no estaban dispuestos a llevar a cabo, personas sin ataduras morales dispuestas a todo por su causa. Y Pascual era uno de ellos.

Juan salió reforzado de aquella reunión.

Ahora sabía a ciencia cierta que tanto Manuel como Matías estaban en su bando y pensaban, bajo el punto de vista moral, igual que él.

Corrían tiempos difíciles, momentos en el que la toma de decisiones acarreaba siempre un peligro rastrero que no había que obviar.

Todo se parecía mucho al escenario de un folletín trágico, en el que sabías con total seguridad quién era tu enemigo, pero también sospechabas que en tu propio bando pudiera existir la posibilidad de que te dieran un navajazo por la espalda.

Capítulo 41

Lo habitual en Murcia, igual que en el resto de España, es que las temperaturas vayan disminuyendo poco a poco con el paso de los días durante el mes de octubre.

No obstante, el calor interior de Juan iba aumentando cada día que pasaba, sobre todo después de leer las noticias que publicaba El Liberal, porque el enfado que le producía leer el periódico hacía que su temperatura corporal se elevara hasta casi romper el termómetro.

Había tenido ya varias discusiones sobre ese tema con Vicente, en las que él argumentaba que era la línea editorial del periódico. Pero Juan no estaba de acuerdo.

Publicar solo noticias en las que el bando del Frente Popular siempre salía victorioso, no se lo podía creer ya nadie con dos dedos de cordura que leyera el diario. Él pensaba que si eso era así, la guerra ya habría terminado y habrían fusilado a todos los militares sublevados. Vicente esgrimía el discurso de que ese tipo de noticias positivas servían para aumentar el ánimo de los milicianos y de todos los lectores, a lo que Juan respondía con un claro y simple: «no publicáis toda la verdad».

Además de El Liberal, en esos momentos existía otro periódico en Murcia. Los locales y talleres de La Verdad habían sido incautados y allí se estaba editando el diario Nuestra Lucha, que era el órgano de las Juventudes Socialistas. Juan leía los dos, aunque las noticias tenían el mismo corte político, así como propagandístico.

La vida en Murcia estaba cambiando, pero de un día a otro no se notaba nada preocupante, ni tan siquiera si se comparaba una semana con otra. Cuando se realizaba una evaluación mes a mes, los cambios sí que eran evidentes y ya habían pasado tres meses desde el comienzo de la guerra civil.

La gente seguía comprando y haciendo acopio de alimentos. En la plaza de Verónicas los puestos seguían bien surtidos, con excepción de las pescaderías, que fueron las primeras en las que se notó la escasez de pescado.

Ir a trabajar se convirtió en la principal rutina para dar ejemplo de normalidad. Tanto en las esquinas de la ciudad como en las calles de los pueblos, ya no se veían obreros holgazaneando sin nada que hacer,

porque los que no se habían alistado, acudían cada día a su trabajo.

Pasear; ir al cine, al Teatro Circo Villar, al cinema Iniesta o al cine Popular; tomar un chato de vino en una taberna o en un ventorrillo de la huerta; ir al colegio o a la universidad, eran actividades que se llevaban a cabo como si no existiera una guerra en el resto del país.

La gente leía las noticias y creía que estaba viviendo en otro mundo.

Mientras en muchos lugares de España se estaban matando a tiros y las ciudades eran bombardeadas, Murcia vivía otra vida con distinto ritmo, como si viviera extramuros.

Incluso, muy cerca de allí, en Cartagena, ya se notaba lo que suponía vivir una guerra civil, porque durante el mes de octubre fue bombardeada en un par de ocasiones, aunque fuera de escasa intensidad. Por ello, sus autoridades ya se estaban planteando la construcción de refugios antiaéreos, para proteger a la población civil de los aviones Junkers alemanes, que habían sido comprados a golpe de talonario por el ejército sublevado y que algún día habría que pagar a los nazis. Todos los días se publicaba un boletín de guerra o un parte de guerra, según el medio en el que lo leyeras, y así los murcianos estaban informados de que en España había varios frentes en los que la lucha era diaria.

De esa manera, se estaba al corriente de las noticias que provenían de la sierra madrileña, que se debatía día sí y día también en una lucha que casi era cuerpo a cuerpo. Impedir el cerco sobre Madrid, así como su conquista, era el objetivo de los milicianos, que aumentaban de número cada día que pasaba y que defendían a la capital de España al grito de: «no pasarán».

A finales de octubre, Juan fue informado de una noticia que no supo catalogar.

Desde Cartagena, en varios buques con bandera rusa y en diferentes días, había sido embarcado el oro de las reservas del Banco de España, obras de arte y monedas antiguas. Todo, con destino a Rusia.

Juan imaginó que ese oro serviría para pagar a los rusos la compra de armamento, barcos, aviones y todos los asesores políticos y militares con los que Rusia estaba comerciando con el Frente Popular.

Entre tanta noticia, tan poco alentadora, Juan tenía grabada una fecha especial en su agenda. Se trataba del último sábado de octubre y la cita la tenía en la rebotica de don Narciso.

Por primera vez desde que abriera la farmacia, ese día permaneció cerrada durante todo el día. El motivo no era otro que engalanar la rebotica y esbozar allí, aunque fuera con escaso lujo de detalles, un Templo Masón para celebrar la ceremonia de iniciación de Narciso.

La rebotica era rectangular, por lo que ya cumplía uno de los preceptos de los templos de la masonería. Como tenía dos puertas, en la que daba acceso a la casa de don Narciso colocaron una cortina para disimularla. Don Narciso había encargado un altar fabricado de madera, sobre el que colocaron la Biblia, el compás, la escuadra y las tres velas encendidas.

El acceso al recinto se realizaría a través de la farmacia, en donde se habían colocado dos columnas de yeso que, con varias capas de pintura y barniz, parecían auténticas.

Allí se encontraban ya Juan y María; Narciso, con gesto serio; don Narciso, Evaristo Sanz y Pascual Cuadrado acompañados de sus esposas; además de Carmen Baleriola, la mujer de Salvador Mateos, que por entonces aún seguía en el frente.

Cuando el rito de iniciación terminó, Juan presentó a sus hermanos a Narciso, el nuevo aprendiz masón, y acto seguido formuló el juramento masónico.

Noviembre no terminó bien en Cartagena.

El 25 de noviembre, a media tarde, comenzaron a sonar las baterías antiaéreas como preludio de que un nuevo bombardeo se cernía sobre la ciudad. La población, que ya había sufrido varios bombardeos desde que había comenzado la contienda, corrió a guarecerse en los refugios antiaéreos que ya se estaban construyendo.

Durante cuatro horas, la aviación rebelde descargó sus bombas de manera indiscriminada sobre las instalaciones militares del Arsenal, pero también sobre las casas, hospitales, iglesias, vías del tren y todo cuanto encontraron durante su trayectoria descendente.

Cuando terminó, la ciudad había sufrido el mayor bombardeo desde que había comenzado la guerra civil.

Cartagena se había convertido en la base naval más importante de la República en el Mediterráneo, por lo que era un objetivo prioritario para el ejército sublevado.

Esa noche, tras tener conocimiento del bombardeo, Manuel, Matías y Juan se desplazaron hasta la ciudad portuaria para colaborar en las labores de socorro y ayuda que la población cartagenera precisaba.

Los tres volvieron a Murcia al anochecer del día siguiente, con el impacto que les había causado la barbarie que acababan de visualizar y con el corazón encogido, al comprobar por primera vez lo que la guerra era capaz de provocar.

—Ha sido una masacre —dijo Juan, para romper el silencio sepulcral que mantenían desde que habían partido.

—Han dejado la ciudad hecha trizas. Ahora habrá que reconstruir todos los edificios y las casas que las bombas han destruido —aseguró Matías, desde el asiento de atrás.

—Yo creo que ha sido una venganza por la muerte de Primo de Rivera —opinó Manuel mientras conducía, sin apartar la vista de la carretera.

En aquellos momentos, había muchos problemas políticos que resolver. Uno de ellos era el de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange Española, un partido político de ideología fascista. Había sido detenido en marzo, acusado de organizar un golpe de Estado y por posesión ilegal de armas. Desde antes de comenzar la sublevación militar, estaba preso en la cárcel de Alicante, que en la actualidad era un lugar seguro en la zona republicana.

El juicio contra Primo de Rivera se celebró el 16 y 17 de noviembre en Alicante. Condenado a muerte, fue fusilado el 20 de noviembre, dando por finiquitado un problema para el gobierno republicano y creando un mártir en el Bando Nacional.

—No creo que sea una venganza por la muerte de Primo de Rivera. Yo creo más bien que es la consecuencia del traslado del gobierno a Valencia. Si destruyen el Arsenal y se hacen con el control de Cartagena, van a tener el camino libre para conquistar Valencia —replicó Juan, con gesto de cansancio y ojos soñolientos.

A principios de noviembre, el presidente de la República, Manuel Azaña, junto con el presidente del Gobierno, Largo Caballero, decidieron abandonar Madrid y trasladar el gobierno a Valencia, vendiendo la noticia del traslado a bombo y platillo.

Sin embargo, lo que pensaban los habitantes de Madrid, así como todos los milicianos que estaban luchando para defender la capital de España, es que el gobierno había salido huyendo por miedo a que Madrid cayera en manos del Bando Nacional, y todo el gobierno fuera detenido y puesto bajo siete llaves o fusilado.

—Si eso se produce, Murcia se convertiría en el primer objetivo —aseguró Matías.

—Has dado en el blanco —aseveró Manuel.

—Ahora, más que nunca, hay que organizar la defensa de Murcia porque el bombardeo de ayer es un aviso muy serio —matizó Juan.

—Si tuviéramos en Murcia un Miaja sería muy sencillo —afirmó Manuel, que tras sus palabras escuchó las risas de Juan y Matías.

Sin el gobierno, en la capital se había constituido la Junta de Defensa de Madrid al mando del general Miaja, que estaba siendo capaz de organizar la defensa de la capital de España en los diferentes frentes que cercaban a la ciudad y repeler el ataque del ejército sublevado, obteniendo victoria tras victoria, con lo que se estaba consiguiendo que no fuera tomada por el ejército de Franco.

Hacía mucho tiempo que no reían los tres al mismo tiempo. Fue como una isla en el desierto, puesto que de nuevo se hizo el silencio y continuaron su viaje hacia Murcia, cada uno atracado con sus propias preocupaciones.

En los días siguientes, Juan se percató de que en los boletines de guerra que emitía el gobierno de manera periódica, y que eran publicados en El Liberal, así como en Nuestra Lucha, no apareció en ningún momento el bombardeo tan atroz que había sufrido Cartagena.

Además, la noticia del bombardeo salió publicada en la cuarta página de El Liberal, de las seis páginas que tenía por entonces.

Como Juan ya estaba escamado y cada día que pasaba confiaba menos en la prensa, no fue a pedirle explicaciones a Vicente. Demasiadas mentiras se habían vertido durante los años anteriores a la sublevación militar y durante el tiempo de contienda civil.

Ahora, en tiempos de guerra, Juan necesitaba las verdades que Vicente no le iba a procurar.

Pasadas dos semanas, Juan volvió a Cartagena porque había organizada una tenida en la Logia Renacer. Toda la reunión estuvo impregnada por un ambiente de abatimiento y preocupación.

Con gran pesar, decidieron dejar de reunirse para no poner en peligro sus vidas y volver a reanudar sus actividades al finalizar la guerra.

La Navidad de 1936 se presentó casi sin querer, persistiendo el asedio a Madrid y la lucha abierta en los demás frentes.

Además, como si fuese un juego de niños, todos los días era noticioso el paso de combatientes de uno al otro bando, en función de los ideales políticos de cada persona.

Murcia seguía a su ritmo e incluso, en la prensa, se anunciaban bares con gran surtido de cervezas, aperitivos y mariscos para degustar en tan importantes días de fiesta.

Hablar con los niños sobre la guerra no fue una labor sencilla. Sus hijos, que ya tenían nueve, siete y cinco años, recibían información sobre todo lo que ocurría en las clases del colegio y a través de sus amigos.

Pero, no obstante, Juan y María se involucraron en que pudieran comprender lo que estaba pasando en España. Les explicaron, con palabras comprensibles para sus hijos, que un grupo de militares quería imponer su cerrazón para gobernar con sus ideas sobre todos los españoles y eliminar a golpe de bombas, tanques, metralletas y fusiles el modelo republicano de libertad para elegir en democracia a los gobernantes políticos afines a cada persona.

Para ellos, la educación de sus hijos en esos valores morales resultaba el aspecto más importante bajo el punto de vista familiar, y no descuidaban ni un solo día en su formación. Resultaba muy difícil que sus retoños pudieran comprender todas las habladurías que corrían de boca en boca de los niños porque a ellos, de momento, casi no les había afectado en nada, salvo la suspensión del viaje de vacaciones en verano que tanto añoraban.

El día de Nochebuena cenaron en casa de los padres de María. Aquella noche estaba toda la familia reunida y no faltó el pavo, ni el cordero, ni los cordiales típicos de la Navidad murciana. Todo se desarrolló igual que los años anteriores, si no hubieran tenido presente que en otros lugares había españoles cenando en las trincheras.

Uno de esos días de Navidad, Juan y María invitaron a comer a su casa a Carmen Baleriola junto con sus hijos.

Carmen no lo estaba pasando bien. Su cara era el fiel reflejo de la soledad que sufría por la ausencia de su marido. Había perdido peso, en los ojos tenía marcadas las señales de la falta de sueño reconfortante y el brillo de su cara se había marchitado. Hasta las ondas naturales de su pelo habían perdido volumen. En solo unos meses parecía envejecida y no podía disimular la tristeza que la embargaba hasta el alma.

Después de la comida, los tres se quedaron solos en el comedor, mientras los niños jugaban en una de las habitaciones vigilados de cerca por Jesusa.

—¿Qué sabes de Salvador? —preguntó Juan.

—Me escribe con frecuencia, aunque no tanta como a mí me gustaría y las cartas llegan muchas veces tarde. En una ocasión, recibí dos cartas al mismo tiempo —musitó Carmen.

—¿Cómo está? —se interesó ahora María.

—Muy animado. Siempre me dice que está realizando una labor muy significativa, operando todo tipo de heridas de guerra y que

siente que su trabajo lo recompensa moralmente. También me cuenta, a veces, que le preocupa no poder hacer mucho más por los milicianos, porque andan escasos de material médico y quirúrgico. Que, en ocasiones, después de algunas batallas, ha estado hasta dos días casi sin dormir operando a los heridos. Pero dice que es feliz. Ya sabéis como es Salvador, su vida como médico la ha dedicado por completo a los enfermos —relató Carmen con un hilo de voz y con la cabeza agachada.

—Y, tú, ¿cómo estás? —volvió a preguntar María.

—Pues ya veis. Estos días son para estar en familia y lo echo mucho de menos. La verdad es que no me encuentro bien, ha pasado ya demasiado tiempo y lo malo de todo es no saber cuándo va a acabar esta guerra —aclaró Carmen, alzando la mirada hacia ellos dos.

—¿Sigue en Madrid?

—Sí. Allí sigue. Ya sabéis que alrededor de Madrid existen muchos frentes abiertos y él se va desplazando de un lugar a otro en función de donde lo necesitan —contestó Carmen.

—Así se le pasa el tiempo más rápido —afirmó Juan.

—Sí, eso dice —entonó Carmen.

—Ya sabes que nos tienes a tu disposición para todo lo que necesites —propuso María, pasándole la mano por la espalda a Carmen.

—Lo sé. Y os lo agradezco. Solo quiero que esto termine lo antes posible —matizó Carmen.

—Y, nosotros, también —dijo María.

La guerra no respetaba fiestas, ni cumpleaños, ni fechas marcadas en el calendario. Era como la niebla que todo lo abarca con su manto espeso para llenar de tristeza el corazón de cada familia, dejando una ristra de sentimientos rotos y desgajados que algún día habría que procurar unir.

El día de los Reyes Magos no trajo el mejor de todos los regalos, la paz, pero sí que los hijos de Juan y María encontraron sus juguetes al pie del belén que todos los años ponían en el comedor de la casa, hasta donde sus Majestades habían entrado con sigilo como si fueran espías de guerra.

Capítulo 42

El nuevo año, Juan pudo confirmar que el número de combatientes en las Brigadas Internacionales iba en aumento. Él sabía que se trataba de obreros extranjeros que venían a combatir a España para defender a la República, y aunque la mayoría habían llegado organizados por la Internacional Comunista, también era cierto que otros venían a luchar a España bajo su propio ideal político de parar al fascismo, que estaba amenazando con expandirse como una mancha de aceite por toda Europa.

Era como tener hermanos franceses, alemanes, italianos, polacos, ingleses y estadounidenses, que abandonaban la comodidad de sus países para embarcarse en una guerra por idealismo, por el romanticismo político de preservar la libertad como modelo de vida internacional, ante la opresión que todo gobierno militar era capaz de asegurar.

La España en blanco y negro se teñía de golpe de un mosaico de colores, propiciado por el acento de lenguas extrajeras que bañaban de alegría las trincheras del Frente Popular.

Fue un soplo fresco de ánimo para luchar contra el enemigo con más ahínco, sobre todo al conocer que todo el mundo apoyaba la causa republicana y también al saber que los milicianos no estaban solos ante los legionarios del ejército insurrecto.

Las reuniones puntuales de todos los días del Comité del Frente Popular se fueron espaciando en el tiempo. Ya no se reunían cada día a primera hora de la mañana, porque todos los asuntos sobre los que se precisaba tomar decisiones de urgencia, en los primeros meses de guerra, ya estaban resueltos, y ésta seguía un rumbo de crucero como si acción y reacción fueran dos capítulos de un libro que se escribía solo.

Pascual ya no había vuelto al Comité desde la reunión mantenida con sus compañeros con motivo de la liberación de Leopoldo. Junto con sus lacayos, seguía al frente de su checa, poniendo orden en

Murcia y manteniendo a raya a los personajes de derechas que, en la mayoría de los casos, permanecían escondidos por miedo a ser detenidos y llevados a uno de esos lugares que tan mala fama estaban adquiriendo entre la población que era favorable al golpe militar.

Desde el inicio de la guerra, habían desaparecido la mayoría de dirigentes de los partidos políticos de derecha y aquellos personajes que se habían destacado en la defensa y propaganda del ideal fascista. Se los había tragado la tierra como si se hubieran escondido en sus madrigueras, debido a la purga que se había llevado a cabo durante los primeros meses tras el levantamiento militar. El lugar más inverosímil podía servir de escondite, desde una habitación escondida en una casa tras un tabique construido a toda prisa, hasta casas en la huerta o en el campo.

Pascual no cejaba en su cruzada y tenía todo un ejército de acólitos que vigilaban con saña cada calle y cada plaza de Murcia, afinando su oído para obtener información que los pusiera tras la pista del lugar en donde se escondían sus presas.

Juan, Manuel y Matías estaban permanentemente informados de todas las andanzas de Pascual. Aún les servía para llevar a cabo el trabajo sucio, aunque en ocasiones se escandalizaban por las tropelías que cometía en la checa y que no intentaba disimular ni ocultar.

A Pascual le seguían importando un pimiento los mensajes de moderación y de cumplir el modelo legal vigente que recibía de sus antiguos compañeros de Comité. Además, había cumplido su amenaza y en su checa operaba como si se tratara de su reducto feudal, como si él fuera el dueño y señor de los prisioneros que albergaba entre sus paredes y tuviera el poder de decisión y ejecución sobre ellos.

Todo lo que ocurría en esa checa estaba teniendo trascendencia social y no eran solo ellos tres los que tenían conocimiento de las fechorías que se cometían, sino que también el resto de autoridades civiles estaban al tanto de lo que sucedía allí dentro. Además, eran conscientes de que si se propagaban aquellas noticias, el escándalo estaría asegurado.

Juan tenía el presentimiento de que antes o después se tendría que enfrentar a Pascual. Una de esas sensaciones que él tenía de vez en cuando y que en la mayoría de las ocasiones se cumplían, para bien o para mal. El tiempo lo diría y, por ahora, solo cabía poner en cuarentena las fechorías de Pascual.

Durante el mes de febrero de 1937, Carmen mantuvo un contacto diario con Juan y María porque Salvador estaba prestando sus servicios de cirujano en la batalla del Jarama, en los alrededores de Madrid.

Por las noticias que iba recibiendo Carmen y lo que iban leyendo en la prensa, siempre dulcificadas bajo la censura positivista del ideal político de El Liberal y lo que interesaba publicar, se estaban produciendo un número importante de bajas tanto en uno como en otro bando, a las que había que sumar los heridos que se contaban por miles.

Por sus cartas, Carmen supo que Salvador no salía del quirófano salvo para comer y dormir algunas horas muy de vez en cuando.

La toma de la capital de España dependía del resultado de la batalla que se estaba prolongando en el tiempo. Ya llevaban dos semanas de batalla y aunque en los primeros días el Bando Nacional cobró ventaja y parecía que iba a lograr una victoria rápida, las tropas del Frente Popular resistieron a costa de numerosas bajas y, cuando el general Miaja tomó el mando, las tornas comenzaron a cambiar.

A primeros de marzo, Carmen recibió una carta de Salvador en la que le contaba que habían ganado la batalla, pero que el coste en vidas había sido sangriento, especialmente en las Brigadas Internacionales, cuya causa no le podía contar por carta y que sería el motivo de una de las conversaciones que pronto mantendrían juntos en Murcia.

Carmen leyó la carta a Juan y a María mientras derramaba lágrimas de gozo y sufrimiento al mismo tiempo.

En junio de 1937 la despensa de María seguía llena. Ella no había descuidado en ningún momento el acopio de alimentos, puesto que ya tenía la certeza de que la falta de productos de primera necesidad iba a llegar con más antelación de lo que hubiese deseado.

Después del pescado, el siguiente producto que empezó a escasear fue el papel, motivo por el cual El Liberal pasó a disminuir en dos páginas su tirada. Antes, el periódico tenía seis páginas y hacía más de un mes que solo podía editar cuatro, por lo que para tener bien informado al pueblo y poder publicar todo lo que sucedía cada día, los periodistas procuraron escribir las noticias con la mayor capacidad de síntesis posible.

La caída de Málaga, en poder del Bando Nacional desde febrero,

propició la llegada de refugiados de esa ciudad, ocasionando que nuevos productos empezaran a escasear. Primero fue la leche y después la harina, el azúcar y la carne.

Antes de la pérdida de Málaga, cientos de miles de malagueños abandonaron la ciudad y la provincia por el miedo a las represalias del ejército invasor. Gran parte de esa marabunta humana se dirigió a Almería y, ante el colapso de esta, a partir de abril comenzaron a llegar a Murcia contingentes de mujeres, niños y ancianos, mientras que los hombres fueron enviados de nuevo a la guerra.

Tanto las autoridades civiles como el Comité del Frente Popular, se dieron de bruces con un nuevo problema que estaban intentando solventar con celeridad. Por lo que decidieron comenzar a habilitar centros de refugiados y también la creación de otras sedes en las que alimentar sobre todo a los niños.

Y el hambre comenzó a habitar en las calles de Murcia, no para la mayoría de los murcianos, pero sí para los refugiados.

María y Carmen encontraron un buen motivo para trabajar en tiempos de guerra. Todas las manos eran pocas para ayudar a esa multitud de personas desplazadas de sus casas, de su tierra y de su familia, que por el camino lo habían perdido absolutamente todo.

Las dos comenzaron a formar parte de la intendencia que procuraba que todas las necesidades de los refugiados estuvieran cubiertas. Y se implicaban cada día para que su estancia en los centros de acogida fuera lo más llevadera posible.

Se encargaban de buscar ropa, conseguir alimentos para cada día, juguetes para los niños o incluso llevar a los enfermos a la casa de Beneficencia. Trabajaban en las cocinas, ayudando en la elaboración de las comidas que se servían tres veces al día, procuraban que en los locales no faltara agua y que estuvieran limpios con pulcritud para evitar enfermedades. Además, colaboraban en todos los trámites burocráticos necesarios para que en el siguiente curso académico todos los niños estuviesen escolarizados.

El cuatro de junio, El Liberal publicó en portada una noticia muy relevante que muchos dieron por falsa.

Se podía leer con letras muy grandes que el general Mola había muerto porque su avión se había estrellado.

Los murcianos aún recordaban la noticia publicada en El Liberal meses atrás, en la que se comunicaba que el general Franco había

muerto como consecuencia de un ataque de locura de otro general tras la muerte de su esposa. Según la noticia, la mujer estaba muy enferma y en el hospital del Bando Nacional no pudieron hacer nada por salvar su vida, por lo que ese militar, en un ataque de ira, había vaciado el cargador de su pistola en el general Francisco Franco, que había muerto en el acto.

Días después, se comprobó que la noticia había sido falsa, aunque en el periódico jamás publicaron una nota de disculpa.

Por tal razón, las bromas no pararon de sucederse aquella mañana en Murcia y hasta se hicieron chistes con la supuesta muerte del general Mola, probablemente el general que más había conspirado e instigado ante sus compañeros para que se produjera el golpe militar y que tuviera éxito. Según todo lo que ya se sabía por entonces, Mola había sido el cerebro de la insurrección militar.

Con el paso de los días, Juan y muchos murcianos, pudieron comprobar que la noticia era cierta y en incontables mentideros se volvió a realizar el mismo comentario que con el general Sanjurjo: «uno menos».

Porque se trataba de ganar la guerra a toda costa y poco importaba la forma de la muerte de sus enemigos, ya fuera en el campo de batalla, en una cama o despeñándose con un avión.

Esa noticia fue la extremaunción de la credibilidad en la línea editorial de El Liberal, porque publicar determinadas noticias sin confirmar o a sabiendas de que son falsas, puede traer consigo el veredicto de los lectores acerca de que ya no crean nada de lo que publicas y, El Liberal, estaba a punto de cruzar esa línea invisible de la falta de credibilidad.

Solo había dos fuentes de información por aquellos tiempos en la zona republicana: los periódicos y la radio. Tanto unos como otros, las noticias que publicaban o que emitían por las ondas, siempre pasaban bajo el tamiz de lo que interesaba al Frente Popular, una información que en la mayoría de las ocasiones era verdadera, pero se ocultaban en un cajón bajo llave las noticias que no interesaba que fuesen publicadas o leídas por un locutor con voz engolada.

Durante el verano, algunas tardes, cuando el sol ya estaba mortecino y se podía caminar por Murcia sin temor a abrasarse, María y Carmen salían a pasear con sus hijos, después de terminar su trabajo en los centros de acogida. No obstante, eran los sábados y domingos los días

que dedicaban por completo a los niños.

Antes, para que jugasen los niños, siempre iban al jardín de Santo Domingo, pero durante ese tiempo no podían acudir porque se estaban llevando a cabo las obras de construcción del refugio antiaéreo.

El punto de reunión de las dos familias siempre era en las cuatro esquinas. Desde allí se dirigían hacia la iglesia y, antes de llegar a ella, giraban a la izquierda para pasar por debajo del arco de Santo Domingo y así encaminarse a la plaza del Romea.

Allí dejaban que los niños jugasen a su antojo, entre árboles, escalinatas y escenarios ficticios que organizaban los críos, en los que representaban una obra en la que las criaturas se disparaban con el dedo índice de la mano ráfagas de fusil o metralleta, mientras se revolcaban por el suelo cuando caían en la lucha.

En algunas ocasiones premiaban a sus hijos con un helado mientras que en otras los invitaban a merendar si se hacía tarde y, solo en pocas ocasiones, regresaban a casa sin una cosa ni la otra.

Se trataba de días de tensa espera, que se hacían muy largos y en los que había que invertir el tiempo de la mejor manera posible, con sus hijos, para que ellos no sufrieran el rigor de la vida que les había tocado vivir a sus padres.

A finales de agosto, Manuel, Matías y Juan estaban manteniendo una reunión más de amigos que de temas a los que se debiera poner solución. Parecía como si las altas temperaturas del verano hubieran relajado el modo de vida y los problemas se evaporaran por el calor reinante.

Estaban hablando de cómo se estaba desarrollando la guerra en el frente aragonés y de lo importante que sería para la República mantener a raya al ejército del Bando Nacional; porque, si se perdía Aragón, la comunicación por carretera con Barcelona quedaría cortada.

Juan estaba de pie junto a una ventana que estaba abierta y desde esa posición miraba la fachada principal de la Catedral, deleitándose con la observación de los diferentes elementos de estilo barroco que tanto admiraban los murcianos. Matías estaba sentado, junto a la mesa del despacho, bebiendo un vaso de agua y Manuel apilaba varios legajos de documentos para mantenerlos en orden.

El despacho seguía siendo tan austero como el primer día: una mesa sobre la que descansaba un teléfono avejentado de tanto uso;

una pila de escritos que habría que formalizar ese día; el sillón del presidente con tres sillas frente a la mesa; detrás, una estantería repleta de documentos y, a la izquierda, una mesa auxiliar con una máquina de escribir.

—Acaba de llegar esto —los interrumpió el secretario de Manuel, entregándole un gran sobre de color marrón, en el que estaba grabado en letras grandes la palabra: «urgente».

Manuel lo abrió y leyó por encima la documentación, que venía remitida desde el Consejo Superior de Guerra del Ministerio de Defensa Nacional.

—Parece que esto es importante. Voy a estudiarlo y nos volvemos a ver esta tarde a las seis, ¿os parece bien? —preguntó Manuel, que nunca daba órdenes a sus amigos.

Tras la respuesta afirmativa de Matías y Juan, ambos abandonaron el despacho.

Capítulo 43

Durante aquel año, Juan no acudía al casino con la frecuencia que era necesaria. Algunas veces iba por la mañana, otras por la tarde y siempre con prisa y muy poco tiempo. También se dio el caso de no pisar su suelo durante una semana entera. Tampoco es que hubiera mucho trabajo porque, desde que había comenzado la guerra, los socios del casino se dejaban ver por allí a cuenta gotas. Con los médicos sucedía lo mismo, por lo que las finanzas de Juan se estaban resintiendo de manera notable.

El trabajo de comisario político y de representante en el Comité, de los que no percibía ni un real, lo tenían saturado. La instrucción de los aprendices seguía su curso, sin días ni horas fijas para su formación, solo cuando la situación resultaba propiciatoria. Sin embargo, su compromiso con el periódico lo cumplía día a día y para ello siempre intentaba sacar un hueco que le permitiera realizar sus dibujos.

En su maletín siempre llevaba los utensilios para dibujar y, mientras se dirigía al casino, pensó que aquella mañana sería ideal para recordar viejos momentos agradables en su sillón preferido.

A media tarde se volvieron a ver las caras en el despacho de Manuel, que los recibió con cara seria y de preocupación.

—He estudiado toda la documentación y tengo en mis manos un asunto demasiado escabroso —anunció Manuel.

—¿De qué se trata? —preguntó Juan, que ya estaba sentado en una de las sillas junto a la mesa.

—Según toda esta documentación, que me acaba de ser enviada desde el Consejo Superior de Guerra, se tiene la sospecha de que los torpedos que se están fabricando en el Arsenal de Cartagena están siendo saboteados —explicó Manuel.

—¿Saboteados? —exclamó Matías.

—Sí, saboteados —afirmó Manuel.

—¿Y cómo puede ser eso? —preguntó Juan.

—Me han enviado todo el dosier que tienen en el Ministerio de

Defensa Nacional, en el que están contabilizados los torpedos que alcanzan su objetivo pero que no explotan, y estos son a los que menor importancia les dan. Lo verdaderamente preocupante son los torpedos que no llegan a su destino porque su trayectoria está desviada, por lo que no destruyen a los barcos contra los que son lanzados —manifestó Manuel, dejando el legajo de folios sobre la mesa.

—Asunto feo —dijo Matías.

—Demasiado feo —insistió Manuel.

—Y, ¿cuál es la sospecha en el ministerio? —inquirió Juan.

—Piensan que el sabotaje se está produciendo en la cadena de fabricación de los torpedos en el Arsenal. Según ellos, en algunos alterarían el mecanismo de explosión, mientras que en el grupo más numeroso estarían saboteando el mecanismo de dirección del torpedo, para que su trayectoria no sea la correcta y no alcance su objetivo.

—Eso quiere decir… —comenzó a decir Matías.

—Eso quiere decir que los militares del Arsenal encargados de la fabricación de los torpedos los están saboteando. Eso quiere decir que hay oficiales en Cartagena que están siendo desleales con la República. Eso quiere decir que siguen existiendo militares en la Base Naval que son adeptos al Bando Nacional —certificó Juan, interrumpiendo a Matías, mientras incorporaba su cuerpo hacia delante.

—Y que tenemos un problema muy serio en nuestras manos —aseveró Manuel.

—¿Quién tiene esta información? —se interesó Matías.

—De momento solo nosotros —respondió Manuel.

—Puesto que nos han enviado a nosotros esta documentación, ¿cuáles son las órdenes y qué quieren que hagamos? —formuló Juan.

—Quieren que nos encarguemos de supervisar la fabricación de torpedos y que, además, investiguemos y descubramos quiénes son los saboteadores. Quieren que a partir de ahora estemos presentes en el proceso de fabricación y que certifiquemos que los torpedos son aptos para alcanzar su objetivo —contestó Manuel, con las manos entrelazadas encima de la mesa.

—¿A quién vas a confiar esa labor? —quiso saber Matías.

—A vosotros dos —reveló Manuel.

—Yo no tengo ni idea de torpedos —aseguró Juan.

—Y yo menos aún —confirmó Matías.

—Pues, os las tenéis que arreglar como sea. Es una orden lo que acabamos de recibir y los torpedos son necesarios para los buques de guerra y los submarinos —sentenció Manuel.

Juan y Matías se miraron el uno al otro, con expresión de incredulidad, como quien mira sin ver.

Durante el tiempo que estaban juntos en el Comité habían llevado a cabo acciones difíciles de cumplir, pero siempre dentro de una lógica en la que la cualificación de cada uno de ellos les permitía llevar a cabo la labor de lo que se les encomendaba. Sin embargo, en esta ocasión, la orden era demasiado pluscuamperfecta y se salía por completo de las habilidades de ambos. Solo contaban con la imaginación, que era la mayor capacidad que podían disponer en aquellos momentos.

—Os dejo aquí para que penséis cómo vais a solucionar este asunto. Además, llevad a cabo vuestra investigación con sigilo y en secreto. Tenéis que descubrir si los torpedos han sido saboteados y quién los ha saboteado para poder detenerlo —apuntó Manuel, antes de abandonar el despacho.

Juan se puso en pie. Se acercó a la ventana, en donde recibió un soplo de aire caliente que sofocó su cara, y se puso a mirar la fachada de la Catedral, como si quisiera encontrar en aquel jeroglífico arquitectónico la respuesta a su problema.

Matías también se levantó, fue a la estantería y cogió un cenicero que depositó encima de la mesa. Se encendió un cigarrillo y, tras la primera calada, expulsó el humo haciendo volutas redondeadas que observó concentrado mientras ascendían en el aire.

Juan se sentó de nuevo en su silla, cerca de Matías, y encendió él también un cigarrillo. Los dos hombres se observaron como pensando:

«¡Y ahora qué hacemos!».

Parecía que no tenían la solución del problema.

—¿Qué has pensado? —preguntó Matías, para romper el silencio.

—Que no tengo ni idea de cómo podemos llevar a cabo esta misión —respondió Juan.

—Si ninguno de los dos sabemos qué hay que hacer, habrá que buscar la ayuda de alguien —propuso Matías.

—Es buena idea, pero recuerda que la investigación es secreta.

—Vamos a dejarnos de secretismos, que así no vamos a ninguna parte.

—Tienes razón.

—Tú tienes muchos más contactos que yo, Juan. Seguro que tienes que conocer a alguien que nos pueda ayudar.

—Puede ser.

—Piensa —ordenó Matías.

Juan llevaba ya unos minutos dándole vueltas. En Cartagena había muchos masones y debería de conocer a alguno comprometido con la

República que les pudiera ayudar.

—Creo que ya lo tengo. ¡Ya sé quién nos puede ayudar! —anunció Juan, mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero.

—¿Es fiable?

—Cien por cien.

—Entonces, llámalo por teléfono y queda con él.

—No tengo su número de teléfono, pero creo que sé a quién llamar para que me lo proporcione.

Juan sacó la agenda que siempre llevaba en el maletín, descolgó el teléfono del despacho y comenzó a realizar su gestión. Nadie respondió a la primera ni a la segunda llamada. Con la tercera tuvo más suerte, pero esa persona no tenía el teléfono del sujeto que buscaba Juan. No obstante, sí que le proporcionó el nombre de quien lo tenía. Juan volvió a utilizar el teléfono y esta vez tuvo más suerte, porque su interlocutor le facilitó el número que buscaba.

Solicitó el número de teléfono a la operadora y no contestó nadie. Esperó unos minutos y de nuevo no obtuvo respuesta.

—Parece ser que no está en casa —dijo Juan.

—No hay prisa. Esperaremos.

Juan miró su reloj y faltaban diez minutos para las siete. Tenía que ir al periódico a entregar su trabajo.

A las siete y diez aún no respondía nadie al otro lado de la línea telefónica, por lo que Juan se fue a El Liberal.

—Te espero aquí. Cuando vuelvas, seguro que ya ha llegado a su casa.

Juan se marchó a entregar su trabajo. En los últimos meses le llevaba poco tiempo. No es que estuviera distanciándose de Vicente, pero sí que ya no había la complicidad de antaño, y todo debido a la línea editorial del diario, que Juan no compartía.

Seguían siendo amigos, muy buenos amigos, pero Juan pensaba que la coherencia era muy importante en las personas y, Vicente, estaba pecando últimamente en esa faceta.

Cuando volvió al Comité, estaban Manuel y Matías fumando en el despacho. Juan se sentó y encendió un pitillo. Matías ya le había contado a Manuel la estrategia que iban a seguir y éste la había aprobado.

Juan volvió a pedir con amabilidad a la operadora de teléfonos que marcara el número que él le solicitaba.

Al tercer tono, alguien respondió al otro lado.

Juan, después de presentarse, le explicó por encima que necesitaba que le ayudara a realizar un trabajo muy importante en Cartagena y quedaron en verse a la mañana siguiente en el café España, que estaba

en la calle Mayor de Cartagena.

Capítulo 44

A las nueve en punto entraron al café Juan y Matías. Se sentaron en una de las mesas de hierro forjado y, cuando se acercó el camarero, pidieron un café para cada uno.

Cinco minutos después entró Felipe Crespo, un ingeniero mecánico que trabajaba para empresas de Cartagena, reconocido masón y afiliado en los albores a Izquierda Republicana, aunque poco después se daría de baja del partido. Felipe era regordete de constitución, bigote pequeño, gafas redondas y con una calva prominente bajo su sombrero.

—Ustedes dirán —se apresuró a decir, sin perder un segundo en preámbulos, después de saludar y pedir un café.

Fue Juan quien le explicó con precisión milimétrica el objetivo de su misión en Cartagena.

—¿Y mis honorarios? —preguntó sin disimulo Felipe.

—Usted está prestando un gran servicio a la República —fue la contestación escueta de Matías.

—¡Entiendo! —exclamó Felipe, dándose por enterado que de momento debería de olvidarse de los honorarios.

—¿Cree que está capacitado para ayudarnos? —preguntó Juan sin dilación.

—La duda ofende, señor Bernal. ¡Por supuesto! —respondió Felipe.

—Entonces, vamos al Arsenal —ordenó Matías.

—Antes debemos de pasar por mi casa —respondió Felipe.

—¿Para qué? —quiso saber Matías.

—Tengo que consultar unos libros para recordar cómo funcionan esos artilugios y cuáles son sus mecanismos de dirección y de explosión —aseguró Felipe.

—¿Mucho tiempo? —preguntó Juan.

—Una hora. Dos a lo sumo —contestó Felipe.

A las once y media estaban delante de la barrera de acceso al Arsenal. Dos soldados les cerraron el paso. Tras enseñarles la documentación Juan y Matías, se cuadraron, gesto que sorprendió a Felipe, que esbozó una sonrisa cómplice.

Poco después, se encontraban en la antesala del despacho del Jefe de la Base Naval.

Juan fue parco en palabras y no explicó la verdadera misión por la que estaban allí. Solo expresó que venían a realizar una inspección al armamento que se fabricaba en el Arsenal, ordenada por el Consejo Superior de Guerra del Ministerio de Defensa Nacional.

Dos meses atrás, el 17 de junio, una explosión ocurrida en el acorazado Jaime I, que se encontraba en el muelle de La Curra para ser reparado, había causado la muerte de casi trescientas personas. Desde entonces, se estaba llevando a cabo una investigación para esclarecer las causas de semejante tragedia para el Frente Popular.

El Jefe de la Base Naval pensó que esta inspección estaba relacionada con el suceso de junio, por lo que no le concedió mayor importancia y dio las órdenes pertinentes para que un oficial y un pelotón de marineros acompañaran a los comisarios y les facilitaran todo su trabajo.

Felipe no cabía en sí de gozo. Iba a ser escoltado por los militares y tenía la constancia de que podía husmear con sus narices todo lo que le diera la gana sin el menor impedimento. Su sonrisa movió las gafas que parecían flotar sobre sus pómulos.

Atravesaron las instalaciones del Arsenal con rumbo hacia las dependencias en donde se fabricaban los torpedos. Cuando llegaron allí, en la puerta había dos soldados de guardia custodiando la entrada. Obedeciendo órdenes, los marineros dejaron entrar a todo el grupo.

La estancia tenía el aspecto de un hangar de grandes proporciones, aunque allí no se fueran a aparcar aviones.

A lo largo del recinto existía una cadena de producción. Cerca del final de la nave había un almacén para los torpedos ya fabricados, que estaban colocados encima de unas estructuras en varias filas y apilados en columnas de dos. Hacia allí dirigieron sus pasos para comenzar la primera fase de la inspección.

Cuando llegaron, Felipe solicitó una serie de herramientas que los obreros le proporcionaron con prontitud. Se acercó al que estaba más próximo a él, se colocó unos guantes y con un destornillador procedió a desmontar la carcasa. Una vez abierto, inspeccionó toda la estructura interior para luego examinar el mecanismo de detonación. Desmontó varias piezas para después volver a colocarlas en su lugar. Cuando terminó, pasó a explorar el dispositivo de dirección. Obró de la misma manera. Desmontaba piezas, las inspeccionaba, realizaba varias operaciones en ellas y luego las volvía a ensamblar. Parecía como si le estuviera practicando una autopsia al torpedo por el cuidado y la pulcritud con la que se manejaba a través de las distintas unidades.

Juan y Matías observaban absortos todo el proceso que estaba realizando Felipe. El oficial al mando tampoco le quitaba el ojo a las maniobras que efectuaba el ingeniero. Algunos marineros bostezaban de aburrimiento, mientras que otros se dedicaban a hablar entre ellos, manifestando con su actitud que toda aquella inspección no les importaba absolutamente nada.

Cuando Felipe terminó de inspeccionar el primer torpedo, lo volvió a ensamblar como si en aquel artefacto nadie hubiera puesto sus manos, quedando en perfecto estado.

Había tardado casi media hora en realizar todo el trabajo y aún le quedaban por delante otros siete torpedos más. Y en la cadena de fabricación se encontraban con las tripas al aire otros ocho torpedos que también tendría que investigar.

—¿Todo correcto? —preguntó Juan.

—Todo está en perfecto estado —respondió Felipe—. Ahora, voy a proceder con el segundo.

Cuando inició la comprobación del segundo, Juan y Matías se retiraron a un lugar apartado, dejando que Felipe realizara todo su trabajo en solitario, sin la mirada inquisidora de los comisarios. Asimismo, el oficial y los marineros los acompañaron, desapareciendo como por ensalmo el tedio de éstos.

Después de investigar cuatro torpedos, hicieron un alto para comer en el Arsenal. En el comedor estaban sentados juntos Juan, Matías y Felipe, sin la presencia del oficial ni de los soldados.

—Ahora que estamos solos, ¿cómo ha ido la inspección? —preguntó Juan, con un volumen de voz bajo.

—De los cuatro torpedos que he inspeccionado, hay dos en mal estado —respondió Felipe, con una sonrisa pícara.

—¿Saboteados? —preguntó Matías.

—Digamos que sí. Si es ese el calificativo que ustedes quieren utilizar —respondió Felipe.

—Tenemos que tener la certeza de que han sido saboteados. No podemos equivocarnos y meter la pata. ¿Cómo lo sabe? —inquirió Juan.

—Es muy simple. En un torpedo, el sistema de dirección está alterado entre tres y cinco grados.

—¿Qué quiere decir eso? —quiso saber Matías.

—Muy sencillo. Que si el disparo del torpedo se realiza desde una posición muy cercana al objetivo puede ser que lo alcance. Pero si se realiza desde lejos, su trayectoria va a estar desviada y no lo va a alcanzar —argumentó Felipe.

—¿Puede ser un error de fabricación o es un sabotaje? —se interesó

Juan.

—No es un error de fabricación, porque antes de dar el visto bueno a la terminación del torpedo, hay que realizar la calibración del sistema de dirección y lo han dado por bueno así. Blanco y en botella, amigo Bernal —contestó dichoso Felipe.

—¿Y el otro? —preguntó Matías.

—En el otro está muy separado el sistema de percusión para que se pueda producir la explosión del torpedo —reveló Felipe.

—Le vuelvo a repetir la pregunta para este caso. ¿Puede ser un error de fabricación o es un sabotaje? —inquirió Matías.

—Se lo voy a explicar de un modo muy gráfico para que lo pueda comprender. Si yo le quiero dar un pescozón, tendré que poner mi codo en esta posición para poder alcanzarle con la mano. Si el codo lo pongo más lejos, mi mano no va a poder percutir sobre su cabeza.

La explicación de Felipe y el consiguiente pescozón que recibió Matías en su cabeza provocó la risa de los tres sujetos, hecho que rápidamente llamó la atención de todos los oficiales que comían cerca de ellos, puesto que habían girado la cabeza en aquella dirección y también sonreían.

Estaban dando cuenta del rancho, que era bastante generoso, en el comedor de oficiales. Fue un momento de pausa y distensión, aprovechado para obtener la información de Felipe e intentar sacar ya alguna conclusión.

—Muy gráfica su explicación. Ahora lo comprendo a la perfección —dijo Matías, siguiendo la broma—. Aunque imagino que con el impacto se podría percutir.

—En efecto —afirmó Felipe.

—¿Qué propone a partir de ahora? —preguntó Juan.

—Tengo que inspeccionar los cuatro torpedos que me quedan y luego ver el estado en el que se encuentran los que están en la cadena de montaje, para ver si en alguno encuentro ya alguna anomalía como las que he mencionado anteriormente.

—Muy bien. Quiero que haga lo siguiente, si encuentra una anomalía en el mecanismo de dirección, cuando termine de ensamblar ese torpedo, introduzca su mano derecha en el bolsillo mientras se dirija al siguiente. Si lo que encuentra es un sabotaje en el sistema de percusión, introduzca la mano izquierda en el bolsillo. Si ambos están saboteados, introduzca las dos manos. Si está bien y es apto, no haga nada. Así estaremos informados Juan y yo del resultado de cada inspección —propuso Matías mientras comía el postre.

—Comprendido. ¿Me permiten una pregunta? —ahora fue Felipe el que necesitaba preguntar, una vez que Juan y Matías habían

terminado con todas sus dudas.

—Sí. Díganos —dijo Juan.

—Cuando termine la inspección, ¿qué van a hacer? —preguntó Felipe, que ya había terminado de comer.

Juan y Matías se miraron y se quedaron en silencio sin saber qué responder.

—Usted no se preocupe por esa cuestión. Ya lo decidiremos esta tarde cuando finalice —contestó Juan.

Juan y Matías obedecían órdenes y en el dosier que habían recibido del Consejo Superior de Guerra estaba muy bien reflejado cómo deberían de actuar en el caso de que confirmaran que se trataba de un sabotaje. No obstante, esa era una cuestión que a Felipe no le importaba.

Terminada la comida, se dirigieron de nuevo a la nave en la que se fabricaban los torpedos.

Una vez allí, procedieron de la misma manera que durante la mañana. Juan y Matías estaban alejados de Felipe y, aunque no estaban observando continuamente sus movimientos y lo que iba realizando, sí que prestaban atención cuando creían que estaba finalizando con la inspección de un torpedo, para visualizar qué gesto realizaba. Había examinado ya tres torpedos y en una ocasión introdujo su mano derecha en el bolsillo, mientras que en otra lo hizo con la izquierda.

Cuando terminó con el último, se dirigió hacia la cadena de montaje sin introducir ninguna mano en el bolsillo. La inspección de todos estos le llevó mucho menor tiempo puesto que estaban sin la carcasa superior. Los observaba con meticulosidad y al terminar la exploración introducía la mano en el bolsillo si había detectado alguna anomalía.

A media tarde, Felipe finalizó su inspección y se dirigió hacia donde estaban Juan y Matías. En la cadena de producción había introducido dos veces su mano derecha en el bolsillo y una vez la izquierda.

Juan le dijo al oficial que tenían que hablar en privado ellos tres, dirigiéndose a continuación hacia un lugar de la fábrica en el que estuvieron completamente solos.

—Concluyendo, de los torpedos acabados hay dos que tienen saboteado el mecanismo de dirección y otros dos el de percusión. Mientras que de los que están en la cadena de montaje hay dos con un mecanismo de dirección incorrecto y uno el de percusión —expuso Matías.

—Correcto —afirmó Felipe—. Aunque en la cadena hay tres

torpedos en los que aún no se ha montado ninguno de los dos sistemas, por lo que podría haber alguno más saboteado —Felipe ya no se anduvo con ambages y comenzó a utilizar la misma jerga que Juan y Matías.

—¿Está seguro? —preguntó muy serio Juan, mirando a los ojos a Felipe.

—Por supuesto —fue su respuesta tajante.

—¡Vamos! No podemos perder tiempo. Tenemos que conocer quiénes son los obreros encargados de realizar los trabajos de cada uno de los sistemas en la cadena de producción. Felipe, usted nos va a decir en qué lugar se montan esos mecanismos —ordenó Matías.

Los tres se dirigieron hacia el lugar en el que se encontraba el oficial con los marineros y los conminaron a que fueran con ellos hasta la cadena de montaje.

—Aquí se monta el sistema de dirección del torpedo y allí el de percusión —señaló Felipe.

—¿Quiénes son los operarios encargados de realizar el montaje del sistema de dirección en este torpedo? —preguntó Matías.

Dos obreros respondieron afirmativamente levantando la mano.

—¿Quién es el oficial al mando de esta labor? —preguntó Juan.

Aquella pregunta provocó el revuelo dentro de la nave con cuchicheos entre los trabajadores y los oficiales.

—Yo soy —contesto altivo un oficial militar.

—Acompáñenos hasta allí —ordenó Matías, señalando el torpedo en el que se colocaba el mecanismo de percusión.

—¿Qué obreros montan el sistema de percusión? —preguntó Juan a los allí presentes.

Otros dos obreros, que ya estaban preparados para responder, levantaron sus manos con timidez.

—¿Y el oficial al mando de este trabajo? —inquirió Matías.

—Presente —respondió dando un paso hacia delante el oficial.

A continuación, Juan y Matías hablaron con el oficial que les había acompañado durante todo el día y le dijeron que necesitaban reunirse en un lugar a solas con todos los implicados. El oficial les indicó un anexo a la nave que en esos momentos se encontraba vacío.

—Sígannos —ordenó Juan a los sospechosos del sabotaje.

Juan, Matías y Felipe seguían escoltados por el oficial y los marineros cuando entraron en el nuevo recinto. Una vez que todos estuvieron dentro, Matías cerró la puerta tras de sí.

A continuación, fue Juan quien tomó la palabra colocándose frente a los sospechosos. Utilizó la palabra defecto para comunicar lo que habían encontrado en los torpedos ya fabricados. Preguntó quién era

el responsable de esa acción y los obreros respondieron que cuando ellos finalizaron su trabajo todo funcionaba correctamente. Después, interrogaron a los oficiales responsables de esa labor y ambos contestaron que ellos habían sido los encargados de certificar el correcto funcionamiento de esos mecanismos y que todo estaba en orden.

Luego, siguiendo con su interrogatorio, les comunicaron los defectos encontrados en la cadena de montaje y preguntaron cuándo habían terminado esos trabajos y el momento en el que los oficiales habían dado su visto bueno. Los obreros se encogieron de hombros y dieron la misma respuesta, mientras que los oficiales respondieron categóricos que todo funcionaba con corrección después de haber realizado ellos su trabajo.

—Muy bien señores. Está claro que aquí nadie quiere asumir responsabilidades. Es nuestro deber comunicarles que todos ustedes quedan detenidos —anunció Juan, teniendo a Matías junto a él.

Se armó el revuelo y todos los sospechosos comenzaron a hablar.

—Eso habrá que verlo —dijo uno de los oficiales, con un tono chulesco mientras daba un paso hacia delante.

—No tienen autoridad para detenernos —afirmó el otro, colocándose al lado de su compañero de armas.

—Por la autoridad que me ha sido conferida por el Ministerio de Defensa Nacional, capitán, le ordeno la detención de estos sujetos, que nos deben de acompañar a continuación ante el Jefe de la Base Naval —mandó Juan, dirigiéndose al oficial que durante todo el día les había acompañado.

El capitán, sorprendido por la orden de Juan, durante unos instantes no supo reaccionar. Los marineros miraron a su superior esperando recibir órdenes.

—Capitán, le ordeno…

—¡Todos!, al despacho del Jefe de la Base Naval —ordenó el oficial sin dejar a Juan terminar su frase.

A continuación, todos salieron de allí. Los dos oficiales y los obreros iban delante, detrás el capitán con los marineros y cerrando el grupo Juan, Matías y Felipe, que seguía sonriendo como si fuera la mejor experiencia que hubiera vivido en su vida.

Cuando llegaron al despacho del Jefe de la Base Naval, Juan le enseñó la documentación que portaba, en la que se les obligaba y autorizaba a la detención de las personas que considerasen culpables del sabotaje cometido en los torpedos.

—Nuestra misión es trasladar a estas personas al Gobierno Civil de Murcia, junto con el informe pertinente, para que se hagan cargo de

ellos. Luego serán llevados a Valencia, al Ministerio de Defensa Nacional —manifestó Juan, con voz alta y firme, para que lo escucharan todos los allí presentes.

—Que así sea —decretó el Jefe de la Base Naval.

—Además, a partir de mañana, el jefe de todo el proceso de fabricación de torpedos será Felipe Crespo y él será el encargado de dar el visto bueno —anunció Matías, mientras Felipe asentía con la cabeza, muy ufano.

Antes de salir, Juan telefoneó a Manuel y le explicó el resultado de la investigación, así como que se marchaban a Murcia con los sospechosos detenidos. Manuel estaría esperándolos en el Gobierno Civil.

Al salir de las dependencias oficiales, en la explanada ya habían preparados varios camiones para trasladar a los implicados en el sabotaje, así como al oficial al mando y los marineros que harían de escolta.

Juan y Matías volvían en su coche, en medio de aquella comitiva.

El regreso lo hicieron con una sonrisa de satisfacción en sus rostros porque sabían que, a partir de entonces, cada torpedo que lanzase un acorazado o un submarino de la República alcanzaría con precisión su objetivo.

Capítulo 45

Semanas después, Manuel informó a Juan y a Matías, en una de las reuniones del Comité, que los implicados en el sabotaje de los torpedos habían reconocido su culpabilidad en los interrogatorios a los que fueron sometidos en Valencia, en el Ministerio de Defensa Nacional.

Así fue como Juan y Matías, después de recibir una felicitación oficial, se convirtieron en personal de confianza del Gobernador Civil de Murcia.

Esa noticia también sirvió para confirmarles que, aunque los militares de la Base Naval de Cartagena seguían siendo fieles a la República, aún quedaban allí algunos que eran partidarios del Bando Nacional, y que no dudarían en cambiar de bando ante la menor oportunidad, porque ya sabían que más de uno se estaba jugando el pellejo en realizar sabotajes que perjudicaran al Frente Popular.

El nuevo curso escolar ya se había puesto en marcha y estaba alcanzando la velocidad de crucero, ajeno a la guerra en el resto de España. Los hijos de Juan y María, así como los de Carmen, iban al mismo colegio y todos los días quedaban en las cuatro esquinas, a una hora prudencial, para acudir juntos a la escuela.

La vida de María se había convertido en una rutina diaria, en la que tenía cabida la lectura de la prensa, para estar informada de lo que había sucedido el día o los días anteriores, porque muchas veces las noticias caminaban al paso de una burra; las compras de alimentos, que cada vez se espaciaban más en el tiempo porque ya había carencia de muchos productos, pero aún tenían la suerte de no estar racionados como sucedía en muchos puntos de España y sobre todo en Madrid; las tardes o las noches de lectura que tanto bien le hacían a su alma; el continuo trasiego que exigía el trabajo que prestaba en los centros de acogida y la ayuda permanente a Carmen, que tan necesitaba estaba, porque ambas depositaban, la una en la otra, todos sus miedos y anhelos.

Sin embargo, para Juan, las últimas semanas habían sido más tranquilas, después del incidente de los torpedos. Incluso tenía más tiempo para estar en el casino, en el que aprovechaba los momentos de soledad, porque casi siempre estaba vacío, para poner orden en sus

ideales políticos, para organizar su agenda anotando todos los sucesos que ocurrían diariamente en Murcia y en los que él tenía que intervenir, así como para realizar los dibujos que puntualmente entregaba todas las tardes en el periódico.

Una madrugada de principios de noviembre, Juan y María se despertaron sobresaltados al escuchar cómo estaban golpeando sin cesar en la puerta de su casa.

Juan pensó que mucha debería de ser la urgencia para llamar así a aquellas horas de la madrugada y recordó lo sucedido con Leopoldo mientras avanzaba por el pasillo.

Por la mirilla de la puerta vio a un mozo que no conocía.

—¿Quién es?

—Por favor, Juan, ábrame. Soy el hijo de Arturo Martínez.

Segundos antes, Juan estaba dormido profundamente y ahora tenía que buscar en su memoria el nombre de Arturo Martínez, que apareció como un latigazo en forma de exabrupto, como los que soltaba Arturo en el casino mucho tiempo atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Juan después de abrir la puerta.

—Los de la checa se acaban de llevar a mi padre, ¡los de la checa! —respondió el muchacho, que tendría poco más de catorce años.

—Pero ¿tu padre no estaba en Granada? —preguntó Juan con cara de sorpresa.

—Eso es lo que le decíamos a todo el mundo. Que dos días después de producirse el alzamiento militar se había marchado a Granada y que se había quedado allí. Pero, la verdad, es que ha estado escondido en casa todo este tiempo, sin salir, y no sé cómo se habrán podido enterar esos de la checa —respondió, con el miedo asomándose por cada uno de los poros de su cara.

—Cuéntame, ¿qué ha sucedido?

—Han llegado a casa ocho o diez hombres armados. Han preguntado por mi padre y mi madre les dijo que estaba en Granada. Ellos le dijeron que era una embustera y que sabían que estaba escondido en la casa. Entonces, entraron y empezaron a registrarla entera, rompiéndolo todo hasta que lo encontraron en una habitación oculta detrás de un armario —narró con ingenuidad el muchacho, con todo lujo de detalles.

—¿Y por qué has venido a verme?

—Mi padre siempre decía que usted era un hombre bueno, que

siempre ayudaba a los demás.

—¿Te pidió él que vinieras a buscarme?

—No.

—¿Y por qué te has presentado aquí?

—Es lo único que se nos ha ocurrido a mi madre y a mí. No tenemos a quién acudir. Solo a usted. ¡Ayúdenos, por favor, lo van a matar!

—Está bien. Veré lo que puedo hacer. Vete a casa con tu madre y ya tendréis noticias mías.

María había escuchado toda la conversación y cuando Juan entró al dormitorio para vestirse, la encontró con un gesto de pánico en su cara como no lo había visto jamás.

—No tengas miedo, María, ¡no me va a pasar nada! —dijo Juan para tranquilizarla.

—Esa gente es muy peligrosa —avisó María.

—Ya lo sé.

—¡Ten mucho cuidado!

—Lo tendré, ¡no te preocupes!

Los de la checa, así es como eran conocidos en Murcia los esbirros de Pascual, los de la checa de la calle Madre de Dios, que siempre actuaban con la cara descubierta y con total impunidad.

Y ahora tenían en su poder a Arturo Martínez, uno de los antiguos dirigentes de la CEDA en Murcia y que incluso había flirteado con la Falange. Uno de los pesos pesados políticos de la provincia, una de las presas más codiciadas que en estos momentos era su botín y ahora seguro que estarían celebrándolo antes de cobrarse el premio gordo.

El asunto pintaba feo.

Juan tenía sus ideales y los de Arturo estaban en las antípodas de los suyos.

Sabía que Arturo era hombre muerto en las fauces de Pascual si no actuaba a tiempo.

Era un rival político, un contrincante que estaba a favor del golpe militar y todo el sufrimiento que aquejaba a España desde el comienzo de la guerra civil. Pero de ahí a pasearlo de noche en una cuneta o frente a la pared del cementerio mediaba un mundo.

Juan no era partidario de la pena de muerte ni en aquellas viles circunstancias, porque una cosa era el frente de guerra, en el que tenías que matar para salvar tu vida y otra muy diferente matar a traición por la noche y a escondidas.

Arturo no le caía bien, nunca había aprobado ninguna de sus ideas y por su mente pasaron fugaces los momentos de gloria de Arturo, en los que disertaba en el casino soflamas a aquellos que lo escuchaban

con admiración.

Pero ahora no era tiempo de rencores, porque había una esposa y un casi niño que le habían pedido su ayuda para salvar la vida de un padre y un marido.

Acudir solo a la checa sabía que iba a resultar una temeridad, por lo que realizó varias llamadas telefónicas.

Capítulo 46

Cuando llegó a la puerta de la sede de la UGT ya estaban allí Manuel y Matías.

Luego, hizo acto de presencia la Guardia de Asalto, que aunque ya no se llamaba así, todas las personas en Murcia la conocían con ese nombre. Al frente de estos, iba un oficial al mando y seis guardias.

Con brevedad, Juan contó lo que sucedía y, acto seguido, todos pusieron rumbo a la calle Madre de Dios.

En esta ocasión, en la puerta de la checa había cuatro hombres armados, que depusieron sus armas ante la orden de los recién llegados.

—¿Dónde está Arturo Martínez? —preguntó Juan.

—Aquí no hay nadie que se llame así —contestó el que parecía el jefecillo, de aspecto enjuto y cara de pocos amigos.

—Vamos a buscarlo dentro —ordenó Juan, abriéndose paso entre aquellos hombres.

No merecía la pena discutir con esos tipos ni perder el tiempo que podría resultar muy valioso.

Juan ya conocía el camino, así que se dirigió con premura hacia el sótano.

Cuando bajaban las escaleras comenzaron a oír risotadas estridentes que provenían de uno de los alojamientos escondidos en las entrañas de la tierra de aquella checa.

Juan abrió la puerta y cuando lo vieron entrar observó cómo cuatro fusiles y una pistola comenzaban a apuntarle. Juan sacó su pistola y apuntó a Pascual, mientras que los demás fueron apuntados por las pistolas de Manuel y Matías y los fusiles de los Guardias de Asalto.

Sobre una mesa había una botella de coñac casi vacía y cinco copas. Al fondo, maniatado en el suelo y en posición fetal yacía Arturo Martínez, que emitía roncos gemidos de dolor.

—Baja la pistola, Pascual —ordenó Juan.

—Esto va a acabar mal —contestó Pascual.

—Mal para todos vosotros, Pascual —intervino Manuel.

—Bajen las armas. Quedan ustedes detenidos —ordenó el oficial al mando de la Guardia de Asalto.

—Aquí no se va a detener a nadie —contestó Pascual, arrastrando

las palabras en tono chulesco.

—Danos a Arturo y aquí paz y después gloria —terció Juan.

—¡Ese fascista de mierda es nuestro! Ya te llevaste a tu amiguito, y a éste no te lo vas a llevar —aseguró Pascual.

—Tú y tú, apuntad a ese. Vosotros cuatro, apuntad a aquellos cuatro. A la de tres disparad —ordenó el oficial a su tropa.

Dos soldados más el oficial al mando apuntaban a la cabeza de Pascual y cada uno de los otros cuatro guardias apuntaban a los cuatro acólitos de Pascual.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Pascual desencajado.

—Mataros a todos y a ti el primero con tres balas en la cabeza —amenazó el oficial.

Eran guardias que cumplían órdenes, que no se achantaban con palabras macarras y que estaban acostumbrados a obedecer.

Pascual se quedó quieto y mudo.

—Uno.

Miró a sus compinches y parecía pensativo.

—Dos.

Pascual miró a Juan con gesto displicente. Luego giró la cabeza hacia sus camaradas, advirtiendo en sus miradas la súplica de que desistiera de aquella sinrazón, que podía provocar demasiadas muertes entre aquellas cuatro paredes. Después observó los ojos del oficial, en actitud firme y sin una mueca de temblor en la mano que lo estaba apuntando.

Bajó la cabeza y con un tono de odio en su voz, se le escuchó decir:

—Os lo podéis llevar. Pero ya no habrá próxima vez. A partir de ahora, los fascistas importantes que descubramos dónde se esconden, los llevaremos directos al paredón —amenazó Pascual, con gesto derrotado, pero con palabras envenenadas.

Juan, Manuel y Matías se acercaron a Arturo para comprobar cómo estaba, porque seguía emitiendo un sonido sordo de dolor cada vez que respiraba.

—Este hombre está mal herido —afirmó Juan.

—Vamos a llevarlo a la casa de Beneficencia para que lo curen —apuntó Manuel.

En la casa de Beneficencia había siempre un médico de guardia las 24 horas del día, para atender todas las urgencias que se produjeran en la ciudad.

Mientras lo estaban curando, Juan, Manuel, Matías y el oficial, estaban dialogando acerca de lo ocurrido y la mala fama que estaba adquiriendo esa checa en la ciudad.

—¿Dónde lo van a llevar? —preguntó el oficial.

—A su casa no lo podemos llevar. Volverían a por él y lo ejecutarían —propuso Matías.

—Manuel, ¿qué te parece si lo llevamos a la checa del Gobierno Civil? —preguntó Juan.

En los sótanos del Gobierno Civil existía también una checa en la que permanecían detenidas personas de derechas que estaban a favor del ejército de Franco. A diferencia de la otra, allí no se torturaba ni se ejecutaba a los presos.

—Me parece una idea excelente —contestó Manuel.

—Sí. Allí estará seguro y podrá ser juzgado cuando todo esto termine —expuso Matías.

Como Arturo no estaba en condiciones de poder caminar, habían solicitado dos coches de la Guardia de Asalto en los que lo habían trasladado para realizarle la primera cura de urgencia y, en ellos, lo trasladarían de nuevo hasta el Gobierno Civil.

Una vez que dejaron preso y custodiado a Arturo en la nueva checa, los tres miembros del Comité se dirigieron caminando a comunicarle a su esposa que estaba a salvo, aunque iba a permanecer detenido y que no debía de preocuparse por su seguridad.

Hacía frío, pero caminar a aquellas horas por Murcia, impregnada de escarcha y aspirando a bocanadas el oxígeno puro, con el silencio roto solo por el repiqueteo de sus pisadas y con el corazón dividido por la acción que habían llevado a cabo, los impulsó a que cada uno de ellos tres fuera cavilando sobre sus propios pensamientos.

—Esto no se puede repetir —fue Manuel quien se atrevió a quebrar aquel mutismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Matías.

—No nos podemos inmiscuir en los asuntos de las checas. Si Pascual hubiera sido más terco, esta noche habría ocurrido una auténtica barbarie. Si algún día o alguna noche vuelve alguien a solicitar nuestra ayuda, sintiéndolo mucho hay que decirle que no podemos hacer nada —argumentó Manuel, mientras exhalaba vapor al hablar.

—Estoy de acuerdo —aseveró Matías.

—Yo también estoy de acuerdo, pero propongo hablar con el Gobernador para cerrar la checa de la calle Madre de Dios. Ya no nos podemos quedar de brazos cruzados ante las salvajadas que se están cometiendo allí con total impunidad —propuso Juan.

—Tienes razón, Juan. Yo me encargaré de esa gestión —afirmó Manuel.

La mujer de Arturo estaba llorando mientras escuchaba todo lo que había sucedido. Cuando terminó la narración, dio un fuerte abrazo a

cada uno de los tres hombres. Juan notó el temblor del hijo de Arturo mientras lo abrazaba y todo el sentimiento de agradecimiento del chiquillo en ese gesto.

La mañana despuntaba con los primeros rayos de luz cuando Juan llegó a su casa.

María, que estaba en la cocina bebiendo una taza de café, salió y abrazó a su marido.

Cuando lo besó en los labios, temblaba de miedo y comenzó a llorar al sentir que Juan había regresado sano a casa.

Capítulo 47

La guerra se estaba convirtiendo en un goteo incesante de pérdida de pueblos y ciudades que el ejército democrático era incapaz de defender.

Así, el azul sublevado se iba desparramando como una mancha sobre el mapa de la península ibérica.

El ejército del Frente Popular, inexperto y muchas veces descabezado, en lugar de contraatacar, se batía en defender sus posiciones de retaguardia hasta que era vencido y se retiraba de nuevo hacia otros pueblos y lugares que tuviera que salvaguardar. Pero cada vez contaba con menos efectivos y la moral se estaba esfumando al ritmo que perdía batalla tras batalla.

En los mentideros políticos y militares de la República, las propuestas de una rendición con condiciones y honrosa no se hicieron esperar. Había voces críticas que se manifestaban abiertamente para proponer a Franco una rendición, con la condición de que perdonase a todos aquellos que se habían entregado en cuerpo y alma a la defensa de los valores republicanos. No obstante, otros argumentaban que el Generalísimo no iba a aceptar esa condición, sino que una vez rendidos, su guadaña iba a cercenar vilmente la cabeza de toda persona que hubiera sido su contrincante político y militar.

Como no se podía confiar en Franco, el gobierno tomó la decisión menos mala de todas, continuar embarcados en una guerra civil que estaba provocando una hemorragia de vidas humanas por los cuatro puntos cardinales de España.

A mediados de diciembre, a través de una carta recibida de su padre, Juan supo que su hermano Joaquín había sido enviado al frente de Teruel, en donde el ejército antifranquista del Frente Popular estaba preparándose para lanzar un ataque sobre la ciudad que había perdido meses atrás.

De esa manera, supo que la guerra era inminente en ese punto de la geografía española.

Durante esos días, Juan leía la prensa con sumo interés para estar informado al día del devenir de la batalla: cómo avanzaban unos y se defendían los otros, qué tipos de ataques terrestres o por aire se realizaban y, también, cómo se movían las piezas de ajedrez sobre el tablero de Teruel.

Todo ello bajo un frío demoledor que congelaba hasta las ganas de luchar.

La prensa narraba el avance de las tropas democráticas y la carnicería de vidas humanas que estaba costando la batalla.

Así, el miércoles 22 de diciembre, Juan leyó en El Liberal que Teruel era de nuevo republicano.

El viernes 24 de diciembre, se volvieron a reunir para celebrar la cena de Nochebuena en casa de los padres de María.

El pavo y el cordero, criados en la huerta murciana, fueron de nuevo los platos principales, acompañados de ensalada de tomate, lechuga y aceitunas. El vino de Yecla regó el banquete y de postre tomaron melón de año, esa fruta que se guardaba colgada de un cordel para que no se pudriera y fuera madurando hasta Navidad.

Cantaron villancicos con los niños mientras los dulces típicos desaparecían de las bandejas y María comía los cordiales que tanto le gustaban.

El padre de María golpeó su copa con una cucharita y, tras llamar la atención de todos, pidió silencio.

—¡Que termine pronto la guerra y podamos vivir en paz! —fue el brindis que propuso mientras alzaba su copa de coñac.

Cuando elevaba su copa, Juan se acordó de su hermano y de Salvador, imaginando cómo estarían celebrando la Nochebuena en el frente de Madrid y en el de Teruel, si es que acaso no estaba atrincherado pegando tiros el uno y operando el otro.

Esa Navidad, María y Carmen pasaron mucho más tiempo juntas porque se veían todos los días. Además, la invitaron a comer en varias ocasiones junto con sus hijos.

El semblante de Carmen y su aspecto físico habían cambiado. Ya no reflejaban la tristeza y el miedo permanente de antaño, sino que ahora se la veía resignada, dispuesta a luchar y a esquivar la zozobra que la falta de noticias ocasionales de Salvador le producía. Ya se había acostumbrado y siempre sonreía cuando sus hijos estaban presentes, porque así se lo pedía su marido en las cartas que leía una y otra vez.

Esperaba el final de la guerra con más ganas que nadie, para abrazar a Salvador y que su familia estuviera de nuevo al completo.

La conquista de Teruel supuso un enorme golpe de moral para la España republicana y en especial para los soldados del Frente Popular que habían luchado cuerpo a cuerpo con temperaturas bajo cero y, algunos días, sobre un metro de nieve.

Además, tras todos los fracasos sufridos desde que había comenzado la guerra civil, Teruel se convertía en esos momentos en la primera capital de provincia que conquistaba el ejército republicano.

Sin embargo, el orgullo de Franco se rompió en cien mil pedazos, y ordenó el envío masivo de tropas desde otros frentes a Teruel para reemprender su reconquista.

Con la llegada de los refuerzos, fue a mitad de enero cuando comenzó el nuevo ataque del ejército del Bando Nacional.

Juan no dejaba de leer las noticias que publicaba El Liberal acerca de la batalla de Teruel, que comenzó a alcanzar su máxima intensidad por aquellos días.

El frío de ese mes de enero helaba hasta las máquinas de guerra, suspendiendo algunos días los combates como si de un juego de mesa se tratara porque los camiones, los tanques, los fusiles, las metralletas y hasta los motores de los aviones estaban congelados.

Y los hombres de uno y otro bando se mantenían en calor con las miserias robadas, con las que pudieran encender una hoguera en medio de las trincheras o escondidos tras un muro a medio derruir.

Cuando llegó febrero, ya podía predecirse una nueva derrota del Frente Popular, por cómo trascendían las noticias heladas que se escapaban de aquel infierno.

El número de combatientes del Bando Nacional era muy superior, aunque la resistencia que estaban ofreciendo los soldados milicianos y los de las Brigadas Internacionales era inconmensurable.

Esa lucha tan encarnizada por Teruel provocó un chorreo de muerte más grande que el caudal del río Turia, siendo el ejército republicano el que sufrió mayor número de víctimas, que descansaban sobre el manto frío y blanco de la nieve en polvo.

Cuando llegó a comer a casa, María le dijo a Juan que tenía una carta de su padre encima de la mesa de su despacho.

Juan dejó apoyado el maletín en el lateral de la mesa y se sentó en su sillón.

Rebuscó entre las cartas la que buscaba y se dispuso a leerla.

«Almoradí, 9 febrero 1938.

Queridos hijos Juan y María:

No necesito deciros cómo tendré el corazón al comunicaros que esta mañana, a las ocho, me comunican que vuestro hermano Joaquín ha caído para no levantarse más en el Frente de Teruel.

Una bala explosiva le rompió el fémur al tomar un parapeto.

No lo pudieron trasladar a Valencia y lo dejaron en Cedrillas, donde estuvo desde el día uno hasta el día cuatro, que murió como un valiente defendiendo la causa.

¡Viva la Revolución!

Recibid un abrazo muy fuerte de vuestro padre, Juan».

Las manos comenzaron a temblarle a Juan y se las llevó al pecho, apretando la carta contra su cuerpo como si quisiera abrazarla y, con ello, dar la última caricia a su hermano.

Dos lagrimones como puños brotaron de sus ojos para sucederse en un río de congoja, porque la muerte estaba llamando a su puerta y la sinrazón de una guerra entre hermanos estaba esquilmando al país.

Apretó la carta, desesperado, y sus manos cayeron a plomo sobre su regazo mientras la cabeza caía como un péndulo hacia delante.

María entró en esos momentos y vio a Juan derrotado y sumido en un llanto tan mortificador que le estaba horadando el cuerpo, el alma y todos sus sentimientos.

—¿Qué pasa? —gritó María.

Juan alargó la mano y le entregó la carta de su padre.

Cuando María leyó el primer párrafo, notó cómo sus piernas eran derrotadas por la falta de fuerza y cayó sentada en la silla que había junto a ella.

Comenzó a llorar desconsolada antes de seguir leyendo y pudo terminar de leer la carta como si pudiera ver a través de una catarata.

Arrastrando sus piernas, mientras se apoyaba en la mesa, consiguió acercarse a Juan y fundirse en un abrazo con él para llorar juntos por primera vez en su vida.

Capítulo 48

A finales de ese mes, la vida comenzó a cambiar en Murcia y ya nada volvería a ser igual.

—Juan, necesito que me dejes más dinero —dijo María, mientras acariciaba la cabeza de Juan.

La casa estaba en silencio. Los niños hacía rato que dormían en su habitación y Manuela ya estaba en la suya. Ellos se encontraban en el comedor. Allí se refugiaban todas las noches en el sofá para estar a solas.

María estaba recostada sobre Juan y con el brazo de él por encima de sus hombros.

—¿Han vuelto a subir los precios? —preguntó Juan, después de dar una calada al cigarrillo.

—Sí. Pero eso no es lo peor —respondió María, entrelazando su mano izquierda con la de Juan.

—A ver si lo adivino.

—Dispara.

—¿Faltan alimentos?

— Hay escasez ya de muchos productos.

—Y los que hay, están subiendo el precio, ¿es así?

—Así es, pero lo peor de todo es que sí que hay algunos productos que los tenderos los tienen escondidos en la trastienda —contestó María, arrugándose sobre el cuerpo de Juan y abrazándolo por el costado.

—Comprendo.

—Entras a una tienda, buscas las patatas y no las encuentras. Entonces preguntas y el tendero te hace una señal. Eso quiere decir que te esperes a que en la tienda no haya nadie y luego en voz baja te dice que sí que tiene y el precio —explicó María, dolida pero serena.

—¡Malditos usureros!

—No sé si te sentirás ofendido con lo que te voy a decir.

—Dime.

—Ahora mismo se trata de sobrevivir. La gente está pasando hambre y los tenderos cuando tienen un producto por el que pueden ganar algo más de dinero para dar de comer a su familia, ¿es lícito que cobren algo más caro para poder subsistir?

—Ese argumento es difícil de rebatir.

—No se van a hacer ricos el día que un huertano les suministra cuarenta kilos de patatas y las venden a un precio superior. Porque no todos los días las tienen para poderlas vender.

—Puede ser que tengas razón.

Por las noches, mientras hablaban, les gustaba escuchar la radio. Aquella noche estaban escuchando un programa musical de Radio Murcia. Tras los últimos acordes de *Triniá* de Concha Piquer, ahora estaban emitiendo *El día que nací yo* de Imperio Argentina.

—En las tiendas y en el mercado cada vez hay menos alimentos.

—Ya lo sé. Por eso te avisé al principio. ¿Cómo está la despensa?

—De momento muy bien. Solo que los productos del día a día son más difíciles de encontrar.

—¿Qué es lo que más escasea?

—De la carne, el cerdo. No todos los días hay huevos y patatas. Además, el arroz hace ya días que no se encuentra.

—Y todas las medidas que ha tomado el gobierno para evitar esta situación han sido inútiles —aseguró Juan, mirando a María.

—Lo bueno de todo es que aquí en Murcia somos unos privilegiados, porque en la mayoría de lugares de España el hambre es el pan nuestro de cada día. Aquí no ha llegado todavía la guerra y tenemos la huerta que nos ha estado abasteciendo de casi todo hasta ahora.

—Procura que a los niños no les falte de nada. Nosotros podemos prescindir de los huevos y del cerdo, pero, a ellos, ¡que no les falte! —advirtió Juan.

—Descuida que no les faltará, ¡aunque me tenga que levantar a las cinco de la mañana!

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando hay huevos, por ejemplo, si el tendero tiene solo dos docenas, son los primeros que llegan a la tienda los que los compran.

—Es lógico.

—A partir de mañana, cuando necesite comprar carne o huevos, a las ocho en punto estaré en la puerta de la tienda esperando que abra y al mercado iré lo más pronto posible.

—Me parece muy bien.

—No hay otra solución —concluyó María.

Las calles de Murcia aún no se habían convertido en un infierno, como otros pueblos y ciudades de España.

Ser una provincia que estaba en la retaguardia de la guerra, la había convertido en uno de los lugares más seguros del país, por lo

que con el transcurso de los meses cada vez llegaban allí más personas en busca de protección.

Asimismo, se veían más gentes pidiendo en la calle con la coletilla: «por caridad».

Personas de las provincias cercanas que lo habían perdido todo y mutilados de guerra, formaban un heterogéneo grupo de harapientos que unos militares sin escrúpulos habían creado.

María y Carmen, después de hacer la compra matutina de sus casas, se seguían esforzando día sí y día también en buscar comida, aunque fuera debajo de las alcantarillas, para dar de comer a todas esas personas desplazadas en los centros de acogida.

Si la guerra no terminaba con prontitud, más pronto que tarde, el hambre arrasaría las calles de Murcia igual que estaba devastando el resto de España.

Y la gente no moriría en el frente, sino de la falta de alimento.

Capítulo 49

Cuando Juan salió de su casa el viernes 15 de abril de 1938, miró al cielo como si hubiera sido un acto reflejo.

No había nubes y todo hacía presagiar que sería una mañana soleada, igual que los días anteriores.

En la calle Trapería, la gente caminaba de forma pausada, sin prisa, porque llegar a su destino diez o quince minutos antes o después poco importaba.

En muchos lugares, el tiempo se consumía sin hacer nada, así que deambular por las calles sin un destino fijo se estaba convirtiendo en una costumbre.

Al pasar por el casino tuvo la tentación de entrar, pero estaba seguro de que allí solo estaría el conserje y siguió caminando hasta la plaza de la Cruz. Se sentó en uno de los bancos y encendió un pitillo. Él tampoco tenía prisa por llegar al Comité, porque estaba seguro de que allí poco tendría que hacer.

Apagó el cigarrillo y emprendió su lento caminar, solo le restaba girar en la siguiente calle a la izquierda y luego a la derecha para llegar a la plaza del Cardenal Belluga.

Allí, de nuevo tomó asiento en otro banco, situado delante del Palacio Episcopal.

Iba vestido con un traje azul marino, camisa blanca, corbata y su sempiterno sombrero. Desde donde estaba sentado miró al frente con añoranza. No era creyente, no iba a misa, pero el día de Viernes Santo era sagrado para él. Resultaba muy raro ese día en Murcia sin la procesión de Los Salzillos.

Este era el segundo año consecutivo que se suspendían.

Si no hubiera habido una guerra civil, en esos momentos él estaría justo enfrente, acompañado de María y sus hijos, esperando el desfilar de los nazarenos, como todos los años habían hecho.

Se levantó y cruzó la plaza hasta la Casa del Pueblo. Subió al despacho de Manuel y poco después entró Matías. En las últimas semanas su trabajo se había reducido considerablemente y solo la burocracia marcaba el devenir de cada día. Entre los tres despacharon los asuntos del día, si a eso se le podía llamar despachar, porque se trataba más de una conversación entre amigos que de resolución de

asuntos.

Cuando abandonó el Comité, tomó rumbo hacia El Liberal.

Allí, la redacción parecía languidecer en espera de tiempos mejores porque donde antes había bullicio ahora había tranquilidad, donde antes había mesas llenas de libretas con informaciones ahora no había ni lápices, donde antes el teléfono no paraba de sonar ahora había un silencio muy fácil de explicar.

Vio a Vicente García Ros leyendo unas notas que habría apuntado con anterioridad en su cuaderno y se dirigió hacia su despacho.

—¿Qué haces tú por aquí a estas horas? —preguntó sorprendido Vicente.

— ¡Ya ves…! —exclamó Juan, con desidia.

—Sí, sí, ya veo.

—¿Te apetece una cerveza?

—La verdad es que sí. Aquí no tengo nada que hacer.

—¿Dónde la prefieres, en el café Moderno o en el Sol? —preguntó Juan, dejando que eligiera Vicente.

—Vamos a la terraza del café Moderno. Allí podremos hablar con tranquilidad —propuso Vicente.

Hacía tiempo que no salían juntos a pasear, ni a tomar un vino o una cerveza, solos o con otros compañeros del periódico.

La guerra y cómo la estaba sobrellevando cada cual los había separado, aunque en el fondo seguían siendo amigos.

Ocuparon una de las mesas que estaba en la zona donde se posaba el sol. El camarero, que estaba en la puerta del establecimiento, acudió con rapidez y apuntó en su memoria dos cervezas, un plato de olivas y unos altramuces. El café, que antes se distinguía por su variedad de tapas, ahora solo podía ofrecer productos fáciles de conservar, porque en el expositor del marisco ahora solo existían orzas de barro llenas de aceitunas y el del lomo de cerdo había sido sustituido por vasijas con tramusos.

—Tú dirás, ¡qué grata sorpresa! —exclamó Vicente, después de encender un cigarrillo.

—Siempre me había gustado salir a tomar una cerveza con mi familia en Viernes Santo, después de las procesiones. He quedado con María y los niños para comer fuera por no perder la tradición. Hace un rato, estando en el Comité, he pensado que sería una buena idea invitarte a una cerveza —esgrimió Juan.

—Me alegra que hayas pensado en mí. Hace tiempo que no hablamos.

—¡Cómo ha cambiado todo! —exclamó Juan.

—Quién nos iba a decir a nosotros que íbamos a estar sin hacer

nada, o casi nada. Que siempre hemos estado ocupados las veinticuatro horas del día.

Desde hacía poco más de dos semanas, El Liberal solo se publicaba con dos páginas debido a la poca existencia de papel. Además, por esa situación, Juan ya casi no realizaba ningún trabajo para el periódico.

—Tienes razón. Yo llevo ya un tiempo que casi no hago nada. Los días son una rutina que solo sirven para perder el tiempo —apuntó Juan.

—Ya has visto como está el periódico. Da pena verlo así.

—Esta guerra nos va a matar a todos, si no a tiros o con bombas, sí que de hambre y de pobreza.

—El país entero está siendo diezmado.

El camarero tampoco tenía prisa. Se acercaba con lentitud portando en su mano derecha una bandeja con lo que habían pedido. Todas las mesas estaban vacías y dentro del café solo se divisaban tres o cuatro personas, cuando cualquier día de otra época mejor hubiera estado lleno de gente almorzando a aquellas horas.

Bebieron un trago de cerveza y ambos cogieron una aceituna.

—Cuando termine todo esto se van a necesitar muchos años para poder reconstruir España entera.

—Veremos a ver quién la reconstruye —atinó a decir Vicente.

—Ellos o nosotros.

—Más bien ellos.

—¿Tu eres de los que piensan que la guerra ya está perdida? —preguntó Juan.

—La guerra está perdida hace mucho tiempo. Si Franco hubiera querido o hubiera sido más listo, todo esto se habría acabado ya y se habría terminado este suplicio. ¡Si no hemos ganado nada desde que comenzó la guerra civil! El Frente Popular solo se ha dedicado a resistir hasta la muerte y entre todos estamos dejando que media España muera en las trincheras. Porque para una vez que ganábamos una batalla para conquistar una ciudad, como ha sido el caso de Teruel, mira lo que pasó dos semanas después, ¡una carnicería en nuestro bando! Incluido tu hermano, para volver a perder la ciudad.

Juan miró al cielo como queriendo buscar a su hermano y su gesto se hizo más serio. Ya lo había llorado y ya no era tiempo para derramar más lágrimas.

Veía a Vicente muy dicharachero, con ganas de explayarse, con ganas de decir en voz alta todo lo que llevaba callando muchos meses y Juan estaba agradeciendo aquel derroche de sinceridad aunque ya fuera tarde.

—Dime para qué va a servir que nuestros barcos de guerra hayan

hundido el mes pasado en Cabo de Palos al crucero Baleares y que murieran casi ochocientas personas. ¡Si el mes pasado perdimos Huesca y Lérida! Además, Barcelona fue bombardeada dejando cientos de personas inocentes muertas por las calles. Cada día que pasa perdemos algún pueblo más. Ahora mismo, por si no lo sabes, el ejército de Franco está atacando Vinaroz y si lo conquistan, Valencia quedaría aislada de Barcelona —continuó diciendo Vicente, como si estuviera exorcizando todas las noticias que había ocultado no publicándolas en el periódico.

—Yo también creo que no hay solución.

—Y la culpa de todo este desastre la tienen los políticos, porque todos han sido unos ineptos y ninguno ha sabido poner orden a este desaguisado. Sobre todo al principio de la sublevación, con todas las decisiones mal tomadas, pensando que esto era un juego de cuatro generales que la República podía repeler en una semana y ya llevamos casi dos años de guerra. Políticos incompetentes que solo pensaban en sí mismos y en sus ansias de poder. ¿Quieres saber una cosa? —preguntó de repente Vicente, interrumpiéndose a sí mismo.

—Sí. Dime.

—Todos los ideales son la mentira más grande de los políticos. Nos han estado engañando como a niños porque a ellos solo les interesa mandar, vivir a cuerpo de rey y aniquilar al enemigo político. Eso es lo que ha estado sucediendo en España desde hace cuatro o cinco años. ¡Hemos perdido una oportunidad histórica y ahora todo se va a la mierda! —apuntó Vicente, muy enojado.

—Te veo desencantado.

—Puede ser. Pero, te tuve que haber hecho caso hace mucho tiempo porque tenías razón. Y otra cosa más es que los periodistas hemos caído en la trampa de los políticos, publicando todo aquello que a ellos les interesaba y no realmente lo que el pueblo tenía que conocer.

Vicente comenzó a sudar y se limpió las gafas con un pañuelo limpio que llevaba en el bolsillo del pantalón. Cambiaba de postura en la silla con cada una de las confidencias que le hacía a Juan y bebía la cerveza en pequeños tragos como si no quisiera que su vaso se terminara nunca.

—No te preocupes. Te entiendo perfectamente y por mi parte, queda todo olvidado.

—¿Quieres conocer un secreto?

—Sí —respondió Juan, abriendo los ojos e incorporándose hacia delante.

—¿Sabes lo que están pensando algunos políticos?

—No. Tú eres el que primero se entera de las noticias.

—Tal como van las cosas en Europa y desde que Alemania ha invadido Austria, se rumorea que va a estallar la guerra. Pues, se les está ocurriendo la feliz idea a algunos políticos de este país que si se produce una guerra europea, podrían venir a socorrernos a nosotros, como si España les importara mucho a los franceses y a los ingleses que no nos han vendido ni agua para luchar contra Franco. Esa es la única idea y posibilidad que algunos politiquillos argumentan para ganar la guerra.

—¡Si tenemos que ganar la guerra de esa manera ya la podemos dar por perdida! —exclamó Juan, arrebujándose en la silla—. ¿Otra cerveza?

—Si pagas tú…

—Pues claro. Te he dicho que te iba a invitar.

—Se nota que aún andas bien de finanzas.

—No creas.

—Del periódico ya no cobras nada y con los medicamentos ganarás poco.

—Ando como todos. Tirando de ahorros.

—Pues yo estoy más tieso que la mojama.

—Pero, para invitarte a dos cervezas aún me queda dinero.

Juan hizo una señal al camarero, alzó el vaso de cerveza con el brazo izquierdo y con el derecho le indicó con dos dedos que pusiera las cervezas. No tardó mucho en regresar con los dos tesoros rubios y retirar los dos vasos vacíos.

—Parece mentira que estemos tú y yo aquí, Juan, tomándonos este aperitivo.

—No sé por qué no.

—Porque me da vergüenza. Todo el mundo está ya con sus cartillas de racionamiento. ¡Pero si ya no hay ni huevos! Mañana publicamos dónde se van a repartir. ¡Hasta ahí hemos llegado! A tener que publicar en qué lugar de Murcia se van a repartir huevos. ¡Maldita noticia!

—Para mí hoy es un día muy especial, siempre he celebrado en familia este día y para mí, tú eres de mi familia. Igual es la última cerveza que tomamos juntos porque puede ser que la semana que viene se acaben las existencias y tengan que cerrar los cafés. Por eso he querido invitarte hoy, para que los dos podamos recordar la última vez que tomamos un aperitivo juntos, y por eso quiero invitar hoy a mis hijos y a María a comer en una taberna, porque sé que puede ser la última vez.

—Haces bien, Juan.

—Nosotros aún no pasamos hambre, pero si esto no se acaba, puedes estar seguro de que vamos a pasar hambre.

—Seguro.

—¡Como que hoy es Viernes Santo!

—¿Y si perdemos la guerra? —preguntó Vicente, con el miedo reflejado en su rostro.

—¿Qué?

—¿Qué vas a hacer?

—Creo que sé por dónde vas.

—Hay mucha gente y familias enteras que ya se están yendo fuera.

—Ya lo sé.

—Hay personas que han cruzado la frontera a Francia y a Portugal. Otros se han ido a Méjico y a Argentina —comentó Vicente.

—Sí. A mí también me han llegado esas noticias.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Pues, tienes que pensarlo y tenerlo preparado.

—Es difícil tomar esa decisión.

—Si perdemos la guerra, Juan, tú vas a estar uno de los primeros en la lista y van a ir a por ti.

—Es de suponer.

—Tienes que cubrirte las espaldas.

—Vicente, me gusta mi país y amo a mi tierra. No quiero irme de Murcia.

—Juan, yo no tengo familia. Pero tú tienes a María y a tus hijos. Tienes que protegerlos y salir de aquí como sea cuando esto se ponga feo. ¿Sabes que eres hombre muerto si te quedas? —preguntó a bocajarro Vicente, como si hubiera disparado un obús sobre el cuerpo indefenso de Juan.

—Sí. Lo sé —afirmo Juan, con un hilo de voz, mientras agachaba la cabeza.

—¿Has pensado que también se pueden llevar por delante a María?

—También lo he pensado.

—Ella siempre ha estado implicada en política, más que la mayoría de las mujeres de Murcia.

—Pero lleva mucho tiempo ayudando a los demás. Hace tiempo que abandonó la primera línea política.

—Pero, eso, ellos no lo saben. Si caes tú y a ella se la llevan por delante, ¿qué va a ser de tus hijos? Piénsalo, Juan, y vete ya de España. La guerra está perdida. Ponte a salvo. Tienes ahorros. Vete fuera de España y empieza una nueva vida. En Méjico y en Argentina podríais empezar de cero.

—Es muy fácil decirlo. Pero a mí me va a costar mucho tomar esa decisión.

—Soy tu amigo, Juan. Nadie te va a hablar tan claro como yo. Ahora que puedes y hay tiempo, por favor, estúdialo, háblalo con María y tomad una decisión. Iros de España. Ese es mi consejo —sugirió Vicente, acercándose a Juan y poniéndole la mano sobre el hombro.

—Lo hablaré con María.

—Prométemelo.

—Sabes que lo haré.

—Vete y salvarás a tu familia —clamó Vicente.

Como despedida, se dieron un abrazo. Uno de esos abrazos sentidos en los que un amigo te está dando el mejor de los consejos y te advierte lo que debes hacer. Porque, con total seguridad, otros amigos o conocidos nunca se atreverían a decírtelo, ni tan siquiera a proponértelo.

Juan caminaba despacio de vuelta a casa.

En el paseo de la Glorieta, aún reverberaban en su mente las palabras de Vicente, como una carraca desafinada. No lo había pensado, ni tan siquiera se le había pasado por la imaginación la idea loca de Vicente de abandonar España en aquellos momentos.

En la plaza de la Cruz se volvió a sentar en el mismo banco y volvió a encender un pitillo. Últimamente estaba fumando más de lo debido y hasta los dedos índice y corazón se le estaban tornando de un color amarillento que lo delataba. Estaba mirando la puerta de entrada a la Catedral y algo por dentro le decía que entrara, pero estaba cerrada con todos los cerrojos echados desde hacía ya mucho tiempo, por el temor a que fuera ultrajada.

Se dio media vuelta y tenía ante sí la calle Trapería que refulgía con el sol llenándola de vitalidad en esos momentos. Una energía engañosa como si un truco de magia se tratara porque, sí, había mucha gente, pero personas que se estarían preguntando qué voy a comer hoy, qué va a ser de mí mañana y cuándo va a acabar esta maldita guerra.

Era cerca de la una del mediodía y decidió volver a casa, con las manos metidas en los bolsillos.

Esa mañana, igual que desde hacía varias semanas, ya no salía a comerse el mundo con su maletín.

Capítulo 50

Llegó a su casa y fue directo a la cocina, donde estaba María.

Le dijo que quería hablar con ella, por lo que se dirigieron al despacho de Juan.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó María, sorprendida.

—Hoy no había nada que hacer y he decidido volver. Así nos podemos ir con los niños cuando tú quieras.

—Quieres decirme algo, ¿verdad? —insinuó María, que conocía muy bien a su marido y no era normal que él llegase tan temprano a casa.

—Sí —aseguró Juan, tajante, mirándola a los ojos.

—Pues venga, te escucho.

Estaban sentados en el despacho, él en su sillón y enfrente María, con la mesa haciendo de árbitro entre los dos.

—Vengo de hablar con Vicente. Lo he invitado a un par de cervezas.

—Me alegra que hables con él. ¿Habéis resuelto vuestras diferencias?

—Sí. Me ha dicho que yo tenía razón y que me tenía que haber hecho caso hace mucho tiempo. Ha quedado todo aclarado entre nosotros.

—Perfecto. Siempre es bueno saber que tienes amigos y Vicente es muy buen amigo tuyo.

—Pero, me ha dicho algo más.

—Dime. Te escucho.

—Me ha aconsejado que nos vayamos de España —manifestó Juan, casi susurrando, con los codos apoyados sobre la mesa, apoyando la barbilla sobre los dos puños cerrados.

María empujó su silla hacia delante, apoyó los brazos sobre la mesa y entrelazó sus manos mirando fijamente a Juan, con un gesto de sorpresa y expectación.

—Dime el porqué.

—Está seguro de que vamos a perder la guerra. Intuye que cuando termine habrá represalias, que yo estaré de los primeros en la lista y que vendrán a por mí —expuso Juan muy serio, con un hilo de voz.

—Los pascuales de turno, ¡malditos hijos de la gran…! Tanto los

unos como los otros —María había cerrado el puño derecho y dio varios golpes sobre la mesa mientras maldecía con un tono de voz que fuera solo audible para Juan, porque sabía muy bien lo que significaba aquella expresión.

—Si perdemos la guerra, aquí en Murcia le darán la vuelta a la tortilla y donde antes fuimos nosotros los que íbamos tras los pasos de los simpatizantes del Bando Nacional, después serán ellos los que salgan de sus escondrijos y nos busquen a nosotros. La situación es peligrosa y se puede convertir en una caza de brujas —explicó Juan, con tranquilidad.

—¿Y tú qué piensas?

—La guerra va de mal en peor. Ya casi toda España está en poder de los sublevados. No sé cuándo acabará esto, si antes o después, pero yo no soy un cobarde, no quiero salir huyendo de aquí como un conejo, con el rabo entre las piernas, cuando siempre he sido el primero en dar un paso hacia delante.

—En realidad, ¿qué te ha aconsejado Vicente?

—Me ha dicho que nos vayamos ya, los niños, tú y yo. Que piense en Méjico o en Argentina y que con nuestro dinero podríamos iniciar una nueva vida en el país que elijamos.

—¿Has tomado ya alguna decisión?

—También me ha dicho que después de mí, podrían venir a por ti y que piense en los niños. La decisión, pensando en vosotros, es muy sencilla, nos vamos todos. Cogemos en Alicante un barco con dirección a Argel o Casablanca y desde allí a Argentina o a Méjico —insinuó Juan, mientras se le quebraba la voz, sin responder a la pregunta de su mujer.

—¿Quieres que te diga lo que yo pienso?

—Es lo que estoy deseando, conocer tu opinión. Vamos a hacer lo que tú digas, no estoy ahora mismo en condiciones de tomar una decisión tan importante por mí mismo —afirmó Juan, alargando la mano para buscar la de María.

—Puede ser que la guerra se pierda. Puede ser que después de ti vengan a por mí. Pero tú has estado luchando toda tu vida por unos ideales que son justos para todos, incluso has puesto en peligro tu vida para salvar la de Leopoldo y ese Arturo. Si decides abandonar el país no lo vas a hacer como un cobarde, sino para salvar tu vida y la de tu familia —apuntó María.

—Eso es solo tu opinión. Ahora dime qué quieres que hagamos —pidió Juan.

—Es lo que tú dices. Lo más fácil ahora mismo sería coger el primer barco y salir de aquí por si acaso. Pero nunca se sabe. Que se puede

perder la guerra, es una probabilidad. Pero hasta que se dispare el último tiro, aún no está perdida. Yo creo que debemos esperar y seguro que vamos a tener tiempo de salir de aquí si las cosas se ponen feas —propuso María, mientras acariciaba con sus dedos las yemas de los dedos de Juan.

—Quiero mucho a España, María, y no me gustaría abandonarla jamás —confesó Juan.

—Ya lo sé. Y yo también. Nunca abandonaría este país —murmuró María.

—En ese caso, debemos de estar preparados por si se tuercen las cosas y a la mínima señal, nos vamos —planteó Juan.

—Con mucha pena y tristeza, pero sí… Estaré preparada.

—Voy a hacer una cosa más, por si acaso.

—¿El qué?

—Voy a ir sacando dinero del banco poco a poco y lo guardamos en casa por si tenemos que salir huyendo de la noche a la mañana —expuso Juan, acercándose más a María y entrelazando sus dedos con los de ella.

—¡Ojalá no lo necesitemos nunca! —exclamó María.

María se puso en pie y se acercó a Juan.

—Abrázame fuerte —dijo ella.

Juan se levantó y comenzó a abrazar a María mientras notaba que ella tiritaba.

—Estás temblando. ¡No nos va a pasar nada! Ya lo verás —afirmó Juan con seguridad.

Cuando la besó en los labios ella dejó de temblar.

—¿Te he dicho hoy que te quiero? —preguntó María.

—No —respondió él.

—Pues te quiero más que a mi alma —musitó ella.

—Y yo te quiero más que a mi vida —entonó Juan.

Desde que estaban juntos, ni un solo día habían dejado de decirse: «te quiero». Era la forma de mantener vivo su amor, de vivir el uno para el otro, de no saber vivir sin su compañía.

Pero el «te quiero» de aquellos momentos estaba sonando diferente. No tenía la connotación de una despedida, pero sí sonaba como si temieran perderse, como si aquella maldita guerra los fuera a separar de sus raíces, de su hogar y de estar juntos para siempre, como un día habían jurado ante el altar.

Desde hacía muchos años, habían tomado muchas decisiones que tenían una repercusión importante para otras personas. Ahora estaban en la disyuntiva de tomar la decisión más importante de su vida y que les afectaba con exclusividad a ellos y a sus hijos.

Estaban de acuerdo y los dos se arriesgaban a seguir hacia delante, hacia un rumbo desconocido.

Pasara lo que pasara.

Capítulo 51

Paso a paso, con precisión milimétrica, como una tortuga que nunca deja de caminar, la guerra se iba acercando a Murcia.

Salvo en Cartagena, el resto de la provincia casi no había sufrido el infierno guerrero del general Franco.

El miércoles 25 de mayo, Manuel, Juan y Matías estaban reunidos como todas las mañanas en el Comité. Llevaban mucho tiempo hablando y hasta se habían permitido el lujo de contar algún chiste para levantar la moral, como ellos solían decir. Ninguno de los tres tenía otra cosa que hacer en aquellos momentos por lo que últimamente sus encuentros se alargaban hasta el infinito.

Eran casi las doce del mediodía cuando sonó el teléfono del despacho.

La cara de Manuel se fue trasmutando hasta expresar muecas de dolor según iba escuchando lo que le estaban narrando por teléfono.

Juan y Matías no escuchaban bien lo que le estaban contando a Manuel, pero sí que oían el sonido de una voz angustiada y desesperada que quería escapar de donde estuviera y aparecer donde ellos se encontraban a través del hilo telefónico.

Manuel colgó el teléfono y había envejecido diez años de golpe.

—¿Qué pasa Manuel? ¿Quién ha llamado? —preguntó Juan, con la inquietud que lo embargaba a él y a Matías.

—Es nuestro compañero Pedro Rodríguez, del Comité de Alicante. Acaba de informarme que desde hace casi una hora están bombardeando el centro de Alicante y que no habían sonado las sirenas antiaéreas. Dice que están cayendo bombas de forma indiscriminada y que han caído también sobre el mercado central, que estaba abarrotado de gente a esa hora. Me ha narrado que hay cientos de muertos, muchos de ellos mujeres y niños, que es una auténtica carnicería el ataque de los aviones del Bando Nacional.

—¡Dios! —exclamó Matías.

—Quiere avisarnos por si deciden hacernos una visita esos canallas.

—¡La madre que los parió! —insultó Juan, que no le gustaban las palabras malsonantes, pero siempre había una ocasión para que se le escaparan de forma inconsciente.

—Hay que estar preparados. Cualquier día vienen y descargan sus

bombas sobre Murcia —avisó Manuel.

—Cada vez se van acercando más —aseveró Matías.

—Voy a llamar al Gobierno civil para comunicar el triste suceso —apuntó Manuel, con un gesto de desolación.

Cuando terminó de hablar Manuel, los tres se quedaron en silencio, mirándose unos a los otros sin saber qué decir.

Los tres estaban pensando que el momento de entrar Murcia, en la guerra civil, estaba cercano.

En el verano, el canto de la cigarra anuncia que el día va a ser muy caluroso. Aquel verano de 1938 parecía que había una plaga de esos insectos, puesto que no dejaban de cantar, con lo que el abanico se convirtió en el objeto que más se veía por Murcia, porque a través de él se podía obtener una ráfaga de aire que sofocara las altas temperaturas.

Hambre, calor y sed se convirtieron en tres compañeros de viaje que, apenas, si podían ser mitigados por el agua fresca de un botijo.

Las penurias eran tan cotidianas que solo podían ser combatidas con buen humor. Con tantos males acechando como buitres, una sonrisa era el mejor antídoto para tanta desgracia.

Durante la primera semana de agosto, como si estuvieran de vacaciones, todos los días se reunían María y Carmen con sus hijos y en muchas de las ocasiones se les unía Juan.

Se dedicaban a hacer excursiones por los caminos de la huerta hasta llegar a Monteagudo, en donde descansaban para comer a la sombra de una morera. En otras ocasiones se adentraban por el Malecón hasta llegar a La Albatalía y, otro día, hasta subieron al Santuario de la Fuensanta.

Durante esos días, Carmen recibió una carta de Salvador en la que le comunicaba, entre otras cosas, que iba a ser trasladado a la provincia de Zaragoza o a la de Tarragona, que no conocía aún con exactitud el lugar, porque allí se estaba desarrollando desde julio la batalla del Ebro.

Carmen recibió la noticia del cambio de destino con sorpresa en un principio, pero luego pensó que si lo enviaban a aquel lugar sería porque allí hacía más falta y Salvador se había alistado voluntario para contribuir con su labor profesional donde fuera necesario.

Ya no se podía disimular delante de los niños, porque iban creciendo y de sobra sabían con exactitud por los momentos que

estaba atravesando España. No obstante, siempre tenían presente una sonrisa que les alegrara el día a día, para que no sufrieran ni pasaran por las malas situaciones a las que se tenían que enfrentar sus padres.

Cada verano seguían haciendo planes para el año siguiente. En su mente siempre estaba presente Lorca, la ciudad que pensaban visitar juntos los nueve cuando acabara la guerra civil.

Durante el mes de septiembre, Carmen, María y Juan solo estaban pendientes de la batalla del Ebro, porque se estaba cobrando ya miles de víctimas. Todos los días seguían leyendo El Liberal para estar informados. Además, Juan, a través de sus contactos, siempre tenía información de primera mano que rápidamente compartía con Carmen porque estaba muy preocupada, ya que razones no le faltaban para ello.

Hacía ya tiempo que iban detrás de él y de sus secuaces. Las autoridades civiles estuvieron jugando al juego del gato y el ratón durante varios meses, pero no se decidían a poner fin a todos los desmanes que sucedían en la checa de la calle Madre de Dios, y de los que a cuentagotas se iban enterando.

Tanto Manuel como Matías y Juan tenían las manos atadas, lo único que podían hacer era trasladar sus quejas sobre lo que allí sucedía y que, quien tenía que resolver aquel conflicto, estuviese al tanto de todo lo que sucedía.

Una mañana de finales de octubre sonó el teléfono en casa de Juan. Era Manuel, que lo apremiaba para que acudiera a la sede del Comité lo antes posible. Le había adelantado que había noticias importantes que le tenía que comunicar.

Se le anticipó Matías, que ya estaba de pie en el despacho de Manuel cuando Juan llegó.

—Cierra la puerta, Juan, que ardo en ganas de saber lo que nos quiere contar Manuel, porque no me ha querido adelantar nada hasta que tú llegaras —ordenó Matías ansioso.

—Esta madrugada, la Guardia de Asalto ha detenido a Pascual y a varios colaboradores suyos —adelantó Manuel, sentado en su sillón.

—¡Bien! —exclamó Matías, cerrando el puño derecho mientras lo movía hacia delante y hacia atrás.

—Muy buenas noticias —murmuró Juan.

—Además, han cerrado la checa —fue la segunda noticia que anunció Manuel.

—¡Ya era hora! —profirió Juan, que se estaba sentando en la misma silla de siempre.

—¿Y qué han hecho con los presos que había allí? Porque imagino que en esos momentos tendrían algún prisionero —quiso saber Matías.

—Los han trasladado a la checa del Gobierno Civil —informó Manuel.

—Allí, su vida estará asegurada y tendrán todos sus derechos ante el juez —manifestó Juan.

—Un problema menos —aseveró Matías.

—Y de los gordos —matizó Juan.

—De todas formas, ya casi no queda ningún partidario del Bando Nacional en Murcia a quien echarle el guante —expuso Manuel.

—En eso tienes razón —aseguró Matías.

—A propósito del Bando de Franco, Juan, ¿sigues sin tener noticias sobre si te tienes que incorporar al frente de guerra? —preguntó Manuel, cambiando de tema de conversación.

El doce de julio, Juan había sido nombrado comisario delegado de Guerra de la 110 Brigada Mixta. Desde entonces, todos los días estaba expectante porque esperaba la notificación para incorporarse al frente de batalla, circunstancia que todavía no se había producido.

—Sigo sin noticias. Por el momento, estoy a la espera y preparado para cuando se produzca —expuso Juan.

—Me parece muy bien que estés preparado y con ganas de incorporarte al frente —masculló Manuel.

—Te vamos a echar de menos cuando te vayas —aseguró Matías.

La Brigada Mixta de Juan estaba en la reserva, pero estaban preparados para incorporarse al frente, cuando la autoridad militar así lo decidiera. Era un paso más el que Juan estaba dando para defender a la República, el último que le quedaba por dar, porque a lo largo de su vida había transitado por todas las esferas políticas y el círculo estaba a punto de cerrarse.

Se lo habían propuesto y él aceptó el envite muy orgulloso, a sabiendas del grave riesgo que conocía que iba a correr. No lo había consultado con María cuando se lo ofrecieron, sino que había respondido con un sí muy firme, sin dudarlo ni un solo segundo.

María aplaudió la decisión de su marido sin que se le escapara ni una sola lágrima de duda ni de dolor.

Durante el mes de noviembre se seguía librando la batalla del Ebro.

Por las noticias que recibían, estaba siendo la más trágica de todas las que habían tenido lugar desde el inicio guerra.

Llevaban casi cuatro meses desde que había comenzado aquel tormento y en las cartas de Salvador se podía apreciar la situación de desesperación que se estaba viviendo en aquellas tierras. Informaba que los muertos se contaban por decenas de miles entre ambos bandos y que la sangría de heridos no paraba de aumentar.

Asimismo, y sin que sonara a queja, le manifestaba a Carmen que había semanas enteras en las que no paraba de trabajar. Que comía cuando podía, entre operación y operación, y que hasta había perdido la noción del tiempo, de lo poco que dormía.

No obstante, también le escribía cuánto la echaba de menos a ella y a sus hijos, que nunca había imaginado que la guerra pudiese durar tanto tiempo y que andaba bien de moral, aunque en muchas ocasiones se desesperaba al no poder hacer más por aquellos milicianos de la libertad que llegaban a sus manos desgajados a trozos.

En sus cartas siempre se despedía con: «un beso muy grande para mi niña bonica» y un «nos vemos en casa».

A mediados de noviembre, Carmen atravesó la calle Platería como si el mismísimo diablo la persiguiera, para dirigirse a casa de sus amigos.

Cuando María abrió la puerta, encontró a su amiga llorando desconsolada.

—¿Qué pasa Carmen?

—Han hecho prisionero a Salvador —contestó Carmen, entre sollozos que no podía reprimir.

María cogió a su amiga de la mano y la condujo hasta el comedor de la casa. Allí se sentaron en un sofá.

—Cuéntame, ¿cómo te has enterado?

—Acabo de recibir este telegrama —Carmen entregó el minúsculo papel arrugado de color azul.

Era una comunicación del Ministerio de Defensa Nacional, en el que informaban que el doctor Salvador Mateos había sido hecho prisionero por el Bando Nacional, sin otra especificación.

—Voy a llamar por teléfono a Juan qué está en el Comité.

—Te lo agradezco mucho, María —contestó Carmen, que le temblaba hasta la voz.

Juan tardó poco tiempo en llegar, cargado con la preocupación que le pesaba más de mil arrobas.

Cuando Juan entró a su casa, encontró a María consolando a Carmen, que estaba arrebujada en el sofá con la cara desencajada por el dolor. Entre los tres se hizo un silencio doloroso solo roto por los

sollozos de Carmen.

—Voy a moverme y a realizar las gestiones pertinentes para enterarme de en qué lugar está prisionero Salvador y cómo se encuentra —atinó a decir Juan con gesto mortecino.

—Te lo agradecería —musitó Carmen.

—En unos días lo sabremos —aseguró Juan.

No te preocupes era una frase que no le podían decir en aquella situación, porque tanto Juan como María conocían el peligro real que corría Salvador.

A veces se hacían prisioneros, pero en otras ocasiones los presos no eran más que un estorbo que solo servían para ser fusilados y enterrados en una fosa común, en un lugar perdido en medio del campo.

Para Juan y María era un golpe más que les asestaba la guerra civil, un garrotazo allí donde más les dolía, muy cercano, porque Salvador y Carmen eran sus mejores amigos.

Capítulo 52

La Navidad de 1938 se presentó teñida de tristeza. Por un lado, Barcelona estaba siendo atacada y, por otro, porque aún no tenían noticias de Salvador. Juan intentaba cada día tener alguna información de su amigo, pero solo obtenía el silencio por respuesta.

Con lo que estaba sucediendo en el resto de España, poder cenar en casa de sus padres, rodeada por toda su familia, fue un lujo para María que supo apreciar de corazón.

En aquellas fiestas, serían muy pocas las familias que se podrían reunir enteras para cenar en Nochebuena sin la falta de ningún miembro.

Aquella noche ya no hubo pavo ni cordero. Primero sirvieron una sopa y después carne de cerdo, porque era suministrado con regularidad a la posada del hermano de María, que seguía abierta y dando de comer con puntualidad a sus huéspedes. También hubo ensaladas y algún dulce navideño. Ya no había almendras, por lo que los cordiales pasaron a mejor vida. Sí que se presentó sobre la mesa una botella de coñac y otra de anís para brindar, guardadas con mucho celo desde hacía varios meses para esa ocasión especial.

El padre de María, que siempre era el encargado de iniciar los brindis, tuvo el detalle con Juan de brindar por su hermano y por todos los héroes de España que defendían su trinchera con ahínco. Juan tuvo palabras también para su amigo Salvador. Enrique, el hermano de María, propuso un brindis con la esperanza de que la guerra finalizase lo antes posible. María agarró a su hermana Mercedes del brazo y ambas se pusieron en pie, alzó su copa de anís y brindó:

—Por todos los españoles, porque todos podamos vivir pronto en paz.

Después de caer Cataluña y Aragón, Juan pensó que las tropas del Generalísimo se desplazarían hacia el sur, para conquistar lo poco que les quedaba de la península ibérica, incluida Murcia. Pero suponía

que, antes de bajar hasta Murcia, intentarían terminar el cerco y conquistar Madrid.

A mediados de febrero de 1939, Vicente García Ros llamó por teléfono a Juan y le comunicó que necesitaba reunirse esa tarde con él y con María. Habían quedado a las cinco de la tarde en la entrada del Malecón.

Cuando llegaron Juan y María, encontraron a Vicente radiante, como hacía muchos años que no lo veían, como en aquellos tiempos de clandestinidad en lo que lo más importante para ellos tres era la puesta en marcha de Acción Republicana en Murcia.

Vestía impecable. Traje nuevo gris marengo a rayas, chaqueta cruzada, chaleco, camisa blanca y una corbata estrecha con un nudo diminuto. Hasta llevaba limpias y transparentes sus gafas redondeadas. Parecía refulgir de alegría.

—Vamos a dar un paseo. Hay algo muy importante que os tengo que comunicar a los dos y no quiero que nadie nos pueda escuchar —propuso Vicente, empezando a caminar por el paseo del Malecón.

Había gente caminando a aquellas horas, hasta que pasados unos minutos las personas que había delante y detrás de ellos estaban lo suficientemente alejadas que les permitió mantener la conversación con la discreción que Vicente precisaba.

—Me he despedido del periódico. Lo he dejado —anunció Vicente, con desparpajo y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó María con sorpresa, adelantándose en la pregunta a Juan.

—Porque me voy a Méjico —afirmó Vicente con firmeza.

—Explícame bien esa decisión —exigió Juan.

—De sobra lo sabes, Juan. La guerra está perdida. Solo es cuestión de semanas. Aquí soy carne de tapia de cementerio. En el momento que entren los nacionales en Murcia van a venir a por mí y no les voy a dar ese gusto —aseveró Vicente, muy tranquilo, satisfecho con la decisión que había tomado y que ahora estaba comunicando a sus amigos.

—Haces bien —aseguró Juan.

—¿Y por qué Méjico? —quiso saber María

—Porque según las informaciones que tenemos, en los últimos meses han cruzado la frontera hacia Francia cientos de miles de españoles, pero esa vía de escapatoria ya está cerrada. Ahora, la única solución, desde Murcia, es escapar a través del mar. Dentro de cuatro días voy a coger un barco en Alicante con destino a Argel y desde allí tomaré otro hasta Casablanca para comprar un billete en el primer barco que parta hacia Méjico —explicó Vicente.

—Me alegro mucho por ti, ¡te vamos a echar de menos! —exclamó Juan, echándole la mano por el hombro a su amigo.

—Pero no es solo esto lo que os quiero decir —añadió Vicente, deteniéndose para mirar a María y a Juan.

Se trataba solo de un preámbulo, una forma de iniciar una conversación, para dejar la parte más importante, lo que verdaderamente interesaba, para el final. Juan y María lo sabían y ahora estaban a punto de saber por qué Vicente los había citado con tanta intriga.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Sigue con lo que nos quieres contar. Te escuchamos —afirmó María.

—Quiero que vengáis conmigo y vuestros hijos también —propuso Vicente.

—Eso es imposible —dijo Juan.

—No es imposible. He preguntado y aún quedan billetes disponibles en ese barco y nos podemos ir todos juntos —insistió Vicente.

—Ahora no puede ser —insinuó Juan.

—¡Cómo que no puede ser! Juan, despierta, abre los ojos, cuando lleguen los fascistas eres hombre muerto —gritó Vicente.

—Ahora mismo sabes que estoy en la reserva como comisario delegado de Guerra de la 110 Brigada Mixta. Si me fuera contigo, sería como si desertara y saliera huyendo. Ya nunca más podría regresar a España y esta es mi tierra —explicó Juan, muy pausado y serio.

—¡María, por Dios! Toma tú la decisión y convéncelo. Si os quedáis, ¡os van a matar a los dos, os fusilarán! —suplicó Vicente, que parecía fuera de sí y con la razón que creía tener con sus argumentos.

María no respondió. Quizás se estaba tomando su tiempo. Puede ser que estuviera digiriendo las palabras de Vicente, como si tuvieran que reposar durante un buen periodo de tiempo, igual que los buenos vinos o los buenos quesos.

Juan tampoco respondió. Quizás estaba pensando que sería bueno para los dos que María tomase la decisión, porque él no se iba a negar. Puede ser que estuviera calibrando las palabras de Vicente, pragmático, con sus pros y sus contras y el riesgo que corría en cada apartado.

Seguían caminando los tres en silencio. Se cruzaron con una pareja de enamorados a los que saludaron. A lo lejos se divisaba un huertano montado en bicicleta, portando una azada en el sillín y pedaleando con parsimonia. Sopló una ráfaga de viento gélido que obligó a Juan y a Vicente a introducirse las manos en los bolsillos del pantalón. María

avivó el paso, quizás para entrar en calor, quizás para escapar de la decisión que tenía que tomar y los dos hombres la siguieron.

—Creo que Juan tiene razón —musitó María, con la cabeza agachada, mirando al suelo, observando su propia sombra.

—María, Juan, recapacitad, ¡vuestros hijos se quedarán huérfanos y qué va a ser de ellos! —imploró Vicente, apostando fuerte, jugándoselo todo a la última carta.

—Juan es un hombre de palabra y ahora no puede salir huyendo como un cobarde. Se ha comprometido y eso para él es sagrado —murmuró María, intentando zanjar la propuesta de Vicente.

María tenía los ojos inyectados de rabia. Probablemente sabía que Vicente tenía razón y que estaba poniendo en peligro la vida de sus hijos, la de ella y la de su marido. Parecía que estaba a punto de llorar si no fuera porque estaba aprendiendo a ser dura como una roca, a resistir cada órdago que le asestaba la vida y porque su corazón latía al mismo ritmo que los latidos de Juan.

Juan seguía callado, asumiendo la culpabilidad que las palabras de Vicente le habían causado, admitiendo que nunca se perdonaría si algo le sucedía a María o a sus hijos, apurando los últimos rescoldos de la responsabilidad que había adquirido.

—Si lo pienso con el corazón, debería de hacerte caso, Vicente. Pero, si soy racional y justo, ahora no puedo abandonar —respondió Juan, mirando a los ojos a María.

—Está bien. Ya veo que ahora no os voy a convencer. Pero, aún quedan cuatro días para que me vaya y estoy seguro de que hasta el último día quedarán billetes. Prometedme que lo vais a pensar durante estos cuatro días y si en algún momento decidís venir conmigo, yo me voy a encargar de todo y de comprar vuestros billetes. Esperaré vuestra llamada —propuso Vicente, con un poso de tristeza en su tono de voz.

Llegaron hasta el final del Malecón y luego dieron la vuelta. La mayor parte del tiempo hicieron el trayecto en silencio, cada uno prisionero de sus propios pensamientos.

Cuando llegaron a Murcia se despidieron con un fuerte abrazo, como si se estuvieran despidiendo para siempre.

Con la moral rota y el ánimo hecho añicos, Juan y María volvieron a su casa.

No hablaron durante todo el trayecto.

Capítulo 53

Aquellos cuatro días, con un largo fin de semana por delante, pasaron muy lentos, demasiado, como si el tiempo estuviera obligado a cargar con una pesada losa, que obligara a las manecillas del reloj a moverse con otra cadencia exageradamente pausada.

Juan y María huían el uno del otro. Cuando se encontraban, se miraban a los ojos con un silencio cómplice del tormento que les causaba la decisión que ambos acababan de tomar.

Durante esos días no hablaron de la propuesta de Vicente, ni de motivos, ni tan siquiera del por qué.

Tampoco hubo ningún tipo de reproches.

Y las noches se hacían eternas mientras dormían abrazados.

El domingo por la tarde salieron a pasear, dejando a sus hijos al cuidado de Manuela y Jesusa. Iban agarrados del brazo y con los hombros pegados el uno al del otro. Se cruzaban con familias, con amigos y con parejas a las que saludaban, pero ellos iban en silencio, rumiando el futuro que iban a asumir.

Cuando se vinieron a dar cuenta, se encontraron en la entrada del Malecón, como si el destino los hubiera conducido hasta allí. Entonces, Juan agarró a María por los hombros y ella lo hizo por la cintura de él. Caminaban muy despacio mientras Juan besaba la frente de María de vez en cuando. La mirada de los dos se desvió hacia aquel árbol majestuoso del Malecón, su rinconcito, donde se habían besado por primera vez y a donde habían acudido muchas veces más para rememorar su amor. Bajaron las escaleras y se refugiaron sobre aquel árbol en el que nadie los podía ver. Esta vez fue Juan quien apoyó su espalda sobre el tronco, María lo abrazó por el cuello y comenzó a besar a Juan mientras él la rodeaba con sus dos manos por la espalda y la apretaba contra su cuerpo.

Cuando abandonaron aquel lugar, comenzaron a hablar como si nada hubiera pasado.

Acababan de sellar su destino con un beso.

En los últimos meses, Juan ya había acudido a Madrid en varias ocasiones, donde había sido solicitada su presencia en reuniones de la masonería como Maestro masón.

Igual que en las ocasiones anteriores, Matías lo acompañaba de nuevo a Madrid, porque era más seguro el viaje de dos comisarios políticos por esas carreteras infernales, en las que te podrías topar de improviso con cualquier peligro.

Todo el territorio que atravesaban era republicano pero, por esas fechas, no se tenía la certeza de poder evitar una emboscada tras una maldita curva.

En unas ocasiones conducía Juan y en otras lo hacía Matías. Hasta Ocaña, el recorrido había sido tortuoso por el mal estado de las calzadas, pero a partir de ahí, de nuevo comenzaron a visualizar los estragos causados por la guerra.

Madrid los recibió triste, ceniciento, con un frío que helaba el corazón y hasta el pensamiento.

Aparcaron en la calle Pretil de los Consejos. Juan salió del automóvil y fue saludado por un grupo de hombres que lo estaban esperando en el portal de la casa. Matías, que se había quedado dentro, observó las reverencias que le hacían a su amigo.

Se trataba de una reunión de la masonería convocada con urgencia y a la que habían acudido hermanos de las ciudades en las que aún gobernaba el Frente Popular.

Todas las miradas confluían en el ministro que también acudía a la tenida, porque necesitaban saber si la situación era tan desesperada como ya preveían. La respuesta fue afirmativa y ese había sido el detonante de la convocatoria de esa reunión.

Juan fue el encargado de iniciar el ritual de la ceremonia porque en esos momentos ostentaba el más alto grado masón de los hermanos presentes y de los que aún quedaban en España.

Comenzaron a proponer a Juan como Gran Maestro, no obstante, él zanjó el tema de debate alegando que ese no era el motivo trascendental de la reunión a la que habían sido convocados, sino que tenían que decidir con urgencia qué medidas había que tomar ante la caída inminente de Madrid.

No tardaron demasiado tiempo en tomar una decisión. Sabían que una vez que el ejército sublevado entrara en Madrid, uno de los primeros sitios a los que acudirían en busca de información sería a ese lugar, para incautar los archivos y, así, poder dar caza a todos los masones.

Decidieron que Juan se hiciera cargo de los expedientes en los que figurasen los nombres de los hermanos masones y los trasladara a

Murcia para destruirlos.

La despedida estuvo marcada por la emoción y el respeto, porque tenían el presentimiento de que la mayoría de ellos nunca más se volverían a ver.

Con el coche lleno de cajas hasta que no cupo un legajo más, iniciaron el viaje de vuelta a Murcia. Nunca hablaban de la masonería y tampoco lo hicieron durante el trayecto de vuelta de ese día, aunque Matías intuía lo que contenían esos documentos y cuál era el destino que les aguardaba a su llegada.

Era ya de madrugada cuando llegaron a Murcia. Entre los dos subieron todas las cajas a la casa de Juan y se despidieron hasta las diez de la mañana del día siguiente.

Esa mañana se desplazaron a Cartagena. Juan subió al local de su logia y comenzó a llevar al coche toda clase de expedientes incriminatorios para sus miembros, hasta llenar casi por completo la parte trasera del coche.

De vuelta a casa, Juan agradeció a Matías su compañía, ayuda y discreción.

—Para eso y mucho más están los buenos camaradas —contestó él.

Después de comer, María y Juan subieron madera y carbón a la azotea de su casa, en donde ya estaba esperándolos un bidón de grandes proporciones que esa mañana habían trasladado hasta allí unos obreros.

Colocaron el carbón y las maderas dentro del bidón, hicieron un ovillo con las cuartillas de varios expedientes y le prendieron fuego.

En sucesivos viajes subieron toda la documentación a la terraza y dos sillas, en las que se sentaron.

Ante ellos tenían una montaña de documentos. María y Juan cogieron varios de ellos y los depositaron dentro del bidón, en el que las llamas parecían querer escapar de aquel infierno y, pocos segundos más tarde, ambos sonrieron cuando vieron cómo se quemaban.

Cada dos por tres, iban introduciendo nuevos legajos que veían desaparecer bajo el fuego arrasador, hasta que no quedó ni uno solo en la azotea.

Comenzaba a anochecer cuando finalizaron su tarea, mientras el crepitar de las brasas sonaba como la mejor de las sinfonías y el humo ascendía purificador hacia el cielo crepuscular.

—Ahora lo tendrán mucho más complicado esos pelagatos del Bando Nacional —barbotó María.

—Acabamos de quemar las fichas de filiación de muchos hermanos masones y documentos en los que aparecían sus nombres, pero hay logias en otras ciudades en las que van a encontrar documentos

similares —se lamentó Juan, con semblante triste.

—Sí. Pero, esta tarde hemos salvado la vida de cientos o de miles de masones —sentenció ella.

El bidón estaba lleno de cenizas y de secretos que ya nunca verían la luz.

Capítulo 54

Hasta el viernes tres de marzo no se conoció la dimisión del presidente de la República, Manuel Azaña, que había sido uno de los que habían cruzado la frontera hacia Francia y vivía en ese país desde hacía casi un mes.

Juan leyó la noticia en El Liberal y tuvo el presentimiento de que el final de la guerra se hallaba más cercano que nunca.

Las noticias que publicaba El Liberal eran confusas y, a través de ellas, no se podía saber con exactitud lo que estaba sucediendo en Madrid, ni lo que estaba ocurriendo con el gobierno.

Como si hubiera habido un toque de corneta, parecía que todo aquel que apreciara su cuello, había salido huyendo.

Se publicaban noticias sobre la creación del Consejo Nacional de Defensa presidido por el teniente general Miaja, y las alocuciones por radio tanto de Miaja como del coronel Casado dirigiéndose a la población de Madrid.

Manuel, Juan y Matías todos los días se dedicaban a llamar por teléfono a otras ciudades españolas, para conocer a través de las conversaciones con sus compañeros qué es lo que estaba sucediendo en la España republicana en aquellos momentos tan angustiosos.

Así, se pudieron enterar de que el coronel Casado había dado un golpe de Estado al gobierno de la República, pretendiendo negociar una paz honrosa y el final de la guerra civil ante Franco.

La noticia de que la flota naval de Cartagena fiel a la República había huido, corrió como la pólvora por las calles de Murcia. Esa información solo podía tener una lectura posible, que para finalizar la guerra civil quedaban muy pocos días.

De esa manera fue también, a través de las conversaciones telefónicas, como se enteraron de que el presidente del Gobierno y varios de sus ministros habían huido ya de España, buscando su seguridad personal en el extranjero.

Cada día que pasaba tenían conocimiento de la rendición del ejército republicano en alguna ciudad española. El desmoronamiento era general y se iba extendiendo hacia el sur, hacia Murcia, como una mancha de aceite.

La última decisión que tomaron en el Comité fue la proposición de

la puesta en libertad de todos los presos que había aún en las checas.

En pocas ciudades ondeaba la bandera republicana.

Aquella tarde, después de salir del Comité, Juan se acercó al ayuntamiento y se quedó quieto, pensativo, mirando la bandera durante unos minutos.

Luego, comenzó a caminar y volvió a su hogar, con María y sus hijos.

Capítulo 55

El martes veintiocho de marzo de 1939, Juan acompañó al colegio a sus hijos y después volvió a su casa.

Juan y María se sentaron en el sofá, él la abrazó por los hombros y ella se acurrucó buscando su cuerpo.

Juan la besaba en la frente y ella en la cara.

Hablaban solo para ellos, entre susurros, con mensajes escondidos entre sus palabras que solo ellos sabían interpretar, hasta que María comenzó a llorar y Juan no pudo reprimir que se le escaparan también unas lágrimas traicioneras.

Ya no quedaba tiempo.

Lo habían consumido todo.

Él no había desertado y ella lo había acompañado desde el primer día en su cruzada.

Cuando dejaron de llorar, se quedaron en silencio que solo estaba siendo quebrado por el palpitar de sus corazones, que latían al mismo ritmo, como si fueran dos siameses unidos por un solo corazón.

—Ya está —dijo él.

—Ya se ha terminado todo —añadió María.

Juan se giró, miró a María a los ojos y la besó con ternura, con amor, con miedo, con desesperación.

María comenzó de nuevo a llorar abrazando a Juan con pasión, apretándolo a su cuerpo como si fuera la última vez.

Juan salió de casa y comenzó a caminar sin rumbo.

Cuando se vino a dar cuenta, se encontraba en las puertas de la sede de la Casa del Pueblo, como si hubiera llegado allí sonámbulo, conducido por sus piernas que bien conocían el camino. Manuel le propuso a Juan y a Matías salir a pasear por Murcia. Allí ya no hacían nada. Su trabajo había concluido y un día de esos la sede sería requisada por los nacionales y dedicada a otro fin muy distinto.

Habían perdido la guerra, habían perdido sus ideales, lo habían perdido todo.

Ahora solo quedaba esperar, aguardar con orgullo a que vinieran a por ellos y que el destino los pudiera acunar con clemencia.

Ninguno de los tres tenía las manos manchadas de sangre y habían salvado a muchas personas de una muerte segura, aunque habían

defendido sus ideales con firmeza y a la República por encima de sus intereses.

Se despidieron con un abrazo hasta el día siguiente, para salir a pasear y volver a oler el perfume a azahar de las calles de Murcia.

Empezaba a anochecer cuando Juan y María oyeron varios golpes contundentes llamando a la puerta de su casa.

Estaban abrazados en su sofá y el alma se les rompió en mil pedazos para hacerse añicos por el miedo.

Salieron los dos, Juan miró por la mirilla y abrió la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Juan con sorpresa.

—No hay tiempo que perder. Esta noche van a venir a por ti, Juan —contestó Leopoldo.

Juan y María se quedaron quietos, en silencio, presos de pánico, porque los dos conocían a la perfección el significado de esas palabras.

—He podido negociar con ellos y te tengo que sacar de España antes de medianoche. Hay un barco en el puerto de Alicante a punto de zarpar, es el Stanbrook. He llamado a Alicante y me han asegurado que no zarpará hasta que tú llegues. Tengo en la calle dos coches con otras personas que nos escoltarán hasta Alicante.

Ahora era Leopoldo el que venía a salvar a Juan, igual que él se había jugado el pellejo mucho tiempo atrás por salvar a su amigo.

—¿Y María y los niños? —preguntó Juan, que no había pasado por alto la frase directa de Leo cuando había dicho: «te tengo que sacar».

—Lo siento Juan. ¡Te juro que lo he intentado! Pero solo me han autorizado a que te saque a ti. Ellos se tienen que quedar. Vivimos de nuevo en tiempos revueltos y hay mucha gente con ganas de revancha —explicó Leopoldo.

Juan y María se cogieron de las manos, mirándose a los ojos, mientras comenzaban a resbalar las lágrimas por las mejillas de ambos.

—No te preocupes, Juan. A María no le va a pasar nada y a tus hijos tampoco. ¡Te lo juro por mis hijos! Los voy a proteger. Además, si no te vienes ahora, ya no podré hacer nada más por ti —añadió Leo.

—¡Vete, amor mío, vete! —exclamó María, destrozada por dentro, pero alegre al saber que su marido iba a poder vivir.

—No, María. ¡No!

—Sí. Vete y vive. ¡Seguro que ya nos encontraremos otra vez! Yo te voy a esperar siempre —insistió María, llorando mientras se llevaba a

Juan al dormitorio para hacer la maleta.

—¡Date prisa, Juan, por favor! —exigió Leopoldo.

Juan hizo un mínimo equipaje a contrarreloj, imaginando fusiles disparando contra una tapia en la que delante se encontraba él con los ojos vendados, imaginando que ya nunca más volvería a ver a María y a sus hijos, imaginando que ahora podían estar todos en Méjico si le hubiera hecho caso a Vicente. Y se maldijo para sí mismo por su honestidad.

Se despidió de sus hijos, abrazándolos con el alma y con el corazón resquebrajado.

Salieron de casa deprisa. Llegaron a la plaza de Santo Domingo en pocas zancadas. Allí estaban esperando los dos coches con gente armada en su interior.

Cuando los vieron, Juan y María se pararon en seco, y la duda se cebó en ellos.

—No te preocupes. Son amigos míos y personas de total confianza. Además, ellos saben todo lo que tú has hecho por mí y darían la vida por ti. Pero, ahora mismo, es necesario que vayamos armados. No sabemos lo que nos podemos encontrar por el camino —expuso Leopoldo, intentando erradicar las suspicacias de Juan y de María.

Antes de subir al coche, Juan abrazó a María y la besó. El último beso apasionado, con la dulce ternura de la primera y la última vez.

—Te quiero mucho —dijo Juan.

—Te quiero más que a mi vida —respondió María, con la voz quebrada.

—Te escribiré —añadió Juan, mientras el coche arrancaba.

—Mil besos mi amor —musitó María, con el alma encogida y las lágrimas desparramándose a borbotones sobre su cara, mientras el coche comenzaba a desplazarse.

—Millones de besos, amor mío —gritó él, con lágrimas en los ojos, mientras ya se alejaba hacia un destino tenebroso como la noche que ya se cernía sobre las calles de Murcia.

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela histórica, basada en hechos reales, es una tarea demasiado complicada. Nunca la hubiera podido llevar a cabo sin la ayuda desinteresada de un grupo de personas que se comprometieron desde un primer momento a prestarme todo su apoyo de manera incondicional.

A Joaquín Zaragoza le estoy muy agradecido por regalarme decenas de horas de trabajo rebuscando por internet en organismos oficiales, hasta que logró conseguir el expediente del Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo del personaje principal de esta novela. Además, fue capaz de encontrar, en la hemeroteca, las páginas en las que se hace mención a los personajes de la novela y que me sirvieron para cuadrar las fechas exactas en el contexto histórico.

Marcel Castello tuvo la generosidad de proporcionarme la piedra angular, esa pieza del puzle sin la cual no hubiera sido posible la escritura de esta novela y, ni por supuesto, de la trilogía. Cuando tuve en mis manos el diario de Juan Bernal, una sonrisa afloró en mi rostro porque a partir de ahí solo tenía que escribir, puesto que parecía que alguien me estaba dictando la novela. Además, sus enseñanzas y matizaciones sobre la masonería fueron de un valor incalculable.

Fina Zaragoza fue la persona que aportó las primeras luces a esta historia. Con su excelente memoria para recordar innumerables sucesos, anécdotas y fechas que han sido de vital importancia cronológica. Más aún, cuando continuamente me llamaba por teléfono para contarme nuevos hechos que tenía que incorporar a la novela. Además, te estoy muy agradecido por apremiarme para que la finalizara y por darme ánimos cuando más lo necesitaba.

Bernard Castello me aportó un material gráfico de incalculable valor, en forma de fotografías, que me sirvieron para plasmar muchos de los decorados históricos de la trilogía.

Josefina Zaragoza fue la encargada de aportar esos pequeños detalles sin los que la historia hubiera quedado huérfana, y el valor añadido del apoyo incondicional desde el principio de la gestación de la novela.

Encarna Zaragoza tuvo un doble papel. Por un lado, se esforzó en

recuperar de su memoria pasajes olvidados que sirvieron para enriquecer la novela con matices y referencias sin los cuales adolecería del engranaje cronológico. Por otra parte, se convirtió en una perfecta crítica literaria, sugiriendo que tirara a la papelera varios capítulos, así como muchas escenas, para que los volviera a reescribir con el resultado que has podido leer.

Javier Belda tuvo la feliz idea de proponer la estructura de la novela y, en cierta manera, de lo que más tarde se convertiría en la trilogía *Tres guerras para amar*.

Rafael Guerrero ha sido el corrector de estilo literario, siempre aportando sugerencias con la sutilidad precisa para que fueran llevadas a cabo. Y siempre has estado ahí, cuando te he necesitado, por lo que te estoy sumamente agradecido.

Reme Zaragoza no se anduvo por las ramas y tachó, casi con alevosía, muchísimos párrafos que no aportaban nada a la novela, teniendo la astucia de hacerme ver que es mejor narrar un suceso con cinco palabras que con diez. Ya sabes que te agradezco que me corrigieras esos «errores narrativos».

Inma Lajarín, con su generosidad, cuando corrigió la novela, tuvo la gentileza de realizarme decenas de matizaciones que la han enriquecido, tanto en el aspecto histórico como en el legal. Por lo que mi agradecimiento siempre va a ser muy especial.

Jesús Béjar tuvo la gentileza de regalarme una corrección sublime en matices históricos, así como ortotipográficos. Además, con sagacidad, también me supo hacer ver en qué escenas de la novela me debía de extender para provocar sentimientos en el lector. Por todo ello, ya sabes que te estoy sumamente agradecido.

A Herminia Rivera le debo de agradecer que siempre le gustara todo lo que iba escribiendo y, mucho más, sus ánimos continuos y el carácter optimista que siempre me transmitía. No obstante, también sabía poner los puntos sobre las íes, y con ingenio me aportaba determinadas matizaciones, muy puntuales, que siempre debía corregir.

Teo Navarro es una experta en sinónimos, por lo que te agradezco que me aportaras esos sinónimos que encajaban como un guante en la narración de la novela.

Nuria Navarro es mi traductora preferida. Muchas gracias por estar siempre ahí, cuando te he necesitado, y por tu traducción al francés de las frases que aparecen en la novela.

A Dolores Orenes le tengo que agradecer las descripciones de lugares que me hizo, así como la aportación de múltiples pormenores que sirvieron para enriquecer la trilogía.